

La ciudad subjetiva y post-mediática

La polis reinventada

Félix Guattari

Selección y traducción de textos

Ernesto Hernández B.

Carlos Enrique Restrepo

La ciudad subjetiva y post-mediática

La polis reinventada

Félix Guattari

Selección y traducción de textos

Ernesto Hernández B.

Carlos Enrique Restrepo

Fundación Comunidad

Cali – Colombia

Junio de 2008

Traducciones:

De Carlos Enrique Restrepo:

Introducción a los años de invierno

Pequeñas y grandes máquinas para inventar la vida

El psicoanálisis debe estar en relación directa con la vida

Los adictos maquínicos

De Ernesto Hernández B:

Subjetividades para lo mejor y para lo peor

El nuevo paradigma estético

Genet reencontrado

La enunciación arquitectónica

Los ritornelos ético-estéticos en el teatro de Witkiewicz

Hacia una autopoietica de la comunicación

Prácticas ecosóficas y restauración de la ciudad subjetiva

Con *Martha Zuluaga A.*

Entrevista con Michel Butel

Cracks in the street

Con *Clara Inés Perea*

Liminar

ISBN: 978-958-98605-0-2

© 2008 Enfants Guattari

© 2008 Fundación Comunidad

Cali – Colombia

Índice

Introducción

Capítulo 1. Ethos: pensamiento y existencia

Introducción a los años de invierno
Entrevista con Michel Butel – 1985
Subjetividades para lo mejor y para lo peor

Capítulo 2. Oikos: hábitat y creación

El nuevo paradigma estético
Genet reencontrado
Cracks in the street
La enunciación arquitectónica
Los ritornelos ético-estéticos en el teatro de Witkiewicz

Capítulo 3. Polis: Máquina y enunciación

Liminar
Pequeñas y grandes máquinas para inventar la vida
El psicoanálisis debe estar en relación directa con la vida
Los adictos maquínicos
Hacia una autopoietica de la comunicación
Prácticas ecosóficas y restauración de la ciudad subjetiva

Presentación

De la transversalidad a la caosmosis, la filosofía de Félix Guattari traza el mapa de una deriva compleja cuyos alcances y consecuencias nos exigen y nos imponen un trabajo de exploración práctica y concreta. De un lado, alejándose cada vez más del criticismo de la tradición freudo-marxista, abandona los presupuestos de la crítica, y reorienta todo su esfuerzo teórico por el camino de una cartografía analítica del capitalismo, que toma en cuenta la complejidad del mundo contemporáneo con sus dimensiones ecológicas, políticas, mass-mediáticas y artísticas, y al que califica de Capitalismo Mundial Integrado (CMI); de otro lado, sirviéndose a su modo de la creación filosófica que va desde Sartre, Heidegger y Merleau-Ponty a Foucault y Derrida, introduce en la creación filosófica una anomalía enunciativa a la manera de una matriz con cuatro ejes: los flujos de energía y signos, los *philums* evolutivos, los territorios existenciales, y los universos de referencia.

Para nosotros la filosofía de Félix Guattari es una filosofía concreta, en el sentido en que se dice de la música que es música concreta: ontología y ética que constituyen una política del ser y desencadenan nuestros devenires. Guattari concibe la filosofía como máquina, agenciamiento maquínico de enunciación colectiva, ético-estético y ético-político, así como concibe la máquina como poblamiento creador, multiplicidad productora, onto-ecosófica.

Inscrita en lo histórico de la filosofía, la filosofía de Guattari multiplica las conexiones y puentes entre las diferentes disciplinas, elevando la filosofía al rango de un empirismo superior, al mismo tiempo que reclama de las diferentes disciplinas una responsabilidad respecto de las consecuencias existenciales de sus prácticas enunciativas.

Desde luego, la filosofía contemporánea, inscrita en la tradición de la modernidad, ha tenido un papel enorme en el cuestionamiento y problematización de los conceptos que por su cuenta la misma modernidad produce y desarrolla. Es propio de la modernidad juzgar la tradición, y si hay paradójicamente una tradición de la modernidad, es porque la modernidad se piensa en constante cambio, en constante modificación de sus propias nociones. Es pues paradójico que se constituya la modernidad como el pensamiento que re-evalúa la tradición, y al mismo tiempo como el pensamiento que instauro la tradición de “poner en cuestión la tradición”, poniéndose con ello en constante cuestión a sí misma y a sus logros. Pero históricamente esta paradoja no se ha hecho sentir con tanta intensidad como en la contemporaneidad, y sobre todo en la contemporaneidad francesa. Y decimos contemporáneo al pensamiento que se inicia a mediados y a finales del siglo veinte para seguir acompañándonos en la construcción de recursos interpretativos y en la construcción de herramientas con las que se puedan sustentar nuevas prácticas, nuevas maneras de ver el mundo, nuevas maneras de enfrentarse a la realidad en transformación, nuevos modos de vida.

El de Guattari es, pues, un pensamiento que, aunque tiene una nacionalidad determinada, con sus características locales propias, no deja de proceder por

contagio, en una especie de intercalado semiótico activo que precipita concreciones conceptuales al renovar o contaminar ritornelos territoriales alejados de sus fronteras nacionales, en una especie de concepción fabulosa de un mundo trans-fronterizo. Es pues propio de la modernidad, y sobre todo de la contemporaneidad, tasar el pensamiento con una corriente paradójica que, más allá de las particularidades, alcanza las singularidades. Este libro que ponemos hoy en sus manos presenta una síntesis mínima del instrumental conceptual que construye Guattari, en medio de las diversas disciplinas de las que se sirve y en las cuales interviene (vale decir: no sólo que las glosa y anota, sino que las provoca llevándolas al límite en el cual sus propias determinaciones ético-científicas, ético-estéticas, ético-políticas son problematizadas).

Guattari desarrolla una pedagogía transversalista, de tal manera que el lector, al entrar en la obra, se ve forzado a pensar diferentemente y a pensar la diferencia, por fuera de la tradición, y con elementos prestados a esta misma tradición. Es por ello que el ser Guattariano, dentro de la ontología que piensa el ser como lo que se devela desde un fondo indiferenciado (de Parménides a Heidegger), es un ser que levanta cualquier obstáculo para que los “siendos”¹ se den en toda su diferenciación dentro de las gamas de la multiplicidad y de la heterogeneidad. Por esta razón el ser no es un *uno-todo* ni un *uno-múltiple*, sino *un* ser directamente sustantivado, que siendo multiplicidad afirmada en sus modos y en el pensamiento que les es concomitante, debe permitir no

¹ Usamos este “barbarismo” en lugar de la noción de “ente”, heredada de la filosofía alemana, para afirmar su singular posición de multiplicidad en devenir: “el ser se dice de todo lo que es”, y lo que es sólo puede serlo como paso de un estado a otro, devenir.

revelar para ocultar, sino inyectar, hacer pasar un diferencial *caósmico*, un atractor extraño: la afirmación existencial de los “siendos”; la ontología guattariana es una ontología del presente, pero de un presente en el que, al repetirnos por ejemplo como colonia o periferia, estamos siendo diferencia afirmada.

Máquina e imagen

Una imagen del pensamiento no es simplemente un doble pasivo de lo que es o llamaríamos ser; una imagen del pensamiento es una multiplicidad activa que hace ver, y se hace ver, instrumentándose como plano y poblándose conceptualmente: hace ver cómo se afirma la multiplicidad en sus modos en tanto que expresiones de lo que es. Por eso a una imagen del pensamiento no le es ajena su propia producción de percepciones y afecciones.

En el pensamiento guattariano se producen percepciones y afecciones que podemos calificar de maquínicas, pero sobre todo Guattari produce una afección y una percepción de la máquina; la máquina en su inactualidad es potencia virtual, la máquina es agenciamiento (conexión y conjunción de multiplicidades) en sus devenires, afirmación intensiva actualizada en los estados de cosas. El ser es maquínico puesto que la alteridad del ser —es decir, el hecho de que el ser sea puesto en juego en sus inéditas y diversas maneras— está dada en un sistema de cruces e intercambios de funcionamientos heterogéneos. Una máquina cualquiera, definida como flujo-corte-flujo, se produce en la conjunción de muchos dominios: los planos de la máquina (a nivel social, pero también mental,

científico), los deseos colectivos de llevar a cabo la máquina, las fuentes económicas que pondrán a punto los materiales y las operaciones para erigir la máquina, las estrategias políticas...

Si la modernidad ha producido e instaurado imágenes del pensamiento paradójicas, plantear una imagen del pensamiento en la filosofía de Guattari no puede ser de otra manera que como una ética comprometida con los modos de ser (maquínicos) del arte, de la vida social (la vida de la pareja, la vida de vecindario, la poca vida instilada a través de los mass-media, la vida en las ciudades capitalistas), de la ecología del medio ambiente, etc. En este punto, queremos ver la pedagogía guattariana como un pensamiento ecológico, o mejor ecosófico, puesto que la política en Guattari, la política como pensamiento conceptual, tiene dentro de sus cometidos el nutrirse de modos de ser altamente precarios, los modos de la emergencia siempre a punto de disolverse, los modos de la creación. Sin embargo, es aquí donde Guattari se muestra como uno de los pensadores más paradójicos dentro de la tradición paradójica de la modernidad. Guattari propone la conservación de los modos precarios de ser, los sacados en virtud de la creación artística que servirá de modelo a la ecosofía como política constructivista que se propone reactivar lo social –los modos de ser de lo social, la maquínica social–, lo mental –los modos de ser de la psiquis, el inconsciente maquínico–, y lo político –los modos de ser de las relaciones internacionales, lo maquínico de las producciones de los movimientos sociales, etc.

La ciudad subjetiva

La ciudad: máquina de máquina, esencialmente heterogénea, es el motivo político fundamental de las prácticas ecosóficas, y su reinención es una exigencia existencial frente a la cual no podemos menos que reclamarnos responsables. Hemos organizado una selección de textos de Guattari en el sentido de reconstruir un agenciamiento de ciudad subjetiva en el que se conjuguen tres líneas: línea de existencia, línea de creación y línea de enunciación. En tal sentido, la ciudad es tanto Bagdad o Cali, Bogotá o Kabul, las ciudades márgenes pobladas de desplazados en América Latina y África o de refugiados en Oriente medio, como New York-Londres-París o las ciudades-máquina orientales de Tokio a Pekin... El análisis y la síntesis nos conducen a la ciudad subjetiva, irreducible a las ciudades reales y a sus redes ecuménicas; de Catal Hüyük a Brasilia, la ciudad re-subjetivada a la velocidad y el ritmo de sus propios devenires se re-construye y se re-inventa permanentemente creando y devorando sus propios modelos, realizando y produciendo meta-modelizaciones siempre nuevas.

La máquina, en el aspecto de su tecnicidad, adquirió con la modernidad una importancia óptica, haciendo relevante el plano de lo maquínico en el que el ser despliega un conjunto indefinido de maneras múltiples y heterogéneas. Con la creación de la máquina electrónica y televisual, lo maquínico alcanza el punto en el cual disputa los derechos de producción de la realidad a la materia, conduciendo a una desrealidad de la materia tanto como a una desmaterialización de lo real: paradoja de eso que la tecno-informática ha llamado “realidad

virtual”, y de otro lado ha multiplicado el acceso a las actividades artísticas y científicas de una forma colosal, y con lo cual hará de la construcción de la percepción, y de las diferentes maneras de ser, una progresión proliferante y prácticamente infinita.

Quizá a los lectores, inmersos en un proceso y movimiento de devenir, por su propia naturaleza contingente, en el que sus presentes se componen de ciertos retornos y fugas del pasado y que proyectan sus agudas puntas en una multiplicidad indiscernible e indefinida de futuros, les sirvan estos textos para diagnosticar en sus experiencias reales las condiciones de nuestros devenires y para producir nuevas experimentaciones prácticas que compongan una ontología de nuestro presente liberada de cualquier condicionamiento destinal.

Félix Guattari, maestro de las transversalidades y creador infatigable de caoideas, ha forjado un conjunto complejo de conceptos, algunos de ellos irritantes, molestos, raros, complejos y altamente densos, algunos de ellos esbozos para una filosofía futura, algunos abandonados por él mismo al considerarlos callejones sin salida –lo cual no quiere decir que no se los pueda retomar y reconstruir–; en cualquier caso se trata de un “lirismo maquínico”, del cual dice Maurice Nadeau: “Yo percibo que la palabra de Guattari no puede traducirse, ni glosarse, ni resumirse. Su palabra golpea de pleno, aclara, traza vías, responde a las cuestiones que nosotros planteamos ante las fallas del marxismo o del psicoanálisis [...] es un aspecto de esta Revolución Molecular a la que apela el autor y fuera de la cual será

imposible, en efecto, alcanzar una nueva salud para las sociedades en crisis”².

Oscar Barragán M.
Ernesto Hernández B.
Bogotá-Cali, 2007

² Nadeau, Maurice. En: Genosko, Gary, *Deleuze and Guattari: Critical Assessments of Leading Philosophers*, Library Binding, 2001, p. 539. Bruno Bosteels, *From Text to Territory: Felix Guattari's Cartographies of the Unconscious*, en *Deleuze and Guattari: New Mappings in Politics, Philosophy, and Culture*, E. Kaufman, K.J. Heller (eds.), Minneapolis: University of Minnesota Press, 1998, pp. 145-74.

Capítulo 1

Ethos: pensamiento y existencia

*Introducción*³

Yo soy de los que vivieron los años sesenta como una primavera que prometía ser interminable. ¡Del mismo modo me ha costado mucho acostumbrarme a ese largo invierno de los años ochenta! Algunas veces la historia nos da cosas, pero nunca sentimientos. Lleva su juego sin reparar en nuestras esperanzas y en nuestras decepciones. Más vale, por lo tanto, asumirlo y no contar demasiado con un obligado retorno de sus estaciones. ¡Tan es así que en verdad nada nos asegura que a este invierno no le seguirá un nuevo otoño, o incluso, un invierno todavía más rudo!

Y sin embargo, no logro sacarme la idea de que se preparan en silencio otros encuentros con nuevas oleadas de generosidad y de inventividad colectivas, con una voluntad inédita por parte de los oprimidos para salir de sí mismos, para refrenar las políticas mortíferas de los poderes establecidos y para reorientar las finalidades de la actividad económica y social por vías más humanas, menos absurdas.

¡Oh, lo sé bien! Esta clase de lenguaje es más bien soslayado por los oídos “atentos”: eso es retro, sesenta-y-ochero caduco... ¡Se notará, sin embargo, que no predico ninguna fidelidad a los fantasmas de las izquierdas tradicionales –por ejemplo, la de una clase obrera motor de la historia, portadora a su pesar de agotamientos dialécticos–, o bien a los cultos izquierdistas de una espontaneidad intrínseca de las masas, a las que les bastaría hacer estallar las cerraduras para despertar, como por arte de magia, y ponerse de inmediato a reinventar el mundo! La arremetida reaccionaria a la cual hemos tenido derecho durante los últimos años nos habrá aportado al menos una cosa: un inapelable desencantamiento del socius, como no hace mucho el del cosmos, el hacer científico y las técnicas. ¡A pesar de todo, no desdigo del período de las grandes ilusiones de la

³ *Introduction*. Tomado de: Félix Guattari, *Les années d’Hiver 1980 – 1985*, Bernard Barrault, París, 1986.

contracultura, pues, viéndolo bien, sus excesivas simplificaciones, sus profesiones de fe que desmontan la ingenuidad, me parece que valen mucho más que el cinismo de los paladines contemporáneos del posmodernismo!

Así pues, lo reitero una vez más. Me rehúso a modificar mis posiciones anteriores para adaptarlas al gusto imperante. Me parece sin embargo necesario reacomodarlas a su contexto actual, seleccionar entre lo que debe ser reafirmado con más fuerza que nunca y cierto número de viejos caprichos ideológicos que es apremiante relegar al museo de los mitos caídos. El fracaso, que se está consumando, de la experiencia socialista francesa nos incita por lo demás a llevar a cabo dicho reexamen. ¿Qué es lo que ha conducido a la izquierda a dejar pasar semejante oportunidad, quizás única en la historia de los últimos cincuenta años, de reformar a fondo una sociedad capitalista desarrollada, para renovar sus formas de expresión democráticas, para experimentar a gran escala sus prácticas sociales emancipadoras, para acrecentar considerablemente sus espacios de libertad? ¿Por qué los socialistas se han enfrascado en una gestión del día a día de la sociedad francesa? ¿Qué les impide demandar, de todos los estratos vivientes que la componen, una reflexión colectiva sobre los modos de producción, sobre los cambios por aportar a la vida urbana, a la comunicación, etc.? ¿Han preferido dirigir todo por lo alto, controlar todo desde sus aparatos partidarios reconvertidos, según la ocasión, en los engranajes de la máquina de Estado? ¿Por qué? ¿Por falta de ideas, de imaginación, de determinación? ¿A causa de una resistencia incontenible de la adversidad conservadora? ¿Pero no han tenido acaso las manos libres, por lo menos durante el período del famoso “estado de gracia”? No, creo que el fondo del asunto apunta a que ellos no confiaban en la capacidad de un sistema democrático de gestionar los problemas complejos de una sociedad tecnológicamente avanzada, y sobre todo en tiempos de crisis.

La crisis... la crisis... ¡Todo proviene siempre de allí! ¡Es cierto que los socialistas probablemente no habrían llegado al

poder sin ella! ¡Pero ella tiene sin embargo anchas espaldas! Pues, a fin de cuentas, en este asunto se toma constantemente el efecto por la causa, olvidando demasiado pronto que ella resulta, en gran medida, de un desequilibrio excepcional de las relaciones de fuerza entre los explotados y los explotadores, que ha inducido a escala planetaria a un espectacular incremento de poder del conjunto de las formaciones capitalistas, tanto privadas como estatales, paraestatales o transnacionales, y de donde ha resultado una colosal acumulación de capital que escapa a los arbitrajes políticos anteriores, a los compromisos con la economía social de los países desarrollados, y que confiscan dramáticamente las posibilidades de supervivencia de los países más pobres del Tercer Mundo. En cuanto a las dimensiones tecnológicas del problema, y muy particularmente, en cuanto a las que conciernen a los sectores de punta, baste aquí señalar que no es ciertamente emulando los métodos japoneses de organización como se hará progresar la única cuestión importante que ellos plantean, a saber, la naturaleza y las modalidades de su inserción en el tejido social. Antes que continuar poniendo las nuevas tecnologías al servicio de las jerarquías y de las segregaciones opresivas –de lo cual el desempleo no es más que uno de los aspectos–, los socialistas habrían hecho mejor explorando las posibilidades que ellas ofrecen en materia del desarrollo de los medios colectivos de expresión y concertación, y de multiplicación de las instancias de decisión. ¡Pero también allí fracasarán! Se han ajustado sin resistencia alguna al modelo –establecido por De Gaulle– de personalización y de mass-mediatización del poder. Es así como han malogrado quizás una entrada inesperada en una era postmediática de liberación de la subjetividad colectiva respecto de su prefabricación y de su teleconducción por las instituciones y los equipamientos colectivos de normalización. Los líderes socialistas se han habituado a tal punto a tratar al pueblo bajo un modo infantilizante, comparable al trato de los líderes de derecha, que ni siquiera se han dado cuenta hasta qué punto se han distanciado de él. De hecho, sólo esperan del pueblo un sostén global, de carácter exclusivamente electoral,

sin participación en *feed-back*. Al haber degenerado gravemente todos los relevos sociales tradicionales, es evidente que terminará habiendo allí un problema; nos encontramos en un círculo vicioso: a fuerza de haber sido entregados sin defensa a los molinetes de la subjetivación capitalista, el buen pueblo tiende efectivamente a devenir cada vez más irresponsable y algunos de sus componentes devienen francamente estúpidos y detestables en sus relaciones con todo lo que escapa al consenso.

Con todo y eso, quién quita que ese mismo pueblo, en el momento en que llegara a reencontrar modos de estructuración convenientemente redimensionados y medios de expresión adaptados, reanude rápidamente con su genio, se vuelva apto para fijarse objetivos más elevados, como lo atestiguan muchos ejemplos históricos. Como quiera que sea, en las condiciones presentes, para una máquina de transformación social, la cuestión ya no puede ser la de pretender guiarla, sino únicamente ayudarla a reinventarse, lo cual implica, por su parte, deshacerse de todas las ideologías que sólo ven en ella una masa amorfa, indiferenciada, trabajada por bajos instintos... Por lo demás, ¿quién nos dice que los instintos sean tan bajos? Es, repito, la subjetivación capitalista la que obra en el sentido de la indiferenciación, de la equivalencia generalizada –pese a la exacerbación de las especializaciones y de las jerarquías o a causa de ellas–, y la que de este modo nos arrastra del lado del “lujo comportamental” que la etología animal nos revela. Permitir a cada uno recobrar su singularidad, volver a dar un sabor a los gestos ejecutados, a las frases articuladas en las situaciones más cotidianas; reconquistar la democracia en todos los niveles de las prácticas colectivas, del cara-a-cara interpersonal al sufragio universal, aceptar por eso mismo y sin reserva la alteridad, la divergencia de los deseos y de los intereses, y en consecuencia, los procedimientos de enfrentamiento y de negociación que éstos exigen; experimentar las nuevas tecnologías de comunicación, para extender el alcance y avivar la verdad de los intercambios humanos; en una palabra, romper con el conjunto de las

políticas actuales abanderadas tanto por los capitalismo de estilo occidental como por los socialismos del Este: he aquí algo que puede parecer utópico, loco... Se trata sin embargo, a mi parecer, de la única vía de emancipación que permanece abierta.

Entrevista con Michel Butel – 1985⁴

Michel Butel. Está la infancia, la adolescencia. Después la guerra, está Lucien Sebag. Está la *Vía Comunista*, está en fin la guerra de Argelia, la disolución de la *Vía*, está Mayo... nombres propios, y después el último nombre... Deleuze. Deleuze respondía a algo que habías ambicionado, trabajar, crear con alguien. Tú hablas de Sebag como si, en un momento dado hubieran podido trabajar en conjunto. Esperabas no continuar solo; no hablo únicamente de no continuar el psicoanálisis...

Félix Guattari. Participé de un mito, el de un proyecto, de un agenciamiento colectivo de expresión, de un taller de producción, sobre el plano teórico, sobre el plano analítico, sobre el plano militante, etc. Hubo un momento de dicha con esas reuniones que se hacían en la F.G.E.R.I (Federación de Grupos de Estudio y de Investigación Institucionales), en las cuales estaba Fourquet, Medam... Había trucos curiosos... no se hablaba frecuentemente de historias personales, pero en fin, a pesar de todo, eso afloraba, después se deliraba, después se pasaba a cosas hiper-serias.

En una época anterior, las reuniones con Oury eran también algo que tenía el sentido de un agenciamiento colectivo de expresión.

Sin embargo, vacilo mucho al hacer un juicio sobre todo eso. Pienso que había aspectos positivos y aspectos negativos. Era la exploración de un modo de trabajo completamente diferente del que existe generalmente en las universidades, la investigación. Y la posibilidad de hacer germinar ideas que, sin esto, habrían permanecido replegadas sobre sí mismas, que no hubieran quizá aparecido, los destellos y también los proyectos,

⁴ 1985 *Entretien Avec Michel Butel*. Tomado de: Félix Guattari, *Les années d'hiver 1980 – 1985*, Bernard Berrault, Paris, 1986.

las instituciones, a través de los debates, las bromas, y también los conflictos, los desconocimientos, etc.

La F.G.E.R.I. era cuando menos extraordinaria: sin fondos, sin subvención y con más de una centena de personas, de orígenes muy diversos, que se encontraban para profundizar la temática de una ampliación de análisis, fuera de las cuadrículas, por un lado del diván y por otro del estructuralismo psicoanalítico, tal como comenzaba a instaurarse de manera despótica alrededor del lacanismo.

El aspecto negativo es que, en el fondo, eso podía devenir –aquella técnica del *brain storming*– una coartada para no hacer nada... Algunas reflexiones como ésta, frases con sonido de alarma: Philippe Girard diciendo en el momento en que había iniciado mi trabajo con Deleuze: “Hombre, Félix, él todavía lee...”.

El proyecto de trabajo con Deleuze participaba aún mucho de ese fantasma... La idea era discutir en conjunto, hacer las cosas en conjunto –era 1969, un periodo aún marcado por las efervescencias del 68. Hacer algo en conjunto quería decir lanzar a Deleuze en toda esta marmita. A decir verdad, él ya estaba; veía a la gente, hacía un montón de cosas... Era la época del G.I.P. (Grupo de Información sobre las Prisiones)... Lo había embarcado con Foucault en lo que había devenido el C.E.R.F.I. (Centro de Estudios, de Investigación y de Formación Institucional) obteniendo un contrato de estudio para cada uno de ellos y para sus colaboradores. De cierta manera, hubo, pues, un “embarcamiento” en ese trabajo colectivo. Pero Deleuze, desde cuando se adoptó un acuerdo para trabajar a dos, había cerrado inmediatamente las puertas. Se produjo en él un repliegue que yo no había previsto. Y el C.E.R.F.I. ha continuado su vía independientemente de mí. Pero hay un cierto número de personas, justamente como Fourquet, Mèdam, etc., para quienes fue un problema.

Butel. Es como en las novelas de formación, estuvo la familia, después los años de trabajo, luego la política —es decir, las historias familiares que afrontan el dinero, el sexo... Me digo que hubo, en un momento dado, un desencantamiento enorme; aún si no me lo imagino en ti, no había deseo político, no había guerra en Argelia y no había Mayo del 68, una época de no acción... “¿Voy a continuar haciendo política? ¿Voy a continuar trabajando? ¿Voy a continuar con el análisis? ¿Me deshago en el aire?”.

Resolver los problemas diciéndolos en un estado de distracción increíble. Aunque no era del todo un estado de distracción, era un estado de gestión... como si se estuviera arreglando cuentas, comprobando cuentas. Como los últimos momentos del entrenamiento de un deportista. Es decir, antes de afrontar el trabajo con Deleuze, era preciso... cuando menos estar listo; pues frecuentemente hay fracasos increíbles en la vida: uno está a punto de hacer algo con alguien, ¡paf!, se desliza entre las manos; o bien la época no se presta... Se necesita estar en forma en un momento dado. Y me parece que los años inmediatamente anteriores al encuentro con Deleuze son un poco eso, como si te prepararas para algo. En ese sentido Mayo del 68 podía también bascular para ti en un truco extraordinariamente taciturno, que iba a hacer resurgir cosas que habías concebido, sobre las cuales te habías anticipado al 68, y que, finalmente, no eran productivas. Y fue necesario frecuentemente hacerlo parecer: “¡Ah! El amor libre... ¡extraordinario! ¡ah! Los imbéciles tienen más inteligencia que los inteligentes... ¡genial! ¡ah! Las formas de organización antiguas están podridas y no conducen a nada... ¡súper!” Esta simulación no puede durar mucho tiempo.

Entonces, después del 68... dices muchas veces que Deleuze veía más claro que tú, que él era mejor estrategia, que veía una alianza por venir... Pero faltaba que “viniera” bajo la forma de un trabajo con Deleuze u otro, faltaba que llegara. ¡Puesto que llegó! Puesto que el sobresalto del 68, los acontecimientos del 68, han sido apenas un retraso en el encendido... Yo no creo

que sea tu historia personal la que está en juego. Creo que en Francia, el 68 ha jugado un papel increíble de belleza y al mismo tiempo un poco artístico... Se dice siempre “repetición general”, en el sentido en que eso se anticipó a algo que pasaría después. Yo creo al contrario “repetición general” en el sentido de recomenzar durante un mes todo lo que ya ha tenido lugar, en Mayo del 68; montones de gente han expuesto, han mostrado al mundo, a los franceses, al poder, a De Gaulle, etc.: he aquí donde se está, donde están los troskistas, he aquí donde están los “situ”, etc.

Guattari. En las vísperas del 68, tenía el sentimiento de estar parado en una ola, de hacer surf, articulando todo tipo de vectores de inteligencia colectiva. Ruptura con la *Vía Comunista*, con un estilo militante un poco dogmático, un poco estancado... Cuestionamiento progresivo del lacanismo, en todas partes, menos en el plano teórico que en el plano de las prácticas. Cuestionamiento de un cierto estilo de conyugalidad ligado a mi situación en La Borde... Efectivamente, ¡todo esto era muy prometedor!

El 68 fue un momento muy ambiguo... Es verdad que en él había un nivel de entropía muy elevado de la inteligencia colectiva, una especie de mediocridad, y de demagogia... Yo había intentado crear instrumentos de expresión siempre con la misma banda... pero era pesado y los juegos de poder retomaron rápidamente la ventaja con gente como July y Geismat, y el comienzo de esa cosa desastrosa que ha sido la izquierda proletaria –de la que nunca se hablará suficientemente mal, me parece.

Para mí, después del 68, estaban los comités de acción, la alternativa a la psiquiatría, los movimientos feministas, el movimiento homosexual... Esperaba que se prosiguiera una elaboración colectiva, pero comenzó a reinar una especie de prohibición de pensar. Se toma a mal, hoy en día, imaginar la demagogia que reinaba en Vincennes y en todos esos medios: “¿Qué, qué dices? ¡No se comprende nada! ¿Qué significa eso

de emplear palabras complicadas como esa?”. Deleuze era permanentemente interrumpido durante su curso por cretinos inmamables. ¡Un folclor inaudito! Esos son los falsos gastos de la Historia...

El milagro, para mí, fue entonces el encuentro con Deleuze. Eso desató una serie de cosas. ¿Cómo paso? Yo le había explicado mis concepciones relativas a la subjetividad de grupo, todas esas historias de transversalidad, etc.; estaba muy contento, él me aprobaba calurosamente. Y después me decía: “¿Por qué no escribes todo eso?”. A decir verdad, la escritura me eriza siempre un poco, discutir con la gente, hablar, eso está bien; pero escribir... Entonces él me dice: “Se puede hacerlo en conjunto”. Esto era una ambigüedad, durante cierto tiempo, en mi cabeza. Ingenuamente, ese “en conjunto” quería decir: con mis amigos, con mi banda; pero eso no duró mucho tiempo. Rápidamente comprendí que no era cuestión de que fuésemos más de dos. Fue una locura de trabajo que yo no había conocido hasta ese momento. Fue una empresa sabia y prudente, pero también radical y sistemática, de demolición del lacanismo y de todos mis referentes anteriores y un trabajo de depuración de conceptos que había “experimentado” en diferentes campos, pero que no podían tomar su plena extensión porque seguían demasiado atados. Era necesario que hubiera una cierta “desterritorialización” de mi relación con lo social, con La Borde, con la conyugalidad, con el psicoanálisis, con la F.G.E.R.I, para que se pudiera dar todo su alcance a conceptos como, por ejemplo, el de “máquina”... Si no, girarían en campos demasiado restringidos.

El apuntalamiento filosófico y sobre todo el trabajo largo con Deleuze, daban una eficacia nueva a mis primeros comienzos de teorización. Si quieres, es la diferencia entre J.-J. Rousseau quien escribe las pequeñas melodías del *Devin du Village* y J.-S. Bach quien, a partir de algunos ritornelos, escribe *Le Clevecin bien Temperé*.

Butel. Uno de los errores antes no era esperar que, si se tiene el pensamiento, y si se tiene el concepto, ¿se puede inmediatamente verificarlo en las instituciones? Durante toda una época de reuniones, de discusiones, fue una manera de escrutar, prácticamente día a día, los destinos particulares, las aventuras particulares y después el devenir grupo. Y se dirá: “Bueno, sin embargo, se ve quien es X, quien es Y, lo que hacen en este momento; se ve el grupo... esperad, ¿alguien ha olvidado antes apagar las luces en el laboratorio?”. Y se dice: “Oh sí, se ha olvidado nuestro trabajo intelectual, conceptual, nuestras frases, ¿qué da eso en reacción con el grupo, con la gente?”. Entonces se permanece aún una hora o dos para engarzar, para atar, para ver, y se espera algo que no llega nunca. Se espera un efecto, que no puede producirse cuando se está ahí todo el tiempo... Ahora bien, es necesario cuidar los momentos de distracción fantástica para que la gente tome vuelo. Tú dices, por ejemplo, que Deleuze tomó una precaución esencial no sometiendo eso, físicamente, y en consecuencia día a día, a una experimentación colectiva... Yo he tenido siempre la impresión contigo de que existía casi físicamente esta distracción en relación con la trivialidad de los acontecimientos, que hacía esperar de ti algo que estuviera del lado del despegue. Y al mismo tiempo, he visto siempre una especie de vigilancia, que yo llamaría staliniana, que es la de devolver las cosas a una institución.

Guattari. Efectivamente, Deleuze, gentilmente, sin tener un aire de exceso, ha tocado, ha roto un cierto mito grupuscular. La banda es algo que arrastro desde mi infancia en mi imaginario; que las bandas se hayan reformado diferentemente hace parte de la física social, nada se pierde, todo se encuentra, en todas las encrucijadas...

Gracias por el despegue y el vuelo –lo que otros han llamado mi disponibilidad. Creo que he conseguido preservarla por razones casi propias del carácter. De todas maneras eso también tiene aspectos negativos. Toda gestión constructiva está doblada, connigo, de un “de acuerdo, está bien, eso

marcha, es formidable, pero si se lo mutila, no estaría mal, estaría, quizás, aún mejor”. Con, en el fondo, el ritornelo de purificación: “bebe, elimina”. Si tu quieres, tengo la impresión de que pones demasiado el acento sobre una cara, conmigo, de recuperación para los proyectos positivos, por una “buena causa” y que desconoces otra dimensión de sabotaje inconsciente, una especie de pasión por retornar al punto cero.

Butel. No, ese no es el sentido de “recuperación”... Pero, se sabe exactamente dónde está Untel, dónde está el grupo y dónde está uno en relación con lo que se instila en el campo teórico. “Hay una lechuga en el apartamento, se lo sabe puesto que somos nosotros quienes la hemos criado; se cierran todas las puertas y todas las ventanas y se va a encontrarla, ella está ahí...”. Si tú quieres, si hay verdaderamente un pájaro que vuela, no se lo encontrará, detrás de mí...

Te imagino en la historia con Deleuze, decirle: “Vamos a quedarnos aquí para trabajar”; ves que él no está contento, entonces: “nos quedamos en el cuarto de al lado”; hay algo que no va siempre: “nos vamos al cuarto del fondo”; y, finalmente, comprendes de pronto que es mejor dejar el apartamento cerrado, y dentro toda la gente, todas las instituciones, etc., Ir ¡afuera! No “afuera” en el sentido de un gran espacio, sino “afuera” en el sentido en que ahí nadie escucha, ahí nadie analiza la situación... Contigo todo el mundo había esperado, en un momento, hablar y trabajar como si de nada se tratara. Si se trabaja como si de nada se tratara se trabaja mucho más seriamente. En la medida en que había una flexibilidad institucional, una recreación perpetua extraordinaria que ponía en guardia contra las estructuras habituales de trabajo pero que, al mismo tiempo, no producía el trabajo, que no podía producir más que: “Se termina la recreación, sin embargo se aboza”. Ahora bien, tú querías ponerte a trabajar en la recreación. En esto has enriquecido considerablemente la esfera de la recreación, pero era necesario detenerse, volver a clase, etc.

Deleuze, con ese truco mínimo, quizá aún de astucias organizacionales, de historias, sin tener el aire de tocar y de no poner en guardia confraternal, lo ha conseguido. Ahora bien, en una recreación tan rica como aquella alrededor de ti, durante tantos años, hay forzosamente una decepción cuando dices: “Volvamos a clase” –Sobre todo cuando dices: “¡Entro a clase, con lo nuevo, y ustedes, permanezcan afuera jugando...! Es verdad, me importa un carajo”; salvo que en esos casos hay mucha gente que dirá: “Yo también, voy a buscar un salón, voy a ponerme a atar, engarzar...”. Si verdaderamente has trabajado durante estos años no puedes ya analizar la situación...

Guattari. Hay en mí una potencia de desapego, de la cual soy el espectador. Para mí, hay gente que se enciende, centellea y después se apaga, y se apaga a tal punto que olvido el nombre de la persona en cuestión... Y después en otro momento, todo está ahí, nunca ha cambiado...

Butel. En esta historia hay dos caras. Sobre el plano positivo, corresponde a un estado de ensueño. Por ejemplo, se puede pensar que a la gente, si se la ha abandonado, puede estar allí de nuevo. Eso no es, en realidad, lo que la especie humana llama las rupturas (el escándalo habitual del divorcio etc.); pueden estar ahí de nuevo, cinco años, diez años más tarde... No importa que ya no se amen, recomienzan. Es algo que va mucho más contra el horror habitual, poder recomenzar.

Nadie dice nunca: “Ah!, bueno, has matado a tu primera mujer, y después has matado a la segunda, y después...”; es la ley misma de la vida, no se puede estar aterrorizado, nos decimos que es evidente, que es necesario progresar, continuar viviendo...

Entonces, algo de legítimo. Pero el sentimiento, por todas partes, juega un papel más inteligente que en la vida... como si en ese mundo hostil hubiese que continuar, y entonces se continúa, con las fuerzas que se tienen; es la jungla... quien me ama me sigue; o quien es capaz de seguirme me sigue... son al

menos los tiranos quienes hacen eso, el rey Lear o Stalin, ese apreciado precursor espantoso.

Yo me pregunto si no es también, en últimas, desconocer las facultades de adormecimiento, los apagones increíbles que tienen lugar en la vida, con la gente, esos apagones que hacen que la gente deje de emitir bruscamente, deje de parpadear...

Guattari. Yo no me había dado cuenta de la importancia, en el seno de las relaciones de trabajo, de los efectos de transferencia y la mierda que eso podía desencadenar. Yo tenía la libertad de tomar mis distancias, pero ellos no la tenían siempre. Se comprende en las relaciones amorosas... Creo que el problema no es que la gente deje de centellear demasiado...

Butel. No es la gente quien emite los parpadeos, ninguno de ellos, *a priori*, emite, pero... por ejemplo, un proyecto circula y después hace parpadear. Tú te encuentras ahí, están los grupos, los individuos, también los momentos históricos... tú pasas al lado de alguien y... eso parpadea. Si continúas circulando, si el proceso continuara, si el fluido continuara, es que de manera extremadamente desviada, inesperada, ¿esa gente o esas instituciones no re-emitarán? De una manera general, lo que tú dices sobre el duelo muestra que es una oportunidad extraordinaria. Al mismo tiempo, no hay una pérdida increíble en quien podría remediar, ahora en los años venideros, una inteligencia nueva... ¿Es necesario que eso circule en los lugares completamente muertos? ¿Basta que eso circule ahí donde funciona? ¿No se tiene necesidad de gente completamente muerta, sin reacción...?

Guattari. Mi funcionamiento permanece mucho más próximo al de los niños de los que Freud dice que no se pueden representar la muerte de alguien. Es así, se apaga. Para mí, la mayor parte de la gente está muerta; no están muertos, no existen, no han existido. Estoy en posición de eslabón intermediario, nunca en posición de definir una finalidad, una espera, una pregunta. Una posición muy pasiva.

Butel. Sobre Coluche, a quien encuentro verdaderamente genial, me pregunto cómo sale, aparte del hecho de que Mitterrand haya ganado.

Guattari. Coluche es un autodidacta. Por una parte, totalmente seguro de sí mismo, una seguridad extraordinaria, una rapidez de comprensión de las situaciones, una virtuosidad de expresión excepcional; es como los bailarines Buto japoneses, coge las cosas aún antes de que hayan tenido tiempo de tomar cuerpo en la cabeza de la gente; está en todas partes a la vez, en todas las posibilidades del lenguaje. Y, al mismo tiempo, es de una fragilidad total, es decir, desprovisto frente al adversario intelectual, frente al periodismo... Lo que hace que el esfuerzo intelectual que se le aportó, en 1981, fuera a la vez muy precioso para él y muy embarazoso... Estaba, de un solo golpe, focalizada sobre un individuo, toda la peligrosidad de la mirada pública, como si se concentrara un rayo de sol para quemarlo todo. Creo que Coluche es lo que ha llegado a ser. En tanto él no exponía más que su máscara de clan, podía manejarlo, con gran virtuosidad; esa máscara era como de espejuelos. Solamente cuando no era la máscara lo que ofrecía, sino su fragilidad, su precariedad, quizá aún una personalidad un poco psicótica, entonces ahí... Y es formidable que se esté recuperando con sus películas...

Yo vuelvo siempre a esa idea de las tiradas de probabilidades raras. La propulsión de singularidad resulta siempre de un pequeño milagro de encuentros que puede desembocar en transformaciones que no son ya singulares porque pueden envolver el planeta entero... Ciertos acontecimientos, tanto los más comunes como los más geniales, deben llegar estadísticamente. 1968 reveló una tirada de este orden. Es idiota pensar que el 68 tuvo lugar porque había una presión de algo... presión de las masas, ¡qué chiste! Presión de nada... Hubo un andamiaje semiótico de gran rareza que desencadenó una reacción en cadena extraordinaria. Pero ninguna imagen energética, termodinámica, permite dar cuenta

de eso. Coluche es parecido, es una tirada excepcional. En los dos casos, el del 68 y el de Coluche, el efecto ha implosionado, los componentes se han disociado, después, en reacción, todo el contexto se organiza para prevenirse contra el retorno de un truco parecido. Actualmente, se intenta establecer una conjunción: “Alternativa 86”, entre los Verdes, la extrema izquierda, los alternativos, etc. Habría que encontrar una sigla milagrosa, un trazo, una astucia para conjurar las enfermedades grupusculares, la desconfianza, toda una tradición de fracaso. Hay en Francia entre un 10 y un 12% de personas que no quieren más el sistema político actual, que no quieren más la banda de los cuatro, que quieren, sin embargo, la banda de los cinco que aspiran a instaurar otro modo de democracia local, otro modo de concertación, otro modo de articulación entre la vida cotidiana, los problemas sindicales, los problemas del tercer mundo, los problemas del medio ambiente y, en fin, que quisieran que llegemos a desarrollar grandes perspectivas para transformar el planeta...

Butel. Yo he hecho siempre un elogio de lo que se llama la mayoría silenciosa. Creo que se está en igualdad de oportunidades, con el poder, para tocar esta mayoría silenciosa; es decir, que De Gaulle puede tocarla, y Coluche puede agujonearla... lo que hace exitosa a Duras es decirse: se es supersofisticado, se es superliterario, increíblemente complejo, entonces se padece de la inteligencia común y se está del todo en lo popular. Estoy persuadido de que, para Coluche, había gente de la gran burguesía que estaba totalmente de acuerdo, los gaullistas de tradición, los diplomáticos que no sólo se entretenían... y, aún más, el choque de las culturas, el choque de la vulgaridad. De Gaulle también era vulgar y eso complacía... Tengo la impresión de que se sabe que hay un gran túnel de no-sentido. Es como en un cuento de niños, que me ha marcado mucho: toda una serie de pruebas y después, en un momento, se abre una puerta, ahí, doscientos cocodrilos que duermen y que separan al niño de la puerta de atrás; camina sobre el primer cocodrilo y, en ese instante, el que está al otro lado abre un ojo... Tú dices: necesita llegar a encontrar el

catalizador. Yo, yo diría: hay que llegar a encontrar la clase de túnel increíble que enfada a todo el mundo fácilmente al mismo tiempo. Hay que encontrar ese pasaje por lo obscuro, en lo negro; cuando se llegue al otro lado, cuando la luz se avive, habrá desconocidos cerca de nosotros...

Entonces, yo me pregunto si no es necesario ir más lejos. Si Alternativa 86 llegaba justo, estoy seguro de que habría gaullistas.

Guattari. La gente de la escuela libre.

Butel. Hay una geografía absolutamente nueva. Pero la desgracia es que si se la nombra en voz alta, la gente se va del recinto: Krivine dice: “Escuche, yo iría en cinco años...” y si dices a los Verdes: “Hay mucha gente que conozco, son muy simpáticos, pero están en lo nuclear”, dirán “ciao...”.

Guattari. Los hay en el P.S., en el C.E.R.E.S., los hay que son radicales de izquierda, sí seguramente...

Butel. Entonces, justamente, ¿cuál es el factor de tracción, si eso escapa a lo programático?

Guattari. Si se escapa a lo programático es que fabrica lo que yo llamo una endoreferencia y entraña una producción de subjetividad antes de que esa subjetividad tenga conciencia de sí misma. Lo que se vivió en el 68: una subjetividad haciéndose antes de haber tenido tiempo de realizar lo que sea.

Amo la imagen de la bestia adormecida... una masa está totalmente adormecida, totalmente infantilizada por los *media*. Pero cuando emerge una singularidad que la despierta, se transforma en un medio altamente receptivo. Y los políticos, los intelectuales son los últimos en acceder a esta receptividad. Esos trazos de singularidad, esa arbitrariedad de signos, de sonidos, son inmediatamente percibidos, recibidos como algo que está produciendo otra subjetividad, particularmente rica

porque ella se jode, simplemente... ¡Es como cuando el rock comienza a hacer serios estragos en la U.R.S.S. o en China!

Butel. Creo que esta fantástica espera en la gente es igual en política y en arte...

La espera... uno se burla siempre de las multitudes en delirio, de las multitudes que esperan... En Mayo del 68 todo el mundo esperaba; pero yo encontraba indecente mofarse puesto que hay un deseo extraordinario. Por ejemplo, Godard, ¿por qué la gente permanece escuchándolo?

Hay una espera estática... hay una cualidad de atención, de espera pareja hacia Godard o hacia lo que dice tal o cual filósofo y los Rollings Stones; porque lo que está consumado no es el arte, es un cuestionamiento político increíble... La atención que alcanza al pensamiento y al arte, estoy persuadido de que, de una cierta manera, excede las posibilidades actuales del pensamiento o del arte. Se pide demasiado. Porque hay una fantástica decepción sobre el plano político, sobre el plano de todo lo que es la trama de la vida. Por ejemplo, no se atienden las relaciones familiares, sentimentales, sexuales, etc. No se puede nunca llamar al socorro de una institución cualquiera que ella sea, una organización política, nadie cree en eso, no hay nada ahí... los analistas están desacreditados... pero escucho gente hablarme de Deleuze o de Foucault de manera de hecho anormal... te dices: "¿Qué esperan?". Ellos esperan una solución política... No se arriesgan a tener una solución política que no sea sentimental, que no esté ligada al arte. No creo que en Occidente se pueda satisfacer la espera... eso es. Hacer política: no se necesita estar en la exigencia normal, en la exigencia antecedente; hay que responder a un cerco que es de naturaleza horrorosa... no es necesario estar en la Liga Comunista o en los Verdes, son tan esperados que nadie los espera, es necesario algo mágico. Y eso, en Occidente... es también una exigencia de ser dichoso psíquicamente, una cierta sensualidad no satisfecha. Sería necesaria una especie de euforia, de certidumbre de que es vivible, creo que eso estará

ligado a algo estético, del orden de la belleza. No hay ninguna oportunidad para la política, ninguna oportunidad... fuera de la belleza.

Guattari. La crisis está también ligada a la devastación de antiguos sectores de la producción. 20 millones de parados en Europa o más, pero en realidad, centenas de millones sobre el planeta. Los del Tercer Mundo que no están registrados, ¿no son igualmente parados? No se plantea el problema de saber si podrán trabajar; ellos no existen, no están registrados sobre el enrejado económico.

Las economías del Tercer Mundo están desvastadas, una gran parte de la de los países desarrollados también. ¿Qué hay que hacer...? Sólo la producción de un nuevo tipo de relaciones sociales será capaz de reconstruir territorios colectivos viables. No es un problema marginal, utópico, etc. Me asombra que eso no salte a los ojos... Mitterrand después de cuatro años, qué ha hecho, no digo para resolver los problemas, sino para pensarlos, para hablar.

¿Qué se hace sobre el planeta cuando se es etíope? Se plantean los problemas sobre la educación, muy bien... ese cretino de Chevènement proclama que los niños deben aprender La Marsellesa... la educación cívica... ¡Ese es el Ministerio de Educación Nacional del Gobierno socialista!

Butel. Hay una manera de impedir la estupefacción que es el humor. Eso me había conmovido de *Libé*, ese tratamiento de hechos diversos... Todo lo que es minoritario es tratado como minoritario y no se detiene ante nada, justamente bajo la forma del humor. La pobreza tiene aún más mala prensa: y finalmente, todo es risible. No son los incidentes los risibles, es el hecho de ser minoritario. De todas maneras, vosotros sois minoritarios... Vosotros sois afganos... Y bueno, uno se divierte con los parados que se suicidan... Hay una especie de ironía, que ya no se señala, que no se señala en el texto porque se está cansando. Hay una ironía íntima: dejar hacer los pro, de todas maneras eso

no cambiará... Vendrá el día en que te dirás si es mejor Barré o Chirac –porque ellos no hablan de la izquierda, esto es: quién es el menos hijueputa en la derecha... Entonces el humor es algo salvador en una perspectiva de sobrevivencia, mientras aquí reina la censura gracias a él.

Como decía, es necesario hacer un movimiento contra la modernidad, pienso que es necesario hacer un movimiento para decir: “Lo hacen muchos, me lamento, es serio...”. Duras me contaba que se había encontrado con Badinter... Una historia que pasó año y medio: los empleados cortan el agua a una pareja con dos niños; la mujer va a la taberna a pedir agua, nadie quiere darle, ni el patrón ni los consumidores. Ella entra, toma un chico, su marido toma al otro y van a acostarse sobre los rieles del T.G.V.: cuatro muertos... Lo que encuentro admirable de su parte, en Duras, es que ha ido a ver a Badinter; le ha dicho: “Para mí, hay un deber de desobediencia civil... Usted no va a decirme que los alemanes, en la época del nazismo, habrían dudado en desobedecer y que no hay aquí una ley más fuerte que la ley... Los empleados que vienen a cortar el agua tienen un deber de desobediencia civil; hay que rehacer el Código, y hay que admitirlo”. Encuentro en esto una idea subversiva y magnífica. Me digo: es necesario que se lance una campaña sobre el asunto, donde la gente tuviera cosas que decir... es muy importante, políticamente, decir: “Eso es serio”. Justamente, decir de una vez: tomemos las cosas en serio.

Guattari. Si uno se pregunta: ¿Qué hace aquel? ¿Qué es ese eclecticismo?: psicoanálisis, filo, política, todo eso... Si leo esta interrogación en ciertas miradas impacientes, he aquí lo que voy a responder, partiendo de lo que ha sido toda mi vida.

Cuando era niño, estaba, si puedo decirlo, en pedazos, un poco con atisbos esquizos, en verdad. Entonces he pasado años y años intentando volver a re-unirme. Mi único truco para volver a unirme era arrastrar trozos de realidades diferentes.

He vivido en una especie de sueño mi relación con mi familia –una pequeña burguesía no muy desagradable, pero aún cuando...– mis estudios muy solitarios, apartando los fenómenos de banda, rotos por la autoridad. Y después me intereso por la poesía, la filosofía, estoy rodeado de actividades sociales y políticas. He cambiado frecuentemente de estilo, de preocupaciones, de personaje. Al punto que, en mi familia, se me llamaba Pierre y Félix en mis otros mundos.

He terminado –he terminado es mucho decir–, he comenzado a re-unirme un poco solamente hacia la cuarentena, por un trabajo con un amigo que tuvo la capacidad de tomar en cuenta todas mis dimensiones.

Desde tan joven como lo recuerdo, he tenido la preocupación de articular esos niveles diferentes que me fascinaban: filosofía de las ciencias, lógica, biología, los primeros trabajos cibernéticos, militatismo. Con otra dimensión, para colmo, que me saltaba literalmente a la garganta: la crisis de angustia horrorosa, un sentimiento de pérdida existencial irremediable.

Y después tuve golpes de suerte, hice encuentros dichosos. El de Jean Oury, quien me hizo establecerme en un lugar de trabajo y de vida, en la Clínica de La Borde, experiencia innovadora en la encrucijada de la psiquiatría y del psicoanálisis. El de Lacan quien, durante los primeros años en que lo conocí, tuvo conmigo una relación atenta y aún amistosa. Hasta el día en que se echó a perder, en particular con la irrupción de ese personaje que no quisiera calificar, Jacques Alain Miller, y de su grupo de la calle Ulm, quienes establecieron una especie de simbiosis monstruosa entre el maoísmo y el lacanismo.

Mucha suerte entonces, que me ha ahorrado todo tipo de vías muertas. La neurosis primero, o la psicosis, quizá. La

profesionalización “psi”*, de la que tantos tipos inteligentes no han salido nunca. Enseguida la vía militante. Y en fin, puede parecer raro, la periferia: ese universo de mi niñez, que adoro, pero que es frecuentemente, a pesar de todo, culturalmente una vía muerta.

Este es un primer nivel descriptivo. El otro, saliendo de una elección. Toda una concepción de la cultura, y no solamente de la cultura burguesa, implica asumir una especie de castración en el aspecto de los sueños locos de la infancia y de la adolescencia y aceptar limitarse a un campo de competencias para desarrollarse al máximo. Comprendo todo eso muy bien, pero no es para mí. A tal punto que he llegado a definirme como el especialista, siguiendo un término que he forjado, de la transversalidad, es decir, de elementos inconscientes que trabajan secretamente especialidades cualesquiera muy heterogéneas.

Actualmente, por ejemplo, paso mucho tiempo con los ecologistas, los alternativos, los viejos maos y no sé quien más, para intentar hacer un reagrupamiento en vista de las elecciones de 1986. Y después continué mis historias de esquizoanálisis. Y, en el intervalo, viajo mucho.

Un tipo normalmente constituido no resistiría esta especie de empresa de desorganización sistemática. Sin embargo, la reivindicó. Para mí, ¡no para los otros! Por la razón de que yo sólo puedo validar una idea –más que una idea, lo que llamo una máquina concreta– a condición de que pueda atravesar órdenes diferentes. Mis ideas sobre el psicoanálisis no me interesan sino que me sirven para comprender qué tipo de mierda se encuentra, no sólo en la vida personal, sino también en las instituciones y grupúsculos, quiero decir, en las relaciones de poder y todas esas máquinas.

E inversamente, considero que si no se es capaz de aprehender las dificultades personales de alguien a la luz de sus

* Abreviatura para *psicoanalista* [N. del T.].

inversiones sociales y de la subjetividad colectiva en la cual participa, eso no puede funcionar.

Dicho de otra manera, mi problema es el de extraer los elementos de un dominio y transferirlos a otros campos de aplicación. Con el riesgo, seguramente, de que fracase nueve veces sobre diez, de que desemboque en una farfulla teórica. Eso no tiene aire de nada, pero las transferencias conceptuales, de la filo al psicoanálisis, no son del todo evidentes. Lacan, en ese dominio, aparece como una especie de virtuoso pero, a pesar de las apariencias, tiene bastantes insuficiencias a nivel filosófico y eso nos ha valido una visión reduccionista aún más del dominio psicoanalítico.

Sin hacer una receta, es un poco a partir de mi propio modo de funcionamiento que he intentado modificar mi práctica analítica. Para mí, la interpretación no es más que el manejo de una clave significativa que resolvería no sé cual “mathema” del inconsciente. Es primeramente en el trabajo de localización de los diversos sistemas de referencia propios a la persona, a quien se coloca frente a sí, con su problema familiar, conyugal profesional o estético, ¡poco importa! Trabajo porque esos sistemas están ahí, frente a usted, pero no en colección ordenada. Les faltarían sus articulaciones funcionales, que llamo “componentes de paso”, que hacen emerger repentinamente otras coordenadas de existencia y permiten encontrar una salida. Los lapsus, los actos fallidos, los síntomas son como los pájaros que picotean en la ventana. No se trata de “interpretar(los)”. Se trata más bien de reparar su trayectoria para ver si pueden servir de indicadores de nuevos universos de referencia susceptibles de adquirir una consistencia suficiente para dar la vuelta a una situación.

Tomo un ejemplo personal. Considero la poesía como uno de los componentes más importantes de la existencia humana, menos como valor que como elemento funcional. Se debería prescribir poesía como se hace con las vitaminas: “Atención mi viejo, a vuestra edad, si no tomas poesía, eso no va a

marchar...”. Y sin embargo, por importante que sea la poesía para mí, llevo muy raramente a leer o escribir un poema. No es que no vea ocasiones para hacerlo, pero se me deslizan entre los dedos y me digo: esto está mal hecho. La música igualmente: es también fundamental, pero algunas veces me olvido durante semanas de que existe.

Es un poco en función de eso que llevo a cabo mis estrategias. Cómo hacer en tal contexto, con tal tipo o tal grupo, para que la gente tenga una relación creadora con la situación en cuestión, tanto como un músico con su música o un pintor con su pintura. Una cura sería como construir una obra de arte, salvo que faltaría inventar, para la misma ocasión, y cada vez, la forma de arte.

Me es necesario volver atrás. Mi análisis con Lacan duró alrededor de siete años, y en el momento en que me convertí en un analista, miembro de la Escuela freudiana en 1969, descubrí poco a poco la otra cara del mito analítico. Me encontré con una treintena de pacientes y debo reconocer que guardo un recuerdo de pesadilla. Todo ese racimo humano con sus demandas permanentes, sus problemas aglutinados en dramas frente a los cuales yo simplemente desfallecía. Y después, las cuestiones del dinero, las vacaciones, el embotellamiento de los retornos... Y cada vez que me pronunciaba sobre algo, entonces seguramente eso quería decir que yo sabía mucho. ¡Tú hablas! ¿A quién estaba arruinando? Al gurú, a pesar de él... realmente un tema de Vaudeville. Tenía ganas de dar alaridos: pero entonces hice las paces conmigo. Y un día abandoné a todo el mundo y desaparecí durante un año.

Y después me dije: no porque escriba libracos para criticar al psicoanálisis se van a resolver los problemas de tipos totalmente perdidos. Pero al menos servirá para salvaguardar una práctica analítica, refundarla. Partí entonces de cero para llegar a la posición que es hoy la mía, mucho más tranquila, una gran soltura, una especie de gracia.

Hoy, cuando alguien emprende un análisis conmigo, le explico que es primordial que eso marche. La regla, de los dos lados, es que uno pueda detenerse en todo momento. Cada retorno pone en cuestión el siguiente. Rehusó entonces totalmente el sistema del gurú condenado a lograr hazañas terapéuticas. Lo que me interesa es el agenciamiento colectivo de semiotización. Y es en ese sentido que puedo decir que eso funciona, puesto que si no funciona, se detiene inmediatamente...

¿Y la angustia, la angustia que ha pesado de tal manera sobre mis años de juventud? Bien, he percibido sin embargo que la manejo un poco casi como los otros adultos, usando y malusando todo tipo de prácticas de infantilización aún más pueriles que las de los niños. Los adultos están tan presos en sus asuntos que, cuanto más se acercan a la muerte, menos la ven llegar. Mientras que los niños, menos armados de esos sistemas de defensa, mantienen en este aspecto muchas veces una relación de extrema lucidez.

Tengo a veces esta imagen: me deslizo sobre una tabla, encima de un abismo absoluto, y me digo: ¿Pero qué pasa, qué significa todo este truco, cómo hace para continuar aún? ¿Quién de nosotros no ha tropezado con tales evidencias? Pero enseguida uno es cogido, propulsado dentro de los dispositivos de comportamiento teleguiado, preso en las urgencias, las apuestas, el juego. Como en la ruleta o en el póker: aún muerto de fatiga, se continúa obligado a combatir con una vitalidad sorprendente.

A los políticos, su infantilismo, su puerilidad los mantiene con vida, y también los mantiene en una cierta güevonada en relación con la vida. ¡Y no es necesario que eso se detenga! Las vacaciones, eso puede ser peligroso, o una crisis amorosa, o un dolor de muelas insoportable.

Es evidente que todo está en suspenso sobre ese mismo abismo, aún si se dispone de medios diferentes para rehusarse a

verlo. Se está merced de este estupor que nos toma por la garganta y nos asfixia literalmente. Uno se parece entonces a Swann, loco a medias después de su separación con Odette, y que huía como de la peste de todas las palabras susceptibles de evocar, aún indirectamente, su existencia.

Porque cada uno permanece enganchado a sus andamiajes semióticos puede continuar caminando en la calle, levantarse, hacer lo que se espera de cada uno. Si no, todo se detiene, uno tiene ganas de darse contra los muros. No es evidente tener el gusto de vivir, de empeñarse, de olvidarse. Hay una potencia extraordinaria del “¡ah, qué bueno!” Es más fuerte que Luís XV y su “después de mí el diluvio”. ¿Vale la pena continuar, retomar los legados de las generaciones anteriores, hacer girar la máquina, tener chiquillos, hacer ciencia, literatura, arte? ¿Por qué no reventar, dejar todo de plano? ¡Es una pregunta! Se está siempre en el límite del hundimiento...

La respuesta es, seguramente, a la vez personal y colectiva. Uno no puede mantenerse en la vida más que sobre una velocidad adquirida. La subjetividad tiene necesidad de movimientos, de vectores portadores, de ritmos, de ritornelos que golpean los tiempos para arrastrarlos. Los factores más singulares, los más personales están obligados a componerse con las dimensiones sociales y colectivas. Cuánta tontería hay en imaginar una psicogénesis independiente de las determinaciones contextuales. Es, sin embargo lo que hacen los psicólogos, los psicoanalistas.

Una pequeña receta de pasada. Un tipo que me hizo ir de culo, cuando tenía veinte años y que era también una pelota es Oury. En muchas consultas le había explicado largamente mis crisis de angustia sin que eso pareciera conmoverlo, hasta que un día me da esta respuesta al estilo zen: “¿Eso te da en la noche en tu cama, antes de dormirte? ¿Sobre cual lado duermes? ¿El derecho? Pues bien, ¡no tienes más que girar del otro lado!”.

Eso es, algunas veces, el análisis: basta voltearse. Habría que encontrar la humildad de los primeros tiempos de la Iglesia y decir: “Tanto peor, eso no es nada. *Inch Allah...*”. ¡Es un poco elemental! Seguramente, eso no puede decirse de cualquier manera. Es necesario tener al alcance de la mano las pastillas semióticas adecuadas. Precisamente esos pequeños índices que hacen bascular las significaciones, que le dan una inclinación as-significante y que permiten, sobre la marcha, que eso se juegue en el humor, la sorpresa. El tipo drogado con un revolver en la mano y a quien tú preguntas: “¿Usted no haría de difunto?”.

Entonces el instante entra en fusión con el mundo. En ese registro se encontraría la categoría poética de los performances, la música de John Cage, las rupturas zen, poco importa como se lo llame. Pero eso no se adquiere. Es necesario aprender a hacer malabares. Hacer gamas. Se adquiere una cierta maestría en ciertas situaciones, no en otras, y eso cambia con las edades, etc.

Una de las mayores güevonadas del mito psicoanalítico es pensar que porque has pasado diez años sobre el diván eres más fuerte que los otros. No del todo, ¡eso no tiene nada que ver! Un análisis debería simplemente darte un “más” de virtuosidad, como un pianista, para ciertas dificultades. Es decir, más de disponibilidad, de humor, de apertura para saltar de una gama de referencia a otra...

Entonces, decía, para continuar viviendo es necesario satelizar sobre órbitas portadoras. Shakespeare, no se sabe nada sobre él, pero era evidente que tenía un entorno “portador”: Vamos, es ahora necesario tu último acto, enseguida. ¿Estás deprimido? No se tiene nada de ridículo, se espera...

Hoy, en relación con eso, se está al borde de un agujero negro de la Historia. Ya sea que pienses algo o no pienses nada, sobre todo si estás en Francia, eso no tiene importancia. Se es estúpido, todo el mundo es estúpido. Lo curioso es que, en lugar de adherirse a sus intereses más inmediatos, haya tipos

que quieran cambiar la sociedad. Lo social, se sabe, ya no interesa a nadie, la política es una engañifa. Seguramente que no se exagera. Seguramente se está preparando una sacra serie negra. Porque no es posible que haya una tal acumulación de tontería, de cobardía, de mala fe, de mala intención sin que tenga consecuencias. De un momento a otro eso va a cristalizar sobre un modo heroico, eso no va a faltar. Se puede hacer algo mejor que Le Pen, ustedes verán...

Porque, ¡atención! Si ustedes creen que Le Pen es una simple resurgencia de un arcaísmo lamentable, ¡se engañan gravemente!... Mucho más que un poujadismo que retorna, Le Pen es también una pasión colectiva que se busca, una máquina de goce rencoroso que fascina inclusive a aquellos a quienes produce ganas de vomitar. Contentarse con hablar de neofascismo puede prestarse a confusión. En efecto, se piensa enseguida en las imaginerías del Frente Popular, olvidándose que Le Pen se ha nutrido también de todo un conservatismo de izquierda, de todo un corporativismo sindical, de un brutal rechazo a asumir las cuestiones de la inmigración, el desclasamiento sistemático de toda una parte de la juventud, etc. Ese fascismo no basta referirlo al pasado porque, de hecho, él busca en dirección al futuro. Le Pen no es más que una cabeza buscadora, un balón de ensayo hacia otras fórmulas que arriesgan ser más espantosas.

Uno debe resignarse, la economía del deseo colectivo marcha en los dos sentidos: del lado de los procesos de transformación y de liberación, y del lado de las voluntades de poder paranoicas. Desde ese punto de vista, es claro que la izquierda, con su cabeza socialista, no ha comprendido nada. Miremos cómo proceden con el movimiento "S.O.S. Racismo", imaginan que con su millón de insignias han cambiado algo. No han pensado en preguntarle su opinión a los principales interesados. ¿Acaso en el terreno de las prácticas sociales, en los barrios, en las fábricas, algo cambió con esta campaña de pub? Por mi parte conozco algunos *beurs*⁵ que comienzan a

⁵ Personas nacidas en Francia de padres magrebinos inmigrados.

sentir sobre su cabeza ese paternalismo-fraternalismo de un nuevo género: “De entrada, ¡yo no soy tu amiguito!” Y algunos añaden: “no busques... perjudicarme con rosas”. Las pobres rosas totalmente marchitas después de 1981. No niego los aspectos positivos de esta campaña, pero estamos aún muy lejos.

Se vive verdaderamente un período donde la pasión de la existencia está cortocircuitada por la inmersión de los individuos en una red de relaciones de dependencia cada vez más infantilizante. Esto corresponde a un cierto uso de las máquinas de producción, de los instrumentos mediáticos, de los equipamientos de la vida social y de las instituciones de existencia. Uso que consiste en capitalizar la subjetividad humana para que se discipline y se consagre a hacer durar el viejo orden social, de jerarquías cualesquiera heredadas de la Edad Media. Es idiota, ¡pero es así!

Lo que hay de milagroso con este nuevo capitalismo, que se encuentra igualmente en el Oeste y en el Este, es que haya llegado a que sus valores, sus sistemas de sensibilidad insípidos, sus concepciones del mundo completamente chatas, sean interiorizadas, asumidas consciente e inconscientemente por un máximo de gente. Eso crea todo este ambiente salobre que se esparce un poco por todas partes y este ascenso masivo y repugnante de religiosidad.

Siendo así, sus mismos sistemas maquínicos pueden ser girados, desviados. Es lo que pasa cuando surge una línea de fuga creadora, que puede nacer a un nivel muy molecular y convertirse en una bola de nieve. ¡Se puede imaginar, por qué no, grandes recreaciones del mundo!...

Pero, entretanto, es la empresa de infantilización la que está tomando inmensas proporciones. Ha devenido verdaderamente la empresa número uno, la industria de punta. Yo, de una manera que espero humorística, veo la historia de la subjetividad humana como la de una formidable sucesión de

volteretas y caídas. En relación con nosotros, las sociedades neolíticas, seguramente, eran más ricas, extraordinariamente capaces de percibir las cosas del cosmos, de la poesía. Los trazos en Lascaux, las inscripciones sobre el cuerpo, la danza, ¡fabuloso!...

No estoy predicando el buen salvaje. Pero me parece que la crueldad de las relaciones en las sociedades llamadas arcaicas impedía al menos que pudiera desplegarse esta especie de sopa imposible y calamitosa en la cual nosotros chapoteamos, esta pérdida de todo tema de exaltación creadora. El último gran héroe en Francia es De Gaulle. ¡Es decir! Pues... sería necesario verdaderamente no mirarlo demasiado de cerca. Hay un cierto aspecto chabacano en el personaje.

Y, sin embargo, es cada vez peor. Los nuevos héroes son gente como Raymond Barré, los superlamentables, o Reagan, un cretino. El emperador de la China aseguraba por sus gestos rituales la estabilidad del cosmos. Si hacía un falso movimiento alteraba los astros. Mientras que Reagan puede hacer todas las torpezas que quiera, decir las peores güevonadas, que va a oprimir el botón, que va a desaparecer a los rusos, a desencadenar el Apocalipsis, eso apenas hace sonreír...

Cuando uno desvía su cabeza por un instante y se aleja de las representaciones mediáticas de la política para mirar lo que pasa sobre el teatro de los afectos, de quienes no quieren saber nada, que no hacen más que seguir los gestos, el movimiento de labios, las muecas, las desgracias de los cuerpos, entonces se descubre que, la mayor parte del tiempo, los campeones de la libertad son tan nulos como los otros, los defensores del conservatismo. Y cuando esta ronda se pone en marcha al nivel más bajo, "*grassroot*", a ras de las margaritas, entonces se entra quizá en un procedimiento posible de validación de las prácticas sociales moleculares.

Como un pintor que se desprende de su visión "a primera vista" para asir los elementos de localización que constituyeron

la verdadera trama de su tela. Es sombrío, es cercano, es cálido, es granuloso, eso termina hacia la lejanía... Con la política es igual. Marcháis, ¡cómo es de güevón! Le Pen es del mismo género, pero mejor trabajado, más terminado. Pero es el mismo escalofrío de infamia, de perversidad, como se diría en otra época.

Cuando se los mira, es el sentimiento de su propio olor lo que se afirma. En el fondo, es también así como se es; es así como uno se delimita. Con nosotros está también esa güevonada. Con sus boinas o sus gorras, sus pies sucios, uno percibe que se adhieren a la piel. ¿Cómo vas a conseguir que aquellas gentes quieran los hornos crematorios? ¡Es demasiado wagneriano para ellos! No, ellos desean simplemente limpiar las alamedas de sus huertillas. Cuando le dan dinero a los inmigrados y que se larguen al campo. Que vayan a reventar por todas partes, ¡no es nuestro problema! El Tercer Mundo, el hambre, ¡eso no nos concierne! El Tercer Mundo, el hambre, todas esas fotos de chiquillos, como de muñecos de cera, finalmente es propaganda; eso nos molesta, entonces, ¿quien tiene tiempo para eso?, es ya tan complicado para nosotros, ¿no es verdad?

He aquí el “teatro de la crueldad” sobre el cual nosotros deberemos aprender todo lo que hay de calamitoso, ahí, frente a nosotros y también alrededor y aún detrás. Es a través de la cartografía de ese género de formaciones subjetivas que se puede esperar desmarcar inversiones libidinales dominantes.

He sido muy golpeado por el progreso de imágenes intervenidas en el montaje de Fabius. Es verdad que el bien educado, el primero de la clase, el tecnócrata y el gran burgués están ya muy arriba en la bolsa de los sondeos. Giscard tampoco está mal en ese género. Pero, con su aire aristo, exagera un poco. ¡Sin hablar de su bella mujer! Rocard, sí, evidentemente, solamente su pitorreo comienza un poco a hacer época. Fabius, como no tiene gran cosa que decir, no lo hace. ¡Eso tranquiliza! Simone Weil, he aquí alguien que habría

podido hacerlo de maravilla. Pero ella es judía, entonces es un poco complicado. Y después, no habría dudado en comprometerse con Chirac...

Y sin embargo, paralelamente a este empobrecimiento continuo de los individuos en tanto que productores de subjetividad singular, se asiste a una expansión absolutamente fabulosa del filum maquínico, es decir, a todos esos procesos de selección, de eliminación, de engendramiento de máquinas las unas a través de las otras, y que no cesa de hacer emerger nuevas potencialidades tanto científicas como técnicas y artísticas. De un lado, entonces, hay infantilización de las producciones de subjetividad, con binarización reforzada de mensajes, uniformización, unidimensionalización de las relaciones del mundo, y del otro, expansión de otras funciones no denotativas del lenguaje: composiciones de ritmos, montaje inédito de relaciones en el mundo.

Desde siempre he estado excitado por el enredo del tema de la ciencia sin conciencia: “estaría bien si se llegara a poner un pequeño suplemento de alma en la ciencia y la técnica”, y todo eso... Tontería, puesto que es a partir de esta misma subjetividad que va en el sentido de una degeneración irreversible, acelerada, que los sistemas maquínicos están al menos destinados a tomar su vuelo. Y pues, ¿no es un poco idiota esperar mejorar esta especie humana, que es una de las más vulgares, malintencionadas, agresivas que haya? A mí las máquinas no me dan miedo mientras ensanchen la percepción y multipliquen los comportamientos humanos. Lo que me inquieta es cuando se intenta devolverlas al nivel de la estupidez humana.

Yo no soy un posmoderno. No pienso que los procesos científicos y tecnológicos deban necesariamente acompañarse de una esquizia oculta en relación con los valores del deseo, de la creación. Pienso, por el contrario, que es necesario usar las máquinas, todas las máquinas, concretas y abstractas, para

hacer algo más que revolucionar el mundo, para recrearlo de cabo a rabo.

No es verdad lo que dicen los estructuralistas: no son los hechos del lenguaje ni aún los de la comunicación los que engendran la subjetividad. A cierto nivel, ella es colectivamente manufacturada a la manera de la energía, la electricidad o el aluminio. Un individuo resulta, seguramente, de un metabolismo biológico del cual participan su padre y su madre. Pero no podemos quedarnos ahí, pues, en realidad, su producción depende también igualmente de la industria biológica y aún de la ingeniería genética. Y se ve bien que si éstas no se lanzaran permanentemente en una carrera por responder a las olas virales que atraviesan regularmente el planeta, la vida humana sería rápidamente liquidada. La expansión del Sida, por ejemplo, conduce a una especie de caza del tesoro de inmensa dedicación, a una prueba de alta velocidad para encontrar la respuesta adecuada. Desde ahora, la producción industrial de respuestas inmunitarias hace parte del mantenimiento de la vida humana sobre este planeta.

Igualmente con la subjetividad; ella es cada vez más manufacturada a escala mundial. Lo que no quiere decir solamente que las representaciones, los modelos de socialidad, de jerarquía social tiendan hacia una unificación general. Pues su fabricación concierne igualmente a los modelos muy diferenciados de sumisión de los procesos productivos, de las relaciones particulares de las abstracciones del orden económico, por ejemplo.

Y eso va aún más lejos: desde su más temprana edad, el espíritu, la sensibilidad, los comportamientos y los fantasmas de los niños están confeccionados de tal modo que los hagan compatibles con los procesos de la vida social y productiva. No solamente, insisto, al nivel de las representaciones y de los afectos: un bebé de seis meses colocado frente a la tele estructura su percepción, en esa etapa de su desarrollo, fijando sus ojos sobre la pantalla de la televisión. La concentración de

su atención sobre un cierto tipo de objetos, eso también hace parte de la producción de su subjetividad.

Se sale entonces del simple dominio de las ideologías, de las sumisiones ideológicas. La subjetividad aquí puesta en cuestión no tienen nada que ver con la temática de los aparatos ideológicos de Althusser, pues ella es por entero producida, y particularmente, sus componentes ponen en juego lo que yo llamo los elementos a-significantes, sobre los cuales están apoyadas las relaciones de tiempo, de los ritmos, en el espacio, en el cuerpo, en los colores, en la sexualidad...

A partir de aquí, todo tipo de actitudes son posibles. Por ejemplo, la que se ha conocido muy bien a partir de 1968, torneada de nostalgia y de preteritismo, con los temas de Illitch sobre el retorno a unidades de producción más pequeñas, la convivencialidad, etc. O la de los neoliberales americanos, Milton Friedman y compañía, quienes demarcan muy cínicamente sus posiciones cuando declaran: ustedes pueden relatar todo lo que quieran, de cualquier manera, las transformaciones capitalísticas son irreversibles. Es verdad que el capitalismo hace estragos por todo el mundo, pero teniendo en cuenta la presión demográfica, sin ella éstos serían diez veces menos importantes...

Esos tipos son seguramente la canalla, pero igualmente uno no puede permanecer indefinidamente atraído por el pasado. De hecho, yo soy partidario de la defensa del medio ambiente, ¡esa no es la cuestión! Sólo que es necesario admitir que la expansión técnico-científica tiene un carácter irreversible. Todo el asunto consiste en operar las revoluciones moleculares y molares susceptibles de modificar radicalmente las finalidades, pues, es necesario repetirlo, esta mutación no va obligatoriamente en el sentido catastrófico ya iniciado. El carácter cada vez más artificial de los procesos de producción subjetiva podría muy bien estar asociado a las nuevas formas de socialidad y de recreación. Es aquí que se sitúa el curso de las

revoluciones moleculares sobre las cuales insisto sin cesar, a riesgo de romperles los oídos a mis amigos.

Todo este asunto de reconstitución de referencias cartográficas de la subjetividad individual y colectiva no tiene que ver entonces solamente con los psicólogos, los analistas, los educadores, la gente de los *media* o de la publicidad y no sé qué otros. Ella compromete los problemas políticos fundamentales, aún más presentes hoy que hace veinte años. Pero se permanece, en este aspecto, en la neblina. La lucidez, toda la crítica social que ha marcado el período de la “nueva cultura” parece estar completamente hundida. Sólo cuentan desde entonces los valores de competencia en la cultura, el deporte, los negocios, la política.

Soy quizá ingenuo, un incorregible optimista, pero tengo la convicción de que un día habrá un retorno del juicio colectivo y que se juzgará estos últimos años como los más estúpidos y los más bárbaros desde hace mucho tiempo. Barbarie en la cabeza, en las representaciones, pero también en la realidad. ¡Si se lo examina objetivamente, lo que pasa en el Tercer Mundo con el medio ambiente es monstruoso! Sin embargo, se continúa mirando las cosas con la mirada serena de Ockrent, de Montant, de July o de Pívor. No se quiere saber nada de eso. Eso va mal, pero avanza, al menos progresa. Es necesario esperar: ¡eso terminará por arreglarse!

La cuestión que me parece decisiva es justamente la de no dejar pasar las cosas, refundar urgentemente una práctica social. Una práctica –un militantismo, aún si eso hace reír o rechinar los dientes– que no sea del todo compartimentada, especializada, sino que establezca un *continuum* entre las cuestiones políticas, sociales, económicas, las transformaciones técnico-científicas, la creación artística, etc., y una gestión de los problemas de la vida cotidiana, una recomposición de la existencia singular. En una tal perspectiva, se podría pensar la crisis como desajuste de la semiotización social. Es evidente que los mecanismos de gestión semiótica e institucional de los

flujos de producción y de circulación corresponden cada vez menos a la evolución de las fuerzas productivas y de las inversiones colectivas. Aún los economistas de más corto alcance descubren estupefactos una especie de locura de los sistemas y resisten la urgencia de soluciones de recambio.

¿Pero cómo? No se sabría tener una respuesta si uno se limita al análisis de ese nivel de desajuste. Pues lo que impide la elaboración de alternativas posibles –esta vieja idea del “nuevo orden internacional”– no es solamente “el egoísmo de los oligarcas –aún si es real– ni la tontería congénita. Nos chocamos con otro fenómeno, justamente ligado a esta mundialización de la producción de subjetividad y su integración cada vez más pujante de todas las funciones humanas y maquínicas, lo que he llamado el Capitalismo Mundial Integrado (C.M.I.).

Tomemos el caso de Irán. Este antiguo país del Tercer Mundo disponía de los medios para un despegue económico fabuloso, una inserción de primer orden en las relaciones internacionales. Sobre ese asunto se produce una mutación de la subjetividad colectiva que hace bascular completamente el sistema y lo hace caer en una situación a la vez revolucionaria y reaccionaria muy compleja, con el retorno al fundamentalismo chiíta y sus valores arcaicos temibles. Lo que ha primado allí no es el interés de los obreros, de los campesinos, de los intelectuales. Es la pasión la que se ha apoderado de una gran parte del pueblo iraní. Esta pasión que lo condujo a elegir una existencia a través de un líder carismático, a través de una demarcación religiosa y étnica que raya en el orgasmo colectivo.

Todos los sistemas políticos tropiezan hoy en día, en grados diversos, con los problemas de la identidad subjetiva. Es lo que da algunas veces un giro absolutamente enloquecedor a las relaciones internacionales. Ellas dependen menos, de hecho, de la oposición Este-Oeste, de la carrera armamentista, etc., que de ese género de cuestiones, aparentemente aberrantes, que giran

alrededor del problema palestino, irlandés, de las reivindicaciones nacionalitarias de los vascos, de los polacos o de los afganos. Pero a través de ellas, se expresa la exigencia de las colectividades humanas de reapropiarse de su propia vida, su propio destino, mediante lo que yo llamo un proceso de singularización. Ese auge de las subjetividades disidentes, para ser apreciado en su justo valor, requiere una nueva teoría de los arcaísmos. Precisemos una observación a este propósito. Retomemos la cuestión a más baja escala: una regresión infantil, en el comportamiento individual, ¿quiere decir que el buen hombre a quien le sucede retorna a la infancia? No, lo que está en juego es más bien una utilización diferente de los elementos preexistentes de comportamiento o de representación para construir *otra* superficie de vida u otro espacio afectivo, para disponer de otro territorio existencial. Cuando los vascos, los irlandeses, los corsos o cualquier otro, luchan por reconstruir su patria, están convencidos de defender algo que se inscribe en una tradición, creen apoyarse sobre una legitimidad histórica. Pienso más bien que reconvierten las representaciones, los monumentos, los emblemas históricos para fabricarse una nueva subjetividad colectiva. Ciertamente, su lucha es facilitada por la subsistencia de esos elementos tradicionales, a tal punto que eso puede conducirlos a pasiones xenófobas. Pero, en realidad, ellos están un poco cogidos al mismo nivel que la gente de Longwy o las gentes de Seine-et-Oise quienes aspiran también a reconstruir un deseo colectivo de vivir.

No todo el mundo tiene la fortuna o el infortunio de ser irlandés, vasco, corso, pero el problema es similar: se trata de reinventar las coordenadas existenciales y los territorios aceptables de sociedad. Entonces es necesario lanzar un frente de liberación de la Seine-et-Oise, como Godard en *Week-End*, una nueva Picardía o un nuevo territorio de Belfort e igualmente de Disneyland en los depósitos siderúrgicos... ¿Qué puede crecer aún en nuestra Sahel industrial? Respondo, nuevos territorios de referencia. Pero no solamente en la cabeza, también en lo vivo del trabajo, en la posibilidad de

desenvolverse a través de los engranajes económicos y sociales. Un territorio es un conjunto de proyectos o de representaciones sobre las cuales van a desembocar pragmáticamente toda una serie de comportamientos, de inversiones, en los tiempos y en los espacios sociales, culturales, estéticos, cognitivos.

Cómo llegar a producir masivamente unas ganas de crear, una generosidad colectiva, con la tenacidad, la inteligencia y la sensibilidad que se conoce en las artes y las ciencias. Si tú quieres inventar nuevas moléculas de química orgánica, crear nuevas músicas, eso no se hace a las buenas, eso no cae del cielo: debes trabajar, investigar, experimentar... ¡En la sociedad es igual! No puede confiárselo a la lluvia y al buen tiempo capitalista, como tampoco a los determinismos marxistas o a la espontaneidad anarquista: los antiguos referentes están muertos. ¡Tanto mejor! Es necesario inventar otros. En las condiciones de hoy, que no son las del siglo XIX, con seis o siete mil millones de habitantes sobre la tierra y la revolución técnico-científica, ¿cómo podrían ordenarse las relaciones humanas sin reforzar sin embargo las jerarquías, las segregaciones, el racismo, el laminaje de los particularismos? ¿Cómo desencadenar una pasión colectiva de invención, de proliferación maquínica –como parece ser el caso del Japón– sin aplastar a la gente bajo disciplinas infernales? Sé que existen en ese país minorías oprimidas, que las mujeres continúan siendo tratadas como inferiores, que los niños sufren frecuentemente el martirio. Pero es verdad que el cocktail de hipermodernismo –la corriente *high-tech*– y la reactualización de arcaísmos que allí se realizan son fascinantes. No se presta suficiente atención a los análisis de Akira Asada, a saber, que el capitalismo japonés no funciona del todo sobre las mismas bases que el occidental. Las oligarquías no tienen las mismas prerrogativas, las clases no están delimitadas de la misma manera, el contrato de trabajo no es vivido de la misma manera...

Todo esto para decir que se pueden imaginar otras fórmulas de organización de la vida social, del trabajo, de la cultura. Los

modelos de economía política no son universales. Se pueden desviar, inventar otros. Es la vida, el deseo colectivo, lo que está a la base de todo eso.

Subjetividades para lo mejor y para lo peor⁶

Mis actividades profesionales en el campo de la psicopatología y de la psicoterapia, así como mis compromisos políticos y culturales, me han llevado a poner el acento sobre la subjetividad en tanto que ella es producida por instancias individuales, colectivas e institucionales.

Considerar la subjetividad bajo el ángulo de su producción no implica, me parece, volver a los tradicionales sistemas de determinación del tipo infraestructura material-superestructura ideológica. Los diferentes registros semióticos que concurren en el engendramiento de la subjetividad no tienen entre ellos relaciones jerárquicas obligatorias, fijadas de una vez por todas. Puede suceder, por ejemplo, que la semiotización económica se vuelva dependiente de factores psicológicos colectivos, como podemos constatarlo con la sensibilidad de los índices bursátiles respecto de las fluctuaciones de la opinión. La subjetividad, de hecho, es plural, *polifónica*, para retomar una expresión cara a Mijail Bajtin. Y no conoce una instancia dominante de determinación que pilotee a las otras instancias de acuerdo con una causalidad unívoca.

Tres tipos de consideración nos incitan a ampliar la definición de la subjetividad de tal manera que supere la oposición clásica entre sujeto individual y sociedad, y por eso mismo nos lleve a revisar los modelos del Inconsciente que están en boga actualmente: la irrupción de factores subjetivos en el primer plano de la actualidad histórica; el desarrollo masivo de las producciones maquínicas de subjetividad, y en último lugar, la relevancia reciente de los aspectos etológicos y ecológicos relativos a la subjetividad humana.

⁶ *Des subjectivités, pour le meilleur et pour le pire*, Tomado de la revista *Chimères*, número 50, verano 2003.

Los factores subjetivos siempre han tenido un lugar importante en el curso de la historia. Pero parece que están pasando a jugar un papel preponderante desde el momento en que los *mass media* de alcance mundial les han dado relevancia. Retenemos aquí de manera sumaria dos ejemplos. El inmenso movimiento desencadenado por los estudiantes chinos tenía por objetivo, evidentemente, consignas de democratización política. Pero parece igualmente indudable que las cargas afectivas contagiosas de las que era portador desbordaban el marco de las simples reivindicaciones ideológicas. Lo que está en juego es un estilo de vida, una concepción de las relaciones sociales, una ética colectiva. Y al final, los muchachos no hicieron nada. ¡Como en Hungría o en Polonia, la mutación existencial colectiva es la que dirá la última palabra! Pero los grandes movimientos de subjetivación no se dan necesariamente en sentido emancipador. La inmensa revolución subjetiva que atraviesa al pueblo iraní desde hace más de diez años está focalizada sobre arcaísmos religiosos y actitudes sociales globalmente conservadoras –en particular respecto de la condición femenina. De una manera general, podemos decir que la historia contemporánea está cada vez más dominada por el ascenso de reivindicaciones de singularidad subjetiva – querellas lingüísticas, reivindicaciones autonomistas, cuestiones nacionalistas, nacionales... Debemos admitir que una cierta representación universalista de la subjetividad, tal como ha sido encarnada por el colonialismo capitalista del Oeste y del Este, ha entrado en bancarrota, sin que podamos medir todavía plenamente la amplitud de las consecuencias de tal suceso.

¿Debemos mantener por fuera de la subjetividad psicológica las producciones semióticas de los *mass media*, de la informática, de la telemática? No lo pienso así. Al mismo título que las máquinas sociales que podemos catalogar bajo la rúbrica general de “equipamientos colectivos”, las máquinas tecnológicas de información y de comunicación operan en el corazón de la subjetividad humana, no sólo en el seno de su memoria, de su inteligencia, sino también de su sensibilidad, de sus afectos, de sus fantasmas inconscientes. Tomar en cuenta

los componentes maquínicos de subjetivación nos lleva a insistir, en nuestra redefinición, en la heterogeneidad de los componentes que concurren en la producción de subjetividad. Estos componentes implican dimensiones semiológicas significantes, pero también dimensiones semióticas as-significantes, que escapan a las semióticas propiamente lingüísticas. ¡Fue un gran error de la corriente estructuralista pretender conducir todo lo concerniente a la psique solamente bajo el cayado del significante lingüístico! Las transformaciones maquínicas de la subjetividad nos obligan a tomar en cuenta, antes que una homogenización universalizante y reduccionista de la subjetividad, una *heterogénesis* de la misma. Es así como la “asistencia por computador” conduce a la producción de imágenes o a la resolución de problemas matemáticos, lo cual era inimaginable hace apenas unas décadas. Pero también aquí debemos cuidarnos de cualquier pensamiento causal mecanicista. La producción maquínica de subjetividad puede funcionar para lo mejor y para lo peor. Lo mejor es la creación, la invención de nuevos universos de referencia; lo peor es la mass-mediaticización embrutecedora a la cual son condenados hoy en día miles de individuos. Las evoluciones tecnológicas, conjugadas con las experimentaciones sociales de esos nuevos dominios son susceptibles, quizá, de hacernos salir del período opresivo actual y hacernos entrar en una “era post-media”, caracterizada por una re-apropiación y una resingularización de la utilización de los medios (acceso a los bancos de datos, a las videotecas, interactividad entre los protagonistas, etc.). En esta misma vía de una comprensión polifónica y heterogenética de la subjetividad, encontramos que se toman en cuenta sus aspectos etológicos y ecológicos. Daniel Stern, en *El mundo interpersonal del infante*⁷ ha explorado de una manera notable las formaciones subjetivas pre-verbales del niño. Muestra que no se trata solamente de “estadios”, en el sentido freudiano, sino de niveles de subjetivación que se mantendrán en paralelo a lo largo de la vida. Renuncia, entonces, al carácter por

⁷ Daniel Stern, *The interpersonal World of the infant*, Basic Books, New York, 1985. En español, Paidós, 1990.

completo sobrestimado de la psicogénesis de los complejos freudianos y que han estado presentes como los “universales” estructurales de la subjetividad. De otra parte le da un valor al carácter de apertura trans-subjetiva de las experiencias precoces del niño, que no disocia el sentimiento de sí del sentimiento del otro. Es una dialéctica entre los “afectos divisibles” y los “afectos no divisibles” que estructura, de este modo, la *subjetividad emergente*. Subjetividad en estado naciente que se encuentra permanentemente en el sueño, el delirio, la exaltación creadora, el sentimiento amoroso...

La ecología social y la ecología mental han encontrado lugares de exploración privilegiados en las experiencias de psicoterapia institucional. Pienso en particular en la Clínica La Borde, donde trabajo desde hace mucho tiempo y donde todo ha sido puesto en proceso para que los enfermos psicóticos vivan en un clima de actividad y de responsabilidad a todos los niveles (lo cual implica una movilización permanente del personal). En este contexto, percibimos que las dimensiones más heterogéneas pueden concurrir en la evolución positiva de un enfermo: las relaciones con el espacio arquitectónico, las relaciones económicas, la co-gestión entre el enfermo y quien lo cuida en los diferentes vectores del cuidado, la captura de todas las ocasiones de apertura sobre el exterior, la explotación procesual de las “singularidades” acontecimentales, en fin, todo lo que puede contribuir a la creación de una relación auténtica con el otro. A cada uno de esos componentes de la institución de cuidados corresponde una *práctica* necesaria. Es decir que no estamos frente a una subjetividad dada como un en-sí, sino frente a procesos de autonomía, de autopoiesis, en el sentido dado a este término por Francisco Varela⁸.

Tomo un último ejemplo de la explotación de los resortes etológicos de la psique en el dominio de las psicoterapias familiares, particularmente en el seno de la corriente que, alrededor de Mony Elkaïm, intenta liberarse de la empresa de

⁸ *Autonomie et connaissance*, Le Seuil, 1989. En español *Conocer: Las Ciencias Cognitivas*, Paidós, 1989.

las teorías sistemistas que están en boga en los países anglosajones y en Italia⁹.

La inventividad de las curas de terapia familiar, tal como han sido concebidas, nos aleja de los paradigmas cientistas para aproximarnos a paradigmas ético-estéticos. El terapeuta se libera, toma riesgos, no titubea al poner en la balanza sus propios fantasmas y crear así un clima paradójico de autenticidad existencial y al mismo tiempo de libertad de juego. Otro punto de hecho extraordinario es que, en el curso de la formación de los terapeutas de familia, las situaciones de simulación se convierten, en cierto modo, en más verdaderas que naturales; lo cual demuestra el carácter “creacionista” que toma la escena de la terapia familiar.

Sea que giremos del lado de la historia contemporánea, del lado de las producciones semióticas maquínicas o del lado de la ecología social y de la ecología mental, encontramos el cuestionamiento acerca de la individuación, de la subjetividad que no es, en suma, más que un caso de figura *de los agenciamientos colectivos de enunciación*. En el punto en el que estamos, la definición provisional más englobante que yo propongo de la subjetividad es: “el conjunto de condiciones que vuelven posible instancias individuales y/o colectivas en posición de emerger como *territorio existencial* sui-referencial, en adyacencia o en relación de delimitación con una alteridad ella misma subjetiva”. Así, en ciertos contextos sociales y semiológicos, la subjetividad se individualiza; una persona tenida por responsable de sí misma, se posiciona en el seno de relaciones de alteridad regidas por los usos familiares, las costumbres locales, las leyes jurídicas... En otras condiciones, la subjetividad se hace colectiva, lo cual no significa que ella se convierta por tanto en exclusivamente social.

En efecto, el término “colectivo” debe entenderse aquí en el sentido de una multiplicidad que se desarrolla más allá del

⁹ Mory Elkaim, *Si tu m'aimes, no m'aime pas*, Le Seuil, 1989. En español, *Si me amas, no me ames*, Ed. Gedisa, 1990.

individuo, del lado del *socius*, tanto como más acá de la persona, del lado de las intensidades pre-verbales, mostrando una lógica de los afectos más que una lógica de los conjuntos bien circunscritos. Las condiciones de producción evocadas en mi esbozo de definición implican entonces conjuntamente instancias humanas intersubjetivas, manifestadas por la lengua, e instancias sugestivas o identificatorias, relevantes de la etología, de los dispositivos maquínicos, tales como aquellos que recurren a la asistencia por computador, a instituciones de diferentes naturalezas, a universos de referencias incorpóreas, tales como el mundo de la música, el de las artes plásticas...

Vemos en esto el asunto del inconsciente. Freud ha postulado la existencia de un continente escondido de la psique, en el seno del cual se jugaría lo esencial de las opciones pulsionales, afectivas, cognitivas. Hoy en día, no podemos disociar las teorías del inconsciente de las prácticas psicoanalíticas, psicoterapéuticas, institucionales, literarias, etc., que hacen referencia al inconsciente. El inconsciente se ha convertido en una institución, en un “equipamiento colectivo” entendido en un sentido amplio. Nos encontramos vestidos con un inconsciente desde que soñamos, deliramos, o cometemos un acto fallido, un lapsus... Sin duda, los descubrimientos freudianos –que yo prefiero calificar de invenciones– han enriquecido los ángulos bajo los cuales podemos hoy abordar la psique. ¡No es en un sentido peyorativo que hablo de invención! Al igual que los cristianos han inventado una nueva fórmula de subjetivación, o la caballería cortés, o el romanticismo, o el bolchevismo, las diversas sectas freudianas han secretado una nueva manera de resentir, de vivir, de producir la histeria, la neurosis infantil, la psicosis, la conflictualidad familiar, la lectura de los mitos, etc. El inconsciente freudiano ha evolucionado en el curso de su historia, ha perdido la riqueza burbujeante y el inquietante ateísmo de sus orígenes, y se ha recentrado sobre el análisis del yo, de la adaptación a la sociedad o la conformidad a un orden significativo, en sus versiones estructuralistas.

En mi perspectiva, que consiste en hacer transitar las ciencias humanas y las ciencias sociales de los paradigmas científicos a los paradigmas ético-estéticos, la cuestión no es ya la de saber si el inconsciente freudiano o el inconsciente lacaniano aportan una respuesta científica a los problemas de la psique. Esos modelos serán considerados a título de producción de subjetividad entre otros, inseparables de dispositivos técnicos e institucionales que los promueven y de su impacto sobre la psiquiatría, la enseñanza universitaria, los *mass media*... De una manera más general, debemos admitir que cada individuo, cada grupo social, vehicula su propio sistema de modelización de la subjetividad inconsciente, es decir, una cierta cartografía hecha de señales cognitivas pero también míticas, rituales, sintomatológicas, a partir de la cual se posiciona respecto de sus afectos, sus angustias e intenta manejar sus inhibiciones y sus pulsiones de todo tipo. Así nuestra cuestión hoy en día no es simplemente de orden especulativo, por el contrario se plantea desde ángulos muy prácticos: ¿Los modelos del inconsciente que nos propone el “mercado” del psicoanálisis convienen a las condiciones actuales de producción de subjetividad? ¿Es necesario transformarlos e inventar otros nuevos? ¿Qué procesos se desarrollan en una conciencia al chocar con lo inhabitual? ¿Cómo operan las modificaciones de un modo de pensamiento, de una aptitud de aprehender el mundo que nos rodea en plena mutación? ¿Cómo cambian las representaciones de ese mundo exterior, él mismo cambiante? El inconsciente freudiano es inseparable de una sociedad atada a su pasado, a sus tradiciones falocráticas, a sus invariantes subjetivas. Los trastornos contemporáneos apelan a una modelización más vuelta hacia el futuro y a la emergencia de nuevas prácticas sociales y estéticas en todos los dominios. De un lado, la devaluación del sentido de la vida provoca la fragmentación de la imagen del yo: las representaciones del yo se vuelven confusas, contradictorias, mientras que, de otro lado, las resistencias conservadoras se oponen a cualquier cambio experimentado por una conciencia asegurada, esclerosada, dogmática, como tentativa de desestabilización.

Gilles Deleuze y yo hemos igualmente rechazado el dualismo Consciente-Inconsciente de las tópicas freudianas y todas las oposiciones maniqueístas que resultan al nivel de la triangulación edípica, del complejo de castración, etc. Hemos optado por un inconsciente que superpone múltiples estratos de subjetivación, estratos heterogéneos de extensión y de consistencia más o menos grandes. Inconsciente, entonces, más “esquizo”, liberado de las sujeciones familiaristas, más vuelto hacia las prácticas actuales que hacia las fijaciones y las regresiones sobre el pasado. Inconsciente de flujos y de máquinas abstractas en lugar de un inconsciente de estructura y de lenguaje. Sin embargo, nosotros no proponemos nuestras “cartografías esquizoanalíticas” como doctrinas científicas. Al igual que un artista toma prestado de sus predecesores y de sus contemporáneos los trazos que le convienen, nosotros invitamos a nuestros lectores a tomar y a rechazar con toda libertad los conceptos que proponemos. Lo importante en este asunto no es el resultado final, sino el hecho de que el método cartográfico coexiste con el proceso de subjetivación y que de este modo se vuelve posible una reapropiación, una autopoiesis de los medios de producción de la subjetividad.

¡Que quede claro que no asimilamos la psicosis a una obra de arte y el psicoanalista a un artista! Afirmamos simplemente que la manera de asumir su existencia implica una dimensión de autonomía de orden estético. Hay una elección ética crucial: ya sea que se objeive, se reifique, se “cientifique” la subjetividad, o ya sea, al contrario, que se la intente captar en su dimensión de creatividad procesual. Kant ha subrayado que el juicio de gusto implica la subjetividad y su relación con el prójimo en una cierta modalidad de “desinteresamiento”¹⁰. Pero no basta con designar esas categorías de libertad y de desinteresamiento como dimensiones esenciales de la estética

¹⁰ “Podemos decir que entre los tres gérmenes de satisfacción (para lo agradable, lo bello y lo bueno), el del gusto por lo bello es el único cuya satisfacción es desinteresada y libre; en efecto, ningún interés ni de los sentidos ni de la razón, obligan al asentimiento”. Immanuel Kant, *Critique de la faculté de juger*, Vrin, 1986, p. 54-55. En español: *Critica del juicio*, Editorial Losada, 2005.

inconsciente, sería más conveniente dar cuenta de su modo de inserción efectivo en la psique. ¿Cómo algunos segmentos semióticos toman su autonomía, poniéndose a trabajar por su cuenta y a secretar nuevos campos de referencia? A partir de tal ruptura se vuelve posible una singularización existencial correlativa de la génesis de nuevos coeficientes de libertad. Dicho alejamiento de un “objeto parcial” del campo de las significaciones dominantes corresponde a la vez a la promoción de un deseo mutante y al cumplimiento de un cierto desinteresamiento. Encontramos aquí los términos de Mijail Bajtin en su primer ensayo teórico de 1924¹¹, donde pone de relieve, de manera luminosa, la función de apropiación enunciativa de la forma estética por la *autonomización* del contenido cognitivo o ético y el *cumplimiento* de ese contenido en objeto estético que, por mi parte, yo calificaría de enunciador parcial. Bajtin describe una transferencia de subjetivación que se opera entre el autor y el contemplador de una obra –el “mirón”, en el sentido de Marcel Duchamp. En ese movimiento, para él, el “consumidor” deviene, de cierta manera, co-creador. La forma estética alcanza este resultado por las vías de una función de aislamiento o de separación, de tal manera que la materia de expresión deviene formalmente creadora. El contenido de la obra se destaca de sus connotaciones tanto cognitivas como éticas: “el aislamiento o la separación no se relacionan a una obra como cosa, sino a su significación, a su contenido, que muy frecuentemente se libera de ciertos lazos necesarios con la unidad de la naturaleza y la unidad ética del ser”¹². Entonces cierto tipo de fragmento de contenido “toma posesión del autor”, que engendra un cierto modo de enunciación estética. En la música, por ejemplo, donde, nos lo repite Bajtin, el aislamiento y la invención no pueden relacionarse axiológicamente con el material: “en la acústica no es el sonido el que se aísla, ni el número matemático que interviene en la composición el que se inventa. Es el acontecimiento de la aspiración, es la tensión valorizante

¹¹ “El problema del contenido, del material y de la forma en la obra literaria”, en *Esthétique et théorie du roman*, Gallimard, 1978. En español, *Teoría y estética de la novela*, Ed. Taurus, Madrid, 1989.

¹² *Op. cit.*, p. 72.

los que son aislados y vueltos irreversibles por la invención y, gracias a esta, se eliminan de ellos mismos sin obstáculo y encuentran un reposo en su cumplimiento”¹³.

En la poesía, la subjetividad creadora para destacarse, para autonomizarse, para concluirse, se apoderará principalmente:

1. del lado sonoro de la palabra, de su aspecto musical;
2. de sus significaciones materiales con sus matices y sus variantes;
3. de sus aspectos de ligazón verbal;
4. de sus aspectos entonativos, emocionales y volitivos;
5. del sentimiento de la actividad verbal del engendramiento activo de un sonido significativo que implica elementos motores de articulación, de gesto, de mímica, sentimiento de un movimiento en el cual el organismo entero es arrastrado, y la actividad y el alma de la palabra en su unidad concreta.

Y es evidentemente este último aspecto el que engloba a los otros¹⁴. Esos geniales análisis de Bajtin, que aquí no puedo menos que darles un valor extraordinario, me conducen a darle un mayor alcance a su aproximación en materia de subjetivación parcial. No es solamente en el marco de la música y la poesía que vemos actuando esos fragmentos destacados y liberados del contenido y que, de una manera general, yo pongo bajo la categoría de *ritornelos existenciales*. La polifonía de los modos de subjetivación corresponde, en efecto, a una multiplicidad de maneras de “batir el tiempo”. Otras rítmicas son, así, llevadas a cristalizar en lo que yo llamo las enunciaciones existenciales, que ellas encarnan y singularizan. Un ritornelo complejo –más acá de los de la poesía y la música– marca la encrucijada de modos heterogéneos de subjetivación. El tiempo ha sido por mucho tiempo considerado como una categoría universal y unívoca, mientras que en realidad ha sido siempre asunto de aprehensiones particulares y multívocas. El tiempo universal es solamente una proyección

¹³ *Op. cit.*, p. 73.

¹⁴ *Op. cit.*, p. 74.

hipotética de los modos de temporalización relevantes de módulos de intensidad –los ritornelos– que operan a la vez en los registros biológicos, socioculturales, maquínicos, cósmicos, etc.

Para ilustrar este modo de producción de subjetividad polifónica donde un ritornelo-encrucijada juega un papel preponderante, consideremos el ejemplo del consumo televisivo. Cuando miro la televisión, existo a la vez en una relación de fascinación perceptiva con el foco luminoso del aparato que confina al hipnotismo¹⁵, en una relación de captura con el contenido narrativo de la emisión, asociado a una vigilancia lateral respecto de los acontecimientos envolventes (el agua que hierve, un grito de niño, el teléfono...) sobre fondo de fantasmas que habitan mi ensueño, etc. Mi sentimiento de identidad personal es, así, jalado en diferentes direcciones. Lo que hace que, a pesar de la diversidad de los componentes de subjetivación que me atraviesan, yo sea uno, es esa ritornelización que me fija frente a la pantalla, constituyendo entonces como un *territorio existencial* proyectivo. Como Bajtin, yo diría que el ritornelo no reposa sobre elementos de forma, de materia, de significación ordinarias, sino sobre la separación de un “motivo” (o de un leitmotiv) existencial que se instaura como “atractor” en el seno del caos sensible y significacional.

Los casos más simples de ritornelos de delimitación de territorios existenciales los podemos encontrar en la etología de numerosas especies de pájaros en los cuales las secuencias específicas del canto sirven para la seducción de su compañero sexual, para alejar a los intrusos, para anunciar la llegada de predadores¹⁶. Se trata cada vez de definir un espacio funcional preciso. En las sociedades arcaicas se lo hace a partir de ritmos, de cantos, de danzas, de máscaras, de inscripciones sobre el cuerpo, sobre el suelo, sobre los tótems, de rituales y de

¹⁵ Respecto del “retorno” a la hipnosis y la sugestión, ver *Le coeur et la raison. L'hypnose en question de Lavoisier a Lacan*, Leon Chertok e Isabelle Stengers, Payot, París, 1989.

¹⁶ Félix Guattari, *L'inconscient machinique*, Éd. Recherches, París, 1979.

referencias míticas colectivas¹⁷. Encontramos este tipo de ritornelos en la antigüedad griega, con los “nomos” que constituían, en cierto modo, los “indicativos sonoros”, las banderas y los sellos para las corporaciones profesionales. Pero cada uno de nosotros sabe de estos franqueamientos de umbral de estados subjetivos para actualizar un módulo temporal, catalizador subjetivo que nos hundirá en la tristeza o bien en un ambiente de regocijo y animación. Con nuestro concepto de ritornelo, lo que vemos no es solamente tales efectos masivos, sino problemáticas hipercomplejas. Por ejemplo, al entrar en los universos incorporeales de la música o de las matemáticas; y no se trata, nos parece, de universos de referencia “en general”, sino de universos singulares, históricamente marcados en el cruce de caminos de diversas líneas de virtualidad. En ese tipo de registro, el tiempo deja de ser sufrido: el tiempo es tratado, orientado, polarizado, objeto de mutaciones cualificativas. El análisis ya no es el de la interpretación de síntomas en función de un contenido latente preexistente, al contrario, es invención de nuevos focos catalíticos susceptibles de hacer bifurcar la existencia. Una singularidad, una ruptura de sentido, un corte, una fragmentación, el desencadenamiento de un contenido semiótico –por ejemplo, a la manera dadaísta o surrealista– pueden estar en el origen de focos mutantes de subjetivación. Al igual que la química debió comenzar a depurar las mezclas complejas para extraer materias atómicas y moleculares homogéneas y, a partir de ellas, componer una gama infinita de entidades químicas que no existían anteriormente, igualmente la “extracción” y la “separación” de subjetividades estéticas o de objetos parciales, en sentido psicoanalítico, vuelven posible una inmensa complejización de la subjetividad, de las armonías, de las polifonías, de los ritmos, de las orquestaciones existenciales inéditas e inauditas.

Así, el primado de los flujos informativos, engendrados maquínicamente, condujo a una disolución generalizada de los antiguos territorios existenciales. En las primeras fases de las

¹⁷ Ver el papel de los sueños en las cartografías míticas entre los aborígenes de Australia. Barbara Glowczewski, *Les Rêveurs du désert*, Plon, 1989.

sociedades industriales lo “demónico” continuaba aflorando por todas partes, pero en adelante el misterio se convirtió en un género cada vez más raro. Bástenos aquí evocar la búsqueda desesperada de un Witkiewicz para captar una última “extrañeza del ser” que parece literalmente deslizársele entre los dedos.

En esas condiciones todo vuelve especialmente a la función poética de recomponer los universos de subjetivación artificialmente rarificados y resingularizados. No se trata para esto de transmitir mensajes, de investir imágenes como soporte de identificación, o de patrones formales como sostén de procedimientos de modelización, sino de catalizar operadores existenciales susceptibles de adquirir consistencia y persistencia en el seno del actual caos mass-mediático.

Esta catálisis poético-existencial, que se encuentra en construcción en el seno de discursividades escriturales, vocales, musicales o plásticas, envuelve casi sincrónicamente la re-cristalización enunciativa del creador, del intérprete y del aficionado a la obra de arte. Su eficacia reside esencialmente en su capacidad de promover rupturas activas, procesuales, en el seno de tejidos significacionales y denotativos semióticamente estructurados, a partir de los cuales montará nuevos universos de referencia.

Cuando se desencadena efectivamente en un área enunciativa dada —es decir, situada desde un punto de vista histórico y geopolítico—, tal función poética se instaura entonces como foco mutante de auto-referenciación y auto-valorización. Debemos por esto considerarla bajo dos ángulos: como ruptura molecular, imperceptible bifurcación, susceptible de trastornar la trama de las redundancias dominantes, la organización del *déjà classé*, o si se prefiere, el orden de lo clásico, y en cuanto selecciona ciertos segmentos de esas mismas cadenas de redundancia, para conferirles esta función existencial a-significante que yo acabo de evocar, para “ritornelizarlos”, para hacerlos fragmentos virulentos de

enunciación parcial que trabajen a título de *shifter* de subjetivación. Poco importa aquí la cualidad del material de base, como lo vemos con la música repetitiva o la danza Buto que, según el deseo de Marcel Duchamp, están enteramente orientadas hacia el “mirador”. Lo que importa primordialmente es el impulso rítmico mutante de una temporalización capaz de mantener unidos los componentes heterogéneos de un nuevo edificio existencial.

Más allá de la función poética se plantea la cuestión de los dispositivos de subjetivación. Y, más precisamente lo que debe caracterizarlos para que salgan de la serialidad –en el sentido de Sartre– y entren en los procesos de singularización que restituyen a la existencia lo que se podría llamar su auto-esencialización. Atravesamos una época en la cual los antagonismos de la guerra fría se esfuman, y aparecen muy distintamente amenazas mayores que nuestras sociedades productivistas hacen pesar sobre la especie humana, cuya sobrevivencia sobre este planeta está amenazada no sólo por las degradaciones ambientales, sino también por la degeneración del tejido de las solidaridades sociales y los modos de vida psíquicos que conviene literalmente reinventar. La refundación de la política deberá pasar por las dimensiones estéticas que están implicadas en las tres ecologías de lo ambiental, de lo social y de la psiquis. No podemos concebir una respuesta al envenenamiento de la atmósfera, al recalentamiento del planeta, debido al efecto invernadero, sin una mutación de las mentalidades, sin la promoción de un nuevo arte de vivir. No podemos concebir ninguna disciplina internacional en ese dominio sin aportar soluciones a los problemas del hambre en el mundo, a la hiperinflación en el Tercer Mundo. Podemos concebir una recomposición de los *mass media* que vaya en el sentido de una reapropiación colectiva de su utilización, correlativa de una resingularización de la subjetividad, de una nueva manera de concebir la democracia política y económica, respetando las diferencias culturales. No podemos esperar un mejoramiento de las condiciones de vida de la especie humana sin un esfuerzo considerable de promoción de la condición

femenina. El conjunto de la división del trabajo, sus modos de valorización y sus finalidades están por ser repensados. La producción por la producción, la obsesión por las tasas de crecimiento, sean las del mercado capitalista o en la economía socialista, conduce a absurdos monstruosos. La única finalidad aceptable para las actividades humanas es la producción de una subjetividad que de manera continua autoenriquezca su relación con el mundo. Los dispositivos de producción de subjetividad se pueden dar tanto a escala de las megapolis como en los juegos de lenguaje de un poeta. Para aprehender los resortes íntimos de esta producción –esas rupturas de sentido auto-fundadoras de existencia–, la poesía, hoy en día, puede enseñarnos más que las ciencias económicas y las ciencias humanas reunidas.

Capítulo 2
Oikos: hábitat y creación

*El nuevo paradigma estético*¹⁸

Tardíamente en la historia de Occidente el arte se ha destacado como actividad específica, animando una referencia axiológica particularizada. La danza, la elaboración de formas plásticas y de signos sobre el cuerpo, sobre los objetos, sobre el suelo estaban, en las sociedades arcaicas, íntimamente mezcladas con las actividades rituales y las representaciones religiosas. Las relaciones sociales, los intercambios económicos y matrimoniales eran igualmente poco discernibles de la vida de conjunto de lo que he propuesto llamar los Agenciamientos territorializados de enunciación. Por diversos modos de semiotización, sistemas de representación y prácticas multirreferenciadas, esos agenciamientos conducían a hacer cristalizar segmentos complementarios de subjetividad.

Liberaban una alteridad social a través de la conjugación de la filiación y la alianza; inducían una ontogénesis personal por el juego de las edades y de las iniciaciones, de manera que cada individuo se encontraba envuelto en muchas identidades transversales colectivas, o si se prefiere, se encontraba situado en la encrucijada de nuevos vectores de subjetivación parcial. En esas condiciones, el psiquismo de un individuo no estaba organizado en facultades interiorizadas sino empalmado sobre una gama de registros expresivos y prácticos tomados directamente sobre la vida social y el mundo exterior. Tal interpenetración del socius con las actividades materiales y los modos de semiotización dejaba poco lugar a una división y a una especialización del trabajo –la noción de trabajo misma permanecía flotante–, y aún menos a la separación de una esfera estética distinta de las esferas económicas, sociales, religiosas, políticas.

No se trata aquí de describir, así sea someramente, las diversas vías de desterritorialización de esos agenciamientos

¹⁸ *Le nouveau paradigme esthétique*. Tomado de: Felix Guattari, *Chaosmose*, Editions Galilée, Paris 1992.

territorializados de enunciación. Señalemos solamente que su evolución general se da en el sentido de una acentuación de la individualización de la subjetividad, de una pérdida de su polivocidad –que se considera solamente en la multiplicación de los nombres propios atribuidos a un individuo en numerosas sociedades arcaicas– y de una autonomización de los Universos de valor del orden de lo divino, del bien, de la verdad, de lo bello, del poder... Esta sectorización de los modos de valoración está tan arraigada en la aprensión cognitiva de nuestra época, que nos es difícil hacer su economía cuando intentamos descifrar las sociedades del pasado. Cómo imaginar, por ejemplo, que un príncipe del renacimiento no compraba obras de arte sino que ligaba los maestros a su persona, cuya notoriedad se reflejaba sobre su prestigio.

La subjetividad corporativista y las implicaciones piadosas de los maestros artesanos de la Edad Media que edificaron las catedrales nos siguen siendo oscuras. No podemos dejar de estetizar un arte rupestre del que todo hace pensar que tenía una inclinación esencialmente tecnológica y cultural. De este modo, cualquier lectura del pasado está inevitablemente sobrecodificada por nuestras referencias del presente. Partir de aquí no significa que deberíamos unificar puntos de vista profundamente heterogéneos. Hace algunos años una exposición neoyorkina presentaba en paralelo obras cubistas y producciones de lo que se ha convenido en llamar el arte primitivo. Correlaciones formales, formalistas y finalmente también superficiales, se encontraban así liberadas, las dos series de creación eran separadas de su contexto respectivo, de un lado, tribal, étnico, mítico, del otro, cultural, histórico, económico. Se olvidaba que la fascinación que el arte africano, oceánico e indio ejercía sobre los cubistas no era solamente de orden plástico sino que se encontraba asociada a un exotismo de época, alternado por las exploraciones, las expediciones coloniales, los diarios de viaje, las novelas de aventura, y donde el aura de misterio era intensificada por la foto, el cine, los registros sonoros y el desarrollo de la etnología de campo. Si no es ilegítimo y si es sin duda inevitable proyectar sobre el

pasado los paradigmas estéticos de la modernidad, esto no puede ser más que a condición de que se tome en cuenta el carácter relativo y virtual de las constelaciones de Universos de valor a los cuales da lugar este género de recomposición.

La ciencia, la técnica, la filosofía, el arte, la conducta de los hombres se enfrentan, respectivamente, a los apremios, a las resistencias de materiales específicos, resistencias que se desatan y articulan en los límites dados. Lo hacen con la ayuda de códigos, de saber hacer, de enseñanzas históricas que los conducen a cerrar ciertas puertas y abrir otras. Las relaciones entre los modos finitos de esos materiales y los atributos infinitos de los Universos de posibles que implican son diferentes en el seno de cada una de esas actividades. La filosofía, por ejemplo, genera su propio registro de coacciones creativas, secreta su material de referencia textual; proyecta la finitud a una potencia infinita correspondiente al auto-posicionamiento, la auto-consistencia de sus conceptos claves, al menos en cada fase mutante de su desarrollo. Por su parte, los paradigmas de la tecnociencia ponen el acento sobre un mundo objetual de relaciones y de funciones manteniendo sistemáticamente entre paréntesis los afectos subjetivos, de manera que lo finito, lo delimitado coordinable aparece siempre primero sobre lo infinito de sus referencias virtuales. Con el arte, por el contrario, la finitud del material sensible deviene el soporte de una producción de afectos y de perceptos que tenderá cada vez más a excentrarse en relación con los cuadros y coordenadas preformadas. Marcel Duchamp declaraba: “El arte es un camino que conduce hacia regiones no gobernadas ni por el tiempo ni por el espacio”. Los diferentes dominios del pensamiento, de la acción, de la sensibilidad posicionan entonces de manera disímil su movimiento de lo infinito en el curso del tiempo, o más bien de las épocas, pudiendo hacerlas volver o cruzarse entre ellas. Por ejemplo, la teología, la filosofía y la música no componen hoy una constelación tan fuerte como en la Edad Media. El metabolismo de lo infinito propio a cada Agenciamiento no está fijado de una vez por todas. Y cuando una mutación importante surge en

el seno de un dominio, puede tener “recaídas”, puede contaminar transversalmente otros múltiples dominios (por ejemplo, el efecto de la productividad potencialmente ilimitada del texto y de la imagen por la impresión en las artes y las letras, o la potencia de transferencia cognitiva adquirida por los algoritmos matemáticos en las ciencias).

La potencia estética de sentir, si bien iguala en derecho a las otras potencias de pensar filosóficamente, de conocer científicamente, de actuar políticamente, nos parece que ha pasado a ocupar una posición de privilegio en el seno de los Agenciamientos colectivos de enunciación de nuestra época.

Pero antes de abordar esta cuestión, es necesario esclarecer mejor su posición en el seno de los Agenciamientos anteriores.

Volvamos entonces a los Agenciamientos territorializados de enunciación; no constituyen, propiamente hablando, una etapa histórica particular. Si bien pueden caracterizar las sociedades sin escritura y sin Estado, también encontramos supervivencias o aún renacimientos activos en las sociedades capitalísticas desarrolladas, y sin duda, podemos pensar que conservarán un peso significativo en las sociedades post-capitalísticas. Aspectos de ese mismo género de subjetividad polisémica, animista, transindividual, se encuentran igualmente en el mundo de la infancia, de la locura, de la pasión amorosa, de la creación artística. Sería mejor hablar aquí del paradigma proto-estético, para subrayar que no nos referimos al arte institucionalizado, a sus obras manifiestas en el campo social, sino a una dimensión de creación en estado naciente perpetuamente remontándose a sí misma, potencia de emergencia que subsume la contingencia y las incertidumbres propias de los empeños por hacer existir Universos inmateriales. Horizonte remanente del tiempo discursivo (el tiempo sacudido por lo relojes sociales), una duración eternitaria escapa a la alternativa recuerdo-olvido y habita con una intensidad estupefáctica, el afecto de la subjetividad territorializada. El territorio existencial se hace aquí a la vez

tierra natal, pertenencia al yo, adhesión al clan, efusión cósmica.

En ese primer caso de figura de Agenciamiento, la categoría de espacio se encuentra en una posición que se puede calificar de globalmente estetizada. Los estratos espaciales polifónicos, frecuentemente concéntricos, parecen atraer y colonizar todos los niveles de alteridad que engendran por todas partes. Los objetos se instauran en relación con aquellos en una posición transversal, vibratoria, confiriéndoles un alma, un devenir ancestral, animal, vegetal, cósmico. Esas objetividades-subjetividades son llevadas a trabajar por su propia cuenta, a encarnarse en foco animista; encabalgan las unas en las otras, se invaden para constituir las entidades colectivas medio-cosa, medio-alma, medio-hombre, medio-bestia, máquina y flujo, materia y signo... El extranjero, lo extraño, la alteridad maléfica son rechazados hacia un exterior amenazante. Pero las esferas de la exterioridad no están radicalmente separadas de lo interior. Los malos objetos internos son la respuesta a todo lo que gobierna los mundos exteriores. De hecho, hoy no hay verdaderamente exterioridad: la subjetividad colectiva territorializada es hegemónica; dobla unos sobre otros los Universos de valor en un movimiento general de repliegue sobre sí misma. Ritma los tiempos y los espacios en el grado de sus medidas interiores, de sus ritornelos. Los acontecimientos del macrocosmos se asimilan a los del microcosmos, dando cuenta de ellos por todas partes. El espacio y el tiempo no son, pues, receptáculos neutros; deben ser completados, engendrados por las producciones de subjetividad incitando cantos, danzas, relatos sobre los ancestros y los dioses... No existe trabajo sobre las formas materiales que no invoque la presencia de las entidades inmateriales. Inversamente, toda pulsión hacia un infinito desterritorializado se acompaña de un movimiento de repliegue sobre los límites territorializados, correlativo al goce del pasaje del para-sí colectivo y de sus misterios fusionales e iniciáticos.

Con los agenciamientos desterritorializados, cada esfera de valoración erige un polo de referencia trascendente autonomizado: La Verdad de idealidades lógicas, el Bien de la voluntad moral, la Ley del espacio público, el Capital del cambismo económico, la Belleza del dominio estético... Este recorte de la trascendencia es consecutivo de una individuación de la subjetividad, que se encuentra ella misma parcelada en facultades modulares como la Razón, el Entendimiento, la Voluntad, la Afectividad... La segmentación del movimiento infinito de desterritorialización se acompaña de una reterritorialización esta vez incorporal, de una reificación inmaterial. La valoración que, en la figura precedente, era polifónica y rizomática, se bipolariza, se maniqueíza, se jerarquiza, y particularizando sus componentes tiende, de cierta manera, a esterilizarse. Los dualismos irresolubles, como las oposiciones entre lo sensible y lo inteligible, el pensamiento y lo extenso, lo real y lo imaginario, inducirán el retorno a las instancias trascendentes omnipotentes y homogenéticas: Dios, el Ser, el Espíritu absoluto, la Energía, el Significante... La antigua interdependencia de los valores territorializados está entonces perdida, así como las experimentaciones, los rituales, los bricolajes que conducían a invocarlos y provocarlos a riesgo de que se revelasen evanescentes, mudos, sin “garante”, incluso peligrosos. El valor trascendente se plantea como inamovible, siempre ya ahí y siempre permaneciendo. En ese aspecto, la subjetividad permanece perpetuamente en falta, culpable *a priori*, o al menos en estado “de deuda iinfinita” (según la fórmula de *El proceso* de Kafka). El “engaño de lo ideal”, como escribía Nietzsche, deviene “la maldición suspendida más allá de la realidad”¹⁹. Así, la subjetividad modular ya no está apresada en la antigua dimensión de emergencia de los valores, ya que se encuentra neutralizada bajo el peso de los códigos, de las reglas, de las leyes, dictados por el enunciador trascendente. No resulta de una intrincación de los contornos cambiantes de esferas de valoración arrumadas de materias de expresión, es recompuesta, en tanto que individuación deificada, a partir de los Universales dispuestos

¹⁹ *Ecce Homo*, Prefacio.

según una jerarquía arborescente. Derechos, deberes y normas imprescriptibles expropian las antiguas prohibiciones que reservan siempre un lugar a la conjuración y a la transgresión.

Estas sectorizaciones y bipolarizaciones de los valores pueden ser definidas como capitalísticas en razón del aplanamiento, de la descualificación sistemática de expresión de la cual proceden y que las lanza sobre la órbita de la valoración económica del capital, tratando en pie de igualdad formal los valores de deseo, los valores de uso, los valores de cambio y haciendo pasar las cualidades diferenciales y las intensidades no discursivas bajo el corte exclusivo de las relaciones binarias y lineales. La subjetividad se estandariza a través de una comunicación que excluye, tanto como le es posible, las composiciones enunciativas trans-semióticas y a-modales. Esta se desliza así hacia la desaparición progresiva de la polisemia, de la prosodia, del gesto, de la mímica, de la postura, en provecho de un lenguaje rigurosamente sometido a las máquinas escriturales y a sus avatares mass-mediáticos. En sus formas contemporáneas extremas se limita a un intercambio de fichas informáticas calculables en cantidad de *bits* (dígitos binarios) y reproducibles sobre computadores. Así, la individuación modular hace estallar las sobredeterminaciones complejas entre los antiguos Territorios existenciales para remodelar las facultades mentales, un yo, los órganos, las modalidades de alteridad personológica, sexuales, familiares, como otras tantas piezas compatibles con la mecánica social dominante. En este tipo de agenciamiento desterritorializado, el Significante capitalístico, como simulacro de lo imaginario del poder, tiene entonces la vocación de sobre-codificar todos los otros Universos de valor. Extendiéndose de este modo sobre aquellos que habitan el dominio del percepto y del afecto estético y que sin embargo se mantienen frente a la invasión de las redundancias canónicas, gracias a la reapertura precaria de líneas de fuga que van de los estratos finitos hacia el infinito incorporal, de los focos de resistencia a la resingularización y a la heterogénesis.

Ni los agenciamientos emergentes territorializados, ni los agenciamientos capitalísticos desterritorializados constituyen etapas históricas bien delimitadas. (Las pulsiones capitalísticas se encuentran en el seno de los imperios egipcios, mesopotámicos y chinos, como también durante toda la antigüedad clásica. El tercer tipo de Agenciamiento procesual será aún más difícil de discernir puesto que lo proponemos aquí sólo a título prospectivo, únicamente a partir de los trazos y síntomas que parece manifestar hoy. Éste, antes que marginalizar el paradigma estético, le confiere una posición clave de transversalidad respecto de otros Universos de valor que intensifican, cada uno por su parte, focos creacionistas de consistencia autopoiética. Sin embargo, el fin de la autarcía y de la desecación de los Universos de la figura precedente no es sinónimo de un retorno a la agregación territorializada de los Agenciamientos emergentes. Del régimen de la trascendencia reduccionista no se cae en el de la reterritorialización del movimiento de lo infinito sobre los modos finitos. La estatización general (y relativa) de los diversos Universos de valor conduce a un reencantamiento, de naturaleza diferente, de las modalidades expresivas de subjetivación. Magia, misterio y demónico no emanarán más, como no hace mucho, de la misma aura totémica. Los territorios existenciales se diversifican, se heterogenizan. El acontecimiento no está cerrado sobre el mito, deviene foco de reactivación procesual. El golpeteo incesante del arte contra los cuadros establecidos (después del Renacimiento, pero sobre todo durante la época moderna), su propensión a renovar los materiales de expresión y la textura ontológica de los perceptos y de los afectos que promueve, producen, si no una contaminación directa de otros dominios, al menos la relevancia y la reevaluación de dimensiones creadoras que a todos los atraviesan. Evidentemente, el arte no tiene el monopolio de la creación, pero lleva a su punto extremo una capacidad de invención de coordenadas mutantes, de engendramiento de cualidades de ser inauditas, nunca vistas, nunca pensadas. El umbral decisivo de constitución de este nuevo paradigma estético reside en la aptitud de cada uno de estos procesos de creación de auto-afirmarse como foco

existencial, como máquina autopoietica. Ya se puede presentir el ascenso de la picota sobre las ciencias que constituían la referencia en una Verdad trascendente como garante de su consistencia principal, la cual parece debe relevar, cada vez más hoy en día, modelizaciones operacionales ajustándolas lo más cerca a la empiria inmanente. Por todas partes, cualesquiera que sean los rodeos de la Historia, la creatividad social parece llamada a expropiar sus antiguos encuadres ideológicos rígidos, en particular aquellos que servían de garantía a la eminencia del poder de Estado y aquellos que hacen aún del mercado capitalístico una verdadera religión. Si miramos hoy en día del lado de una disciplina como el psicoanálisis, que ha pretendido afirmarse como científica, parecerá que ha ganado su lugar bajo la égida de ese nuevo tipo de paradigma estético procesual. Es por esta única vía que podrá reconquistar la creatividad de sus años locos de comienzos de siglo; tiene la vocación (según los dispositivos, los procedimientos y las referencias renovadas y abiertas al cambio) de engendrar una subjetividad escapando a las modernizaciones adaptativas y susceptibles de agenciarse en las singularidades y en las mutaciones de nuestra época. Así, se podrían multiplicar los ejemplos: en todos los dominios, se reencontrará el mismo entrelazamiento de tres tendencias: una heterogenización ontológica de los Universos de referencia desplegados a través de lo que se ha llamado movimiento de lo infinito; una transversalidad maquina abstracta articulando las multitudes de interfases finitas que manifiestan estos Universos en un mismo hipertexto²⁰ o plan de consistencia; una multiplicación y particularización de los focos de consistencia autopoietica (territorios existenciales). Este paradigma estético procesual trabaja con (y es trabajado por) los paradigmas científicos y los paradigmas éticos. Instaurándose transversalmente a la tecnociencia porque los filums maqunicos de ésta son por esencia de orden creativo, y esta creatividad tiende a encontrarse con las del proceso artístico. Pero, para establecer dicho puente, debemos deshacer las visiones mecanicistas de la máquina y promover una concepción que englobe a la vez sus aspectos tecnológicos,

²⁰ Ver Pierre Lévy, *L'Idéographie dynamique*, La Découverte, París, 1991.

biológicos, informáticos, sociales, teóricos, estéticos. Y aún aquí, es la máquina estética la que nos parece la mejor en sí misma para revelar algunas de sus dimensiones esenciales frecuentemente desconocidas: tales como las de la finitud relativa en su vida y en su muerte, la de la producción de protoalteridad en el registro de su medio ambiente y de sus implicaciones múltiples, la de sus filiaciones genéticas incorporales.

El nuevo paradigma estético tiene implicaciones ético-políticas porque hablar de creación es hablar de responsabilidad de la instancia creadora respecto de la cosa creada, inflexión de estados de cosas, bifurcación más allá de los esquemas preestablecidos, toma en cuenta, aún aquí, del destino de sus modalidades extremas. Pero esa elección ética no emana ya de una enunciación trascendente, de un código de ley o de un dios único y todo-poderoso. La génesis de la enunciación está, ella misma, apresada en un movimiento de creación procesual. Se lo ve bien con la enunciación científica, siempre de cabeza múltiple: cabeza individual, ciertamente, pero también cabeza colectiva, cabeza institucional, cabeza maquínica con los dispositivos experimentales, la informática, los bancos de datos, la inteligencia artificial... El proceso de diferenciación de sus interfases maquínicas multiplica los focos enunciativos autopoieticos y los vuelve parciales a medida que en él mismo se despliegan todos los azimuts a través de los campos de virtualidad de los Universos de referencia. Pero, ¿cómo, con este estallido de la individuación del sujeto y esta multiplicación de las interfases, se puede aún hablar de Universos de valor? Dejan de ser agregados y territorializados (como en la primera figura de Agenciamiento), o autonomizados y trascendentalizados (como en la segunda), están en lo sucesivo cristalizados en constelaciones singulares y dinámicas que envuelven y retoman permanentemente esos dos modos de producción subjetivos y maquínicos. No debe nunca confundirse el maquinismo y el mecanismo. El maquinismo en el sentido en que lo entiendo, implica un doble proceso autopoietico-creativo y ético-ontológico (la existencia de una

“materia de elección”) que es de hecho extraño al mecanismo. Es por esto que el inmenso engarce de las máquinas, en que consiste el mundo de hoy, se encuentra en posición autofundadora de su existencia. El ser no precede a la esencia maquina; el proceso precede a la heterogénesis del ser.

Emergencia arrumada de los Territorios colectivos, los Universales trascendentes, la Inmanencia procesual: tres modalidades de praxis y de subjetivación que especifican tres tipos de Agenciamiento de enunciación que son de hecho también de la psiquis, las sociedades humanas, el mundo viviente, las especies maquina, y en último análisis, del cosmos mismo. Tal ampliación “transversalista” de la enunciación debe conducir a levantar la “red de hierro ontológica” (según la expresión de Pierre Lévy), que la tradición filosófica ha establecido entre el espíritu y la materia. El establecimiento de dicho puente transversalista induce a postular la existencia de un cierto tipo de entidad habitando a la vez los dos dominios, de tal suerte que los incorporeales de valor y de virtualidad van a conferir una densidad ontológica en pie de igualdad con la de los objetos engastados en las coordenadas energético-espacio-temporales. Se trata de todos modos, antes que de una identidad del ser que atravesaría las regiones, o permanecería de textura heterogénica, de una misma persistencia procesual. No siendo ni el uno-todo de los platónicos, ni el primer motor de Aristóteles, esas entidades transversales se presentan como hipertexto maquina instaurándose más allá de un simple soporte neutro de formas y de estructuras, en el horizonte absoluto de todos los procesos de creación. No se plantea entonces la cualidad o el atributo como segundo en relación con el ser o la substancia; no se parte de un ser como puro continente vacío (y *a priori*) de todas las modalidades posibles de existencia. El ser es primero auto-consistencia, auto-afirmación, existencia por-sí que despliega relaciones particulares de alteridad. El para-sí y el para-otro (para el prójimo) dejan de ser el privilegio de la humanidad; cristalizan en todas partes donde las interfases maquina engendran la disparidad y, al contrario, son fundadas por ellas.

El acento no se hace sobre el Ser, como equivalente ontológico general, el cual, al igual que otros equivalentes (el Capital, la Energía, la Información, el Significante), envuelve, encierra y desingulariza el proceso, sino sobre la manera de ser, la maquinación para hacer de lo existente las praxis generadoras de heterogeneidad y de complejidad. La aprehensión fenomenológica del ser existente en tanto que facticidad inerte se da en el marco de experiencias límites tales como la náusea existencial o la depresión melancólica. La toma de ser maquina, por su parte, será más bien desplegada a través de los envolvimientos temporales y espaciales, múltiples y polifónicos, y de los desenvolvimientos potenciales, racionales y suficientes, en términos de algoritmos, de regularidades y de leyes, donde la textura es tan real como sus manifestaciones actuales. Y aquí se perfila, de nuevo, la temática de la ecología de lo virtual y de la ecosofía.

Las entidades maquina que atraviesan estos diferentes registros del mundo actualizado y de Universos incorporales son los Janos bifrontes. Existen concurrentemente en estado discursivo en el seno de Flujos molares, en relación de presuposición con un *corpus* de proposiciones semióticas posibles y en estado no discursivo, en el seno de focos enunciativos que se encarnan en Territorios existenciales singulares y en Universos de referencia ontológicos no dimensionados y no coordinados de manera extrínseca.

¿Cómo asociar el carácter infinito no discursivo de la textura de esos incorporales y la finitud discursiva de los Flujos energético-espacio-temporales y de sus correlatos proposicionales? Pascal nos indica una dirección en su respuesta a la pregunta: ¿Cree usted imposible que Dios sea infinito y sin partes? “Sí, quiero hacer ver algo infinito e indivisible. Es un punto moviéndose por todas partes a velocidad infinita; pues está en todos los lugares y está por completo en cada lugar”²¹. Sólo, en efecto, una entidad animada de una velocidad infinita (es decir, no respetando el límite

²¹ Pascal, *Pensamientos*, Sección III, p. 231.

cosmológico einsteiniano de la velocidad de la luz), puede pretender barrer a la vez un referente limitado y los campos de posibles incorporales y dar así crédito y consistencia a los términos contradictorios de una misma proposición. Pero en esta velocidad pascaliana que despliega una “cosa infinita e indivisible”, se permanece aún en un infinito ontológicamente homogéneo, pasivo e indiferenciado.

La creatividad intrínseca al nuevo paradigma estético requiere de los repliegues más activos y más activantes de ese infinito, y esto bajo dos modalidades que vamos a examinar ahora y donde la doble articulación es característica de la máquina en el sentido amplio entrevisto aquí.

Un primer pliegue caótico consiste en hacer coexistir las potencias del caos con las de la más alta complejidad. Por un continuo ir-volver a la velocidad infinita las multiplicidades de entidades se diferencian en complejidades ontológicamente heterogéneas y se caotizan aboliendo su diversidad figural y homogeneizándose en el seno de un mismo ser-no-ser. No dejan, de alguna manera, de caer en una zona de ombligo caótico donde pierden sus referencias y sus coordenadas extrínsecas, pero de donde ellas pueden re-emergir investidas de nuevas cargas de complejidad. Sobre el recorrido de ese pliegue caótico se encuentran instauradas una interfaz entre la finitud sensible de Territorios existenciales y la infinitud trans-sensible de Universos de referencia que le son superpuestos. Se oscila así, por una parte, entre un mundo finito de velocidades retrasadas, donde un límite se perfila siempre detrás de un límite, una coacción detrás de una coacción, un sistema de coordenadas detrás de otro sistema de coordenadas, sin que se llegue nunca a la tangente última de un ser-materia que huye por todas partes, y por otra parte, en Universos de velocidad infinita donde el ser no se rechaza, donde se da en sus diferencias intrínsecas, en sus cualidades heterogénicas. La máquina, todas las especies de máquina están siempre en esa encrucijada de lo finito, en ese punto de negociación entre la complejidad y el caos.

Esos dos tipos de consistencia ontológica: el ser-cualidad heterogenética y el ser-materia-nada homogenética no implican ningún dualismo maniqueo puesto que se instauran a partir del mismo plano de inmanencia entitario y se envuelven el uno en el otro. Pero la contrapartida de este primer nivel de inmanencia del caos y de la complejidad es que él no libera la clave de la estabilización, de la localización, de la ritmización de las estasis y estratos cósmicos retrasados de las “detenciones sobre imagen” de la complejidad, de lo que prohíbe a esto desandar el camino para hundirse una vez más en el caos y de lo que les conduce, al contrario, a engendrar los límites, las regularidades, las coacciones, las leyes,, todas las cosas que debe asumir el segundo pliegue autopoiético.

De hecho, no es legítimo buscar interceptar la contingencia finita sobre un recorrido tan directo entre el caos y la complejidad. Hay dos razones para esto. Por una parte, la complejión fugaz que emerge del caos para retornar a velocidad infinita es ella misma virtualmente portadora de velocidades lentas. Por otra parte, el ombligo cósmico, en tanto toma consistencia, tiene también un papel que jugar en el alumbramiento de la finitud por sus dos funciones de *grasping* existencial y de transmonadismo. Así, a la inmanencia de la complejidad y del caos, estaremos inducidos a superponer la inmanencia de lo infinito y de la finitud; deberemos postular que el retraso primordial que se manifiesta en las velocidades finitas, propias de los límites y coordinadas extrínsecas y la promoción de puntos de vista particularizados, habita tanto el caos como las velocidades entitarias infinitas que la filosofía tiende a domesticar con sus creaciones de concepto. El movimiento de virtualidad infinita de complejiones incorporales lleva en sí la manifestación posible de todas las composiciones y de todos los agenciamientos enunciativos actualizables en la finitud. La caosmosis no oscila entonces mecánicamente entre el cero y el infinito, entre el ser y la nada, el orden y el desorden: reaparece y brota sobre los estados de cosas, los cuerpos, los focos autopoiéticos que utiliza a título de

soporte de desterritorialización, ella es caotización relativa a través de la confrontación de estados heterogéneos de la complejidad. Es entonces el asunto de un infinito de entidades virtuales infinitamente rico en posibles, infinitamente enriquecible a partir de procesos creadores. Lo que funda el nuevo paradigma estético, es una tensión para agarrar la potencialidad creativa en la raíz de la finitud sensible, “antes” que ella se aplique en las obras, en los conceptos filosóficos, en las funciones científicas, en los objetos mentales y sociales. La potencialidad de acontecimiento-advenimiento de velocidades limitadas en el corazón de velocidades infinitas constituye a éstas en intensidades creadoras. Las velocidades infinitas son paquetes de velocidades finitas, de una conversión de lo virtual en posible, de lo reversible, de lo diferido en diferencia. Las mismas multiplicidades entitarias constituyen los universos virtuales y los mundos posibles, esta potencialidad de bifurcación sensible finita inscrita en una temporalidad irreversible permanece en absoluta presuposición recíproca con la reversibilidad atemporal, el eterno retorno incorporal de la infinitud.

Un golpe de dados

Nunca

Cuando igualmente lanzado en circunstancias eternas

Del fondo de un naufragio...

Esta irrupción de lo irreversible, esta elección de finitud no podrían estar encuadradas, adquirir una consistencia relativa más que a condición de inscribirse sobre una memoria del ser y posicionándose en relación con los ejes de ordenación y de referencia. El pliegue autopoietico responderá a esas dos exigencias por el montaje de dos facetas, inextricablemente asociadas, la de apropiación o de *grasping* existencial y la de inscripción transmonádica. Pero el *grasping* no confiere una auto-consistencia a la mónada más que en tanto que ella despliega una exterioridad y una alteridad transmonádica, de suerte que ni el primero ni el segundo se benefician de una

relación de precedencia y no pueden abordar el uno sin referirse al otro.

Comencemos sin embargo por el lado del *grasping*. Instaure un “mantener en conjunto” entre:

- La autonomía respectiva de la complejión y de su ombligo cósmico, su distinción, su separación absoluta;
- y su concatenación, también absoluta, en el seno del mismo plano de doble inmanencia.

La experiencia de tal ambivalencia de posicionamiento y de abolición fusional nos es dada con la aprehensión de los objetos parciales kleinianos –el seno, las heces, el pene...– los cuales cristalizan el yo disolviéndolo en las relaciones proyectivas-introyectivas en el otro y en el Cosmos. Una complejión incorporal, agarrada bruscamente por el *grasping*, no recibirá su sello de finitud más que por lo que advendrá del advenimiento-acontecimiento, de su encuentro con una línea transmonádica, que desencadenará la salida, la expulsión de su velocidad infinita y su retardo primordial. De este lado de ese franqueamiento de umbral, la existencia de la complejión incorporal, tanto como la de la composición y del agenciamiento candidatos a la actualización, permanece aleatoria, evanescente. La multiplicidad entitaria compleja está solamente indexada por un foco autopoiético. Aquí evocaremos la experiencia de la primera rememoración del sueño con la fuga loca de sus trazos de complejidad. Todo comienza verdaderamente cuando el transmonadismo entra en escena para inscribir y transformar ese primer enganche autopoiético. Por eso no es necesario distribuir de su vertiente.

El metabolismo permanente de nadización, de despolarización y de dispersión de lo diverso que trabaja la mónada le prohíbe delimitar una identidad propia. La nada funcional de una mónada “dada” habita la nada y así al infinito, en el curso de relevos multidireccionales de resonancias estroboscópicas. ¿Cómo tal estela de nadización, a la vez

omnipotente e impotente, viene a ser soporte de inscripción de una remanencia de finitud, cómo deviene desterritorialización? Ahí donde no había más que desvanecimiento infinito, dispersión absoluta, el deslizamiento transmonádico introduce una linealidad de orden –se pasa de un punto de consistencia a otro– que va a permitir cristalizar la ordenación de complejiones incorporales. La caosmosis funciona aquí como la cabeza de lectura de una máquina de Turing. La nada caótica patina y hace desfilan la complejidad, la pone en relación consigo misma y con lo que le es otro, con eso que la altera. Esta actualización de la diferencia opera una selección agregativa sobre la cual podrán incorporarse los límites, las constantes, los estados de cosas. De ahora en adelante no estamos en las velocidades de disolución infinitas. Ahí se tiene un resto, un retenido, la elección selectiva de semejanzas y desemejanzas. En simbiosis con las complejiones infinitas, las composiciones finitas se engastan en las coordenadas extrínsecas, los agenciamientos enunciativos se engarzan en las relaciones de alteridad. La linealidad, matriz de toda ordenación, es ya un retrasamiento, un envascamiento existencial. Puede parecer paradójico que sea la persistencia de una nadización, o más bien de una desterritorialización intensiva la que dé su consistencia corporal a los estados de cosas y a los puntos de vista autopoieticos. Pero sólo este tipo de retroceso linearizante y rizomático puede seleccionar, disponer y dimensionar una complejidad que vivirá en adelante bajo el doble régimen de un retrasamiento discursivo y de una velocidad absoluta de no-separabilidad. La complejión virtual seleccionada se encuentra sin embargo marcada de una irreversible facticidad envuelta por una proto-temporalidad que se puede a la vez calificar de instantánea y de eterna y que se reconocerá fácilmente en la aprehensión fenomenológica de los universos de valor. El transmonadismo, por un efecto de a destiempo, hace cristalizar en el seno de la sopa caótica primitiva las coordenadas espaciales, las casualidades temporales, los escalonamientos energéticos, las posibilidades de cruzamiento de las complejiones, toda una “sexualidad” ontológica, hecha de bifurcaciones y de mutaciones

axiológicas. Así, el segundo pliegue de ordenación autopoiética, profundamente activo y creacionista, despega de la pasividad inherente al primer pliegue caótico. La pasividad se transforma en límite, en encuadre, en ritornelo sensible a partir de los cuales un enriquecimiento de complejidad finita y “controlada” podrá advenir en tanto que la heterogénesis ontológica se transmuta en alteridad. Pero nada puede hacer que tal acontecimiento-advenimiento de retrasamiento primordial y de selección no tenga lugar –desde el momento en que se inscribe sobre la trama transmonádica autopoiética. Tal límite aleatorio de un punto de vista virtual deviene accidente necesario y suficiente en la extracción de un pliegue de contingencia, o de una “elección” de finitud. Necesita en lo sucesivo hacer con, partir de ahí, volver a girar alrededor.

A través de esta enjambrazón de cristales de finitud y esta declinación de atractores de posible serán irremediamente promovidos límites de territorialización como los de la relatividad y el intercambio fotónico, de regularidades, de coacciones, como los del *quantum* de acción que los agenciamientos científicos semiotizarán en funciones, en constantes y en leyes. Pero el punto decisivo sigue siendo que el escape transmonádico, lejos de resolverse en el horizonte fijo de nadización, se abarquilla en línea de fuga torbellinosa infinita donde las circunvoluciones, como las de los atractores extraños, confieren al caos una consistencia encrucijada entre la actualización de configuraciones finitas y una recarga procesual siempre posible, como soporte de bifurcaciones ordinales inéditas, de conversiones energéticas escapando a la entropía de la estratificación territorializada y abierta a la creación de agenciamientos de enunciación mutantes.

Es característica del nuevo paradigma procesual una tensión hacia esta raíz ontológica de la creatividad. Compromete la composición de agenciamientos enunciativos actualizando la composibilidad de dos finitos, el activo y el pasivo. Tensión de ninguna manera fija, catatónica o abstracta como la de los monoteísmos capitalísticos, sino animada de un creacionismo

mutante, siempre por reinventar, siempre en camino de ser perdido. La irreversibilidad propia de los acontecimientos-advenimientos del *grasping* y del transmonadismo de la autopoiesis es consustancial a una resistencia permanente a las repeticiones circulares territorializantes y en constante renovación de encuadres estéticos, de dispositivos científicos de observación parcial, de montajes conceptuales filosóficos, de la instauración de “hábitats” (*oikos*) políticos o psicoanalíticos (ecosofía). Producir nuevos infinitos a partir de un hundimiento en la finitud sensible, infinitos no solamente cargados de virtualidad sino también de potencialidades actualizables en situación, demarcando o contorneando los Universos repertoriados por las artes, la filosofía, el psicoanálisis tradicionales: todas las cosas que implican la promoción permanente de otros agenciamientos enunciativos, de otros recorridos semióticos, una alteridad tomada en su posición de emergencia –no xenófoba, no racista, no falocrática– de los devenires intensivos y procesuales, un nuevo amor a lo desconocido... A fin de cuentas, una política y una ética de la singularidad, en ruptura con los consensos, las “calmas” infantiles destiladas por la subjetividad dominante. Los dogmatismos de todo tipo cargan y opacan esas puntas de creacionismo que vuelven necesario el enfrentamiento sin descanso, en el análisis del inconciente, como en todas las otras disciplinas, en los colapsos del sin-sentido, en las contradicciones insolubles, manifestación de corto-circuitos entre la complejidad y el caos. Por ejemplo, el caos democrático que encubre una multitud de vectores de resingularización, de atractores de creatividad social en busca de actualización. No se trata de aleatoriedad neoliberal y de su fanatismo por la economía de mercado, mercado unívoco, mercado de las redundancias de poder capitalístico, sino de una heterogénesis de sistemas de valoración y de una eclosión de nuevas prácticas sociales, artísticas, analíticas.

Así, la cuestión de la transversalidad intermonádica no es solamente de naturaleza especulativa. Implica replantear el cerco disciplinario, el reencerramiento solipsista de Universos

de valor, hoy prevalecientes en muchos dominios. Tomemos un último ejemplo, el de la redefinición abierta de los cuerpos, totalmente necesaria para la promoción de agenciamientos terapéuticos de la psicosis; el cuerpo concebido como intersección de componentes autopoieticos parciales, en las configuraciones múltiples y cambiantes, trabajando en conjunto tanto como cada uno por sí mismo, todos “los cuerpos”: el cuerpo propio especular, el cuerpo fantasmático, el esquema corporal neurológico, el soma biológico y orgánico, el sí-mismo inmunitario²², la identidad personalógica en el seno de los ecosistemas familiares y medioambientales, la rostridad colectiva, los ritornos míticos, religiosos, ideológicos... Tantas territorialidades existenciales enlazadas por la misma caosmosis transversalizada, tantos “puntos de vista” monádicos se escalonan, se estructuran a través de ascensos y descensos fractales, autorizando una estrategia combinada de accesos analítico, psicoterapéutico institucional, psicofarmacológico, de recomposición personal delirante o de carácter estético... Es una sola y misma cosa declarar esos territorios parciales y sin embargo abiertos sobre los campos de alteridad más diversos: lo que esclarece que la recerradura más autística puede ser aprehendida directamente en las constelaciones sociales y el Inconsciente maquínico ambiental, los complejos históricos y las aporías cósmicas.

²² Anne-Marie Moulin, *Le dernier langage de la médecine. Histoire de l'immunologie de Pasteur au sida*, P.U.F., París, 1991.

*Genet reencontrado*²³

“En septiembre de 1982, las masacres de Chatilla no fueron quizás determinantes; tuvieron lugar; yo fui afectado; hablaba, pero si el acto de escribir vino más tarde, el tiempo de incubación, en el instante o los instantes en que una célula, una sola, bifurcando su habitual metabolismo, comenzaba el primer punto de un encaje o cáncer del que nadie sospecha lo que sería, o aún si sería, decidí escribir este libro. La decisión devino más exigente por cuanto algunos detenidos políticos me presionaron para acortar mis viajes, disminuir mis permanencias en Francia. Todo lo que no era ese libro se volvió lejano, casi invisible” (p. 502). Jean Genet moriría cuatro años más tarde, cuando corregía las pruebas de *Un captif amoureux*, libro inmenso, fuera de las proporciones ordinarias de la literatura, lo que puede explicar, mas no excusar, que tantos críticos hayan dejado de lado su verdadera importancia.

Libro para vagos. Diez veces, veinte veces, las mismas escenas, los mismos personajes vienen en resaca a proyectar nuevos residuos memoriales. “Recuerdos”, lo subtitula modestamente Genet..., “recuerdos que deberían ser leídos como un reportaje” (p. 503). “Imágenes” en exergo. Libro de imágenes, libro donde se anudan las dimensiones más secretas del poeta (no hablo evidentemente de la sexualidad que, como se sabe, pertenece desde ahora por siempre al patrimonio nacional) y las “luchas metafísicas” (p. 198 y 488) conducidas por los fedayines y los *Black Panthers*, en contrapunto con sus errancias de siempre (p. 427).

“La revolución palestina fue escrita sobre la nada, un artificio sobre la nada, ¿y la página blanca y cada minúsculo pedazo de papel blanco que aparece entre dos palabras son más reales que los signos negros?” (p. 11). ¿No habría sido, para él, esta revolución más que un pretexto para hacer literatura? ¿Qué

²³ *Genet retrouve*. Tomado de: Felix Guattari, *Cartographies schizoanalytiques*, Editions Galilée, París, 1990.

lo separaba, entonces, de todos los “poetas de la revolución”, de quienes se mofa cruelmente? (p. 420). Pero, evidentemente, ese “pasaje por la escritura” (p. 447) de su experiencia palestina no es comparable con una vulgar empresa de recuperación literaria. Detestaba tanto ser tratado como hombre de letras que parece que la idea no lo ha rozado, en el curso del incesante debate que mantiene consigo mismo, a lo largo del libro, sobre la legitimidad de su tentativa, tanto que podría muy bien, él mismo, caer bajo el golpe de una acusación similar.

Ese rechazo visceral de una posición de escritor, que le impusiera ponerse del lado burgués de la barricada, no se le ha escapado, seguramente, a Jean Paul Sartre²⁴. Pero no ha aprehendido a Genet más que bajo un ángulo exclusivamente literario y considerando que su destino lo llevaba inexorablemente a “terminar” en la literatura. De hecho, lo prueba el tiempo, parece que el colosal y suntuoso monumento –por no decir el mausoleo– que le ha edificado, bajo la especie de un prefacio de 700 páginas, se muestra mal ajustado a la envergadura del personaje que debía ulteriormente revelar. No que el prefacio sea demasiado ambicioso, sino que se le ha escapado el resorte procesual de su vida y de su obra. Según Sartre, habría atravesado tres metamorfosis: la del ladrón, la del esteta y la del escritor, que lo habrían hecho pasar sucesivamente del acto al gesto, del gesto a la palabra, después de la palabra a la obra (*Saint Genet*, p. 470). “Genet ha escrito primero para afirmar su soledad, para bastarse; y es la escritura misma la que, por sus problemas, lo ha conducido insensiblemente a buscar los lectores. Por la virtud de las palabras y por sus insuficiencias, este onanista se ha transformado en escritor” (*ibid.*, p. 535). Sería este el asunto, cualquiera, de la transformación de un psicópata perverso y delincuente en “retórico” (p. 568), cautivo de lo imaginario y con el alma debidamente pacificada. “Héroe único de sus libros, Genet cae por entero en lo imaginario y deviene imaginario en persona” (*ibid.*, p. 470). Por estar sensiblemente demarcado por

²⁴ *Saint Genet, comédien et martyr*, Gallimard, París, reedición, 1985, en particular el capítulo: “De las bellas artes consideradas como un asesinato”, p. 536. Traducción al español, *San Genet, comediante y mártir*, Paidós, 1979.

las concepciones freudianas, se ve que el psicoanálisis existencial de Sartre conserva al menos cierto esquematismo, yo diría ciertos tics reduccionistas. La obra de Genet se compara así con las religiones en vías de humanización que reemplazan los sacrificios humanos por sacrificios simbólicos (*ibid.*, p.539); la escritura de cada uno de sus libros funciona como una “posesión catártica” o un psicodrama (*ibid.*, p. 602). La novela *Notre Dame des Fleurs* es asimilada a una desintoxicación del narcismo (*ibid.*, p.499) y, después de diez años de literatura que valen, según Sartre, por una cura de psicoanálisis (*ibid.*, p. 602), se nos anuncia triunfalmente la curación del paciente, que al fin ha resuelto fundar una pequeña familia: “Este eterno errante, que no posee nada, salvo algunos trapos y dinero en efectivo, que vive en hotel y cambia de hotel varias veces al año, este solitario está construyendo un hogar. En alguna parte entre Saint Rápale y Niza, una casa lo espera. Lo he visto, rodeado de niños, jugando con los mayores y ataviando a los más pequeños, discutiendo apasionadamente sobre su educación...” (*ibid.*, p. 642). ¡Milagro de la literatura! Y, sobre todo, ¡singular Sartre! ¡Ingenuo, enternecedor, y secretamente conformista! Todo esto es bello y bueno, pero no es, evidentemente, en esta dirección que el futuro debía girar, nunca Genet debía fundar un hogar, nunca debía “fijarse” sobre un territorio, elegir una casa, si no es, parafraseando a Sartre, más que bajo el modo de la negociación. Pienso en este soñador diurno, que regresa a nosotros en *Un captif amoureux*, de una casa natal implantada en un lugar “no espacial, y sin embargo entrevista por unos instantes sobre una rívera en una playa en Turquía. Miraba por una ventana abierta el jardín, el mar, y a los lejos, la isla de Chipre, mientras se le imponía la frase encantatoria: ‘Y desde aquí, sin peligro, asistía a una batalla naval en pleno día’”. (p. 430). Hechizo amenazado inmediatamente por la sobreimpresión de otra imagen, aquella jordana, y más antigua, de una pequeña casa “con portal romano, la cimbra del arco sostenida por las cuatro columnatas veteadas de la puerta”. Estaba, entonces, en compañía de un alto responsable palestino a quien le había dicho:

“¡Mira qué bella ésta, sobre los peñascos!”

–“Si la quieres, la OLP te la alquila por seis meses”, escuchó que respondían. Y en este momento, devino para él gris y sucia” (pp. 433 y 499).

Genet no cae entonces ni en el esteticismo, ni en el profesionalismo literario. El hecho de ser reconocido como uno de los más grandes escritores de este siglo no lo anima a dejar su errancia estética, y no lo ha incitado a renunciar al robo. En lo figurado, continúa asimilando éste a la percepción poética (“La poesía consiste en la más grande conciencia de su cualidad de ladrona”²⁵) y, en la realidad, conservando cuidadosamente sus contactos con los antiguos o potenciales bribones²⁶, o ensayando él mismo, en alguna ocasión, estafar a sus editores y comanditarios, de los cuales, eso se dice, algunos se prestaban complacientes a la maniobra. La explicación por las etapas psicogenéticas freudianas, retomadas o no por Sartre, es pobre, no permite en particular comprender por qué, si la condición de escritor le convenía, ha sido llevado a dejar toda la producción literaria y teatral durante veinte años. ¿Y la razón de esta fulgurante resurgencia, unos años antes de su muerte? No se podrá encontrarla, a mi modo de ver, más que si se considera que “frente a” la vida y “frente a” la obra, ha habido siempre, con este ser excepcional, un proceso subterráneo, una dinámica esencial, una loca creatividad, que literalmente lo subyugaba. Es algo de este orden lo que entrevé cuando responde, en 1983, a alguien que le pregunta si la publicación de un artículo sobre la masacre de Chatilla, en la *Revue d'études palestiniennes*, está en relación con su obra literaria: “No es gracias a los libros que he escrito sino a la disposición mía, donde me he colocado, donde la vida me ha puesto para escribir libros por treinta años, que he podido escribir, hace un año, el pequeño ensayo del que usted habla...”²⁷. Por relación a esta disposición primera, la vida

²⁵ *Journal du voleur*, Gallimard, París, p. 277 (colec. Folio). Traducción al español *El diario del ladrón*, Seix Barral, 1994.

²⁶ *Ibid*, p. 285.

²⁷ Rudiger Wischenbart, “Conversation avec Jean Genet et Lelia Chahid” en el presente número de *Revue d'études palestiniennes*.

y la obra no han sido nunca más que especies de sub-productos, sujetos a todas las variaciones, a todos los eclipses. Como las dicotomías habituales entre lo real y lo imaginario. Escuchemos lo que dice en esta misma entrevista, en la que concede que el haberse asociado a las Panteras Negras, después a los palestinos, está más en función del mundo real que en función del mundo del sueño o del mundo gramatical. Pero, añade también, únicamente en la medida en que se opone el mundo real al mundo onírico: “Seguramente, si se lleva más lejos el análisis, se comprenderá que lo onírico pertenece también al mundo real. Los sueños son realidades”. Es claro que hasta el fin de su vida Genet no había franqueado las famosas etapas de desarrollo y de adaptación a lo real con las que se pretendía anudarlo en torno al destete, el aprendizaje, la propiedad, el complejo de Edipo y de castración, los períodos de latencia pre y post puberal. Para él todo marchaba unido. No había nunca nada detrás de sus sueños y de sus “perversiones” infantiles. Pero esto no debía impedirle, sin embargo, comprometerse de la manera más lúcida, más “adulta”, con las realidades históricas contemporáneas. Añadiría que sería vano intentar salvar el esquema psicogenético recurriendo, no a la díada Real-Imaginario, sino a la tríada estructuralista que le añade lo Simbólico. Pues es evidente que su entrada triunfal en “el orden Simbólico”, con la literatura y el teatro, no ha tenido, en lo que le concierne, ningún efecto redentor. La sublimación, decididamente, ¿no funcionó para él! Mucho más que a un agotamiento dialéctico, su maestría como escritor no lo ha llevado más que a una exacerbación de sus contradicciones y de sus desgarramientos. A pesar de cierto apaciguamiento sensible en la lectura de *Un captif amoureux*, Genet no ha renunciado a ninguna de sus locuras; locura de deseo, locura de revuelta, locura de belleza.

Es necesario buscar en otro lado, orientarse hacia algo que ordenaría diferentemente lo real, lo imaginario y la creación. Algo que no fueran instancias separadas, sino que las condujera a engendrarse las unas a las otras. Un imaginario-simbólico produciendo nuevas realidades; una disposición subjetiva capaz

de recibir las cargas de imaginario vehiculadas por lo real... Se podría legítimamente reunir las frases de Genet en las que abate su subjetividad sobre lo real más “limitado” con aquellas en las que, a la inversa, lo real hace irrupción fuera de sí mismo en el proceso “objetivo” de subjetivación. Se pasaría así de manera continua de la tesis del simple reportaje (“No siendo ni archivista, historiador o nada que se parezca a esto, yo no habría contado mi vida más que a fin de relatar una historia de los palestinos”, p. 280) a las declaraciones, asombrosas de parte de un apologista de todas las traiciones²⁸, en la que se inquieta por traicionar la misión de información que se le había asignado inicialmente (por el hecho de que ordena los episodios que ha vivido en la resistencia palestina según “el desorden aparente de las imágenes de un sueño...”, p. 416) hasta aquellas donde finalmente confiesa que lo real es “más inventivo que (sus) pesadillas y (sus) recuerdos” (p. 460), idea que encarna en la imagen matricial de los musgos, líquenes, gramíneas, gavanzas, e higueras (pp. 455, 460, 485) agrietando las realidades más minerales, y que él redobra, sobre la vertiente de la actualidad, por la imagen del pueblo palestino que se engancha a la vida a través de las placas de cemento de los campos destruidos por las bombas israelíes, después sobre una vertiente más arcaica por la de una fuente de piedra (p. 485).

Habría toda una teoría por elaborar sobre la función de la oscilación, el eclipse, la evanescencia, la desaparición, en la obra de Genet²⁹. Este tema vuelve permanentemente. Una de las imágenes prototípicas que nos propone (igualmente presente, bajo una forma cercana, en Kafka), es la del vapor del recipiente que se adhiere al cristal y “poco a poco este vaho, presente, se retira, y dejando el vidrio transparente, el paisaje se hace súbitamente visible y la habitación se prolonga quizás al infinito” (p. 440). En adyacencia –pues una imagen remite siempre a otra–, está la mano y la esponja que pasan y repasan

²⁸ “El que no tenga ningún conocimiento de la traición no sabe nada de la voluptuosidad” (*Un captif amoureux*, p. 367). En español: *Un cautivo enamorado*, Editorial Debate, 1988.

²⁹ “Verbo malicioso, un poco temeroso, eclipsarse permite a toda cosa ser el astro eclipsante de otra”, p. 442.

sobre el cuadro para borrar la escritura de la tiza (*ibid.*). Desterritorialización del espacio, del tiempo y de las palabras. El fedayín, también, es esencialmente un ser de desaparición: “Él giraba en el sendero; no veía ya su rostro, solamente su espalda y su sombra” (p. 32). Su lucha, en cuanto tal, surge del eclipse: “...yo he mirado la resistencia como si ella fuera a desaparecer mañana”. (p. 33) Y, a fin de cuentas, es Genet en persona quien desaparece, empequeñeciéndose al infinito sobre la línea del horizonte (p. 160). Ante todo, es necesario tener en cuenta que no se trata de simples fenómenos de negación. Todas estas borraduras quedan rezagadas como los remanentes estroboscópicos de otros universos; sus juegos de sombra anuncian la llegada de nuevas dimensiones existenciales: “De ser así, espectro que aparece, y desaparece, dando (a los fedayines) esta fuerza convincente de una existencia más fuerte que los objetos donde la imagen permanece, que nunca se evaporan, o más bien (su) existencia era tan fuerte que se permitía las evanescencias inmediatas, casi cortesés, a fin de no fatigarme con una presencia insistente” (p. 407). En la época de los Biombos, de los que Genet exigía a Roger Blin que su puesta en escena ilumine hasta el mundo de los muertos, era aquí, no lo dudemos, una subyugación a los vivos que él descontaba³⁰. Él mismo, en el umbral de la muerte, siente esta vez su piel devenir fosforescente “a la manera de un pergamino de días idos cuando la lámpara es encendida” (p. 425). Pero no es necesario creer, sin embargo, que tales transformaciones sean anunciadoras de revelaciones místicas. No, no participan más que del trabajo de toda una vida sobre la percepción, la imaginación y sus diversos modos de semiotización.

Abusivamente Sartre había proyectado sobre Genet su concepción de la conciencia imageante como función irrealizante (*Saint Genet*, p. 184). Haciendo esto, él lo condenaba a permanecer encerrado en un imaginario enteramente investido por sus fantasmagorías malélicas y le prohibía cualquier salida efectiva fuera de una soledad maldita. Es verdad que el proceso creador, en Genet, ha recurrido

³⁰ *Lettres à Roger Blin*, Gallimard, París, 1986, p. 11.

siempre ampliamente a la fabulación³¹ –masturbatoria o no– pero su objetivo fundamental no permanece menos en una poética de alcance social. La escritura de sus primeros textos es inseparable de su experiencia de la condición penitenciaria. Su “teatro de la crueldad” gira alrededor de temas como la prostitución, la negritud, las guerras coloniales... *Un captif amoureux* era, de entrada, no lo olvidemos, una obra militante, escrita por pedido personal de Arafat –Genet se complace en recordarlo– doblada de una reflexión más general sobre el sentido profundo de lo que fueron, a partir del fin de los años 60, los movimientos sulfurosos que se denominaron *Zengakuren*, Brigadas Rojas, Revuelta de Berkeley, Panteras Negras, Mayo del 68 en París, Palestinos... (p. 442). Ciertamente, se cuida de cuestionar en su globalidad esas empresas revolucionarias. Rechaza su “lenguaje de bosques”, su dogmatismo; aprecia en su justa medida su “teatralismo” en la intención de los *media* (“los comediantes de la revolución”, p. 390) y su lucidez se redobla desde que intenta estigmatizar algunos aspectos del burocratismo y de la corrupción que detecta en el seno del movimiento palestino³². Pero lo que le fascina en esas “vidas encadenadas”, esas “fallas telúricas” como las llama (p. 422), es todo lo que en ellas va más allá de los intereses particulares, su precaria relatividad tanto como sus compromisos metafísicos. Se apoya particularmente en uno de sus mecanismos esenciales que se puede llamar su función de imagen. Por ejemplo, las maneras de ser y de vestirse de los militantes de Panteras Negras, que llevan, casi a diario, un conjunto de negro para percibir de la misma manera el color de su piel o la textura de su cabellera. Genet descifra aquí las dimensiones de los cuerpos, del sexo, de la danza, de las entonaciones y de los gestos, toda su textura enunciativa –se podría decir, toda una acontecimiento– infinitamente más profunda que aquella a la que se ha reducido en nuestros días con la palabra *look*. Él habla de “imágenes fabulosas”, a

³¹ *Journal du voleur*, *Op. cit.*, p. 97 y siguientes. En español: *Diario del ladrón*, Seix Barral, 1994.

³² Sobre este punto, las referencias son numerosas, Ver, en particular, pp.125, 128, 172, 282, 309, 391, 459, 462.

propósito de los héroes epónimos cuyo nombre se ha afirmado a través de la historia. Cita a este propósito a Sócrates, Cristo, Saladin, Saint-Just... Ellos sacan su potencia de ser a la vez ejemplares y singularizantes, de proceder de la evidencia y no del poder (p. 354). Pero creo que es válido extender esta expresión a todas las formaciones imaginarias que, en esta misma perspectiva, adquieren una capacidad particular de atravesamiento –de transversalización– de los tiempos de la vida, de los niveles existenciales tanto como de los segmentos sociales, incluso, por qué no, de las estratificaciones cósmicas. Pues es desde todos lados a la vez que conviene buscar a Genet. En eso, es el hombre de este siglo, que quizás más que ningún otro, ha sido el partero de nuevas maneras de ver el mundo. Lo repito, Genet es un hombre de lo real. Quiero decir: un hombre del futuro real. No es un santo como Sartre ha hecho creerlo, y sobre todo no es un santo condenado a metamorfosearse perpetuamente en gentuza y que estaría llamado a convertir la historia en categorías míticas (*Saint Genet*, p. 13). De hecho, los mitos y sus imágenes no le importan más que como operadores colectivos que le confieren una consistencia histórica. En esas condiciones, devenir un “héroe solitario y fabuloso”, ejemplar y en consecuencia singular (p. 354), deja de ser contrario a una función colectiva. “No deseaba más que por el grupo –escribe a propósito de las Panteras Negras–, y mi deseo era cumplido por el hecho de que ese grupo existía” (p. 352). Devenir él mismo, al lado de un puñado de otros –Kafka, Artaud, Passolini...– el héroe de formas de sensibilidad por venir, concuerda de hecho con su voluntad de desaparición o aún con su deseo de invisibilidad³³. ¡Salir en consecuencia de la soledad de poeta maldito! Aceptar ir con las Panteras, después con los palestinos, aportarles su “función de soñador” (p. 206), no es un elemento de desrealización de esos movimientos, como llega él a preguntárselo, pareciendo proseguir un diálogo imaginario con Sartre. Es quizás un medio de conferirle una consistencia subjetiva más intensa. “Entonces los palestinos, en su revuelta, han cogido esa fuerza –¡oh! Tengo miedo de ser

³³ *Entrevista con Rudiger Wischenbart.*

muy literario— pero ellos han tomado la fuerza de las telas de Cézanne³⁴.

Aquí convendría interrogarse, en contrapunto, sobre todo lo que implicó, para un movimiento como *Fatah*, acoger en sus bases secretas a un personaje como Genet. He aquí un movimiento que, no contento con coleccionar fondos, armas, mantenimiento diplomático y *mass media*, ¡igualmente demanda poesía! Y no cualquiera, como la de un ensalzador, del género “realismo socialista”, sino la de uno de los autores más turbios, más desviados, del que no importando una militancia normalmente constituida —¡y es esta toda la cuestión!— habría podido esperarse las peores renunciaciones, las más infames traiciones. Pero sería olvidar que Genet no podía traicionar más que por fidelidad a sí mismo. Si fuese otro, no habría cometido la falta de anunciar su opinión: “El día en que los palestinos estén institucionalizados, yo no estaré de su lado, el día en que los palestinos se conviertan en una nación como las otras naciones, yo no estaré ahí”. ¿No es una revolución muy interesante ésta que se acomoda a semejante actitud de parte de un “compañero de ruta”? Mejor aún, que parece haberlo estimulado. ¡Que siga el asunto!

Yo llamaría praxis procesual esta instancia creadora que se instaaura “frente” a la manifestación de la vida y la obra y que permite a Genet pasar de una fabulación desrealizante a esas “imágenes fabulosas” productoras de lo real. Tres niveles — modular, polifónico y sináptico— mantienen relaciones sincrónicas, y son constituidos no como estados.

El nivel de las cristalizaciones modulares

Una multitud de fragmentos de sentido exploran, como azimuts, el mundo y la psique. Toda alma bien nacida, es decir, donde los reflejos y el espíritu han sido debidamente normados, sabe disciplinar o hacer callar las voces por esencia heréticas,

³⁴ *Ibid.*

disidentes, perversas. Pero Genet es un mal nacido y no ha tenido ninguna intención de renacer al mundo común (“He mantenido frecuentemente la idea de una muerte que, irremediamente, me separaría de vuestro mundo”). Mucho más que vivir esos torbellinos de la manera en que lo son generalmente bajo la mirada de otro, como otras tantas calamidades, precipicios de angustia y de culpabilidad, toma partido por acomodarse, acostumbrarse, transmutarlos. (“Negando las virtudes de vuestro mundo, los criminales, desesperadamente, aceptan organizar un universo prohibido”³⁵). Por el sesgo de los ritmos, los ritornelos, las consignas, las fórmulas mágico-nemotécnicas, toma parcialmente control de esta procesualidad primaria del sentido. A los peores horrores de la pena, la humillación, la prisión, aprende a cambiarles de signo, a cambiarlos en signo y a hacer de ellos intensos valores erótico-estéticos. A propósito de *Notre Dame des Fleurs*, Sartre tiene esta soberbia fórmula: era la colección de sus talismanes eróticos³⁶. Pero, lo que es necesario ver, es que el conjunto de ese trabajo de cristalización primaria del sentido lleva indiferentemente sobre la percepción del mundo y sobre el lenguaje. Tengo necesidad de horadar una masa de lenguaje, escribe en el *Journal du voleur*, y como en eco, en *Un captif amoureux* describe un mundo que se surca en sí mismo: “Ha llegado el momento de pensar que la prisión está surcada, si se quiere plena de agujeros, de alvéolos, y en cada uno de los hombres se inventa un tiempo y un ritmo que escapa al de los astros” (p. 442). En un caso, es el significante el que conduce la danza, en el otro, es lo significado. De hecho, es la oposición tradicional entre expresión y contenido la que se muestra aquí relativa y desfalleciente. Lo que le importa a Genet no es la comunicación de un mensaje sino la constitución de una expresión, desbordando por todas partes sus componentes lingüísticos. “Los lenguajes son quizás una mecánica bastante rápida de aprender a fin de comunicar las ideas, pero la lengua no necesita escuchar otra cosa, las palabras, la sintaxis, sobre todo casi ofrecida desde las primeras edades, más veloz que el

³⁵ *Journal du voleur*, p. 10

³⁶ *Saint Genet*, p. 498

vocabulario con los guijarros, la paja, el nombre de las hierbas, las corrientes de agua, los renacuajos, los gobios, el nombre y el cambio de las estaciones, el nombre de las enfermedades...” (p. 97). En esta perspectiva, la figura del significante, igualmente que las figuras de lo significado, habrán de concurrir en que una materia de expresión fecunda un contexto, y recíprocamente, en que un contexto imprime sus impulsos, sus perversiones paradigmáticas, en las cadenas discursivas, sean o no del orden lingüístico.

A partir de un módulo particularmente importante para este libro, aquel que cristaliza alrededor de los nombres: *Fatah* y palestino, consideramos las diversas vías de acceso. Genet comienza por escrutar la materia escritural de *Fatah*. Esa palabra ha sido artificialmente forjada a partir de la sigla F.T.H.: Fa, para Falestina = Palestina; Th para *Tharir* = Liberación; Ha para *Haka* = Movimiento (p. 31). Como no saca ningún beneficio, se vuelve hacia las posibilidades de germinación “clandestina” del contenido semántico. En esta etapa, notamos que se atiende a las significaciones que afloran en la lengua árabe; no se abandona a las “asociaciones libres”. *Fatah* comienza por cargarse de hendidura, fisura, victoria querida por Dios... Después arrastra su serie: *mef* = la llave, y la hace encubrir tres letras fundamentales, después *Fatiha*, la sonrisa de quien abre el Corán. Se percibe que esta triple transformación restituye en diagonal la estructura originaria de la sigla: FA.TH.HA.

FA	t	ah
mef	T	ah
fa	ti	HA

He aquí entonces lo significado pasando a la posición de clave estructural del significante. Juego de niños y de filólogo, exclama Genet. Sólo que lo esencial no está ahí. Está en el hecho de que a través de tal asociación de ideas, llega a constelar tres Universos de referencia: sexual, divino y revolucionario. “Detrás de las tres palabras nacidas de (la) raíz

que da *Fatah*, se encontrarán entonces al acecho las tres ideas de combate (de victoria), de violencia sexual (la llave o *meftah* en la cerradura) y de batalla ganada gracias a Dios” (p. 31). No se está lejos de Freud, pero del Freud de las buenas épocas, el de aquellos años locos de *La interpretación de los sueños* y de *El chiste*.

Con la palabra palestino, se abandona el terreno de las letras y las etimologías (Palestino = *Philistin*) por el de los fonemas y el timbre de la voz; “cuatro sílabas de las que el misterio venía sin duda de la parte nocturna de sus más preciosos enemigos” (p. 162). Ya en el simple enunciado de Palesti... nos explica Genet, un escalofrío, un afecto de tristeza, ligado a una imagen clave, se desencadena en él: aquello que cae en forma de sombra permaneciendo, atenta, al pie de un combatiente palestino (p. 144). Esta sombra rectangular, y que no dejará de seguirle el rastro, será como la marca de su singularidad, la garantía de su entera lucidez frente a la muerte, y esto a diferencia de lo que es en el mundo blanco en el que, ella, “avanza sin sombra” (p. 468). Se encontrará el mismo esquema modular, donde la luz se ve rayada por la sombra, en las numerosas variaciones sobre el tema del negro y del blanco en su relación con la escritura: “Los negros en América blanca, son los signos que escriben la historia; sobre la página blanca son la tinta que le da sentido”³⁷. Más allá de todo maniqueísmo, el módulo *Fatah*-Palestino parece tener por función reunir los contrarios en los puntos más extremos de su antagonismo. Aún la rivalidad entre “Palestina vencida” e “Israel viva” parece encubrir los trazos de una complicidad hiper-paradojal entre los pueblos, ayer y hoy, sin tierra. La cualidad primera de los palestinos, como se ha dicho, reside en haber asumido decididamente la finitud, mientras que al contrario los israelíes persisten en consagrarse a los sueños deletéreos de la eternidad de la vida³⁸.

³⁷ P. 290, ver igualmente p. 11 y p. 297.

³⁸ P. 91 y p. 455. Pero en otras oportunidades Genet no puede contenerse de lanzar espantosos “sombrazos” a los adversarios más crueles de los refugiados palestinos. Lo testimonia el bello pasaje sobre la danza de los soldados beduinos (p. 95 y ss.) y el increíble homenaje a la brutalidad israelí: “... sería entonces injusto negarle a Israel los

Señalamos igualmente otras manifestaciones fantásticas de este módulo, donde la revolución palestina se le aparece, en una imagen hipnagógica, como la cola de un tigre enjaulado esbozando “una rúbrica hiperbólica y abatiendo sobre su flanco su curva cansada” (p. 147), o más distante aún de cualquier enganche semiológico accesible en francés, ella parece comerse a sí misma en la última elisión de Palestina en F’lestina, en la cual Genet parece encontrar un inimitable sabor de familiaridad argótica (pp. 162, 447).

He intentado ilustrar este primer nivel modular de la praxis procesual a partir de un ejemplo relativamente bien circunscrito desde un punto de vista textual y siempre al abrigo de un mínimo de parapetos semánticos. Pero podría también haber partido de módulos más desterritorializados: he evocado la problemática de los horadamientos de lo real y del lenguaje; pienso igualmente en esa “técnica” de aplastamiento (“como un maniquí de cartón”, p. 477) de la madre de Hamza que no habría podido tener el papel clave que ocupa en el seno de la “novela familiar” forjada por Genet, más que en la medida en que ella ha sufrido previamente ese tratamiento modular; o en el extraordinario juego de cartas que prosigue, como un hilo rojo, a través de todo el libro, máquina abstracta de desconchar, hojaldrar lo real y de predisponerlo a cargarse de nuevos posibles. Ciertamente, muchos escritores han apoyado su creación sobre concatenaciones modulares parecidas a éstas. Y, en primer lugar, es necesario, ciertamente, citar a Proust, con su cortejo de leitmotifs, de momentos fecundos, de ritornelos³⁹. Pero más allá del hecho relativamente anecdótico de las baldosas disyuntas –a partir de las cuales la memoria se pone a proliferar– que no están situadas, con Genet, en el corazón del hotel Guermantes o en la catedral Saint-Marc, sino en los campos devastados de Sabra y Chatilla (pp. 455, 460), hay

vértigos de la valentía, del pillaje y de las torturas” (p. 449) o aún la descripción esperando las “seis pelucas blancas y ensortijadas” de los falsos (o verdaderos) pederastas israelíes llagados a Beirut, para asesinar a los jefes palestinos (pp. 218-222).

³⁹ Ver Félix Guattari, el capítulo “Los ritornelos del tiempo perdido”, en *L'inconscient machinique*, Editions Recherche, París, 1979.

también con él, creo, otro tipo de uso de trazos de intensidad que libera en esta ocasión. No se encierra en un universo de la memoria. Al contrario, el proceso no deja de exponerse al encuentro de realidades heterogéneas susceptibles de desviar, de hacerla fluctuar lejos de los equilibrios preexistentes, o aún de hacerla volcarse. ¡No digo que Proust gire en redondo! Todo un mundo encuentra igualmente su expresión. Pero un mundo montado a la manera del clavecín bien temperado, un mundo definitivamente cerrado. Hay más (y quizás en otro sentido, menos) con Genet: la abertura a lo ancho, la presencia insistente de la muerte, de la finitud, del riesgo de incompreensión total y definitivo.

El nivel polifónico de las imágenes fabulosas

No se trata, a este nivel, de sacar de cada módulo primario todas las voces que puedan expresarse a través de él, sino, por la conjugación de voces heterogéneas, de extender los campos de virtualidad, permitir la emergencia de nuevos Universos de referencia y de modalidades singulares de enunciación. En dos palabras: de producir otro real correlativo de otra subjetividad.

Puede suceder que un módulo engendre significaciones distendidas, contrarias las unas a las otras en las que termina por perder el control (por ejemplo, cuando Genet escribía, en *Pompes funébres*, la palabra “hitleriano” y en la que veía avanzar hacia él, como el águila del Reich, la iglesia de la Trinidad)⁴⁰. Hay diversamente muchos módulos que mantienen lo que Mijail Bajtin llama las relaciones dialógicas. No solamente los intercambios más inauditos pueden entonces sostenerse, sino que, por añadidura, pueden generar un plusvalor de sentido, un suplemento de singularidad, una toma de consistencia existencial. Proust había sobreimpuesto los juguetes amorosos de un abejorro y de una orquídea a la revelación voyerista de las relaciones culpables entre Charlus y

⁴⁰ *Œuvres complètes*, T. III, Gallimard, París, 1985, p. 10. En español: *Pompas funebres*, Editorial Debate.

Jupien⁴¹. Con Genet, la flor se aparea con el presidiario: “El vestido de los forzados está rayado de rosa y blanco. ¿Si, pedido por mi corazón, el universo en que me complazco lo he elegido, tengo el poder al menos de descubrir los numerosos sentidos que veo? Existe entonces una directa relación entre las flores y los presidiarios”⁴². Entonces, dos, tres universos cristalizan en conjunto: el presidio, las flores, la poesía... ¿Quién más? La emoción ¡seguramente! de la que Genet precisa, en una nota, que resulta de la oscilación entre flores y presidiarios.

Se ha señalado ya, con el ejemplo del juego de cartas sin cartas, que un módulo mediador podía pasar sobre los términos que reunía y ponerse a trabajar por su propia cuenta. La partida de cartas es la fiesta de Obon, del Japón, en el curso de la cual los muertos son invitados a efectuar visitas mundanas (p. 40); es una “masturbación seca” (p. 44), es una manera de caracterizar a los palestinos (p. 278); es la guitarra imaginaria del lugarteniente Moubarak (p. 290); es el ardid del hermano del caballero de Grial, que permite asociar a Nabila, una enfermera libanesa, a Manon Lescaut; es un mundo de siluetas, es la escritura que no es más que engañosa... (p. 42) y, al fin de cuentas, no es nada en particular, es un estilo, un principio de desterritorialización... Pero las “imágenes fabulosas” van más lejos en esta toma de autonomía. Intentemos, ahora, discernir más específicamente las modalidades de expresión. El mejor ejemplo que podemos proponer es Moubarak, el lugarteniente sudanés, cuadro superior de la OLP, personaje compuesto en el que es imposible apreciar lo que corresponde a los imaginarios en el retrato que Genet nos traza⁴³: negro marcado de entalles tribales, enamorado de pacotilla, “animal fabuloso”, guerrero emérito salido de la escuela militar de Sandhurst, lector de Spinoza, bailarín de rock africano, perverso, *voyeur*, un peón, un gran puto, esta “zorra negra” es uno de los raros

⁴¹ *Sodoma y Gomorra, En busca del tiempo perdido*, Alianza Editorial.

⁴² *Journal du voleur*, p. 9.

⁴³ Ver, pp. 194, 196, 208, 211, 265, 272, 278, 288, 289, 396, 398, 401, 406, 423, 448.

protagonistas de *Un captif amoureux* que Genet va a hacer salir de la reserva sexual que fue la suya –al menos psíquicamente– durante sus peregrinaciones palestinas. “Él se revolcaba en mi turbación” (p. 265). Pero, justamente, ¿qué le toca verdaderamente de este personaje copioso? Parece que ciertos trazos que atraviesan diversos avatares: el timbre de su voz (“su esperma parecía transmitida por el timbre gutural de su voz”, p. 197), su modo de hablar francés a la manera de Maurice Chevalier... Y su claudicación, que tienen los dos en común, y también su silueta. ¡Es muy importante! Revela, a este propósito, una curiosa transferencia de corte existencial entre el narrador y el sudanés, un día en que aquél se divertía imitando su caminar, en réplica a una imitación que Genet mismo acababa de bosquejar: “Me representa subiendo y bajando los peldaños de una escalera de tierra. Gracias a él yo fui frente a mí un personaje gigantesco recortado sobre el cielo casi negro; descendiendo a lo lejos y sin embargo cerca, un poco encorvado por la fatiga de la edad, de la escalada, por el descenso de colina en colina, caminando a mi ritmo devenido fabuloso, colinas tan altas como las nubes más allá de Naplouse, cojeando luego hacia la caída de la tarde y esta claudicación era digna, simplificada y sin embargo fiel a mi caminar habitual. Comprendí que me miraba por primera vez, no en un espejo llamado psique, sino siguiendo un ojo o los dos que me habían descubierto...” (pp. 288-289). Hay que entender muy bien que la imagen fabulosa no tiene nada que ver con aquella con la cual uno se tropieza en el espejo de la psiquis o en el de la pura alteridad, tanto como con el espejismo, reflejo-reflejante, reflejo-reflejado; con lo imaginario sobrecargado de identificaciones, de fantasmas o cualesquier cosas de este género. Genet debe a Moubarak el poder aprehenderse él mismo bajo un ángulo, bajo una claridad tanto más verdadera, tanto más real cuanto que ha sido re-trabajado, re-escrito, repintado, vuelto a poner en escena. En contrapartida, él mismo rememora a Moubarak en policromía de dominantes violeta y azul de Prusia (p. 398). Negro de todos los colores⁴⁴. Que le

⁴⁴ La Ilustración que se impone aquí como por sí misma me parece que es la serie del pintor Gérard Fromanger, titulada “El barrendero negro en la puerta de su jaula” (1974).

vuelven más intangible la Constelación de los Universos del sexo, de la violencia y de las virtudes teologales, alrededor de las cuales gira desde hace mucho tiempo. Negro camaleón en la encrucijada de sus sueños de África, de sus amores de prisión, de la América negra y de la parte oscura de las luchas palestinas. Parece que el tiempo devuelve aquí las imprecaciones de Archibaldo en *Les Nègres*: “Que los negros se negreen. Que se obstinen casi hasta la locura en lo que los hace ser, en su ébano, en su olor, en el ojo amarillo, en sus gustos caníbales”⁴⁵. El negro no es el envés del blanco ni su límite. Se ha hecho cabeza exploradora —“Las Panteras llevan sonrientes, sobre su cabeza, un sexo velludo, apretado...” (p. 297)—, capaz de explorar los valores rechazados de Occidente y las lógicas donde “lo discontinuo y el número, esos dos nombres de la muerte”, como escribe Sartre⁴⁶, se encuentran suspendidos. Pero, sin embargo, será preciso darle lugar a otro procedimiento de enunciación, pues, a su vez, la imagen fabulosa señala sus límites. Moubarak vacila, se quiebra, se rompe en una fragmentación del cuerpo y el mundo; una solución de continuidad del proceso amenazado: “He tenido la sorpresa de ver el mundo cortado. Se me apareció bajo la forma de una persona en el instante en que se le corta en dos mitades, ese instante que parece corto cuando lo cortante del cuchillo está bien afilado, esta vez fue largo, pues el lugarteniente Moubarak caminaba frente a mí en el sol poniente; así él era el cuchillo, más exactamente la mancha del cuchillo partiendo el mundo en dos... El lugarteniente caminando frente a mí (separaba) las tinieblas de la luz...” (p. 448).

El nivel sináptico de los operadores existenciales

La concatenación modular de las fluctuaciones cósmicas y signaléticas tanto como las armonizaciones “fabulosas” de la voz que no estaban genéricamente destinadas a cruzarse, dejaban al sujeto fuera del proceso creativo: sea en posición de

⁴⁵ *Les Nègres, Œuvres complètes*, T.V.P. 110.

⁴⁶ *Saint Genet*, p. 515.

contemplación pasiva, sea en posición de orquestación activa. Ahora, él ve la enunciación como tal. Retorno, de una cierta manera, a la idea de un soporte primordial. Loca tentativa de dominio de sí (de la *ipseidad* en la terminología sartreana) o bien, como veremos, ¿empresa metódica de producción de una subjetividad mutante? Todo depende aquí de la capacidad del proceso de no dejarse encerrar en el fantasma.

Un día en octubre de 1971, Genet conoce en Jordania, en un campo de refugiados, una pareja de palestinos: Hamza y su madre. Este encuentro que lo conmueve profundamente sin que nunca llegue a comprender muy bien por qué, lo animará a reapreciar su relación con la revolución palestina y dará un eje al proyecto de libro que debía desembocar en *Un captif amoureux*. A partir de éste se constituye entonces lo que yo llamo un operador o una sinapsis existencial, es decir, a la vez un Agenciamiento psíquico, material y social, susceptible de dar lugar a un nuevo tipo de enunciación y, en consecuencia, a una nueva producción de subjetividad. La reflexión, los viajes deben concurrir en la instalación de esa instancia; pero sobre todo una larga búsqueda de sueños y de revoluciones perdidas.

Hamza es un combatiente de 17 años a quien Genet ha sido confiado por sus amigos palestinos. Ellos no pasaron juntos más que algunas horas y después el joven partió en una operación contra la armada jordana, que iniciaba justamente el ataque a las bases de la OLP. Después, durante catorce años, Genet no tendrá noticias de él; ciertos rumores lo harán creer que había muerto por las torturas, hasta que llega a encontrar sus huellas en Alemania. Esa noche, la madre de Hamza había alojado a Genet en el cuarto de su hijo. Recuerda con emoción el momento en que ella entra en la penumbra para llevarle, en un plato, un café turco y un vaso con agua. Estaba con los ojos cerrados, silencioso. Había comprendido que esta mujer, tan naturalmente, le servía como tenía el hábito de hacerlo con su hijo. Sobreviene, entonces, en lo que corresponde a Genet, un verdadero destello de luz hacia esta pareja desconocida que devenía según sus propios términos, un “punto fijo”, una

“estrella polar”, con respecto a la cual él regirá su existencia. “Ese punto fijo se llama, quizás, el amor, pero ¿qué suerte de amor había germinado, crecido, se extendía en mí después de catorce años por un muchacho y una vieja que había visto, solamente durante veinte horas?” (p. 460).

Se encuentran aquí elementos anteriormente descritos de la conversación fabulosa; las mismas distorsiones semióticas, en particular con la silueta de Hamza recortándose sobre una sombra densa, “tan sofocante como una nube de hollín”. Cuando evoca a la madre, por ejemplo, abriendo la puerta del cuarto, ve siempre aparecer el hijo a su lado, inmenso, vigilando sobre ella con su fusil en la mano. “Finalmente, no imaginaba nunca una figura sola: siempre una pareja donde la una se encontraba en una actitud cotidiana y con sus dimensiones reales, el otro gigante, simplemente presente, teniendo la consistencia y las proporciones de una figura mitológica. Finalmente, esto resume quizás lo que era esta aparición: un grupo, una pareja-monstruo en la que una figura era humana, la otra fabulosa” (p. 241). Pero a este trabajo de “montaje fabuloso”, si puedo decir, se añade otro que llamaría de santificación. La pareja madre-Hamza se encuentra literalmente arrumada en la pareja piedad-Cristo, en el seno de una especie de novela familiar, como aquellas por las cuales ciertos niños se atribuyen nobles filiaciones, y donde Genet, no contento con dejar de ser huérfano, ocupa voluptuosamente todos los lugares posibles del hombre, de la mujer, del crucificado y pasa por ellos⁴⁷. Ya anteriormente había procedido a una transformación religiosa similar, magnificando el presidio: “A La Virgen y la Guayana las llamo Consoladoras de afligidos”⁴⁸. Pero, evidentemente, la Tierra Santa se presta mejor a este género de operaciones. Se señalará de pasada que,

⁴⁷ P. 348 y sobre todo pp. 241-243. “En ese mundo, lengua, población, líneas animales, plantas, territorios que respiran el aire islámico, el grupo que se imponía en mí era el de la madre dolorosa. La madre y el hijo; no tal como los artistas cretenses los han representado pintados o esculpidos en el mármol o la madera, el hijo muerto estirado sobre las rodillas de la madre más joven que el cadáver descrucificado pero siempre el uno o la una vigilando sobre el otro”.

⁴⁸ *Journal du voleur*, pp. 289-292.

en los dos casos, uno se encuentra en presencia de una tierra desterritorializada; pero es claro que Genet siente más nostalgia por la prisión por cuanto ella ha sido abolida, es una prisión de sueño, y es más compasivo con el aspecto del deseo de los palestinos de recobrar su tierra que estima la realización más problemática. Simplemente, lo esencial no está aquí, sino en el suplemento de potencia procesual aportado a la imagen fabulosa, por este injerto narrativo de origen religioso. La imagen no es solamente una encrucijada de voces heterogéneas; ella trabaja para ella misma; de cierta manera deviene auto-suficiente, autorreferente, auto-procesual. Lo que no le impide, al contrario, extender su campo de acción sobre la memoria y sobre las ocurrencias acontecimentales. Como en la imagen fabulosa, su función es la de producir una temporalidad singular, una manera específica de discursivar la subjetividad. Pero ella procede de una manera aún más abierta, dejando de girar en redondo sobre los contornos de un icono y desplegando constantemente nuevas líneas de posibles. En la época de sus prisiones, Genet había experimentado su destino de auto- adivinación: "...en mí yo establecía esta adivinación –origen y disposición de mí mismo. La avalaba. Le dedicaba los cantos que inventaba. En la noche, yo silbaba. La melodía era religiosa. Era lenta. El ritmo era un poco lerdo. Por él creía ponerme en comunicación con Dios: es lo que se producía, Dios siendo la esperanza y el fervor contenidos en mi canto"⁴⁹. Se admitirá, de todos modos, que es un Dios que sentía el encierro. De hecho, esta pareja Virgen-prisión representaba un verdadero *tour de force* para intentar remontar una fisura del universo que podría parecer irrevocable. La ecuación sartreana: imaginario-desrealización-mal-soledad, no va más lejos que esto⁵⁰. Con el lugarteniente Moubarak, el bien y el mal, lo blanco y lo negro se ponen a mantener relaciones altamente complejas. No solamente la realidad se abre, sino que después, se carga de infinitas virtualidades. Sin embargo, el personaje permanece aún demasiado masivamente mitológico, poco apto para entrar en los procesos finos de subjetivación, y finalmente, como se ha

⁴⁹ *Journal du voleur*, p. 96.

⁵⁰ *Saint Genet*, pp. 183-184.

visto, deviene él mismo el agente de una nueva divergencia del mundo. Todo cambia con la doble articulación sináptica.

Hamza-madre
Genet
Cristo-Virgen

El término sináptico querría señalar que se está en el derecho de esperar de este operador otra cosa que simples remanencias o armonías de sentido, más bien un efecto pragmático, un plus-valor existencial, la liberación de nuevas constelaciones de Universos de referencia. Las relaciones sin embargo menos identificadoras, menos personológicas, cualesquiera que sean las tentaciones de abatirlas sobre el Edipo y sobre el incesto⁵¹. En lo sucesivo, el numen no pega más en la médula de las imágenes, pero se encuentra, si se quiere, destilado en las praxis más moleculares y propicias para transformar la percepción cotidiana del mundo como sus horizontes escatológicos⁵². Hamza no es creyente, ni musulmán ni cristiano. Esto no añade nada. Y cuando, después de catorce años de eclipse, “resucita” para Genet, casado con una alemana, probablemente padre de toda una chiquillería, esto no lo desacraliza, esto no vaciará nuestro operador existencial. Y por la buena razón de que su eficacia no reside en sus engranajes visibles sino en una máquina de intensidades abstractas, conjugando de manera innovadora los Universos del goce, de la poesía, de la libertad, de la muerte que viene... Por ella, algo se desata para Genet. Por ella otro Genet ha nacido. Fin de la falla, del desgarrón. Esta pareja, nos explica, la ha “recortado a su medida en un *continuum* tiempo-espacio-pertenencia nacional, familiar, parental...” (p. 242). Aún el presente, el pasado y el futuro parecen querer superponerse en uno de esos lisajes retroactivos del tiempo, caros a René Thom, de modo que le parece que la revolución palestina hace parte integrante de sus

⁵¹ Tema que vuelve muchas veces con la inversión de relaciones de edad entre la madre y los hijos (p. 231, p. 240) o a través de un lapsus que hace de María la esposa de Jesús (p. 307).

⁵² “Cada vez más creo existir a fin de ser, entre los hombres, el soporte y la prueba de que viven sólo las emociones ininterrumpidas recorriendo la creación” (p. 424).

recuerdos más antiguos (p. 288). Y así la muerte no era, tampoco ella, más que una resurrección del instante: resorte de ausencia, resorte de potencia... “Haber sido peligroso una milésima de segundo, haber sido bello una milésima de milésima de segundo, ser esto, esto o dichoso, o no importa qué; después reposar, ¿y qué más?” (p. 318).

“Cracks in the street”⁵³

En la respuesta a la invitación a su coloquio, había sugerido titular mi conferencia: “Las funciones existencializantes del discurso”⁵⁴, pero después de haber atravesado el Atlántico, esta proposición se convirtió en: “Cracks in the text of State”. ¡No está mal hacerse esa pregunta! Después me explicaron que sería más conveniente, en un encuentro promovido bajo los auspicios de una asociación que se consagra a la literatura, mantenerse un poco próximo a la idea de texto. ¡O.k.! Pero a fin de cuentas, puesto que hablo del discurso, no es más que incidentalmente que hablo del texto y del lenguaje. El discurso, la discursividad, son ante todo, para mí, un recorrido, la errancia por ejemplo, de Lenz, reconstituida por Buchner en la vida profunda de las formas, el encuentro del alma de las piedras, de los metales, del agua, de las plantas⁵⁵... O la peregrinación inmóvil en que consiste el recogimiento en un jardín zen hasta el momento en que, accediendo a la presencia total del satori, se cierra a toda comunicación⁵⁶, o aún en *Ce gamin-la*, película que Ranaud Victor consagró a la experiencia de Fernand Deligny, la fascinación de un niño autista ante la lenta formación de una gota de agua, recibiendo su caída, indefinidamente reiterada, con la misma explosión de gozo y de júbilo. Pero pensarán acertadamente, ¿qué sería esta discursividad fuera del texto si no estuviera retomada por el tratamiento literario de un Buchner, apoyada en los textos budistas, o sobredeterminada por la lectura poético-filosófica que un Fernand Deligny puede hacer? Ciertamente no entra en mi propósito minimizar el papel del texto y de la máquina de escritura en el desencadenamiento de estas redundancias mudas y en el despliegue de los Universos de virtualidad de los cuales son portadores. Por otra

⁵³ *Cracks in the street*. Tomado de: Felix Guattari, *Cartographies schizoanalytiques*, Editions Galilée, Paris, 1990.

⁵⁴ Conferencia presentada en la Modern Language Association en New York el 28 de diciembre de 1988 en el Sheraton Center.

⁵⁵ George Buchner, *Lenz*, Montesinos Editor, Barcelona, 1981.

⁵⁶ Augustin Berque, *Le sauvage et l'artifice. Les japonais devant la nature*, Gallimard, Paris, 1986, p. 279.

parte, evidentemente los modos de semiotización no verbales están llamados, en nuestros días, a llevar una vida simbiótica con la palabra y la escritura, pero también con la asistencia del computador. Digamos que todo esto marcha conjuntamente, sin precedencia, sin predominancia de un dominio sobre el otro. De acuerdo, pues, con el “Cracks in the text” que ustedes me propusieron y con las diversas modalidades de discontinuidad textual enumeradas en su carta de invitación: *gaps*, rupturas, intersticios, *slippages*, márgenes, crisis, períodos liminales, periferias, *frames*, silencios... ¡De acuerdo con todo eso, a condición, sin embargo, de que no sea tomado como pretexto para hacer callar definitivamente las otras formas de discursividad que persisten en habitar nuestro mundo!

“Crack in the street”, al enunciado sugerido se sustituye el recuerdo compuesto de tres telas de Balthus sobre el tema de la calle, en las cuales el cuadro se sitúa en el Viejo París, entre la plaza de Saint-Germain-des-Prés y la plaza Saint Michel.

En la de 1929, se encuentra una docena de personajes consagrados sosegadamente a sus ocupaciones y un caballo enganchado, en todo el fondo, orientado hacia la izquierda. En primer plano, un joven de cara redonda, la mano derecha sobre el corazón, dirige la mirada al espectador de la tela. Valdría más decir: parece dirigir la mirada, pues, en realidad, su mirada espantada permanece replegada sobre sí misma. Digamos que se vuelve hacia nosotros que lo miramos.

El caballo ha desaparecido de la segunda versión de 1933, en la cual se ha estilizado el decorado urbano y desajustado la perspectiva. La tela es más grande, los personajes más macizos por lo menos los que se encuentran en el primer plano de la escena. El joven de cara redonda, siempre la mano sobre el corazón, pasa a un segundo plano. Su hombro izquierdo está escondido por la silueta oscura de una mujer vista de espaldas, cuya cofia se inscribe en el recuadro de una tienda del fondo componiendo una especie de ideograma chino de color rojo. Esta mujer tiene el brazo derecho hacia el andén, abriendo la

mano hacia adelante, como para tomar el viento o también para manosear el muslo de otra mujer igualmente vista de espaldas, pero situada mucho más lejos y que parece llevar en sus brazos un bebé de una veintena de años en vestido marinero. A pesar del desencuadramiento de la perspectiva, los gestos del hombre y de la mujer de cada una de esas parejas se corresponden de manera frontal, soldados el uno al otro como el anverso y el reverso de una nueva raza de andróginos.

Señalemos que estos curiosos apareamientos no constituyen más que dos casos de figura entre las decenas de otras que se podrían catalogar en esta misma tela. En efecto, a manera de piezas de un tablero que hubiera sido ligeramente inclinado, los gestos, las posturas, los perfiles, los trazos de la cara, los pliegues de la vestimenta de todos los personajes se han desviado de su posición “natural” para ser reorientados de tal suerte que responden a un enigmático juego de correspondencias, en el cual una de las claves principales reside en la estrategia de las miradas. Los comentaristas no han dejado de señalar el carácter vacío, “desconectado”, de ellas. Sin embargo, lo esencial no está ahí sino en la imperiosa ocupación del espacio resultante de su redistribución “en radar”, a través de la cual se impone la hegemonía de un ver sin sujeto, sin objeto, sin finalidad, especie de Super-yo panóptico, tanto más confuso cuanto que se instaure en un ambiente que se puede comparar al de la *commedia dell'arte*.

Estos estallidos de cobre, dignos de Janáček o Stravinski, han abandonado el pasaje del comercio Saint-André, en la tercera versión que vio la luz veinte años más tarde. A las rutilantes relaciones de la luz y de color y a la danza de las miradas que generaban un desajuste sistemático de las coordenadas de nuestro mundo ordinario (para revelarlo bajo un día nuevo pero, finalmente, para devolvernos a él), ahora se lo sustituye por un tratamiento diferente, mucho más molecular, de los componentes plásticos. Algo que liga una topología mullida, de graduaciones intensivas subliminales, y que nos proyecta en una mutación del universo sin retorno. Ya no son

esas entidades brutalmente discernibilizadas las que cargan con el trabajo de ruptura y de deriva, sino el conjunto de la tela, en la cual cada fragmento, como en una imagen holográfica, es portador de la complejidad del todo. Siendo el cuadro más alto que ancho, su superficie tres veces más grande que la de la primera versión, el tamaño de los personajes se ha vuelto más pequeño. No son más que ocho, a los que se añade una muñeca. A la manera de los actores de Bob Wilson, ellos revolucionan alrededor de un perro blanco en posición central, orientado hacia la derecha y que hace pensar también en un cordero. Sí, es tal vez un teatro, puesto que la fachada central descende como un telón de fondo y las fachadas laterales se montan en perspectiva falsa, como bastidores de corredera. Pero podría ser igualmente una composición zen de la ciudad, asociando formas vivientes y formas inanimadas. Ahora los ojos son vagos. Las miradas parecen haber emigrado a las ventanas ciegas que encierran la escena por todas partes. De una de ellas, la cabeza redonda de un niño sale como un ludión. De otra, arriba a la derecha –la única provista de postigos–, la mancha de un saco blanco, suspendido ahí por virtud del Espíritu Santo, se perfila en una posición poco creíble.

Me he detenido un poco sobre estas tres telas, pues ellas me van a permitir ilustrar las tres ideas que quisiera exponer.

Desde la primera se encuentra reafirmada la irreductible polivocidad de los componentes de expresión concurrentes en la producción de un efecto estético: los cargados de sentido vehiculando las formas “reconocibles”, los portadores de historia y de mensajes culturales, y los a-significantes, reposando sobre los juegos de líneas y de Afectos de color. Ninguna hermenéutica, ninguna sobrecodificación estructural sabrían comprometer la heterogeneidad y la anatomía funcional de estos componentes, garantía de la apertura procesual de la obra, ninguna operación significativa podría ser “resolutiva” de las vías entrelazadas de la discursividad estética.

Antes de encontrarme entre ustedes, los amigos me habían puesto en guardia: “Sobre todo, no te pongas en guardia, como es tu costumbre, contra el estructuralismo o el posmodernismo. Debes saber que esa clase de cosas, en los Estados Unidos, aunque se vuelvan ruidosamente de moda, nunca son tomadas realmente en serio”. Pero, ¿qué quieren? Desde hace algunas décadas la enfermedad del significante, como la mixomatosis para los conejos en los campos europeos, ha asolado de tal manera nuestras ciencias humanas y nuestra literatura, desapareciendo para reaparecer bajo otros avatares, que me cuesta deshacerme de mi desconfianza. Un simple ejemplo, siempre apoyándome sobre esta primera *Calle* de Balthus, para mostrar que el significante no tiene ninguna prioridad ontológica sobre el significado, pero que también este último puede pasar en posición de “As deoros” (triumfo maestro).

Como se sabe, uno de los procedimientos expresivos de este artista consiste en pintar a la manera de los primitivos italianos. Este cuadro en particular, se ha comparado con dos obras de Piero Della Francesca, *La Leyenda de la cruz* y *La profecía de la reina de Saba*, en la capilla San Francisco de Arezzo⁵⁷. De cualquier manera que nos venga ahora, clara y distintamente, o bien a través de una vaga inteligibilidad, esta connotación cultural impregna el conjunto de los componentes expresivos de un aura de arcaísmo determinante para el despertar de un cierto tipo de Afecto. Pero, ¿dónde localizar en estas condiciones una cesura significativa generadora de sentido? ¿En las cosas dichas o en la manera de decirlas? ¿En las figuras de Contenido o en las cadenas discursivas de Expresión? ¡Falso dilema! Pues la verdadera divergencia procesual reside en la capacidad de la enunciación de mantener separados y de hacer trabajar de acuerdo a los funtores de expresión y los funtores de contenido, sin prioridad ni primacía de los unos sobre los otros y esto por la excelente razón de que ellos participan los unos y los otros del mismo formalismo desterritorializado, como lo había postulado el lingüista danés Louis Hjelmslev.

⁵⁷ John Russell, prefacio al catálogo de la exposición Balthus, Londres, Galería Tate, retomado y traducido por Annie Periez en el catálogo de la exposición del centro Georges-Pompidou, 1983, pp. 248-298.

Lo que me lleva a la segunda serie de reflexiones. La ruptura estética de la discursividad nunca se sufre pasivamente, la heterogeneidad de registros a la cual conduce debe concebirse como una heterogénesis. Ella es activada por operadores, que yo calificaría de máquinas concretas, y a la vez, disocia y reúne las materias de expresión, los “polifonizantes”, como lo quería Bajtin, y los transversaliza, es decir, hace transitar entre sus diversos niveles las formas y los procesos desterritorializados que, de su lado, yo llamaría *máquinas abstractas*. Pierre Klossowski, el hermano de Balthus, ha demostrado, en un extenso comentario consagrado a estas telas, el carácter esencialmente productivo, la función existencializante, de una suspensión estética de la palabra “sensata”: “Modo de expresión no discursivo, el cuadro no dobla, sino que suprime la palabra que lucha contra el olvido. Pero mientras la palabra remite al olvido varias cosas para igualmente actualizar algunas otras, la imagen tiene por contenido la existencia olvidada misma, ignora el tiempo que devora y que alarga, en ella la existencia pasada subsiste omnipresente; es por eso que la perspectiva pintada da tanta importancia al objeto distante como al objeto cercano, el “primer plano” y el “fondo” no son otra cosa que divisiones de una misma superficie”⁵⁸.

Dejemos de lado esta calificación de no discursiva, de Pierre Klossowski, de la expresión pictórica. No se trata ahí, desde mi punto de vista, más que de un asunto de terminología: sobre el aspecto de la enunciación, la aprehensión de una obra pintada es discursiva, mientras que sobre el de su contenido le adviene dejar de serlo. Todo el problema es delimitar los operadores concretos que nos permitirán pasar del uno al otro. De lo que nos dice Klossowski no retendremos, por ahora, más que la posible anexión de la pintura a una memoria del ser que escapa a las coordenadas espacio-temporales, es decir, a una memoria imposible, aporética. Cualquier tentativa de pensar el ser, escribió Martin Heidegger, lo transforma en un ente y destruye

⁵⁸ Pierre Klossowski, *Balthus beyond realism*, Art News (New York), 55 (8) pp. 26-31.

su esencia. Y tal ausencia de finalidad, según él, sería un signo señalándonos que: “no debemos soñar con finalidades, sino asentarnos sobre este sitio pretendidamente sin finalidad, en lugar de ir a la caza de las finalidades habituales”⁵⁹. La existencia no es un dato de derecho, una “ventaja adquirida”, es una producción contingente constantemente acusada, una ruptura de equilibrio, fuga instaurándose sobre un modo defensivo, o bajo un régimen de proliferación, respuesta a todos esos *cracks*, esos *gaps*, esas rupturas...

La segunda versión balthusiana de la *Calle* nos conduce a sacar a flote otras dos características importantes de esta función existencial cuando se organiza en agenciamientos estéticos. Introduce, en primer lugar, lo que, siguiendo a Jakobson, llamaría una operación fáctica. A través de ella, ciertas rupturas de forma, ciertas disoluciones de esquemas perceptivos preestablecidos, ciertos desvíos de sentido, se encuentran convertidos en soporte de nuevos cortes enunciativos. Se lo ve bien en la gesticulación exagerada de ciertos personajes y en el aspecto de “piezas añadidas” que toman sus siluetas. Estos elementos plásticos significativos, sacados de la lógica interna del “sujeto” de la tela, empiezan a gesticular, a hacer signos al espectador, a interpelarlo. Ya en la tela de 1929 el personaje del primer plano, que nos miraba sin vernos, trataba de establecer una complicidad entre nosotros y la escena que se desarrollaba en la calle, como si quisiera arrastrarnos ahí. En la de 1933, este lazo se distiende en razón de que la mirada de ese mismo personaje, que ha pasado a un segundo plano, se ha despersonalizado totalmente. Pero la participación del espectador no es menos necesaria, y lejos de encontrarse disminuida, se intensifica al punto de que ahora es la escena misma la que deviene portadora de una especie de videncia sustantificada, atravesándonos de lado a lado, perturbándonos en lo profundo de nosotros mismos. Nuestra propia mirada ha dejado de ser contemplativa: está capturada, fascinada y funciona, desde ahora, como una correa de transmisión entre una máquina-mirada a la obra sobre la tela y

⁵⁹ Martin Heidegger, *Conceptos fundamentales*, Altaya, 1994.

los procesos inconscientes que desencadena en nosotros. Una curiosa relación de intersubjetividad, transhumana-transmaquínica, se ha instaurado. Subrayemos que los elementos plásticos sobre los cuales se apoya esta función fáctica salen a flote indiferentemente del registro de la expresión formal o del registro de los contenidos significativos, de tal manera que las armonías de línea, de forma y de color nos hablan aquí lo mismo que los índices y símbolos ostensiblemente portadores de mensaje.

La segunda característica de la función existencial, particularmente relevante en el cuadro de 1933, se relaciona con la tonalidad amenazadora (que ya he señalado, calificándola de superyoica), la cual se encuentra afectada por este corte enunciativo, panóptico y fáctico. Ella mantiene a distancia aquello que la irremediable precariedad del dispositivo así localizado pone en resonancia con nuestro propio miedo ancestral a la fragmentación y al descuartizamiento. La fisura de las estructuras de sentido cerradas sobre sí mismas, la indiferencia y la automatización de una composición plástica interpelándonos, tirándonos por la manga (solicitándonos), tienen por efecto que la tela tome sobre sí misma este miedo, lo absorba como papel secante, después nos lo devuelva bajo una forma a la vez intimidante y conjuradora de los malos augurios. ¿Qué nos desean esa mirada y esa voz, a pesar de todo ilocalizables? Pero he aquí que la fragilidad, la incertidumbre, la vacuidad, la aporía, se revelan como garantía de consistencia existencial y que la astilla kierkegardiana, los últimos puntos de singularidad, devienen focos catalíticos de desplegamiento de nuevos Universos de referencia. La paradoja de Tertuliano vuelve a nosotros en eco: “El hijo de Dios ha muerto: es del todo fidedigno porque es inepto. Sepultado, resucitó: es verdad porque es imposible”⁶⁰.

En este punto, todavía convendría elucidar la posición específica de esta función de colapso existencial en el dominio de la literatura, y cómo promueve ritornos de complejidad en

⁶⁰ Francis Ferrier y Pierre Clair, *Clefs pour la théologie*, Seghers, París, 19, p. 25.

ruptura de discursividad. Pero ha llegado la hora de pasar a mi tercera y última serie de consideraciones.

El pintor ha dispuesto sobre su tela los operadores procesuales para avasallar nuestro ver. (Avasallar en un sentido cercano al de la cibernética; en otros términos, teleguiar, poner en retroacción y abrir a nuevas líneas de posibles. Se podría aún decir que nos ha conectado a especies de proto-programas informáticos). En la segunda *Calle* uno se encuentra en presencia de dos operadores principales:

1. Una técnica de corte, de *cut-up*, de desarticulación de los motivos que conducían a petrificarlos en “cuadros vivientes” (siempre siguiendo a Klossowski), a discernibilizarlos violentamente, de manera que los haga emitir nuevas referencias de sentido.

2. Una composición a-significante de líneas y colores que toman posesión de múltiples maneras del conjunto de la tela y de su encuadre. El resultado es la entrada de la enunciación en una constelación de Universos existenciales fundamentalmente metastables oscilando entre un polo *commedia dell'arte* de danza de formas, de invención de devenires inéditos y un polo superyoico de petrificación, de embrujamiento de las miradas.

El operador del *Pasaje del Comercio Saint-André* conjuga, transformándolos, los dos operadores precedentes. El tratamiento por corte exacerbado de las formas se encuentra ahora invertido en una especie de imperceptible “agitado” que relaja y descontrasta las relaciones motivo/fondo. El impacto del *craking* se desplaza de los conjuntos molares hacia las intensidades moleculares; el grano pulverulento de la materia pictórica prima frente a las relaciones estructuralmente cualificadas. El hundimiento de la dinámica de las miradas descentra los hechos y los gestos que, hasta ahora, habían permanecido enganchados, como en guirnalda, a los ojos de los personajes. La tela misma es, tomada como un todo, la que se hace mirada e instancia originaria de sentido, implantando un

“devenir Balthus” en el corazón de nuestras maneras de ver el mundo.

Pero, ¿qué puede conferir a este género de operador tal poder de arrastrarnos lejos de los caminos trillados, tal capacidad de mutación subjetiva? ¡Sin duda no hay una respuesta general especulativa a esta pregunta que hace a cada Agenciamiento estético volver a empezar de cero! La potencia del enigma del que está cargado el *Pasaje* de Balthus reside en que su verdadero “sujeto” no es otro, precisamente, que este operador... de pasaje de transversalidad, de transferencia de subjetividad. Me parece que, en este caso, tiene lugar una operación que procede por fractura molecular de las formas, correlativas a una intensificación de las modulaciones del color, en el seno de una paleta de extensión, por otra parte, restringida. Esta fractura visible, aunque vaga, induce a otra, francamente invisible, que opera en el seno de la psiquis. Refiriéndome a las investigaciones de Benoit Mandelbrot sobre los “objetos fractales”⁶¹, estoy a punto de decir que se opera aquí un doble proceso, objetivo y subjetivo, de “fractalización”. Se dice que un conjunto fractal es indefinidamente extensible por homotecia interna y que su representación tiende a perder cualquier contorno identificador fijo –al menos mientras se genere de manera estocástica. Convendría, digo, ampliar el análisis fractal, fuera de los marcos geométricos y físicos en que se ve hoy en día y aplicarlo a la descripción de ciertos estados límite de la psiquis y del socius. Así, el sueño podría ser considerado como un estado fractal de la representación y no dudo que, por esta vía, ciertas preguntas como la del dualismo de las pulsiones, del *splitting* del Yo, de la herida simbólica y del complejo de castración puedan ser liberadas del atolladero en que las ha dejado el freudismo y sus relevos estructuralistas.

La noción de objeto transicional de Winnicott merece también, particularmente, ser repensada. ¿Qué es un operador de transición de referencia? ¿Cómo funcionan concretamente

⁶¹ Benoit Mandelbrot, *Los objetos fractales*, Tusquets, Infimos, 1988, y *Les fractals*, Encyclopædia Universales, Symposium, pp. 319-323.

los convertidores de subjetividad que nos hacen pasar de una Constelación de Universo a otra? Con *Pasaje del Comercio Saint-André*, se puede ver que en ciertas circunstancias una representación pictórica puede desencadenar una impulsión fractal indicando y sectorizando una transformación que repercutirá “en cascada” (según la bella expresión de Mandelbrot), no solamente de una dimensión espacial a otra, sino igualmente a través de otras dimensiones temporales e incorporales. ¿En la era de la inteligencia artificial, no sería hora de deshacerse, de una buena vez, de las oposiciones masivas entre el cuerpo y el espíritu, y de estudiar los operadores de interfaz entre esas dos modalidades de existencia?

Las características principales del convertidor de impulsión fractal montado por Balthus, pueden resumirse en tres puntos:

1. Permite escapar a los sistemas de representación cerrados sobre sí mismos; “carcome” sus límites de modo que los hace trabajar como “atractor extraño” de transversalidad.
2. Su procesualidad intrínseca le conduce constantemente a un reposicionamiento de sus referencias ontológicas y a una transformación de las dimensiones existenciales de su enunciación, sinónimos de resingularización permanente.
3. El hecho de escapar a las circunscripciones de sentido preestablecidas le lleva a desplegar campos de expresión autorreferenciales que se pueden considerar como otras instancias productivas de subjetividad.

Las posturas de tal fractalización de la psiquis no dejan de tener prolongamientos ético-políticos. Se juega la suerte de la discursividad apremiante, de “sentido único”, de la subjetividad capitalística, que puede verse expropiada de su pretensión por las aproximaciones multicentradas, heterogénicas, polifónicas, polívocas, instaurándose “lejos de los equilibrios” precodificados. Ella llama al retorno forzado del Significante,

de lo “icónico”, de lo no-digital, del síntoma, en una palabra, a una cierta liberación “democrática” de las poblaciones moleculares.

Permítanme, a manera de conclusión, subrayar tres cosas relativas a la lingüística, a la música y al positivismo lógico.

De esta función existencial inherente a las diversas modalidades de discursividad –y, lo repito, no solamente en el discurso lingüístico–, los lingüistas y los semiólogos no han desconocido, de hecho, su existencia. Pero, justamente entonces, han tomado partido por mantenerla encerrada en un cajón etiquetado: “pragmático”, el tercero bajo los cajones sintáctico y semántico. Frente a ellos, quisiera haber mostrado que sus dimensiones de polifonía, de ruptura significativa generadora de enunciación y de fractalización procesual, le dan otra inclinación. Es verdad que tiene un lugar esencial en los campos semiológicos (por ejemplo, por la utilización de acentos, de entonaciones, de trazos prosódicos, etc.), pero su rol no es menos fundamental en la constitución de Territorios existenciales relevantes como, entre otros, la etología humana, o los rituales y ritornelos de delimitación social, o aún de composiciones rostrificantes, de “objetos parciales” y transicionales alrededor de los cuales se organiza la psiquis... Para todos los procedimientos posibles de fractalización, de procesualización y de recomposición existencial, esta función tercera de la discursividad (instaurándose concurrentemente a las de significación y denotación) engendra las modalidades de subjetivación individuales y/o colectivas que pasan a través de las formaciones subjetivas dominantes. Es decir que, por su mediación, la subjetividad se halla en condiciones de apoderarse de su propia suerte.

La música podría igualmente ofrecernos un terreno privilegiado de exploración de esta fractalización procesual de “subjetividad objetiva”. Haría falta entonces volver a trazar la historia del “lisaje” de voces y de ruidos bajo la acción conjunta de máquinas instrumentales, de máquinas escriturales y del

advenimiento de nuevos agenciamientos de escucha colectiva. Y cómo, a partir de ahí, una nueva materia sonora ha sido forjada, prestándose excelentemente a las brechas fractales que conducirán a la música a su procesualidad moderna. Sería necesario también, retomar en su detalle: la conversión de las músicas modales en música tonal, correlativa de la división de la gama en intervalos iguales y, de hecho, muy ligeramente desfasados por relación a las armónicas naturales; la transgresión del antiguo corte actuando sobre el tritono, denominado intervalo “diabólico”, que viene artificialmente a repartir la octava en dos partes iguales, después, en el prolongamiento de la igualización del “temperamento”, el desenlace dodecafonista y atonalista. Se podría entonces establecer que cada una de estas etapas de desterritorialización de la materia sonora ha sido catalizado por un juego de “pequeñas diferencias”, resultante de una fractalización molecular de las entidades musicales de base. Entonces se aclara, en paralelo y como en contrapunto, el retorno en la música de voces, de ritmos, de timbres y de ruidos transfigurados⁶². Retorno, al mismo tiempo, a Balthus y sus materias de expresión fractales en las cuales no bastaría constatar que “evocan” la composición musical contemporánea, pues, de hecho, se encuentran efectivamente en la obra, más allá de las discursividades musicales y plásticas, los mismos operadores desterritorializados. (He tratado de demostrar en otra parte que los desenvolvimientos de Proust alrededor de “la frascilla de Vinteuil” giraban alrededor de operadores de transversalidad semejantes).

Imagino que ciertas almas endurecidas en la ruda escuela del neopositivismo y del empirismo lógico no aceptarán sin repugnancia que se pueda recurrir, como yo lo he hecho, a las máquinas calificadas de abstractas, de desterritorializadas y de incorporales para apoyar una función existencial. Sin pretender de ninguna manera fundamentar científicamente mi recorrido y valorando poco las denominaciones, no me colocaré en su

⁶² Ver la tesis muy esclarecedora sobre este punto del músico Abel Muguerra, Universidad de París X, Nanterre, UER de Filosofía y Estética de las formas, Octubre 1983.

terreno. Lo único que yo desearía decirles es que creo saber que ninguna tentativa de producir modelos o cartografías de hechos subjetivos sabría delimitar esta problemática, que excede ampliamente el dominio de la literatura y de las Bellas Artes.

En consecuencia, todos serán llevados, de una manera o de otra, a dar cuenta de la existencia paradójica de estas máquinas-sinapsis, de estas máquinas-quiasmas, que vienen del sentido para existir y que reescriben la facticidad del ser-ahí en el camino que labran al futuro. Donde se puede ver que lo más arcaico, lo más neurótico, ¡es susceptible de resurgir indefinidamente de los campos de lo posible! Donde se muestran, en toda su vanidad, las tentativas de interpretación de una obra, como la de Balthus, a la luz exclusiva de los complejos infantiles de su autor o de sus “fijaciones” a ciertas estasis de la historia de la pintura.

Lo que me conduce, para terminar, a un último retorno al enunciado inicial de mi conversación: “Cracks in the text of the State”, *cracks* en el estado de las cosas, el estado de los lugares, el estado de las normas... *cracks* que nos inducen a nuevas prácticas sociales y a nuevas prácticas estéticas, que se mostrarán cada vez menos separadas las unas de las otras, y cada vez más en complicidad con el destino.

*La enunciación arquitectónica*⁶³

Después de algunos milenios y quizás por imitación de los crustáceos o de las termitas, los seres humanos han tomado el hábito de envolverse en caparazones de todo tipo. Los edificios, los vestidos, los automóviles, las imágenes y mensajes que no cesan de secretar su encolado en la piel, adhieren a la carne su existencia, al menos tanto como los huesos al esqueleto. Existe sin embargo una diferencia notable entre los hombres, los crustáceos y las termitas; ésta es que, hasta el presente, no se han empadronado con esas dos últimas especies las corporaciones de arquitectura, de taller y de “pro” de los medios. Como quiera que sea, se constata que es mucho más en una expresión ecológica del género: edificación de zigurats⁶⁴, demolición de La Bastilla, o toma del Palacio de Invierno –a lo que se ha debido, después de un largo período histórico, la delineación de Agenciamientos sociales. Solamente en estos últimos tiempos, la piedra se ha encontrado relegada, después el acero, el cemento y el vidrio, pues es sobre todo en términos de velocidad de comunicaciones y de matriz de informaciones que se juegan los desacuerdos de los poderes. En estas condiciones, los arquitectos no saben a cuál santo acogerse. Hoy de qué serviría, por ejemplo, en una ciudad como México, que pone como fondo una masa, en pleno delirio de cerca de 40 millones de habitantes, invocar a Le Corbusier. ¡Aún el barón Haussmann no haría nada! Los políticos, los tecnócratas, los ingenieros administran ese género de cosas recurriendo lo menos posible a los hombres de un arte que Hegel colocaba, sin embargo, en el primer rango de todas las otras. Ciertamente, los arquitectos conservan el control de una almena mínima en el dominio de las construcciones suntuarias. Pero, en ese dominio, se sabe que los puestos son apreciados y, a menos de asumirse

⁶³ *L'enonciation architecturale*. Tomado de: Félix Guattari, *Cartographies schizoanalytiques*, Editions Galilée, Paris, 1990.

⁶⁴ Construcciones en forma de pirámide, utilizadas en la antigua Mesopotamia como santuario, y cuya parte superior servía para la observación de los astros. [N. del T].

como dandy posmoderno, los chanchullos político-financieros que estos implican en todos lados hacen que consagren generalmente sus raros electos a una hipócrita degradación de sus talentos creativos. Quedan aún vías tales como la teoría pura⁶⁵, la utopía⁶⁶, la nostalgia de un retorno al pasado⁶⁷. O aún la contestación crítica, si bien los tiempos no parecen querer prestarse a ella.

El objeto de la arquitectura ha volado en pedazos. ¡Es inútil aferrarse a lo que fue o a lo que debería ser! Situada en la intersección de juegos políticos de primera importancia, de tensiones demográficas y étnicas, de antagonismos económicos, sociales y regionales nunca en vías de resolución, aguijoneada por constantes mutaciones tecnológicas e industriales, está irreversiblemente condenada a ser jalada en todos los sentidos. Lo que no implica, sin embargo, que se tome partido eclécticamente por un estado de cosas, que de hecho reclama, quizás al contrario, una exacerbación de las elecciones ético-políticas que han estado siempre subyacentes en el ejercicio de esta profesión. Imposible, sin embargo, atrincherarse, de buena fe, en el arte por el arte o la ciencia pura⁶⁸. Reinventar la arquitectura no puede significar relanzar un estilo, una escuela, una teoría de vocación hegemónica, sino recomponer, en las condiciones de hoy, *la enunciación arquitectónica*, y en cierto sentido, el oficio de arquitecto.

Puesto que el arquitecto no tiene simplemente por objetivo ser un plástico de las normas de armazón, sino que se propone ser también un revelador de los deseos virtuales de espacio, de

⁶⁵ Léon Krier, por ejemplo, considera que frente “al holocausto que se realiza... en nuestras ciudades [...] un arquitecto responsable no puede construir hoy”. *Babylone* N° 1, UGE, 10/18. París, 1983, p.132.

⁶⁶ Por ejemplo, la obra de Daniel Liebeskind, donde aún las composiciones de paisaje de Vittorio Gregotti, tales como sus proyectos de prolongamientos colectivos de Cefalú tienen poca posibilidad de ver alguna vez el día.

⁶⁷ Ver, en este aspecto, las interesantes posiciones de Henri Gaudin, en *La cabane et le labyrinthe* (Ediciones Pierre Mardaga, Bruselas, 1984), sobre la arquitectura regional.

⁶⁸ Remito aquí a los apasionantes análisis de Christian Girard, *Architecture et concepts nomades. Traite d'interdiscipline*, Ediciones Pierre Margada, Bruselas, 1986.

lugar, de recorridos y de territorios, debe animar el análisis de las relaciones de corporeidad individuales y colectivas singularizando constantemente su aproximación, y debe devenir, por otra parte, un intercesor entre esos deseos demostrados en sí mismos y los intereses que los contratarían, o en otros términos, un artista y un artesano de lo vivido sensible y relacional. Entendámonos, ¡no tengo la intención, para hacerlo asumir un tal descentramiento de su papel, de llevarlo a tirarse sobre un diván psicoanalítico! Considero, al contrario, que es él mismo quien se encuentra en la posición de poder analizar ciertas funciones específicas de las subjetivaciones⁶⁹. A este título y en compañía de otros muy numerosos operadores sociales y culturales, podría constituir un relevo esencial en el seno de Agenciamientos de enunciación de cabeza múltiple, capaces de asumir analítica y pragmáticamente las producciones contemporáneas de subjetividad. En consecuencia, estamos lejos de considerarlo en la posición de un simple observador crítico.

Estando desplazado así del objeto hacia el proyecto, cualesquiera que sean las características de su expresión semiótica y de sus contenidos semánticos, una obra arquitectónica requeriría entonces una elaboración específica de su “materia” enunciativa: ¿Cómo ser arquitecto hoy? ¿Qué parte de él mismo debe movilizar? ¿De qué manera debe engancharse y con cuáles operadores? ¿Qué peso relativo tendrán para él los promotores, los ingenieros, los urbanistas, los usuarios actuales y potenciales? ¿Hasta dónde le será lícito pasar por compromisos con las diversas partes presentes? Hay aquí una economía transferencial altamente elaborada, que yo propongo examinar hoy bajo el ángulo de dos modalidades de consistencia de la enunciación de un concepto arquitectónico:

⁶⁹ Sobre la posición algunas veces decisiva del programista y del arquitecto en la modelización de las instituciones psiquiátricas, ver el número especial de la revista *Recherches*: “Programación, arquitectura y psiquiatría”, junio 1967.

- la una, polifónica, del orden del *percepto*, inherente al desplegamiento de los componentes concurrentes a su existencia discursiva;
- la otra, ético-estética, del orden del *afecto*, inherente a la “toma de ser” no discursiva.

Los componentes polifónicos

Bajo la categoría de escala, Philippe Boudon ha censado veinte ángulos de ataque del objeto arquitectónico, que se encuentran esencialmente centrados sobre la categoría de espacio. Ha propuesto un reagrupamiento en cuatro categorías:

- las que remiten al espacio real en sí mismo (escala óptica geográfica de visibilidad, de vecindad y de parcialidad);
- las que remiten el espacio arquitectónico a un referente exterior (escala simbólica, formal, técnica, funcional, de extensión, simbólica dimensional, socio-cultural, de modelo y de economía);
- las que remiten el espacio arquitectónico a su representación (escala geométrica, cartográfica y de representación);
- finalmente, las de la gestión arquitectónica en tanto que ella realiza constantes ires y venires entre diferentes espacios (“poner a escala”, “dar la escala”, etc.)⁷⁰.

Se podría sin duda encontrar aún otros componentes de esta naturaleza. Pero permanecen bajo el ángulo de la enunciación y no de una simple enumeración taxonómica de los modos de espacialización. Es evidente que su número potencial deviene infinito. Todas las enunciaciones virtuales merodean en adyacencia del objeto arquitectónico. Como escribe Henri Lier, “...una obra arquitectónica significativa se capta siempre como

⁷⁰ Philippe Boudon, *La ville de Richelieu*, AREA, París, 1972. *Architecture et architecturologie*, AREA, París, 1975. *Sur l'espace architectural. Essai d'épistémologie de l'architecture*, Dunod, París, 1971.

pudiendo ser otra que lo que es. Una morada no es la morada, pero remite a la morada; ella es uno de sus posibles apareciendo como tal”⁷¹. Sin embargo, sobre este espectro continuo de enunciaciones virtuales, he retenido ocho tipos de Agenciamientos correspondientes a las “voces” que me parecen estar efectivamente en acción en la arquitectura contemporánea.

1. Una *enunciación geopolítica*, tomando en cuenta también la orientación de los puntos cardinales, los desnivelamientos del terreno, los datos climáticos demográficos que en las evoluciones de larga duración como la tendencia secular, cara a Fernand Braudel⁷², afectan la deriva del centro de gravedad de los “archipiélagos de ciudad”⁷³ en función de las fluctuaciones de la economía-mundo⁷⁴.

2. Una *enunciación urbanística*, relativa a las leyes, reglamentos, usos y costumbres que conciernen a la tala de los terrenos, la disposición y el volumen de los edificios, tanto como los mecanismos de contaminación de modelo y de imagen (remitiendo a lo que Philippe Boudon llama la escala de vecindad). Los interlocutores aquí pueden encarnar bajo la forma “dura” de funcionarios, de cuerpos del Estado, o bajo la forma vaga del estado de espíritu colectivo, de opinión, más o menos sustituido por los medios de comunicación.

3. Una *enunciación económica*, expresión capitalística de las relaciones de fuerza entre los diferentes sistemas de valorización individuales y colectivos. A partir de una

⁷¹ Henri von Lier, *Encyclopædia Universales*, T. II, 554, París, 1985.

⁷² Fernand Braudel, *El tiempo del mundo. Civilización material, economía y capitalismo*, Siglos XV a XVIII, T. III, Alianza editorial, 1984.

⁷³ *Ibid.*, p. 20.

⁷⁴ Fernand Braudel, *Op. cit.*, pp. 12-14, pp. 62-68. La economía-mundo es la más vasta zona de coherencia, en tal o cual época, en una parte del globo, suma de espacios individualizados, económicos y no económicos, que transgrede de ordinario los límites de otros agrupamientos masivos de la historia. François Fourquet, bajo el término de ecomundo, ha emprendido la teorización más sistemática de las concepciones de Fernand Braudel y de Immanuel Wallerstein en *La richesse et la puissance*. Publicación provisional: *Commisariat général du Plan*, Convention d'étude 984, París, 1987.

evaluación relativa de los costos y de las demandas en términos de provecho, de prestigio, de impacto político y de utilidad social, lo cual conduce a fijar un valor mercantil de las propiedades de bienes raíces y a “guiar” las cosas y los volúmenes de inversión en el dominio de la construcción.

4. Una *enunciación funcional*, o función de equipo, que considera los espacios edificables en razón de su utilización específica. Los equipamientos colectivos, tanto como los equipamientos de destino privado, integrándose en el seno de una doble red;

a) red de relaciones complementarias “horizontales”, posicionando cada segmento construido sobre el conjunto de las estructuras urbanas hoy interconectadas en el seno del capitalismo mundial⁷⁵;

b) red de relaciones de integración “verticales” escalonando los microequipamientos (de iluminación), de aireación, de comunicación, etc.) hasta los macroequipamientos de infraestructura.

Como escribe Paul Virilio: “Hoy [...] lo esencial de lo que se persiste en llamar Urbanismo está compuesto/descompuesto por los sistemas de transferencia, de tránsito y de transmisión, las redes de transporte y de transmigración donde la configuración inmaterial renueva la de la organización catastral, y la de la edificación de monumentos. Actualmente, si hay “monumentos”, no son del orden de lo visible, a pesar de los giros y retornos de la desmesura arquitectónica; esta ‘desproporción’ se inscribe menos en el orden de las apariencias sensibles, de la estética de la aparición de volúmenes ensamblados bajo el sol, que en la oscura luminiscencia de los terminales, las consolas y otras ‘mesas de noche’ de la electrónica”⁷⁶.

⁷⁵ Ver mi estudio, en colaboración con Eric Alliez, “El Capitalismo Mundial Integrado” en *La révolution moléculaire*, Recherches, París, 1977.

⁷⁶ Paul Virilio, *L'espace critique*, Cristian Bourgois, París, 1984, p. 24.

En consecuencia, los enunciadores colectivos serán aquí:

- Las estratificaciones sociales según los recursos, las edades, los particularismos regionales, las agregaciones étnicas, etc.;
- Los cuerpos sectorizados en función de sus actividades especializadas de orden económico, cultural o de un estado de asistencia (internamiento, encarcelamiento, etc.);
- Los programistas, los expertos, los técnicos de todo tipo en posición de enunciar los constreñimientos y las normas de la escritura arquitectónica.

5. Una *enunciación técnica*, que implica una “toma de la palabra” del equipo y más generalmente de los materiales de construcción en la fijación, por ejemplo, “de la inclinación de un tejado en función de la permeabilidad relativa del material empleado, el espesor de un muro en función de su carga, las dimensiones de un material en función de su maleabilidad, o de su transportabilidad, o de su montaje”⁷⁷.

Los interlocutores de relevo no son aquí solamente los ingenieros de edificios, sino también los químicos que, cada mes, inventan nuevos materiales, los ingenieros eléctricos, de comunicaciones, y cada vez más, el conjunto de las disciplinas técnicas y científicas.

6. Una *enunciación significativa*, donde la mirada, independientemente de los semantemas funcionales, es afectada por una forma enmarcando un contenido significativo compartido por una comunidad humana más o menos extensa, pero siempre delimitada por el conjunto de otras comunidades que no comparten el mismo tipo de contenido. Se encontrarán de nuevo aquí muchas de las escalas de Philippe Boudon. Lo que conduce a encarnar una forma simbólica en un edificio independientemente de su tamaño (ejemplo: el plano en cruz de las iglesias cristianas). Lo que calca la disposición de una

⁷⁷ Philippe Boudon, *La ville de Richelieu*, p. 17.

construcción a partir de un modelo ideológicamente explícito (La ciudad ideal de Vitruvio; las ciudades “rural”, “industrial”, o “de intercambios”, de Le Corbusier...). Aquella en la cual al contrario, interviene un esquema socio-cultural más o menos inconsciente (el patio central que los constructores árabes han heredado verdaderamente de la antigüedad romana), o aquella, aún más vaga, que confiere un estilo global a un establecimiento urbano (como el clima de encerramiento sobre sí de las pequeñas ciudades toscanas en las antípodas de la apertura a un espacio transfinito de aglomeraciones norteamericanas enganchándose, como pueden, en un flujo de construcción de autopistas).

7. Una *enunciación de territorialización existencial*, del orden de la perspectiva así como de la etología que yo aproximaría a los tres tipos de espacio de los que Vittorio Ugo nos propone su distinción:

–los espacios euclidianos, bajo la égida de Apolo, posicionando de manera unívoca una identidad objetual en el cuadro de una lógica axiomática-deductiva y en el seno de las cuales se inscribe una “arquitectura primaria y elemental en toda la claridad de su perfección cristalina, siempre idéntica a sí misma y desnudada de cualquier ambigüedad o contradicción interna”;

–los espacios proyectivos, bajo la égida de Morfeo, posicionando las formas en la identidad modular, de las perspectivas metamórficas, afirmando el primado de “lo imaginario sobre la realidad, de la mirada sobre la palabra, de lo extenso sobre el uso, del proyecto sobre la percepción”;

–los espacios topológicos laberínticos funcionando a título de lugares⁷⁸ existenciales, bajo la égida de Dionisos y según una geometría de envolvimiento del cuerpo táctil que nos remite ya al registro de los afectos.

⁷⁸ En el sentido que Heidegger ha dado a este término en “Construir, habitar, pensar”, en *Essais et conférences*, Gallimard, París, 1958.

El espacio arquitectónico es un operador concreto, entre otros, de metabolismo entre los objetos de afuera y las intensidades de adentro. Pero si, de Vitruvio a Le Corbusier pasando por Leonardo da Vinci, los juegos de correspondencia entre cuerpo humano y hábitat han sido continuamente explorados, quizá se trate menos, en adelante, de considerarlos bajo un ángulo formal desde un punto de vista que se puede calificar de orgánico. Como escribe Massimo Cacciari: “Todo organismo auténtico es laberíntico”⁷⁹. Y evocaremos más adelante las dimensiones fractales múltiples de ese carácter laberíntico (o rizomático) de la territorialización existencial.

8. Una *enunciación escritural*, que articula el conjunto de los otros componentes enunciativos. Debido a la distancia diagramática que introduce entre la expresión y el contenido y por los coeficientes de creatividad que genera, la proyección arquitectónica promueve nuevos potenciales, nuevas Constelaciones de Universos de referencia, comenzando por aquellos que preceden el despliegue de los aspectos ético-estéticos del objeto edificado.

Los órdenes ético-estéticos

La enunciación arquitectónica no deriva solamente de componentes diacrónicos discursivos; implica igualmente una toma de consistencia de dimensiones existenciales sincrónicas, u ordenadas de nivel. Siguiendo a Bajtin, distinguiría tres tipos:

–las ordenadas cognitivas, a saber, las coordinadas energético-espacio-temporales que revelan lógicas de conjuntos discursivos. Es en este registro que la enunciación escritural de la arquitectura hace entrar en concatenación los cinco primeros tipos de Agenciamientos de enunciación previamente señalados;

⁷⁹ Massimo Cacciari, *Critique*.

–las ordenadas axiológicas que engloban el conjunto de los sistemas de valorización antropocéntrica, tanto de orden ético como económico y político;

–las ordenadas estéticas que determinan los umbrales de perfeccionamiento de una entidad, de un objeto o de un conjunto estructural, por consiguiente de como se ponen a emitir sentido y forma por su propia cuenta. Es en esas ordenadas ético-estéticas que convendría hacer entrelazar los componentes de enunciación significantes y de desterritorialización existenciales con los otros componentes.

Así, lo edificado, lo vivido y lo incorporal se encuentran rearticulados los unos en los otros, aún si las sociedades capitalísticas eliminan continuamente de su arquitectura y de su urbanismo cualquier trazo de singularización subjetiva, en provecho de una rigurosa transparencia funcional, informativa y comunicacional.

Que se me entienda bien: la singularización por la que nos preguntamos aquí no es un simple asunto de “suplemento de alma”, de “personalización” dispensada a título de “servicio post-venta”; ella revela instancias que operan en el corazón del objeto arquitectónico y que le confieren su consistencia más intrínseca. Bajo su cara exterior discursiva, ese objeto se instaura en la intersección de mil tensiones que jalan en todos los sentidos; pero bajo sus caras enunciativas ético-estéticas, se vuelve a unir bajo un modo no discursivo, donde el primado fenomenológico nos es dado a través de la experiencia particular de los Afectos espaciales. Del lado de un umbral de consistencia cognitiva, el objeto arquitectónico bascula en lo imaginario, el sueño, el delirio, en tanto que del lado de un umbral de consistencia axiológica, sus dimensiones portadoras de alteridad y de deseo se desmoronan –a la manera de esas imágenes de cine de las que los aborígenes de Australia después de un tiempo, se alejan por no encontrarles interés–, y del lado de un umbral de consistencia estético, se le escapa la existencia de las formas y de las intensidades llamadas a habitarlo.

En consecuencia, lo que, en último análisis, especificaría el arte de la arquitectura, sería su capacidad de aprehender los Afectos de enunciación especializada. Solamente que, hay que admitirlo, se trata de objetos paradójales, que no pueden ser discernidos en las coordenadas de la racionalidad ordinaria y a los que no puede aproximárseles más que indirectamente, por meta-modelización, por rodeo estético, por relato mítico o ideológico. Como los objetos parciales de Mélanie Klein⁸⁰, o los objetos transicionales de Winnicott⁸¹, este género de afecto se instaure transversalmente en los niveles más heterogéneos. No para homogenizarlos sino, al contrario, para comprometerlos aún más allá en procesos fractales de heterogénesis. La forma arquitectónica no está llamada a funcionar como *gestalt* cerrada sobre sí misma, sino como operador catalítico desencadenando reacciones en cadena en el seno de modos de semiotización que nos hagan salir de nosotros mismos y nos abran campos inéditos de posibles. El sentimiento de intimidad y el de singularidad existencial lindan en el aura que se libera por un cuadro familiar, una vieja casa, o un paisaje habitado por nuestros recuerdos, instaurándose en ruptura con las redundancias vaciadas de su substancia y pueden ser generadores de proliferación y de líneas de fuga en todos los registros del deseo de vivir, del rechazo a abandonarse a la inercia dominante. Por ejemplo, es el mismo movimiento de desterritorialización existencial y de toma de consistencia sincrónica el que hará “trabajar” en conjunto cosas tan diferentes como una caja de zapatos y una caja del tesoro, bajo el lecho de un niño hospitalizado en un internado médico-psicológico, el ritornelo-clave que comparte quizá con sus camaradas, el lugar en el seno de la constelación particular que ocupa en lo refractario, un árbol-totem en el patio de recreo y un pedazo de cielo conocido sólo por él. Tiene el arquitecto que, si no componer una armónica a partir de todos esos

⁸⁰ Mélanie Klein, *Contributions to psycho-analysis*, Hogarth Press, Londres, 1950. En español: incluido en, *Amor, culpa y reparación, Obras completas Vol I*, Paidós, 1990.

⁸¹ D.W. Winnicott, *La psychanalyse*, P.U.F., París, 1959. En español: *Psicoanálisis*, Gedisa, 1978.

componentes fragmentarios de la subjetivación, ¡al menos no mutilar de entrada lo esencial de las virtualidades!

Para así labrar en la recomposición de Territorios existenciales, con el contexto de nuestras sociedades devastadas por los flujos capitalísticos, el arquitecto tendrá entonces que ser capaz de detectar y explotar procesualmente el conjunto de puntos de singularidades catalíticas susceptibles de encarnarse tanto en las dimensiones sensibles del aparato arquitectónico como en las composiciones formales y en las problemáticas institucionales más complejas. Todos los métodos cartográficos a fin de conseguirlo serán lícitos desde que su compromiso –no retrocedamos más frente a un viejo concepto sartreano que devino tabú después de mucho tiempo– encuentre su propio régimen de autonomización ético-estético; único criterio de verdad que entonces se impone en él, teniendo un efecto de perfeccionamiento existencial y de sobreabundancia de ser, no dejando, entonces, de encontrarlo, desde que tenga la dicha de descubrirlo, arrastrado por un proceso de acontecimiento, es decir, de enriquecimiento histórico y de resingularización del deseo y de los valores.

Los ritornelos ético-estéticos en el teatro de Witkiewicz⁸²

La enunciación descansa sobre una subjetivación en constante transformación. Es decir que no se la conecta o desconecta como se haría con un computador. Permanentemente se la prepara y descompone para recomponerla sobre bases diferentes. Desde ese punto de vista, el trabajo escénico puede constituir, para la subjetivación, uno de los paradigmas más significativos.

Ciertos operadores, que yo calificaría de ritornelos sensibles, marcan las transiciones de fase de un Agenciamiento de enunciación a otro. Ejemplo: el ceremonial relativo a un objeto fetichista susceptible de enganchar en una enunciación perversa; o, en sentido inverso, una inhibición, un acto fallido, un lapsus que desembargan un registro de enunciación al cual la subjetivación se creía bien agarrada. Pero existen también operadores más complejos, no directamente aprehensibles en términos de una expresión concreta, que calificaría de ritornelos problemáticos, o de máquinas abstractas. Ciertos montajes narrativos del teatro de Witkiewicz nos servirán para ilustrar esta segunda modalidad y particularmente los que están centrados sobre el tema de la mujer amada a la que se le mata a petición suya.

Permítanme entonces dos breves observaciones, antes del examen desde este punto de vista, sobre “Los pragmatistas”⁸³, que es uno de los dos pretextos de nuestro encuentro hoy.

Concretos y sensibles, o bien abstractos, fantasmáticos y problemáticos, ¿a quién pueden servir estos ritornelos? Precisemos de entrada que no se hará aquí un uso hermenéutico, ni se buscará extraer los “contenidos latentes”,

⁸² *Les ritournelles éthico-esthétiques dans le théâtre de Witkiewicz*. Tomado de: Félix Guattari, *Cartographies schizoanalytiques*, Editions Galilée, París, 1990.

⁸³ Witkiewicz, *Theatre complet*, La Cite-Editeur, Lausanne, 1971.

incluso los mensajes escatológicos. Pues ellos son esencialmente para nosotros las conexiones existenciales que tienen por misión colocar, circunscribir, singularizar y apuntalar, desde el punto de vista de su consistencia, los Universos de referencia, los cuales, por todas partes, permanecen fundamentalmente ilocalizables, incorporales, sin órgano ni delimitación de tiempo y de espacio. Son estos los ritornelos-síntomas que nos harán franquear el umbral de una aprehensión histórica, u obsesional, o paranoica del mundo (en una relación directa de apropiación existencial tanto como a título de testigos exteriores). Es un ritornelo rostrificante minimal el que le permite al niño, poco después de su nacimiento, engancharse con un *Umwelt* materno. Un ritornelo modal pentatónico, desplegado a partir de un puñado de notas, nos proyecta en un universo debussysta. Un juego de ritornelos gestuales, vestimentarios, de entonación, etc., nos hace caer en el frío de la libido judicial –Universo pasablemente mórbido de la falta o de la punición. Nada funciona aquí por sí mismo según la naturaleza. Son necesarios, lo repito, los disparadores, los operadores, los catalizadores específicamente agenciados.

¿Y qué caracteriza tales ritornelos, que permite reconocerlos? Por regla general, se trata de concatenaciones expresivas en las que la trama sintagmática o el discurso de contenido se encuentran brutalmente interrumpidos, lo que tiene por efecto impedir que se desplieguen, en una cadena particular, sus derivaciones relacionales conduciéndolas, al contrario, a abarquillarse sobre sí mismas y a girar en redondo al infinito. Puesto que las cosas pasan mal, esta repetición desencadena una implosión del sistema expresivo que puede encontrarse arrastrado a una desconexión generalizada, mientras que puede igualmente advenir una “ritornelización” positiva activa de ese mismo segmento de expresión o de contenido y ponerse a generar un proceso que, entonces, juega el rol de foco enunciativo autorreferente.

Veamos ahora “Los pragmatistas”. La polifonía desarrollada por los cinco personajes principales se instaure a partir de una

especie de canto-llano original, de base o de “tenor” que permanece subyacente durante el conjunto del desarrollo.

Grado cero de la expresión, ese flujo inagotable de palabras, esa palabrería interior ininterrumpida, es asimilada a una conversación con la mujer amada, en el caso de Mamalia que, paradójicamente, es completamente muda y no se expresa más que por mímica y gesticulaciones más o menos histéricas.

“...Esta horrible tortura es la esencia misma de lo que vivo. ¡Una conversación con una mujer! ¡No Dios! ¿No he sido creado más que para esta cosa a través de la cual se escapa la corriente de la existencia, sin detenerse ni siquiera más que un segundo?”.

Pero, más lejos aún, esa palabrería será objeto de una apreciación menos peyorativa, puesto que siendo relevada por Femellon⁸⁴, joven asexuada, no por ello menos plena de gracia, el autor la calificará de acorde indispensable en la sinfonía que constituye su existencia. “¿La manera más auténtica de sentir la vida no es la palabra? Sin importar qué se diga. En realidad, sólo el hecho de hablar... En las palabras, la riqueza de posibilidades es mucho más grande que en los acontecimientos”.

No se queda en ese flujo asociativo y le es impartida una reconquista enunciativa, en esta pieza, en el doble personaje que constituyen Plasphodore Mimetyk y Graf Franz von Vitello (denominado von Trottek en la versión presentada por Philippe Adien). Habría mucho que decir sobre la estrategia del doble con Witkiewicz, comenzando por el desdoblamiento de su propia identidad pública en Witkacy. Sobre este punto remito al estudio de Daniel Guérould, *Les doubles dans l'œuvre de Witkacy*⁸⁵. Se trata entonces, en la época en que Witkiewicz escribe esta pieza, de un tema portador, del que ha efectuado

⁸⁴ Su traducción sería hembra. [N. del T.].

⁸⁵ *Cahiers Witkiewicz*, N.º. 4, L'Age d'Homme, Lausanne, 1982, pp. 129-145, *Witkiewicz et la Russie*, Op. cit., p. 70.

una especie desviación. Retengamos ante todo que no es tanto el misterio hoffmanesco o la invención psicoanalítica lo que importa aquí, sino el montaje de un desgarrón ético-político que no ha dejado de recogerse en sí mismo. “Witkacy ha estado constantemente descuartizado por ‘un doble sistema de valores’, como lo ha escrito él mismo, por una doble coacción que traduce el conflicto entre la estética y la moral, una tensión que le lanza simultáneamente hacia dos polos absolutamente contradictorios, la Forma Pura en el Arte, y en la vida, la socialización que debían aportar al rebaño humano la igualdad y la justicia –dos soluciones diametralmente diferentes del problema metafísico”.

Plasphodore Mimetyk estará encargado de encarnar una exigencia de autenticidad estética que confina un deseo de abolición. “¡Vivir significa crear lo desconocido!” Pero, como las condiciones no se presentan aún, ¿más vale desaparecer! “¡Estoy harto! He obturado todas las salidas. La muerte, la suya y la mía, he aquí mi obra, ¡la única!”. Totalmente opuesto, su cuñado von Trottek ilustrará una pulsión de vida salvaje, casi bestial.

Una media docena de veces, en el curso de la pieza, un ritornelo volverá a su boca: “Tengo una salud de caballo”. Adepto de cenas en la ciudad surtida de orgías, de espiritismo y de diversos excitantes, es calificado de “ministro de los venenos”, pero también y de manera un poco contradictoria de patrón del sindicato de los abstinentes. Ya se trate de “vagabundos abstinentes” ya de “abstinentes mecanizados”. Para aclarar este punto, convendría resituar esta denuncia de los abstinentes, que regresan de muchas recuperaciones en el curso de esta pieza, en el contexto de lo que fueron en Alemania, antes de la guerra de 1914, las campañas en favor de la abstinencia en el seno de los diversos movimientos de jóvenes que prefiguran, de alguna manera, el Nacionalsocialismo. Señalemos igualmente que Thomas Mann ha fustigado esta raza de abstinentes en boca de uno de los personajes de *La montaña mágica*. Es por esto que von Trottek es de entrada definido

como un pragmatista para el cual todos los cortes son buenos, y que en particular en el dominio del arte está dispuesto a explotar cualquier truco según el gusto del día. Su último hallazgo en esta materia es una mediación entre una escultura no espacial y una música inmovilizada en el espacio... Pero su gran idea es abrir un cabaret fantástico y macabro, una especie de club que produciría “una cierta realidad” a partir de todo tipo de cosas bizarras. Y da por descontado que Plasphodore terminará por decidirse a volverse el gerente a pesar de rehusar obstinadamente a renunciar a su soledad para dedicarse a no se sabe que empresa de socialización y de adaptación.

En apariencia, los juegos están hechos entre dos cuñados cuya rivalidad es atizada por una antigua relación incestuosa entre von Trottek y su hermana, y por una relación actual de amor doméstico con Femellon, quién está al servicio de Plasphodore. En todos los dominios, los pragmatistas parecen llamados a triunfar sobre los idealistas apasionados, tanto que von Trottek, de salud de caballo, es el único sobreviviente de la intriga, al fin del último acto, habiendo de hecho eliminado a todos los otros protagonistas, sea por muerte violenta, sea por desaparición en el abismo del no-sentido que bordea un ala del espacio escénico. Y sin embargo la pieza es mucho menos maniqueísta de lo que parece. Pues yo no he evocado aún la existencia de aquello que constituye el personaje principal: quiero hablar de esta momia china, de esa infernal máquina-momia, esa máquina ritornelo abstracta que, sola, guía verdaderamente la danza. Desde el inicio, ella es introducida por von Trottek, haciendo una especie de juego en su circo ambulante; pero se vuelve rápidamente contra su apoderado al punto que termina por aterrorizarlo. De hecho, una antigua complicidad la liga a su rival Plasphodore, por haber sido seducida por él cinco años antes, en una cabaña de bambú en Raigón, lo que le conduce nuevamente a beber su sangre en el último trago, lo que, de acrecentarlo, tiene el don de hacer caer a Mamalia en un silencio definitivo y, por consecuencia, de ligarla por siempre a él. ¿Por qué esas venas vaciadas de su sangre? Me parece que porque no es más que a través de tal

prueba que la princesa china podía devenir un ser desterritorializado capaz de romper todas las amarras del tiempo y del espacio y de afrontar la problemática con la cual tropieza el Janus bifronte llamado Witkiewicz-Witkacy. Le pertenece entonces al operador de enunciación que constituye en adelante esta momia mágica convertir la antigua pasión de abolición en un deseo de pura creación *ex nihilo*: “Nada domina nada, declara ella, todo se crea de sí mismo en relación con el mundo entero que no es más que el ojo de la nada vuelto hacia sí”. Ella misma se define como “el lugar del Todo con todo” y, a este título, puede volver a acusar cualquier segmento de realidad, lo que conduce a Plaspodore a exclamar: “Esta ridícula momia es la persona más real de todos nosotros. Es por ella que la realidad se infiltra en nosotros”

Uno de los instrumentos utilizados por el nuevo operador de enunciación para convertir las cosas del mundo ordinario en hiper o en sobre-realidad incorporal y para abrazar una “extrañeza del ser” tan deseada, es una máquina que evoca las de Kafka o de Raymond Roussel. Un horrible *plastron*⁸⁶ convexo que ya se aproxima, ya se aleja de Plaspodore. Por su intermedio los hilos virtuales hacen reunir el sueño y el ser real, en tanto que Plaspodore se sumerge en un abismo sin fondo: “dulce como de plumón y negro como una noche sin estrellas”. No obstante, este descenso no es menos un suplicio, pues el “sueño sin sueños-en-el-infinito-de-lo-que-pasa” al cual conduce es identificado con Mamalia, la cual es considerada como “la encarnación del castigo que se auto-identifica en la vida sin estar dirigido por nada”. Así, la pasión de abolición no cesará de reconstruir un paradigma asociando a la mujer, la madre y la muerte, y le pertenecerá al Agenciamiento de enunciación montar un procedimiento de otra naturaleza para llegar al fin a conjurar la omnipresencia de una culpabilidad sin objeto. Es una melopea, construida sobre la armadura fonológica del nombre de Mamalia, y que evoca esta vez ciertas poesías sonoras de Antonin Artaud; que recobra ese esfuerzo.

⁸⁶ Placa ventral del cefalotórax de los arácnidos, en que se articulan las patas. [N. del T.].

Ma	a	a	la	ra	ga	a	a	ta
Ka	ma	ra	ta	ka	a	a	a	la
Ma	ga	ra	ta	Ma	ga	ha	a	
Ma	ge	ere	ka	la	wa	ta	pa	

Se recordará que la primera intervención de la momia sobre Mamalia había sido la de volverla muda. Su nuevo “tratamiento” es mucho más radical aún, puesto que consiste en hacerla sufrir una doble desterritorialización:

1. de su nombre, transformado en ritornelo a-significante revelando una pura rítmica poética;

2. de su encarnación en tanto que personaje, en la medida en que, como lo he señalado, ella y Plasphodore, al final de la pieza, se encuentran proyectados por la momia en un abismo negro en el cual, antes de desaparecer definitivamente, ella reencontrará una última vez su voz, justo a tiempo para lanzar un espantoso grito.

¿Es necesario entender por esto que la culpabilidad que habría sido liquidada al mismo tiempo que su objeto edípico, a saber, la mujer-madre, se encuentra sublimada en la producción estética? ¡Desconfiemos! Pues lo menos que se puede decir es que, con Witkiewicz, ¡el concepto de sublimación no es santificado! “De lo que hablo no es de una lastimosa sublimación de mendigo abstigente”. Se trata más bien de una transmutación directa actuando sobre órdenes de realidad heterogéneos. Es así como el salvajismo del deseo blanco, hace poco convertido por la princesa del loto azul en un juego de color amarillo y negro sobre una paleta, se instaura concurrentemente en un registro pictórico y en un registro racial. Señalemos que esta empresa inmediata de oposiciones distintivas de colores sobre la trama narrativa constituye algo así como un leitmotiv en la obra teatral de Witkiewicz: por ejemplo, el conjunto de vestidos y decorados de “Guybal Velleytar”, que está compuesto sobre amarillo, rojo y negro. En

La Poule d'eau, Witkiewicz dice: “Las pequeñas imágenes que Dios hace con sus pequeñas pastillas encantadas...”.

Los ritornelos verbales –“una salud de caballo”–, los ritornelos a-significantes, los ritornelos coloreados y plásticos, los estereotipos de personajes concurriendo en la promoción de un ritornelo problemático articulado sobre los nexos siguientes: los dispositivos de conversión de la pasión de abolición en creación estética, se encuentran constantemente amenazados por la intrusión de la mujer-madre como objeto del deseo. ¿Cómo hacer callar tal deseo? Se puede arrancar la lengua a las mujeres; se puede también neutralizar su feminidad; es lo que se hace a pequeña escala, con Femellon, en “Los Pragmatistas”, y a gran escala, en “Guybal Velleytar”, donde el líder protofascista decreta una repartición de las mujeres en dos categorías: las mujeres verdaderas que serán mecanizadas sin piedad, y las “hembras que serán transformadas en hombres con la ayuda del transplante de ciertas glándulas”. Otra solución consistirá en matar a la mujer amada, si es posible por exigencia suya, como es el caso en “Los Pragmatistas”. La prostituta de agua, por su parte, es muerta dos veces continuas, una fantasmática y otra, al final del recorrido, por bondad. Pero se siente que, de hecho, ella es infinitamente muerta, de manera repetitiva, compulsional. Tensión narrativa del eterno retorno. Erotismo obsesivo, siempre bajo la amenaza de que el Yo no venga a cerrarse sobre él mismo, como una trampa atroz de soledad. “Mi sistema es inquebrantable”, grita Guybal Valleytar. “Yo transformo mis propias torturas en valores universales. Soy el primer mártir de mi *continuum* en seis dimensiones. Nadie tiene el derecho de torturarse menos que yo”. Donde se ve que las máquinas de tortura, tan frecuentes en la obra de Witkiewicz, constituyen como un último expediente, un último enganche de la alteridad. Conjurar la muerte procesualizando la creación sin, sin embargo, prostituirla: tal me parece que es el ritornelo problemático que habita el teatro de Witkiewicz, que se podría calificar de catártico, pero a condición de reconocer que se debate tanto contra la amenaza endógena de implosión como contra los mitos prefabricados del

psicoanálisis o las empresas de readaptación psicológicas y de re-socialización. Su objetivo proclamado, que me parece que hace eco del teatro de la crueldad de Antonin Artaud, es un “dadaísmo en la vida” y no solamente en la obra de arte. Decimos: un análisis abierto, prospectivo, resingularizante... Pero es tiempo de que me detenga pues, si no, ¿me pondría a hablarles de esquizoanálisis!

Capítulo 3
Polis: máquina y enunciación

El pensamiento clásico mantenía el alma alejada de la materia y la esencia del sujeto a distancia de los engranajes corporales. Por su parte, los marxistas oponían las superestructuras subjetivas a las relaciones de producción infraestructurales. ¿Cómo se puede hablar hoy de producción de subjetividad? Una primera constatación nos conduce a reconocer que los contenidos de la subjetividad dependen cada vez más de una multitud de sistemas maquínicos. Ningún dominio de opinión, de pensamiento, de imagen, de afectos, de narratividad puede después de todo pretender escapar a la empresa invasiva de “la asistencia por computador”, de los bancos de datos, de la telemática, etc. Desde entonces, se viene preguntando si la esencia del sujeto –esa famosa esencia, tras la cual corre la filosofía occidental desde hace siglos– no se encuentra amenazada por esta nueva “máquino-dependencia” de la subjetividad. Sabemos la curiosa mezcla de enriquecimiento y empobrecimiento que ha resultado ser hasta el presente: una aparente democratización de los accesos a los datos, a los saberes, asociado a un reencerramiento segregativo de sus instancias de elaboración; una multiplicación de ángulos de proximidades antropológicos, un abrazo planetario de las culturas, paradójicamente contemporáneos de un ascenso de los particularismos y racismos, una inmensa extensión de campos de investigación técnico-científicos y estéticos se despliegan en un contexto moral de grisallas y de desencantamiento. Pero mucho más que asociarse a las cruzadas de moda contra los perjuicios del modernismo, mucho más que predicar la rehabilitación de los valores trascendentales en desuso o de abandonarse a los deliciosos desengaños del posmodernismo, se

⁸⁷ *Liminar*, Tomado de: Félix Guattari, *Cartographies schizoanalytiques*, Editions Galilée, Paris, 1990.

puede intentar recusar el dilema del rechazo crispado o de la aceptación cínica de la situación.

No porque las máquinas estén articulando los enunciados y registrando los estados de hecho al ritmo del nanosegundo, quizá mañana del picosegundo⁸⁸, son potencias diabólicas que amenazarían dominar al hombre. De hecho, está tanto menos fundamentado que eso venga de ellas por cuanto no son, después de todo, otra cosa que formas hiper-desarrolladas e hiper-concentradas de ciertos aspectos de su propia subjetividad, y subrayémoslo, justamente de los aspectos que la polarizan sobre las relaciones de dominación y de poder. Se lanza un doble puente del hombre hacia la máquina y de la máquina hacia el hombre y, a través de estos, se dejarán mejor augurar nuevas y confiadas alianzas entre ellos, cuando se haya establecido:

1. Que las actuales máquinas informáticas y comunicacionales no se contentan con vehicular contenidos representativos sino que concurren igualmente en la confección de nuevos Agenciamientos de enunciación (individuales y/o colectivos);

2. Que todos los sistemas maquinicos, en cada dominio al que pertenecen –técnicos, biológicos, semióticos, lógicos, abstractos– son el soporte, por sí mismos, de procesos protosubjetivos, que calificaría de subjetividad modular.

No evocaré aquí más que el primer aspecto de estas cuestiones, reservándome de abordar el segundo, que gira alrededor de un problema de autorreferencia, de auto-trascendencia, etc., en otras circunstancias.

Antes de ir más allá, debemos preguntarnos si este “entrar en máquina” de la subjetividad –como se decía en otro tiempo

⁸⁸ Nanosegundo: 10 a la -9 segundos. Sobre todos los temas prospectivos evocados aquí, ver *Rapport sur l'état de la technique*, C.P.E., número especial de *Science et technique*, dirigido por Thierry Gaudin.

“entrar en religión”– es verdaderamente de una absoluta novedad. Las subjetividades “precapitalísticas” o “arcaicas” ya no están engranadas por diversas máquinas iniciáticas, sociales, retóricas, enganchadas en las instituciones clánicas, religiosas, militares, corporativas, etc., que aquí reagruparé bajo la denominación general de *Equipamientos colectivos de subjetivación*. Así, por ejemplo, hay máquinas monacales, que casi traen hasta nosotros las memorias de la antigüedad, fecundando el pasaje a nuestra modernidad. ¿Serían ellas otra cosa que los logicales, los “macroprocesadores” de la Edad Media –los neo-platónicos habrían sido, a su manera, los primeros conceptualizadores de una procesualidad capaz de atravesar los tiempos y las estasis? Y la Corte de Versalles, ¿qué otra cosa era, con su gestión minuciosa de los flujos de poder, de dinero, de prestigio, de competencia y sus etiquetas de alta precisión, sino una máquina deliberadamente concebida para secretar una subjetividad aristocrática de cambio, mucho más sometida a la realeza estatal de lo que lo eran los señores de la tradición feudal, e iniciar otras relaciones de sometimiento a los valores y a las costumbres de las burguesías emergentes?

No puedo aquí, en un dos por tres, describir lo histórico de esos Equipamientos colectivos de subjetivación. De todos modos, ni la historia ni la sociología estarán, a mi modo de ver, verdaderamente a la altura para darnos las claves analítico-políticas de los procesos en juego. Quisiera solamente recordar aquellas vías-voces⁸⁹ fundamentales –aquí, el francés permite tramar homofónicamente el camino y la enunciación– que los equipamientos han producido y cuyo entrelazamiento último está en la base de los procesos de subjetivación de las sociedades occidentales contemporáneas. Distinguiré tres series:

⁸⁹ En francés *voi(x) (es)* en el original del libro. Camino o vía y voz tiene una pronunciación homofónica. [N. del T.].

1. Las vías-vozes de poder, circunscribiendo y circundando, del exterior, los conjuntos humanos, sea por coerción directa y empresa panóptica sobre los cuerpos, sea por liga imaginaria de las almas;

2. las vías-vozes de saber, articulándose desde el interior de la subjetividad de las pragmáticas técnico-científicas y económicas;

3. las vías-vozes de la autorreferencia, desarrollando una subjetividad procesual autofundadora de sus propias coordenadas, auto-consistencial (que había relacionado, no hace mucho, a la categoría de “grupo-sujeto”), lo que no le impide instaurarse transversalmente en las estratificaciones sociales y mentales.

Poderes sobre las territorialidades exteriores, saberes desterritorializados sobre las actividades humanas y las máquinas y, en fin, creatividad propia de las mutaciones subjetivas: esas tres voces, si bien inscritas en el corazón de la diacronía histórica y duramente encarnadas en las separaciones y segregaciones sociológicas, no cesan de entremezclarse en extraños ballets, alternando luchas a muerte y promoción de figuras nuevas.

Señalemos de pasada que en nuestra perspectiva esquizoanalítica de elucidación de hechos de subjetivación, no se hará más que un uso muy reservado de las empresas dialécticas, estructuralistas, sistemistas y aún genealógicas, en el sentido de Michael Foucault. Me parece que, de cierta manera, todos los sistemas de modelización valen, todos son aceptables, pero únicamente en la medida en que sus principios de inteligibilidad renuncien a toda pretensión universalista y admitan que no tienen otra misión que concurrir a la cartografía de Territorios existenciales –implicando los Universos sensibles, cognitivos, afectivos, estéticos, etc.–, y esto sobre

áreas y por períodos de tiempo bien limitados. Este relativismo no es en todas partes solamente infamante desde el punto de vista epistemológico; mantiene las regularidades, las configuraciones más o menos estables, que las ocurrencias subjetivas dan a descifrar, relevan precisamente y antes que todos los sistemas de automodelización evocados más arriba con la tercera voz de la autorreferencia. Aquí las cadenas discursivas –tanto de expresión como de contenido– no responden más que de vez en cuando, o en contrasentido, o por desfiguración, a las lógicas ordinarias de los conjuntos discursivos. Es decir que a este nivel, ¡todo es bueno!, todas las ideologías, todos los cultos, aún los más arcaicos, pueden hacerlo, puesto que no se trata más que de servirse de ellos a título de materiales existenciales. La finalidad primera de sus cadenas expresivas no es ya más la de detonar los estados de hecho o gastar en los ejes significacionales de estados de sentido, sino, lo repito, actualizar las cristalizaciones existenciales instaurándose, de alguna manera, a este lado de los principios fundamentales de la razón clásica: los principios de identidad, de Tercero excluido, de causalidad, de razón suficiente, de continuidad... Lo más difícil de demostrar aquí es que esos materiales, a partir de los cuales pueden enganchar procesos de autoreferencia subjetiva, sean ellos mismos extraídos de elementos radicalmente heterogéneos, para no decir heteróclitos: ritmos de tiempo vividos, ritornelos obsesivos, emblemas identificatorios, objetos transicionales, fetiches de toda naturaleza...

Lo que se afirma, después de esta travesía por las regiones del ser y de los modos de semiotización, son los trazos de singularización –especies de golpes matasellos existenciales– que fechan, acontecimentalizan “contingentemente” los estados de hecho, sus correlatos referenciales y los Agenciamientos de enunciación que les corresponden. Esta doble capacidad de los trazos intensivos de singularizar y transversalizar la existencia, de conferirle, de una parte, una persistencia local, y de otra parte, una consistencia transversalista –una trans-instancia– no

puede ser plenamente recogida por los modos racionales de conocimiento discursivo: no está dada más que a través de una aprehensión del orden del afecto, una retoma transferencial global. Lo más universal se encuentra reunido en la facticidad más contingente; lo más cogido a las amarras ordinarias del sentido se encuentra anclado a la finitud del ser-ahí. Pero diversas tradiciones de lo que se puede llamar un “racionalismo extremo” continúan manteniendo un desconocimiento sistemático, casi militante, del aspecto de todo lo que, en el seno de las meta-modelizaciones, puede también referirse a los Universos virtuales e incorporales, a todos los mundos flotantes de incertidumbre, de aleatoriedad, de lo probable... Ese “racionalismo extremo” durante mucho tiempo ha hostigado, en el seno de la antropología, los modos de categorización que él califica de “pre-lógicos”, mientras que ellos no son más que, en realidad, meta-lógicos, siendo sus objetivos, esencialmente, dar consistencia a los Agenciamientos de subjetividad individuales y/o colectivos. Ahora bien, sería necesario aquí llegar a pensar un *continuum* que iría de los juegos de niños, las ritualizaciones de bric y broc, hasta las tentativas de recomposiciones psicopatológicas de mundos “esquizos”, hasta las cartografías complejas de los mitos y de las artes, para reunir, en fin, los suntuosos edificios especulativos de las teologías y las filosofías que han buscado aprehender esas mismas dimensiones de creatividad existencial. (Baste aquí evocar las “almas olvidadizas” de Plotino o el “motor inmóvil” que, según Leibniz, preexiste a toda disipación de potencia).

Pero volvamos a nuestras tres vías primordiales. Nuestro problema llega a ser, después de todo, posicionar convenientemente la tercera, la de la autorreferencia, por relación a las de los poderes y los saberes. La he definido como siendo la más singular, la más contingente, la que ancla las realidades humanas en la finitud, y también la más universal, la que opera las travesías más fulgurantes entre los dominios heterogéneos. Faltaría decir de nuevo: no es universal en sentido estricto, es la más rica en Universos de virtualidad, la

mejor provista en líneas de procesualidad. Y les ruego, en este punto de mi exposición, no quejarse de una plétora de calificativos, de un desbordamiento de sentido de ciertas expresiones y, sin duda, de cierta vaguedad de aprehensión cognitiva: no tengo, aquí, otros recursos posibles.

Las voces de poder y de saber se inscriben en las coordenadas de exo-referencia que garantizan un uso extensivo de una circunscripción precisa de sentido. La tierra ha sido el referente de base de los poderes sobre los cuerpos y las poblaciones, mientras que el capital ha sido el referente de saberes económicos y del manejo de los medios de producción. El cuerpo sin órganos, sin figura ni fondo, de la autorreferencia, nos abre por su parte un horizonte del todo diferente de una procesualidad considerada como punto de emergencia continua de toda forma de creatividad.

Intento subrayar que esta tríada: Poder territorializado, Capital del saber desterritorializado y autorreferencia procesual, no tiene otra ambición que aclarar ciertos problemas como, por ejemplo, el actual despunte de las ideologías neoliberales o de otros arcaísmos aún más perniciosos. Es necesario entender que no es a partir de un modelo tan sumario como se podría pretender abordar las cartografías de procesos concretos de subjetivación. Digamos que no se trata aquí más que de instrumentos de una cartografía especulativa, sin ninguna pretensión en el aspecto de una fundación estructural universal ni de una eficiencia profesional. Lo que es otra manera de decir que esas voces no han existido siempre y que ellas no existirán sin duda siempre, al menos bajo una forma idéntica. Desde entonces, es quizá pertinente intentar localizar su emergencia histórica y los franqueamientos de umbrales de consistencia que deben permitirle desplazarse durablemente sobre la órbita de nuestra modernidad.

Se puede esperar que tal toma de consistencia se apoye sobre sistemas colectivos de “memorización” de los datos y los

saberes, pero igualmente sobre los dispositivos materiales de orden técnico, científico y estético. Se puede entonces intentar fechar esas mutaciones subjetivas fundamentales, de una parte, en función del nacimiento de grandes Equipamientos colectivos religiosos y culturales, y de otra parte, de la invención de nuevos materiales, de nuevas energías, de nuevas máquinas de cristalizar el tiempo, y, en fin, de nuevas tecnologías biológicas.

Yo no digo que se trate de las infraestructuras materiales que condicionan directamente la subjetividad colectiva, sino solamente de componentes esenciales en su toma de consistencia en el espacio y el tiempo en función de transformaciones técnicas, científicas y artísticas.

Estas consideraciones me llevan entonces a distinguir tres zonas de fracturas históricas a partir de las cuales, en el curso del último milenio, los tres componentes capitalísticos fundamentales vieron el día:

- La edad de la cristiandad europea, marcada por una nueva concepción de las relaciones entre la Tierra y el Poder;
- La edad de la desterritorialización capitalística de los saberes y las técnicas, fundada sobre los principios de equivalencia generalizada;
- La edad de la información planetaria, que abre la posibilidad de que una procesualidad creadora y singularizante devenga la nueva referencia de base.

Precisemos de entrada, en lo que concierne a este último punto, que pocos elementos objetivos nos permiten aún contar con tal viraje de la modernidad mass-mediática opresiva hacia una era post-media que daría todo su alcance a los Agenciamientos de autorreferencia subjetiva. Me parece, sin embargo, que no es más que en el contexto de los nuevos “datos” de producción de subjetividad informática y telemática que esta voz de la autorreferencia conquistará su pleno régimen.

Evidentemente, ¡nada se adquiere de entrada! Nada en este dominio podrá suplir las prácticas sociales innovadoras. No se trata, aquí, más que de constatar que, a diferencia de otras revoluciones de emancipación subjetiva –Spartakus, la Revolución Francesa, la Comuna de París...– las prácticas individuales y sociales de autovalorización y de autoorganización de la subjetividad, hoy al alcance de nuestras manos, están a punto, quizá por primera vez en la historia, de desembocar sobre algo más durable que las locas y efímeras efervescencias espontáneas, a saber, sobre un reposicionamiento fundamental del hombre en relación con su medio ambiente maquínico y su medio ambiente natural (que tienden por todas partes a coincidir).

La edad de la cristiandad europea

Sobre las ruinas del Bajo Imperio y del Imperio Carolingio se erige, en Europa occidental, una figura nueva de subjetividad que puede ser caracterizada por una doble articulación:

1. con las entidades territoriales de base relativamente autónomas, de carácter étnico, nacional, religioso, que debían, de entrada, constituir la textura de la segmentariedad feudal, pero que han sido llamadas a mantenerse, bajo otras formas, hasta nuestros días;

2. con la entidad desterritorializada de poder subjetivo conducido por la Iglesia Católica y estructurado como Equipamiento colectivo a escala europea.

A diferencia de las fórmulas anteriores de poder imperial, la figura central del poder no es aquí directa, totalitaria-totalizante, sobre territorios de base del socius y de la subjetividad. La cristiandad, mucho más precozmente que el Islam, habrá de renunciar a constituir una unidad orgánica. Pero

la desaparición de un César en carne y hueso y la promoción, que no osaría llamar sustitutiva, de un Cristo desterritorializado, lejos de debilitar el proceso de integración de la subjetividad, lo habría, al contrario, reforzado. Y me parece que la reunión entre la autonomía parcial de las esferas políticas y económicas propia a la segmentariedad feudal y ese carácter hiper-fusional de la subjetividad cristiana (manifiesto con las cruzadas o la adopción de códigos aristocráticos tales como “La Paz de Dios” descrita por Georges Duby) son resultado de una especie de falla, de equilibrio metastable, favorable a la proliferación de otros procesos igualmente parciales de autonomía, que se encontrarán en:

- la vitalidad cismática de la sensibilidad y de la reflexión religiosa, característica de este periodo;
- la explosión creativa estética, de hecho ininterrumpida, desde entonces;
- el primer gran “redespigue” de las tecnologías y de los intercambios comerciales, calificados por los historiadores de la “revolución industrial del siglo XI” y que fue correlativa de la aparición de nuevas figuras de organización urbana.

¿Qué habrá dado a esta fórmula ambigua, inestable, atormentada, el acrecentamiento de consistencia que debía permitirle sobrevivir a las espantosas pruebas históricas que le esperaban: las invasiones bárbaras, las epidemias, las guerras permanentes? Esquemáticamente, seis series de factores:

1. la promoción de un monoteísmo, que debía revelarse, en el uso, bastante flexible, evolutivo, relativamente capaz de adaptarse a las posiciones subjetivas particulares de los bárbaros, de los esclavos, etc. El hecho de que la flexibilidad de un sistema de referencia ideológico devenga un triunfo fundamental para permitirle perdurar constituirá un dato de base que se encontrará en todas las encrucijadas importantes de la historia de la subjetividad capitalística. (Que se sondean, por

ejemplo, en la sorprendente capacidad de adaptación del capitalismo contemporáneo que le permite literalmente fagocitar las economías llamadas socialistas).

La consolidación de nuevos patrones ético-religioso del Occidente cristiano terminará en la constitución de un doble mercado paralelo de subjetivación: uno de refundación permanente, cualesquiera que sean sus desengaños, de territorialidades de base y de redefinición de filiaciones y de redes de soberanía feudal; el otro de predisposición a una libre circulación de flujos de saber, de signos monetarios, de figuras estéticas, de tecnología, de bienes, de personas, etc., desbrozando el ascenso de la segunda voz capitalística desterritorializada;

2. el emplazamiento de un encuadramiento cultural de las poblaciones cristianas por un nuevo tipo de máquina religiosa, reposando, en particular, sobre las escuelas parroquiales creadas por Carlomagno y que sobrevivirán a la desaparición de su imperio.

3. la instauración, en períodos de larga duración, de cuerpos de maestros, guías, monasterios, órdenes religiosas... tanto como de “bancos de datos”, saberes y técnicas de la época;

4. la generalización del uso del hierro y de los molinos de energía natural; el desarrollo de mentalidades artesanales y urbanas. Pero ese primer esfuerzo del maquinismo, es necesario subrayarlo, no se implanta más que de alguna manera en forma parasitaria, “enquistada”, en el seno de los grandes Agenciamientos humanos sobre los cuales continúa reposando lo esencial de los grandes sistemas de producción.

En otros términos, no se sale aquí aún de la relación fundamental hombre/herramienta;

5. la aparición de las primeras máquinas opera una integración subjetiva mucho más extendida:

–los relojes que marcan, en toda la cristiandad, las mismas horas canónicas;

–la invención, por etapas, de músicas religiosas sometidas a un soporte escritural;

6. las selecciones de especies animales y vegetales, que estarán en la base de la expansión cuantitativa de los parámetros demográficos y económicos y, en consecuencia, del redimensionamiento de los Agenciamientos en cuestión.

A pesar o a causa de las colosales presiones –de restricción territorial pero también de aculturaciones enriquecedoras– ejercidas, de un lado, por el Imperio Bizantino relevado por el imperialismo árabe, y de otro lado, por las potencias bárbaras y nómadas portadoras, en particular, de innovaciones metalúrgicas, el borbotón de cultura de la cristiandad protocapitalística llegará a una estabilización relativa (pero en períodos de larga duración) de sus tres polos fundamentales de subjetivación aristocráticas, religiosas y campesinas, regentando las relaciones de poder y de saber. Así, los “empujes maquínicos” ligados al desarrollo urbano y al esfuerzo de las tecnologías civiles y militares se encuentran a la vez alentados y refrenados.

Esta especie de estado de naturaleza de las relaciones entre el hombre y la herramienta continuará frecuentando, casi hasta nuestros días, los paradigmas de reterritorialización del tipo “Trabajo, Familia, Patria”.

La edad de la desterritorialización capitalística de los saberes y de las técnicas

Este segundo componente de la subjetividad capitalística se afirmará principalmente a partir del siglo XVIII. Estará marcado por un desequilibrio creciente de las relaciones hombre/máquina. El hombre perderá las territorialidades sociales, que pensaba eran, hasta ese momento, inamovibles. Sus señales de corporeidad física y social se encontrarán profundamente trastornadas.

El universo de referencia del nuevo intercambismo generalizado no será más una territorialidad segmentaria, sino el Capital como modo de reterritorialización semiótica de las actividades humanas y de las estructuras trastornadas por los procesos maquínicos. Antes era el Déspota real, o el Dios imaginario, quien servía de clave de bóveda operacional a la recomposición local de Territorios existenciales. En el presente, lo será una capitalización simbólica de valores abstractos de poder, llevados sobre los saberes económicos y tecnológicos, articulados en dos clases sociales desterritorializadas y conduciendo a una equivalencia generalizada entre todos los modos de valorización de los bienes y de las actividades humanas.

Tal sistema no conseguirá conservar una consistencia histórica más que permaneciendo ligado a una suerte de perpetua carrera de avanzada y por un relanzamiento constante de lo puesto en juego. La nueva “pasión capitalística” barrerá todo a su paso: en particular las culturas y las territorialidades que habían logrado, mal que bien, escapar a los roles compresores del cristianismo. Los principales factores de consistencia de esta componente son:

1. una penetración general del texto impreso en el conjunto de los mecanismos de la vida social y cultural, correlativo de un cierto hundimiento de los performances de comunicación oral directas, pero que, en contrapartida, permitirá una mayor capacidad de acumulación y de tratamiento de los saberes;

2. el primado del acero y de las máquinas a vapor multiplicaron la potencia de penetración de los vectores maquímicos, tanto sobre la tierra, el mar, el aire, como en el conjunto de los espacios tecnológicos, económicos, y urbanísticos;

3. una manipulación del tiempo que se encontrará literalmente vaciado de sus ritmos naturales por:

–las máquinas cronométricas, que condujeron al encuadramiento tayloriano de la fuerza de trabajo;

–las técnicas de semiotización económica, por ejemplo por los medios de cambio del crédito, que implican una virtualización general de las capacidades de iniciativa humana y un cálculo provisional actuando sobre los dominios de innovación –series de trazos sacados sobre el futuro– que permiten extender indefinidamente el imperio de las economías de mercado;

4. las revoluciones biológicas, a partir de los descubrimientos pasteurianos, que ligaron cada vez más el porvenir de las especies vivientes al desarrollo de las industrias bioquímicas.

Desde entonces, el hombre se encuentra en una posición de adyacencia casi parasitaria respecto a los filums maquímicos. Cada uno de sus órganos, de sus relaciones sociales, se verá, en suma, redividido, para ser reafectado, sobrecodificado, en función de las exigencias globales del sistema. (En la obra de Leonardo da Vinci, de Bruegel, y sobre todo de Arcimboldo, se encuentran las representaciones más sobrecogedoras y premonitorias de esas reorganizaciones corporales).

Lo que es paradójico, con ese funcionalismo de los órganos y las facultades humanas y su régimen de equivalencia generalizada de los sistemas de valorización, es que todo esté

en referencia, obstinadamente, a las perspectivas universalizantes, que no han podido nunca alcanzar, históricamente, algo diferente a los repliegues sobre ellas mismas, las reterritorializaciones de orden nacionalista, clasista, corporativista, racista, paternalista... que los devuelven inexorablemente, y algunas veces, caricaturescamente, a las vías del poder más conservadoras. “El espíritu de las luces” que ha marcado el advenimiento de esta segunda figura de la subjetividad capitalística, debía, de hecho, permanecer doblado de un increíble fetichismo del provecho –fórmula libidinal del poder específicamente burgués que, por estar demarcado por antiguos sistemas emblemáticos de control sobre los territorios, las personas y los bienes mediante el recurso a las mediaciones más desterritorializadas, ha secretado no obstante un telón de fondo subjetivo más obtuso, más asocial y más infantilizante. Cualesquiera que sean entonces las apariencias de libertad de pensamiento con que el nuevo monoteísmo capitalístico haya querido revestirse, hay siempre presupuesta una empresa arcaizante e irracional sobre la subjetividad inconsciente, por el rodeo, en particular, de dispositivos de responsabilización y de culpabilización hiperindividuos que, llevados a su paroxismo, conducen a las compulsiones autopunitivas y a los cultos mórbidos de la culpa, perfectamente repertoriados en el universo kafkiano.

La edad de la informática planetaria

Aquí los pseudo-equilibrios precedentes se encuentran rotos en otro sentido. Ahora, es la máquina quien va a pasar bajo el control de la subjetividad, no de una subjetividad humana reterritorializada, sino de una subjetividad maquina de un nuevo género. Algunas de las características de la toma de consistencia de esta nueva edad:

1. Los *media* y las telecomunicaciones tienden a “doblar” las antiguas relaciones orales y escriturales. Es de anotar que la

polifonía que resultará no asociará solamente las voces humanas, sino también las voces maquínicas, con los bancos de datos, la inteligencia artificial, etc. La opinión y el gusto colectivo, por su parte, serán trabajados por los dispositivos estadísticos y de modelización tal como ellos son producidos por la publicidad y la industria cinematográfica.

2. Las materias primarias naturales se desdibujan poco a poco frente a una multitud de nuevos materiales fabricados bajo el dominio de la química (materiales plásticos, nuevas aleaciones, semiconductores, etc.). El desarrollo de la fisión nuclear y, mañana, de la fusión, dejan augurar un ensanchamiento considerable de los recursos energéticos, a menos que conduzcan a desastres irreversibles por causa de la polución. Aquí como en todas partes, todo dependerá de las capacidades de reapropiación colectiva de los nuevos Agenciamientos sociales.

3. Con la temporalidad montada por los microprocesadores, cantidades enormes de datos y de problemas pueden ser tratados en un lapso de tiempo minúsculo, de manera que las nuevas subjetividades maquínicas no cesan de tomar la delantera sobre los desafíos y los asuntos a los cuales están confrontadas.

4. La ingeniería biológica, por su parte, abre la vía a un remodelaje indefinido de formas vivientes, que puede igualmente conducir a modificar radicalmente las condiciones de vida sobre el planeta y, en consecuencia, todas las referencias etológicas e imaginarias que le son aferentes.

La cuestión que aquí vuelve de manera lancinante es la de saber por qué las inmensas potencialidades procesuales arrastradas por todas estas revoluciones informática, telemática, robótica, administrativa, biotecnológica... no conducen aún, hasta el presente, más que a un reforzamiento de sistemas anteriores de alineación, de mass-mediación opresiva, a las

políticas consensuales infantilizantes. ¿Qué permitirá que aquellas desemboquen al fin en una era post-media, las liberen de los valores capitalísticos segregativos y den su pleno desarrollo a los incentivos actuales de revolución de la inteligencia, de la sensibilidad y de la creación? Diversas variedades de dogmatismos pretenden encontrar una salida a esos problemas afirmando violentamente, en detrimento de las otras dos, una de las voces capitalísticas. Están aquellos que sueñan, en materia de poder, con volver a las legitimidades de antaño, de las circunscripciones bien delimitadas de pueblo, raza, religión, casta, sexo... Paradójicamente, los neo-estalinistas y los social-demócratas, que no pueden pensar el *socius* más que en el marco de una inserción rígida en el seno de estructuras y de funciones estáticas, se clasifican en esta categoría. Están aquellos cuya fe en el capitalismo conduce a justificar todos los estragos de la modernidad –sobre el hombre, la cultura, el entorno... porque en última instancia estiman que serán los portadores del beneficio y del progreso. Están aquellos, en fin, a quienes sus fantasmas de liberación radical de la creatividad humana terminaron por relegar en una marginalidad crónica, en un mundo de falsos-semblantes, o que volvieron a buscar refugio en un socialismo o un comunismo de fachada.

Nos corresponde, al contrario, intentar repensar esas tres voces en su necesaria imbricación. Ningún empeño en los filums creadores de la tercera voz es defendible sin que se creen, concurrentemente, nuevas territorialidades existenciales que, para no rehacer el *ethos* poscarolingio, recurren menos a las disposiciones protectivas en el aspecto de la persona, de lo imaginario y de la constitución de un entorno de dulzura y de devoción. En cuanto a las mega-empresas de la segunda voz, de las grandes aventuras colectivas industriales y científicas, a la gestión de los grandes mercados de saber, conservan también, se evidencia, toda su legitimidad. Pero a condición, esta vez, de que sean redefinidas sus finalidades que permanecen hoy desesperadamente sordas y ciegas a las verdades humanas.

¿Dejaría de pretender que sea solamente el provecho? Cualquiera que sea la finalidad de la división del trabajo, como la de las prácticas sociales emancipadoras, deberán terminar por ser recentradas sobre un *derecho fundamental a la singularidad*, sobre una ética de la finitud, tanto más exigente en el aspecto de los individuos y de las entidades sociales cuanto que es menos capaz de fundar sus imperativos sobre principios trascendentes. Se ve que los Universos de referencia ético-políticos están llamados a instaurarse en el prolongamiento de universos estéticos, sin que nadie esté autorizado a hablar de perversión o de sublimación. Se señalará que los operadores existenciales actúan sobre estas materias ético-políticas, del mismo modo que los operadores estéticos, implicando inevitables pasajes por puntos de ruptura de sentido, de compromisos procesuales irreversibles, donde los actuantes, frecuentemente, son incapaces de dar cuenta de lo que eso sea, aún para ellos mismos, lo que les expone inclusive a los riesgos de la locura.

Sólo una toma de consistencia de la tercera voz, en el sentido de la autorreferencia —el pasaje de la era consensual mediática a la era disensual post-mediática— permitirá a cada uno asumir plenamente sus potencialidades procesuales y quizá transformar este planeta, vivido hoy como un infierno por cuatro quintas partes de su población, en un universo de encantamientos creadores.

Imagino que este lenguaje sonará hueco a numerosos oídos hastiados, y que los menos malintencionados tacharán mis propósitos de utópicos. Sí, la utopía no tiene buena prensa hoy en día, aún cuando ella adquiera una carga de realismo y de eficiencia, como la que le confieren los Grunen en Alemania. Pero que uno no se engañe, estas cuestiones de producción de subjetividad no conciernen solamente a un puñado de iluminados. Véase Japón, el modelo de los modelos de las nuevas subjetividades capitalísticas. No basta subrayar que uno

de los ingredientes esenciales del coctel milagroso que se presenta a los visitantes consiste en el hecho de que la subjetividad colectiva, que es producida masivamente, asocia los componentes más *high tech* a arcaísmos heredados de la noche de los tiempos. Aquí se encuentra también la función reterritorializante de un monoteísmo ambiguo –el Shinto-budismo, mezcla de animismo y de potencias universales– que concurren al establecimiento de una fórmula vaga de subjetivación, la cual, es verdad, nos hace salir lejos del diseño triádico de voces cristianas capitalísticas. ¡Es necesario ahondar!

Pero consideramos ahora, en el otro extremo, el caso de Brasil. He aquí un país donde los fenómenos de reconversión de las subjetividades arcaicas han tomado otro giro. Se sabe que una porción considerable de la población vejeta en tal miseria que escapa, de hecho, a la economía monetaria, lo que no impide que su industria sea considerada en el sexto rango entre las potencias occidentales. En esta sociedad, dual de hecho, se asiste a una doble exploración de la subjetividad: de un lado, por una ola yanqui medianamente racista –no desplaza más que a algunos– que se encuentra vinculada por una de las redes televisivas más poderosas del mundo, y de otro lado, por una ola de carácter animista, con las religiones sincréticas como el candomblé, más o menos heredadas de los fondos culturales africanos, y que tienden a salir de su acantonamiento originario en el seno de las poblaciones negras para contaminar el conjunto de la sociedad, e incluso los medios de abolengo de Río y Sao Paulo. Es impresionante ver cómo, en ese contexto, la impregnación mass-mediática precede la aculturación capitalística. ¿Y sabían ustedes lo que pasó cuando el presidente Sarnay quiso dar un golpe decisivo a la inflación que había alcanzado casi el 400% por año? Va a la televisión; blande un papel frente a las cámaras y declara que a partir del momento en que firme el decreto-ley que tiene en la mano, cada uno de aquellos que lo ven devendrá su representante personal y tendrá derecho de arrestar a los comerciantes que no respeten

las tarifas oficiales. Parece que ese fue un momento indudablemente eficaz. ¡Pero al precio de aquella regresión en materia de derecho!

La encrucijada subjetiva del capitalismo de la crisis permanente (el Capitalismo Mundial Integrado) parece total. Él sabe que las voces de la autorreferencia son indispensables para su expansión y en consecuencia para su supervivencia; pero todo lo lleva, sin embargo, a frenar su proliferación. Una especie de Super-yo –la gruesa voz carolingia– no sueña más que con aplastarlas reterritorializándolas en sus imágenes arcaicas. Pero, para intentar salir de este círculo vicioso, intentamos, en el presente, restituir nuestras tres voces capitalísticas en relación con las coordenadas geopolíticas que se usan para jerarquizar los grandes conjuntos subjetivos, en un primer, segundo y tercer mundo. Para la subjetividad del Occidente cristiano todo era (y permanecía inconsciente) simple: ella no sufre ningún encuadramiento ni de latitud ni de longitud. Ella es el centro trascendente alrededor del cual todo está llamado a girar. Por su parte, la voz del capital no ha cesado de fluir hacia adelante, primero hacia el Oeste después de insaciables “nuevas fronteras”, y más recientemente hacia el Este, a la conquista de todo lo que ha advenido de los antiguos imperios asiáticos –comprendida Rusia. Este curso loco solamente toca su término con California de un lado, y Japón del otro. La segunda vía del Capital es cerrarse, el mundo se ha vuelto a cerrar y el sistema está saturado. (La última potencia en percibirlo será sin duda Francia, ¡situada sobre su atolón de Mururoa!). Desde entonces, es quizá sobre el eje Norte-Sur que se jugará la suerte de la tercera voz de la autorreferencia.

Lo que quisiera llamar “el compromiso bárbaro”. Las antiguas fronteras de limitación de la barbarie están irremediablemente disgregadas, desterritorializadas. Los últimos pastores del monoteísmo han perdido sus rebaños, pues la nueva subjetividad no es de una naturaleza tal que se la pueda reunir. Y es pues, sin embargo, el Capital el que ha

comenzado a estallar en polivocidad animista y maquinica. ¿No será éste un retorno fabuloso de las viejas subjetividades africanas, precolombinas, aborígenes... deviniendo el recurso último de la reapropiación subjetiva de la autorreferencia maquinica? ¿Los mismos negros, los mismos indios, los mismos oceánicos de quienes tantos ancestros eligieron la muerte mucho más que la sumisión a los ideales del poder, del esclavismo después del cambismo, de la cristiandad y del capitalismo?

Y para terminar, desearía que no se me hagan objeciones al carácter demasiado exótico de mis dos últimos ejemplos. Aún en un país del Viejo Continente, como Italia, se constata que, después de algunos años, en el seno de algún triángulo Norte-Este-Centro, una multitud de pequeñas empresas familiares son puestas a vivir en simbiosis con las filiales industriales de punta de la electrónica y de la telemática. A tal punto que si un Silicón Valley a la italiana ve el día, será gracias a la reconversión de arcaísmos subjetivos que tienen su origen en las antiguas estructuras patriarcales de ese país. Y quizá no ignoremos que ciertas perspectivas, que no son solamente fantasiosas, pretenden que ciertos países mediterráneos, como Italia y España, están llamados a superar, en unas decenas de años, los grandes polos económicos de la Europa septentrional. Entonces, lo vemos, en materia de sueño y de utopía el futuro permanece ampliamente abierto. Mi mayor deseo es que todos los que permanecen aferrados a la idea de progreso social – porque lo social no ha devenido un señuelo, un “semblante” – estudien seriamente las cuestiones de la producción de subjetividad. La subjetividad de poder no cae del cielo: no está inscrita en los cromosomas más que porque las divisiones de saber y de trabajo deben necesariamente conducir a las atroces segregaciones que conoce hoy la humanidad. Las figuras inconscientes del poder y del saber no son universales. Están ligadas a los mitos de referencia profundamente anclados en la psique, pero que han podido también influir en las vías libertadoras. La subjetividad permanece hoy masivamente

controlada por los dispositivos de poder y de saber que ponen las innovaciones técnicas, científicas y artísticas al servicio de las figuras más retrógradas de la socialización. Y, sin embargo, otras modalidades de producción subjetiva –procesuales y singularizantes– son concebibles. Las formas alternativas de reapropiación existencial y de autovalorización pueden devenir mañana *la razón de vida* de las colectividades humanas y de los individuos que rehúsan abandonarse a la entropía mortífera característica del período que atravesamos.

**1980 – Pequeñas y grandes máquinas para
inventar la vida
Conversación con Robert Maggori⁹⁰**

Robert Maggori: Algunos de sus libros, y en especial *El Inconsciente maquínico*, son de acceso particularmente difícil a causa de la extrema abstracción del lenguaje, de los neologismos, de la variedad de términos tomados de disciplinas muy distintas. ¿Es esto un juego un poco elitista, o una necesidad debida al objeto mismo de sus investigaciones?

Félix Guattari: Lo que es seguro al menos es que no se trata de un juego. Es quizás una insuficiencia o una necesidad. ¿Insuficiencia? En el caso de los libros que he escrito con Gilles Deleuze no creo que esta sea la mejor definición. En lo concerniente a mi trabajo personal, digamos que es una deficiencia crónica. ¡Pero les corresponde a ustedes juzgarlo! Es evidente que, en lo personal, tendería más bien a pensar que es debido a una necesidad de abordar ciertos problemas como me he forjado mi propio lenguaje.

Forjar un lenguaje significa inventar palabras, palabras-claves, palabras-equipaje, en el mejor de los casos, palabras-herramientas capaces de abrir una problemática, de movilizarla y de articularla en campos diversos. No creo ni en la literatura ni en la filosofía universal, sino más bien en las virtudes de las lenguas menores. El problema resulta entonces bastante simple: o una lengua menor entra en conexión con problemáticas menores y produce efectos singulares, o permanece aislada, vegeta, gira sobre sí misma y no produce nada. No creo pues que se trate de una actitud elitista de mi parte. Comprendo que eso llegue a irritar a algunas personas pero, a fin de cuentas, eso no es asunto mío. Lo que me molestaría sería no ser comprendido cuando me expreso en una lengua mayor, por ejemplo, cuando quiero decir algo sobre Giscard o el código Peyrefitte.

⁹⁰ *Petites et grandes machines à inventer la vie*. Tomado de: *Les années d'Hiver 1980 – 1985*, Bernard Barrault, 1986.

R.M.: Usted se forja herramientas particulares para un campo de investigación particular. Pero eso plantea problemas a nivel de la comunicación de la investigación. ¿La herramienta no debería ser universal?

F.G.: No creo mucho en la herramienta universal ni en las virtudes de la comunicación en ese terreno. El efecto más deseable con el que se puede contar en el campo conceptual no es del orden de la comprensión, sino de una cierta forma de eficiencia. “Funciona” o “no funciona”. Imaginemos que, para hacer operaciones aritméticas, se te ofrece una pequeña calculadora. ¿Acaso hay allí comunicación? Se te transmite un uso posible de dicha máquina. Las performances autorizadas para su uso estarán instauradas desde el momento en que haya sido adquirida una cierta competencia relativa a su empleo. Y es igual, me parece, para las expresiones teóricas que deben funcionar como herramientas, máquinas, sin referencia ni a una ideología ni a la comunicación de una forma particular de subjetividad. Y esto es cierto en todos los ámbitos. Acuérdense de Mayo del 68. No hubo transmisión ideológica, sino repercusión de acontecimientos. Hubo un: “Funciona de otro modo”, que fue transmitido a la velocidad de las máquinas y no a la velocidad de la inteligibilidad ideológica de los problemas. En el siglo XIX, se pensaba que, primero, había que educar al proletariado a fin de que, sabiendo leer los textos fundamentales, pudiera acceder a una comprensión que, después, le permitiría llegar a una práctica... ¡Pues no! ¡No funciona de ese modo!

R.M.: Vuelvo al asunto de la toma en préstamo de una parte de su vocabulario de diferentes disciplinas, más o menos heterogéneas.

F.G.: Lacan ha tratado de falsarios a la tercera parte de los miembros de la Escuela freudiana. Yo reivindico el lugar de falsario, de ladrón de ideas, del que se las arregla con conceptos usados. El hecho de tomar en préstamo no es un problema en sí mismo, sino a nivel de la fundación semántica de una palabra nueva. Por ejemplo, nuestro término “desterritorialización” ha sido formado a partir de un concepto de territorio tomado en préstamo de la antropología americana. Esta referencia fue rápidamente olvidada y el término

integrado a problemáticas muy diferentes, en las que adquirió dimensiones sintácticas, retóricas, incluso estilísticas, que de alguna manera nos han guiado.

R.M.: En el caso de Deleuze y Guattari, la operación parece exitosa, pues ahora es a ustedes a quienes se pide préstamos: desterritorialización, rizoma, máquina de guerra... Pero me pregunto si no hay, en razón misma del objeto de sus investigaciones, una especie de *obligación* de utilizar todos los conceptos posibles, de diversificar los vocablos, precisamente porque el hombre no es “algo” sino un cruce, una encrucijada de entidades psicológicas, biológicas, socio-económicas, etc., que necesitan “múltiples capturas”.

F.G.: Tal vez haya un malentendido. Lo que usted dice podría dar a pensar que estoy obligado a recurrir a una expresión ecléctica para explorar un campo originariamente heteróclito. No lo creo. Soy más bien sensible a la preocupación de forjar un cierto tipo de... –aunque sin duda utilizo una vez más mi jerga– *máquina concreta* que atraviese dominios diferentes. Esta máquina concreta debe ser capaz no de integrar, sino de articular las singularidades del campo considerado a componentes absolutamente heterogéneos. No es por absorción, mediante préstamos eclécticos, como brotaría: es adquiriendo una cierta potencia que yo llamo justamente de “desterritorialización”, una capacidad de articularse a campos desterritorializados. No se trata entonces de dedicarse a una interdisciplinariedad aproximativa, sino a una *intradisciplinariedad* capaz de atravesar campos heterogéneos, portadora de las más fuertes cargas de “transversalidad”.

R.M.: ¿Podría dar un ejemplo preciso?

F.G.: Consideremos en Freud la noción –atractiva, por lo demás– de “complejo”, de la cual sería demasiado dispendiosa la enumeración de todas sus acepciones. Al comienzo, la gente consideraba dicho término con un aire de extrañeza, y en la actualidad se lo utiliza de modo corriente. Superpuesta a ella formamos, con Deleuze, la palabra “agenciamiento”, la cual pertenecía en su origen al ámbito de la lógica científica. Se trata de una noción más vasta, más englobante,

puesto que no designa únicamente una formación del inconsciente, sino que al mismo tiempo es relativa a las representaciones imaginarias, a las cadenas lingüísticas, a las semióticas económicas, políticas, estéticas, microsociales, etc. Es, en consecuencia, una noción al mismo tiempo más pobre en comprensión que la de “complejo”, pero más rica en extensión, y que permite no excluir del campo de “complejo” categorías de diversos orígenes, sobre las cuales vendrían a incorporarse todavía otras nociones tales como la de “máquina”. Se hablará entonces de un “agenciamiento maquínico”, en eventual asocio con los “agenciamientos colectivos de enunciación”.

R.M.: ¿Por qué no decir “conjunto de máquinas”?

F.G.: Porque “conjunto de máquinas” daría la idea de una disposición espacial con relación a la cual los individuos, los sujetos, permanecerían exteriores, mientras que el agenciamiento permite plantear la problemática de la enunciación y de la subjetivación: cómo se fabrica al sujeto. Se trata de ir hacia una “química conceptual”, liberándose de las marcas de toda idea axiomática. En lugar de una homogeneidad axiomática, prefiero fórmulas químicas inestables, precarias, transitorias. Los conceptos de “agenciamiento”, de “agenciamiento maquínico” no tienen pretensiones de universalidad. Son herramientas. Declararlos universales puede significar dos cosas: o bien que se los destine a un campo demasiado amplio, o bien que se quiera convertirlos en “universalísticos”, es decir, en fundamentos, principios de base de un orden científico o moral. Pero, a mi parecer, el análisis de la economía del deseo implica una lógica multivalente que legitima la coexistencia de discursos que no podrían pretender una homogeneidad axiomática. Si se me objetara: Usted no decía lo mismo hace diez años, yo respondería: ¡Tanto peor, o incluso tanto mejor! ¡Es tal vez una buena señal! Una enunciación de deseo puede significar simultáneamente cosas formalmente contradictorias, en tanto referidas a universos de referencia diferentes.

R.M.: ¿Pero eso concierne al sujeto que enuncia proposiciones o a la cosa sobre la cual uno pronuncia sus juicios?

F.G.: Concierno a ambos. Yo puedo, por ejemplo, tener un discurso bien construido sobre la liberación de la mujer, y tener en la práctica, sin darme cuenta, un comportamiento falocrático. Los discursos y las realidades no cesan de interferirse. ¡Por más que se llegue a esgrimir una ley o imperativos superyoicos prescribiendo esto o aquello, no por eso es menos cierto que yo evoluciono y que el mundo no cesa de transformarse rápido, siempre más rápido, mucho más rápido que en el tiempo de Heráclito! ¿Cómo manejar esas fluctuaciones y esas contradicciones? Un día puedo hablar pestes sobre *Liberación*, denunciando sus posiciones sobre tal o cual punto; en otro momento puedo decir: ¡Ah, si no existiera *Liberación*! Esta “duplicidad” puede parecer intolerable desde un punto de vista moral, moralizador. Creo sin embargo que las situaciones concretas nos confrontan siempre con esa especie de moral de la ambigüedad, que me parece específica del esquizoanálisis. No se trata aquí de ninguna manera de la engañosa pregunta con la cual le han roto los oídos a nuestra generación: “¿Desde dónde hablas?”, sino más bien: “¿Qué es lo que habla a través tuyo en tal situación, en tal contexto?”. No se trata tampoco del “ello habla” de los lacanianos, sino más bien del cuestionamiento que hacía Foucault de lo que él llama los “enunciados”: ¿Por qué y cómo los enunciados se articulan de esa manera?

R.M.: ¿Cómo se podría ilustrar esto en el terreno político?

F.G.: Tomemos la noción de clase, de lucha de clases. Ella implica que hay objetos sociológicos perfectamente delimitados: burguesía, proletariado, aristocracia... Pero estas entidades se tornan difusas mediante interzonas, intersecciones de pequeña burguesía, de burguesía aristocrática, de aristocracia del proletariado, de lumpenproletariado, de élites no garantizadas... De donde resulta una indeterminación que impide cartografiar el campo social de manera diáfana y nítida, y que falsea a menudo la práctica militante. Ahora bien, la noción de agenciamiento puede tener aquí alguna utilidad, pues muestra que las entidades sociales no mantienen una oposición bipolar. Los agenciamientos complejos ponen de relieve otros criterios de raza, de sexo, de edad, de nacionalidad... Los cruces interactivos implican otras lógicas que las de las clases opuestas de

manera dicotómica. Importar esta noción de agenciamiento al campo social no exime pues, necesariamente, de sutilezas teóricas gratuitas, pero quizás permita elaborar medios de localización, cartografías, ayudándonos a detectar y a desmontar algunas concepciones simplistas relativas a las luchas de clases.

R.M.: Lógicamente, usted ha hablado de la noción de agenciamiento en el campo del inconsciente y en el campo social, dos ámbitos de investigación que nunca ha abandonado y que son analizados, el uno por Freud y el otro por Marx. Parece pues que, aún criticando a Marx y a Freud, usted ha mantenido los problemas que uno y otro se planteaban, a saber, la edificación de una ciudad justa y la exploración del inconsciente. ¿Podemos hoy pasarnos por alto estos problemas?

F.G.: ¡Me parece difícil! Pero para responderle, hay que tener en cuenta ciertos cambios. Ya no es posible concebir la supervivencia de la especie humana sin una integración del trabajo humano y del trabajo maquinico cada vez más apremiante, acarreado ensamblajes de individuos y máquinas que produzcan masivamente los bienes, los servicios, nuevas necesidades, etc. Estamos atrapados en una fuga perdida de antemano: ya no es posible retornar, volver a un estado de naturaleza, a buenos sentimientos, a buenas y pequeñas producciones artesanales. Los procesos de producción cada vez más integrados mundialmente autorizan –y creo que esa es una intuición marxista que sigue siendo válida– una expansión de la libertad y de los deseos. Nuevos medios nos son dados para salir de un Medioevo, incluso de un neolitismo de las relaciones humanas. Para constituir y mantener en su lugar los agregados humanos, para disciplinar su división del trabajo, los sistemas sociales han recurrido hasta ahora a medios de organización con incidencias generalmente catastróficas para el desarrollo de los individuos. El capitalismo no es capaz de impulsar la motivación productiva –a escala personal, local, regional o mundial– si no es recurriendo a técnicas segregativas de una increíble crueldad. Sólo selecciona y valoriza económicamente lo que entra en sus dominios específicos; el resto es devaluado, contaminado, masacrado. Al respecto hay que decir sin vacilaciones que el socialismo soviético, el socialismo del gulag, ha terminado por ser la forma suprema del

capitalismo. Sin embargo, nos ha legado algo esencial: la comprensión de que ningún socialismo, ninguna liberación social, podría reposar únicamente sobre reorganizaciones económicas. La alternativa es clara: o los procesos revolucionarios se hacen cargo del conjunto de los componentes productivos –no solamente de las producciones comerciales, sino de todas las producciones de deseo, de vida, de ciencia, de creación, de libertad–, o no pueden sino calcar los antiguos modos de dominación social, entretanto vueltos cada vez más crueles. Recientemente, Paul Virilio hablaba aquí mismo (*Liberación*, 17 de mayo de 1980) de la velocidad y de una sociedad que surgiría de ella en la que sólo algunos de sus miembros podrían desplazarse de un punto a otro del globo, mientras que todos los demás estarían “asignados a residencia”. El problema es efectivamente ese: cómo las obligaciones inherentes a los niveles más integrados, más sofisticados de la producción (a sabiendas de la revolución informática, de la expansión de las tecnologías de punta, etc.) pueden seguir siendo compatibles con un modo de vida en el que se pueda circular no solamente en el espacio, sino también en las ideas, los sentimientos, los deseos, los sexos incluso...

R.M.: ¿No es eso un dulce sueño?

F.G.: No lo sé. ¡Soy a la vez hiperpesimista e hiperoptimista! Creo que, en los años que vienen, tendremos que enfrentar pruebas bastante difíciles: fortalecimiento considerable del control social sobre los jóvenes, inmigrantes tratados como ganado, espacios de libertad reducidos como una piel de zapa... He ahí lo que nos espera. Y a este respecto, hay que señalar la complicidad fundamental entre el Este y el Oeste, cuyo escándalo a propósito de las amenazas de guerra mundial encubre los esfuerzos comunes para someter los movimientos de liberación y toda turbulencia incontrolable. ¡Con el telón de fondo, no lo olvidemos en ningún momento, de una curva demográfica que nos hará pasar de cinco mil millones de habitantes sobre esta tierra a ocho mil millones en veinte años, y tras este período, a cifras que rayan en el delirio! ¡Podemos ciertamente imaginar que todo esto no simplificará las cosas! ¡Esto por el lado catastrófico! Y sin embargo, insisto en pensar que conviene conservar una especie de serenidad, pues las condiciones “objetivas” –¡es cierto

que no me atrevo a utilizar muy a menudo esta palabra!– permiten esperar verdaderas revoluciones, a la vez molares y moleculares, proporcionándonos los medios para construir otro orden social.

R.M.: ¿Qué le hace pensar eso?

F.G.: ¡Ni los “buenos sentimientos”, ni la “buena naturaleza” de un proletariado que sería el portador de las esperanzas de la historia! Sino lo que yo llamo los filums maquínicos; donde quiera que aparezca un deseo de crear, un deseo de vivir, donde quiera que algo se agite –ya sea en el terreno científico, artístico...–, asistimos en efecto a un rechazo de los sistemas de organización tal como están actualmente estratificados y jerarquizados. Los progresos científicos, las mutaciones estéticas o culturales no proceden nunca por vía autoritaria. Desde el momento en que un estado mayor pretende imponerse en el orden de las artes plásticas, de la literatura, de la ciencia, etc., la investigación y la creación se detienen en seco. Si los dominios más complejos pueden funcionar perfectamente sin segregaciones burocráticas y elitistas, ¿por qué el agenciamiento del socius habría de ser la excepción? La perspectiva de una verdadera revolución social me parece tan abierta como el campo de posibilidades de las revoluciones científicas y estéticas. ¡Tal vez sea yo ingenuo, pero no veo el porqué la organización de las relaciones sociales sobre bases que permitan a todos vivir y desarrollarse plenamente tenga que ser más difícil de resolver que los problemas de la física cuántica o de las manipulaciones genéticas!

R.M.: No es un asunto de “dificultad”, sino de condiciones de posibilidad. Este campo de posibilidad de una revolución social, que usted ve en la emergencia de zonas de vida, de libertad, de creatividad, no está separado ni es independiente del campo de organización socioeconómica que proporciona su (mal) “sentido” a la historia: al contrario, está condicionado y asfixiado por él.

F.G.: En efecto, y es eso lo que me lleva a introducir la noción de “revoluciones moleculares”, la cual no opongo a las revoluciones sociales en su acepción tradicional, sino que me parece que deben ser hoy necesariamente su complemento. El cambio no proviene

obligatoriamente de los grandes bloques socioeconómicos. Todos esos sistemas huyen del interior: como sistemas de defensa, pero igualmente como sistemas de mutación. Las mutaciones moleculares no se afirman nunca a gran escala y difícilmente se las percibe a corto plazo. ¡No por ello existen menos! ¡No tenemos hoy la misma relación con la lectura, la escritura, la imagen, el espacio, el sexo, el cuerpo, la noche, el sol, el dolor que la que teníamos hace apenas diez años! En todos estos dominios, están en curso mutaciones profundas e irreversibles. Dicho de otro modo, el sustrato molecular sobre el cual se inscriben los grandes conjuntos sociales ha devenido una especie de caldo en ebullición, “caldo maquinico”, en el sentido en que se habla de caldo biológico, que no está “determinado” de manera unívoca por el nivel macrosocial. El problema de una intervención política a nivel social global me parece pues que se ha vuelto inseparable de sus conexiones con el nivel molecular. No se trata de construir “nichos ecológicos” o “islotos respirables” al lado de los grandes conjuntos sociales, sino, por el contrario, de hacer que dichas revoluciones moleculares (cuyos efectos agregativos son discontinuos, que no se inscriben en los programas políticos y escapan a menudo a las descripciones sociológicas) conduzcan a la construcción de nuevas máquinas de guerra sociales, que forjarán ellas mismas su propia superficie de inscripción y que crearán nuevos tipos de praxis social. La diferencia entre estas revoluciones moleculares y los antiguos tipos de revolución es que anteriormente todo convergía en la ideología, en el programa, mientras que hoy los modelos mutacionales –incluso si tocan aspectos aparentemente secundarios como la moda– se transmiten inmediatamente al conjunto del planeta. Es la integración maquinica de los procesos de producción, de circulación y de información la que cataliza este nuevo “reparto”: una mutación como la que introducen los microprocesadores cambia el sustrato mismo de la existencia humana y abre en realidad posibilidades fabulosas de liberación.

R.M.: Quisiera, para terminar, que retomara el tema del inconsciente y de la relación con Freud.

F.G.: El término “inconsciente” no es de los más afortunados. El genio de Freud, o su locura, estriba en haberse topado con la

emergencia de un continente subjetivo que sólo había sido explorado muy remotamente por la filosofía, la historia de las religiones o la literatura. Posteriormente forjó sus instrumentos teóricos, puntualizó técnicas de análisis, estimuló la creación de escuelas, de instituciones internacionales, de manera que la pregunta abierta en los comienzos se cerró rápidamente. No se trata para mí de saber si se “sigue” a Freud, sino de procurarse los medios para explorar y explotar ese continente al cual él arribó casi por azar. ¿Qué es lo que en realidad ocurre cuando se tiene un lapsus, cuando se sueña, cuando uno se vuelve loco de deseo, cuando se tiene el sentimiento de perder el mundo entero porque el ser amado aparta su mirada, o cuando uno no reconoce su propia voz? ¡Imposible eludir desde entonces esta clase de preguntas! Pero lo que los psicoanalistas se rehúsan a ver es que la textura molecular del inconsciente es trabajada constantemente por la sociedad global, es decir, actualmente por el capitalismo, el cual ha reducido los individuos a máquinas parciales sometidas a sus finalidades, ha excluido o culpabilizado todo lo que contrarrestaba su propia funcionalidad y ha fabricado niños sumisos, “indios tristes”, reservas de mano de obra, personas que se han vuelto incapaces de hablar, de conversar, de danzar, en suma, de abrir su deseo a la vida. El capitalismo moviliza todo lo que frena la proliferación y la puesta en acto de las potencialidades inconscientes. En otros términos, los antagonismos puestos de relieve por Freud entre las investiduras de deseo y las investiduras superyoicas, no apuntan a una tópica, ni a una dinámica, sino a una política, a una micropolítica. La revolución molecular comienza allí: eres ante todo fascista o revolucionario contigo mismo, a nivel de tu Super-yo, en la relación con tu cuerpo, con tus sentimientos, con tu marido, tu mujer, tus hijos, tus colegas, en la manera de llevar en ti la justicia, el Estado, etc. Hay continuidad entre estos dominios “prepersonales” y todos los agenciamientos y estratos que “exceden” al individuo. Esto me hace pensar en una conversación que sostuve con Toni Negri, a quien acabo de visitar en prisión en lo más recóndito de Italia, a propósito de la delación. Uno se pregunta: ¿Qué diferencia hay entre Pecci, el brigadista “arrepentido”, y Curcio o Moretti, los dos dirigentes puros y duros? ¡En el fondo no la hay! Son los mismos que “hablan” a los tombos⁹¹

⁹¹ En francés, *flics*, término despectivo para referirse a la policía. En Colombia, “tombos” [N. del T.].

como a su papá y que se hacen los duros, cometen o auspician actos absurdos y suicidas para el movimiento (como los que consisten en asesinar chivos expiatorios o en “buscarles la caída”). Unos y otros se han forjado personalidades militantes en simbiosis imaginaria con la misma clase de concepción del mundo. Y en el momento en que surgen las dificultades, cuando algo se atraviesa a sus proyectos, todo se hunde. Estas personas se han formado en torno a una profunda brecha entre su “militancia” y su vida; es por eso que han subestimado la creatividad en el movimiento del 77; es por eso que han trabajado en el aplastamiento de movimientos como los de Bolonia, de modo mucho más eficaz que todos los Cossiga y los Berlinguer del sistema. La estratificación, la segmentarización del movimiento, resulta siempre mortal: se trata por el contrario de inventar una organización en rizoma, de promover componentes de paso: se trata de poder pasar del sueño a la realidad dominante, de la poesía a la ciencia, de la realidad social más violenta a las relaciones cotidianas más tiernas. El campo del inconsciente es el de todos los posibles, en todos los ámbitos, el campo de las conexiones y no el de las separaciones, de las estratificaciones y de las segmentariedades. Si no hay fusión entre las prácticas analíticas de las formaciones del inconsciente y las prácticas políticas de las formaciones sociales, entonces se reproducirán sin cesar las mismas actitudes, la misma gregariedad dogmática, las mismas jerarquías, las mismas relaciones de exclusión y de dominación. ¡Conducir una acción política debería, a mi parecer, devenir sinónimo de empresa analítica! ¡Y a la inversa!

1983 – El psicoanálisis debe estar en relación directa con la vida⁹²

El Anti-Edipo provocó algún escándalo por sus críticas bastante fuertes contra el “familiarismo” del psicoanálisis. Ahora, al cabo de diez años, eso se ha vuelto trivial. Casi todo el mundo se ha dado cuenta de que había allí algo que no andaba bien. Tengo respeto por Freud, por lo que representa; fue un extraordinario creador. Su genialidad y su locura lo tuvieron marginado, durante largos períodos de su vida, de la opinión científica y médica, y sin embargo, logró llamar la atención sobre hechos subjetivos hasta entonces ignorados. Pero sus sucesores, muy particularmente la corriente estructuralista lacaniana, han convertido el psicoanálisis en un culto y la teoría psicoanalítica en una especie de teología, oficiado por sectas amañadas y pretenciosas que no han dejado de proliferar. En la época en que estuve en la Escuela freudiana, me impresionó el sobrecogedor desfase entre la sofisticación de los propósitos teóricos que allí se pregonaban y la manera como las personas se comportaban en el terreno de la clínica. Los que pregonaban los discursos menos rutilantes, los menos “vistosos”, ejercían sin embargo algunas veces una práctica relativamente razonable, mientras que, por el contrario, los predicadores más distinguidos, que se dedicaban a emular al “Maestro”, se comportaban a menudo como verdaderos irresponsables en sus tratamientos. ¡No es cosa baladí hacerse cargo de alguien, comprometer su destino, corriendo el riesgo de que todo eso desemboque en un callejón sin salida! Hay personas que acuden a ustedes en un completo desarraigo, que son en consecuencia bastante vulnerables, muy sugestionables, y a quienes ustedes pueden embarcar en relaciones de transferencia peligrosamente alienantes. Es, por lo demás, un fenómeno que no concierne solamente al psicoanálisis. Son bien conocidos otros ejemplos de grandes teorías de las cuales se ha hecho un uso religioso y perverso con consecuencias dramáticas. (Pienso en los “polpotianos” de Camboya o en algunos grupos marxistas-leninistas de América latina).

⁹² 1983 – *La psychanalyse doit être en prise directe avec la vie*. Conversaciones compiladas por Michèle Costa-Magna y Jean Suyeux, en *Psychologies*, Nro. 5, noviembre de 1983.

En resumen, dicho cuestionamiento del psicoanálisis no es muy original; otros lo han hecho con talento, por ejemplo Robert Castel⁹³. Pero, por otra parte, conviene resguardarse de caer en las reduccionistas perspectivas neobehavioristas o sistemistas anglosajonas, tal como son transmitidas por las corrientes de terapias familiares.

Si se quiere ir más allá de este aspecto crítico y considerar las posibilidades de una reconstrucción del análisis sobre bases nuevas, me parece importante replantear la cuestión de su estatuto de *mito de referencia*. Para vivir su vida –tanto su locura, su neurosis, sus deseos y su melancolía, así como su cotidianidad “normal”–, cada individuo se ve obligado a referirse a cierto número de mitos públicos o privados. En las sociedades arcaicas, éstos tenían una consistencia social suficiente para constituir un sistema de referencia moral, religiosa, sexual, etc., bajo un modo finalmente mucho menos dogmático que el nuestro; así, en el momento de una experiencia sacrificial, la colectividad buscaba descubrir qué espíritu habitaba al “enfermo”, qué constelación cultural, social, mítica y afectiva había sido descompuesta. Cuando una práctica ritual no funcionaba, uno se orientaba en otra dirección, sin pretender que tuviera que ver con una “resistencia”. Estas personas exploraban la subjetividad con un incontestable pragmatismo, apoyándose sobre códigos compartidos por el conjunto del cuerpo social y cuyos efectos se podían “comprobar”. ¡Lo cual está lejos de ser el caso de nuestros métodos psicológicos y psicoanalíticos!

En las sociedades en que las facultades humanas estaban altamente integradas, los sistemas de referencias míticas han sido, en un comienzo, sustituidos por las grandes religiones monoteístas que se han esforzado por responder a la demanda cultural de las castas, de los conjuntos nacionales y de las clases sociales; luego, todo eso se vino abajo con la desterritorialización de las antiguas relaciones de parentesco, de clan, de corporación, de jefatura, etc. Después, las grandes religiones monoteístas declinaron a su vez y perdieron una parte considerable del dominio que tenían sobre las realidades

⁹³ *Le Psychanalisme*, Éditions 10/18.

subjetivas colectivas. (Dejando de lado, actualmente, algunas relaciones paradójicas como en Polonia o en Irán, donde las ideologías religiosas han encontrado una función estructurante para todo un pueblo. Tomo estos dos ejemplos porque son simétricos y antinómicos: el último, inclinándose al fascismo, y el primero, a una perspectiva de liberación social). Pero, de manera general, la referencia al pecado, a la confesión, a la oración, no tiene la misma eficacia que antes; no puede interferir de la misma manera con los trastornos de un individuo envuelto en un drama sicótico, una neurosis o cualquier otra clase de perturbación mental. Como contraparte, se asiste a un resurgimiento, algunas veces espectacular, de las religiones “animistas” y de las medicinas tradicionales, en países como Brasil con el candomblé, la Macumba, el Vudú, etc.

Para sustituir estas religiones abatidas, han salido a la luz grandes máquinas de subjetivación que movilizan algunos mitos modernos, por ejemplo mediante la novela burguesa, de Jean-Jacques Rousseau a James Joyce, o mediante las del *star-system* del cine, de la canción, del deporte, y de manera general, de la cultura mass-mediática. Tan sólo se trata de mitos fragmentados, lábiles. El psicoanálisis, la terapia familiar, constituyen a este respecto una especie de segundo plano de referencia que proporciona un cuerpo, un aire de seriedad a esta subjetivación profana. Lo repito, creo que nadie puede organizar su vida independientemente de tales formaciones subjetivas de referencia. Cuando se rompe con alguna de ellas –ya sea que pierda su vigencia, ya sea que se banalice–, se constata que, aún degenerando por completo, aún empobreciéndose, termina generalmente por sobrevivir. Eso es quizás lo que está pasando con el freudismo y el marxismo. ¡Tanto que mientras no se los reemplace en su función de mito colectivo, no se podrá acabar con ellos! Han devenido una especie de delirio colectivo crónico. Véase el fin del paradigma hitleriano: a todas luces, el asunto estaba perdido desde el 41 o el 42; pero se ha mantenido hasta el límite, hasta el desastre total, y ha permanecido incluso después. Como bien lo ha mostrado Kuhn en el caso de los paradigmas científicos, un cuerpo de explicación que pierde su consistencia nunca es simplemente reemplazado por otro más creíble. Permanece inamovible, se aferra como un moribundo.

En estas condiciones, es inútil intentar demostrar racionalmente cuán absurdas resultan la mayor parte de las hipótesis psicoanalíticas. ¡Hay que apurar el cáliz hasta el fondo! Y probablemente ocurra lo mismo con el sistemismo de la terapia familiar. Actualmente, psicólogos y trabajadores sociales manifiestan cierta urgencia por encontrar marcos de referencia. La Universidad pretende proporcionarles bases científicas. Pero sólo se trata por lo general de teorías reduccionistas que se establecen al margen de los problemas reales, se trata, por así decir, de una científicidad metonímica. De hecho, cuando los “usuarios” quieren ver un analista, saben muy bien que no se encuentran ante verdaderos “sabios”, sino ante personas que se presentan como los “garantes” de cierto orden problemático. En la antigüedad, cuando uno iba a ver a un sacerdote, a un servidor de Dios, uno medianamente conocía cómo funcionaba, las relaciones con su criada, con el vecindario, sus modos de pensar. ¡También los psicoanalistas son, sin duda, personas completamente respetables! Pero son mucho más “ilocalizables”. Y a mi parecer, no podrán continuar por mucho tiempo llevando su negocio apoyándose en mitos en los que ya no se cree.

Una vez reconocida la necesidad –yo diría casi la legitimidad– de las referencias míticas, se plantea la cuestión no tanto de sus fundamentos científicos, sino de su *funcionalidad social*. Es allí donde se establece la verdadera investigación teórica en dicho campo. Se puede teorizar una producción de subjetividad en un contexto dado, en el seno de un grupo particular, o a propósito de una neurosis o de una psicosis, sin recurrir a la autoridad de la ciencia, es decir, a algo que implica una formalización de alcance universal, que se afirma como verdad universal. Me parece muy importante señalar que no podría haber de este modo una teoría general en las ciencias humanas –como, por lo demás, tampoco en las “ciencias” sociales y en las “ciencias” jurídicas– y que la teorización no exime en estas materias de lo que yo llamaría una “cartografía” descriptiva y funcional. Se deriva de ello, en mi opinión, que los sujetos y los grupos en cuestión deberían ser invitados, según las modalidades apropiadas, a participar en la actividad de modelización que les concierne. Y es precisamente el estudio de estas modalidades lo que me parece ser la esencia de la teorización analítica. Recientemente

leía en un diario que veinte millones de brasileños están a punto de morir de hambre en el nordeste y que eso engendra una raza de “enanos autistas”. ¡Para comprender y ayudar a estas poblaciones, las referencias a la castración simbólica, al significante y al Nombre del Padre no pueden ser más que un auxilio inútil!

En cambio, es evidente que las personas que están confrontadas con esta clase de problemas tendrían mucho que ganar si se forjaran un cierto número de instrumentos sociales y de conceptos operatorios para hacer frente a la situación. La dimensión política de la producción de subjetividad es aquí manifiesta. Pero eso es evidente de suyo, bajo otras modalidades, en otros contextos. De este modo, repito, los analistas se tomarían menos por sabios y tomarían más bien conciencia de sus insuficiencias y de sus responsabilidades; no de una responsabilidad culpabilizante como la que algunos erigen al pretender hablar en nombre de la verdad o de la historia. Yo pertenezco a la generación que conoció los ataques contra J.-P. Sartre, a quien algunos pretendieron tomar, en la época de *La Nausea*, por el responsable de los suicidios y de la delincuencia que experimentaba por aquel entonces la juventud. Los intelectuales que fundamentan teorías garantizan, en ocasiones, mediante sus ideas, un estado de cosas que ellos mismos desaprueban, y pueden cargar una responsabilidad por lo que de ellas resulte. Pero raras veces se trata de una responsabilidad directa. Inversamente, ocurre con frecuencia que ellos tengan una influencia inhibidora en la medida en que, ocupando indebidamente un campo, impiden plantear algunos problemas bajo puntos de vista más constructivos. Yo he estado siempre más o menos políticamente comprometido. He participado en movimientos sociales desde mi infancia, y para colmo, me he convertido en psicoanalista. Eso me ha conducido a rechazar las separaciones absolutas entre los niveles individual y social. Siempre se entremezclan para mí las dimensiones singulares y colectivas. Si se rehúsa a situar una problemática en su contexto político y micropolítico, se esteriliza su potencia de verdad. Intervenir allí con la propia inteligencia, con los propios medios, por débiles que sean, eso puede parecer muy simple, pero es sin embargo esencial. Y eso es parte integrante de cualquier propedéutica, de cualquier didáctica concebible.

Tras el 68, se decía de los psicólogos, de los psiquiatras, de los enfermeros, que eran policías. ¡Admitámoslo! Pero, ¿dónde comienza esto y dónde termina? Lo importante es determinar si, desde la posición que uno ocupa, se contribuye o no a sobrepasar los actos de segregación, de mutilación social y psíquica, si se alcanza, cuando menos, a “atenuar” el daño.

1984 – “Los adictos maquínicos”⁹⁴

Habría que partir de una definición amplia de la droga; las adicciones, para mí, son todos los mecanismos de producción de subjetividad “maquínica”, todo lo que contribuye a proporcionar el sentimiento de pertenecer a algo, de estar en alguna parte; y también al sentimiento de olvidarse. Los aspectos existenciales de lo que yo llamo las experiencias de drogas maquínicas no son fácilmente detectables; sólo percibimos su superficie visible a través de ciertas prácticas como el esquí de fondo, los vuelos ultralivianos, el rock, los videoclips, toda esta clase de cosas. Pero el alcance subjetivo de estas adicciones no está necesariamente en relación con la práctica en cuestión... Es el funcionamiento de conjunto lo que interesa.

El ejemplo de Japón, considerado a gran escala, es significativo. Los japoneses se ajustan a una estructura arcaica, digamos más bien, pseudo-arcaica. Esta es la contraparte de sus adicciones maquínicas para que la sociedad no se haga trizas... Ellos reestructuran una territorialidad feudal a partir de la tradición, perpetuando la condición alienada de la mujer, entregándose a trabajos repetitivos entre máquinas... Estas son también conductas para posicionarse subjetivamente, o a fin de cuentas, no exactamente “para”, pero el resultado es ese: ¡que funcione! Los japoneses estructuran su universo, ordenan sus afectos en la proliferación y el desorden de las máquinas, aferrándose a sus referencias arcaicas. Pero, antes que nada, están locos por las máquinas, por adicciones maquínicas. ¿Sabían ustedes, por ejemplo, que la mitad de las personas que escalan el Himalaya son japoneses?

Adicción. Droga. ¿Se trata acaso de una simple analogía? Parece que, según las investigaciones más recientes, no es del todo una metáfora. Los dolores repetidos, algunas actividades bastantes “cogedoras”, incitan al cerebro a secretar hormonas, las endorfinas, drogas mucho más “duras” que la morfina. ¿Acaso por ese medio no se llega a una autointoxicación? En La Borde, he observado hasta qué

⁹⁴ 1984 – “*Les défoncés machiniques*”. Conversaciones recopiladas por Jean-Fancis Held, *Les nouvelles*, entre el 12 y el 18 de abril de 1984.

punto los anoréxicos se asemejan a los drogados. La misma mala fe, la misma forma de tomarle a uno el pelo prometiendo detenerse... La anorexia es una adicción mayor. También el sadomasoquismo. Y cualquier otra pasión exclusiva que provoque descargas de endorfina. Uno se “droga” con la estridencia del rock; con la fatiga, con la falta de sueño, como Kafka; o golpeándose la cabeza contra el suelo, como los niños autistas. Con la excitación, el frío, los movimientos repetitivos, el trabajo forzado, el esfuerzo deportivo, el miedo. ¡Descender esquiando una pendiente vertical, efectivamente transforma los datos de la personalidad! Una manera de fabricarse, de encarnarse personalmente, mientras el fondo de la imagen existencial permanece difuso.

Lo repito, el resultado de la adicción y su representación social son susceptibles de ser completamente desplazadas. La adicción pone en juego procesos que escapan radicalmente a la conciencia, al individuo, produce transformaciones biológicas de las cuales el individuo experimenta confusamente –aunque de manera intensa– su necesidad. La “máquina-droga” puede desencadenar el éxtasis colectivo, la gregariedad opresiva; no por ello constituye menos una respuesta a una pulsión individual. Lo mismo ocurre con las adicciones menores: el sujeto que regresa a su casa hecho pedazos, extenuado tras una jornada agotadora, y que pulsa mecánicamente el control de su televisor. Este es otro medio de reterritorialización personal por medios totalmente artificiales.

Estos fenómenos de la adicción contemporánea me parecen, pues, ambiguos. Hay dos entradas: la repetición, la güevonada, como en el caso de la monomanía de los *flippers*⁹⁵ o en la intoxicación de los videojuegos. Y también la intervención del proceso “maquínico”, que no es baladí y nunca es ingenua. Hay un Eros maquínico. Sí, los jóvenes japoneses, saturados, se suicidan a la salida del colegio; sí, miles de hombres, desde las 6:00 a.m., repiten en coro los movimientos del golf en un parqueadero de cemento; sí, jóvenes obreros duermen en pabellones y renuncian a sus vacaciones... ¡Chiflados por las máquinas! Pero, a pesar de todo, hay en Japón una

⁹⁵ Nombre con el cual se conocen algunas máquinas de *pinball* en Alemania y en Francia [N. del T.].

especie de democracia del deseo, incluso en la empresa. Una especie de equilibrio. ¿A causa de la adicción?

Entre nosotros, las adicciones maquínicas funcionan más bien en el sentido de un retorno a lo individual; pero parecen sin embargo indispensables para la estabilización subjetiva de las sociedades industriales, sobre todo en los momentos de mayor competitividad. ¡Si uno no tiene al menos esta compensación, no tiene nada! Está llevado... La subjetividad maquínica molecular permite ser creativo, sin importar en qué dominio. Créanlo. ¡Los jóvenes italianos, más bien desestructurados políticamente después del hundimiento de los movimientos contestatarios, no hacen otra cosa! ¡Arreglándoselas cada uno como pueda! Una sociedad que no fuese capaz de tolerar, de manejar sus adicciones perdería su vigor. Sería aplastada. Es preciso que ella se articule, quíeralo o no, al aparente desorden de las adicciones, incluso y sobre todo de las que dan la impresión de ser escapatorias improductivas. Los norteamericanos son los campeones de las adicciones: tienen miles, las inventan todos los días. Y les sale muy bien. A los rusos, por el contrario, no les queda sino la adicción al antiguo bolchevismo... Es la subjetividad “maquínica” la que engendra grandes ímpetus como Silicon Valley.

¿Y en Francia? La sociedad francesa no está irremediablemente perdida. Los franceses no son más idiotas que otros, ni más pobres en libido. Pero no están “a la moda”. Las superestructuras sociales son, por así decir, más bien molares. Apenas si hay entre nosotros instituciones que dejen lugar a los procesos de proliferación “maquínica”. Francia, se lo repite hasta el hartazgo, representa la tradición, el Mediterráneo, los inmortales principios de esto o de aquello. Y en el momento en que el planeta está siendo atravesado por mutaciones fantásticas, vemos con malos ojos las grandes adicciones “maquínicas”. La explosión universal está “out”. ¿Los Juegos Olímpicos? Y el Centro Pompidou, que al comienzo tuvo su gracia, se ha quedado atascado con sus sucesivas exposiciones permanentes y relativamente parásitas. En suma, es la anti-adicción. ¿Se pretende japonizar a Francia enviando las delegaciones a Tokio? Eso es verdaderamente gracioso... ¡Fuera la endorfina!

Parece que Francia no ha tenido un buen comienzo. Tampoco Europa. Los procesos “maquínicos” exigen tal vez grandes espacios, un gran mercado o una gran potencia real, como en la antigüedad. Y/o también, como lo sugiere Braudel, una concentración de medios semiológicos, monetarios, intelectuales, un capital de saber. New York, Chicago, California con toda América detrás. O Ámsterdam en el siglo XVII. Solamente eso posibilitaría entidades viables. ¡Las megamáquinas!

Aquí la adicción corresponde al club más o menos privado, no es más que un escampadero. La gente se subjetiviza, se rehace territorios existenciales con sus adicciones. ¡Pero la complementariedad entre las máquinas y esta clase de escampaderos no está garantizada! Si la adicción falla, si fracasa, hay implosión. Existe un umbral crítico. Si no se desemboca en un proyecto social, en una gran empresa a la japonesa, en una movilidad a la americana, pereceremos. Por ejemplo Van Gogh, Artaud. El proceso “maquínico” del cual no pudieron salir los destruyó. ¡Cual verdaderos adictos! ¿Mi existencia arrastrada a un proceso de singularización? ¡Perfecto! Pero si se detiene, listo, se acabó, la catástrofe es inminente. Falta de perspectivas, de una salida micropolítica. Hay que existir “en” el proceso. ¡La repetición vacía de la adicción, eso es terrible! Cuando uno se da cuenta de eso, cuando uno termina por decirse: “no era nada...”. La contracultura de los años sesenta, el tercermundismo, el marxismo-leninismo, el rock: son muchas las adicciones que han hecho más daño cuando se tornaron caducas...

Esto es o el hundimiento lamentable, o la creación de universos insólitos. Las formaciones subjetivas minuciosamente trabajadas por las adicciones pueden relanzar el movimiento, o por el contrario, hacerlo extinguir lentamente. Detrás de todo esto, hay posibilidades de creación, de transformación de la vida, de revoluciones científicas, económicas, incluso estéticas. Horizontes nuevos, o nada. No pienso aquí en las viejas cantinelas sobre la espontaneidad como factor de creación. ¡Absurdo! Sino en la inmensa empresa de estratificación, de serialización que oprime a nuestras sociedades, en la que acechan formaciones subjetivas aptas para volver a lanzar la potencia del proceso y para promover el reino de las singularidades mutantes, de

las nuevas minorías. Los sectores visibles de adicción no deberían ser defensas de territorios conquistados; los cristales residuales que constituyen las adicciones maquínicas podrían atravesar el planeta entero, reanimarlo, relanzarlo. Una sociedad aprisionada a tal punto tendrá que habérselas con esto, o perecerá.

*Hacia una autopoietica de la comunicación*⁹⁶

Futur Anterieur: Entonces Félix, ¿no te gusta el término “comunicación”?

Félix: La comunicación se instaura entre sujetos discernibles por la vía de un canal de transmisión. Se la conduce muy frecuentemente hacia una teoría de la información muy reduccionista. Me parece que la moda comunicacional actual tiene el defecto de perder las dimensiones existenciales de las relaciones interhumanas, sociales y maquínicas. Si la comunicación pudiera ser reequilibrada entre sus elementos discursivos (frases, imágenes, proposiciones) y esos elementos que he denominado de aglomeración existencial, es decir, sus dimensiones de puesta en existencia, entonces ahí sí pienso que se podría trabajar con el concepto de comunicación. Pero generalmente, se lo conduce hacia un sentido reduccionista y que lo convierte en fuente de confusión.

FA: La base de ese reduccionismo es justamente esta exclusión de los aspectos prácticos no discursivos de la información en general. Una vez que se han insertado esos elementos en el discurso, nos encontramos frente a un objeto complejo muy difícil. ¿Qué es esa autopoiesis que podría representar un concepto de “comunicación” eficaz?

Félix: Yo lo vería en dos dimensiones. Primero, tomando en cuenta las dimensiones polifónicas de la subjetividad. La subjetividad resulta siempre de la conjunción de componentes heterogéneos. Enseguida, tenemos que considerar la relación entre lo infinito y la complejidad de la que ella es portadora con los sistemas maquínicos y los flujos. Para tomar un ejemplo: pienso en la moda actual, que indudablemente existe hoy, sobre lo que los americanos llaman “las personalidades múltiples”. Ellos buscan crear una categoría nosográfica específica relativa a las disociaciones de la personalidad; es una tentativa behaviorista de repensar la histeria y la psicosis. Ellos se empeñan en detectar por hipnosis una superposición de

⁹⁶ Entrevista publicada en la revista *Futur Anterieur*, Marzo de 1992.

personalidades detrás de sus interlocutores. No sólo lo que puede ser visibilizado en un juego histérico y que consiste en pasar de una personalidad a otra, sino también postular la existencia de personalidades múltiples en gente que no muestra ninguna manifestación. Y se llega muy lejos con esto, pues está ligado a toda una teoría del trauma real y a las intervenciones de los grupos “satánicos” que están llamados a cometer esos actos y rituales de violencia, lo que conduce a hacer procesos a las familias, a los padres, aún veinte años después de las transmisiones presumidas. Eso desencadena una especie de cacería de brujas, en la cual las víctimas ya no serán los histéricos, sino los padres. Es una reificación de esta polifonía de la subjetividad de la que yo hablaba. Es una manera de no tomar en cuenta la especificidad de las dimensiones potencialmente delirantes y alucinatorias que se encuentran no sólo en los psicópatas, sino también en la “caosmosis” de los “normópatas” (según la expresión de Jean Oury). En otro orden de ideas se encuentra igualmente en el mundo de la máquina una reificación de los componentes que son vistos únicamente a través de sus aspectos tecnológicos visibles, sea para estimar que el maquinismo en sí es portador de progreso, o para condenarlo. Ahora bien, se trata precisamente de relacionar la máquina con los aspectos desterritorializados de los cuales es la manifestación y que implican siempre estructuras de enunciación parcial que vienen de esa vertiente no discursiva de la complejidad. La complejidad es algo que va en el sentido de la actualización de esas dimensiones polifónicas que se encuentran en toda expresión de la subjetividad humana, y de todas las dimensiones maquínicas, heterogéneas, inherentes a la mecanosfera, que se superpone a la biosfera.

FA: ¿Podrías precisar esos dos conceptos: el concepto de maquinismo y el concepto de agenciamiento?

Félix: La máquina comienza a partir del momento en que hay un fenómeno de consistencia, de autopoiesis parcial. Sea en relación de sincronía, articulando los sistemas de máquinas los unos respecto de los otros, sea en relación de diacronía, es decir, por el hecho de que una máquina está siempre ligada a sistemas maquínicos anteriores y está siempre en posición de producir virtualmente otros sistemas

maquínicos. Una máquina no es como un montón de arena o de piedra, un objeto inerte como lo tenemos en el modelo con el pedazo de cera cartesiano. Es algo que manifiesta una cierta vida (sin caer en el vitalismo, puesto que se trata siempre de una vitalidad o de una subjetividad parcial, que sólo toma su sentido en las articulaciones rizomáticas con otros sistemas maquínicos). A partir de allí, somos llevados a separarnos de una oposición masiva entre el ser y el ente puesto que partimos de interfaces maquínicas que posicionan los entes discursivos, al mismo tiempo que producen una referencia ontológica pluralista. El referente ontológico de la música no es el mismo que el referente ontológico de la vida social, o de los sistemas vivientes. Y sin embargo tienen que hacer los unos con los otros... En lugar de que el ser sea planteado como antecedente respecto a sus diferentes manifestaciones visibles, deviene algo que es como un horizonte portador de pluralidad, de heterogeneidad y de singularidad. Hay entonces un movimiento hacia el ser por venir, mucho más que un movimiento de refundación de lo pasado en una perspectiva heideggeriana.

FA: Si comprendo bien, ¿esto significa que las relaciones con los aspectos maquínicos de la comunicación son, de un lado, algo que puede reificar la desaparición del sujeto, y de otro, algo que puede dar una enorme expansión a todo eso?

Félix: Exactamente. Hay que guardarse de caer en un pensamiento dualista, en una categorización moralizante respecto a esos problemas de comunicación en su relación con las nuevas tecnologías. Si tomamos el ejemplo del consumo televisual, vemos muy bien los aspectos de reificación, de identificación, de hipnosis, de los que son objeto los consumidores de televisión. Por ejemplo, en el momento de la guerra del Golfo, hubo un golpe de fuerza sobre la subjetividad colectiva con CNN y otras redes mundiales que han desarrollado una política microfascista respecto de la comunicación. Pero al mismo tiempo, asistimos al inicio del rechazo, a una especie de toma de conciencia de ese tipo de manipulación intolerable. Entonces, hay que ver las diferentes vertientes de reificación de la subjetividad a través de nuevas tecnologías, pero también el hecho de que hay líneas de fuga, recuperaciones posibles. Lo que me induce más generalmente a

esta temática de una entrada posible en una era post-massmediática. En el marco de los grandes medios actuales, se constata un inicio del rechazo (y actualmente si la prensa escrita y la tele continúan haciéndolo de esa manera van hacia una perspectiva suicida), y fuera de esos grandes medios tenemos la posibilidad de colocar medios alternativos, operar una reapropiación de esas tecnologías. Problema que puede parecer general y utópico, pero que se encontrará muy concretamente planteado con las evoluciones tecnológicas a mediano plazo, que conducirán hacia la unión entre la pantalla audiovisual, la telemática y la informática, y transformarán el tipo de relaciones existentes entre consumidores de medios y productores de informaciones e imágenes. Es algo que podrá introducir mucha más interactividad, si por todas partes esta posibilidad es captada y utilizada por agenciamientos colectivos de enunciación.

***FA:** Hay en ese conjunto de líneas de poder aquellas que determinan la reificación. ¿Cómo se determina esta línea de fuerza que bloquea esta expresión? ¿Aún si esta expresión del ente deviene cada vez más articulada en un escenario de procesos de totalización?*

***Félix:** Siempre existe una reificación de los territorios existenciales por una discursividad estratificada.*

***FA:** Sobre dicho terreno, las teorías sociales dominantes, la lingüística, la teoría de la información, la manera como la sociología intenta comprender hoy en día la comunicación, ¿ellos tienen un papel estructural en ese proceso de reificación?*

***Félix:** Me parece que, de manera general, todo lo que se ha cargado a la cuenta del estructuralismo y de la comunicación, ha sido mucho más para quitarle su lugar a la dimensión de la inmanencia de la enunciación, a sus aspectos creacionistas. En la lingüística, las dimensiones pragmáticas, las dimensiones enunciativas siempre se han mantenido al margen y se les impide integrarse en el proceso de discursividad semiótica. Mientras que, me parece, la cuestión no es dejarlos vegetar en las afueras lejanas de la producción de subjetividad, sino ponerlas en el centro mismo, en la raíz misma de la producción ontológica, de los diferentes sistemas de discursividad.*

Por ejemplo, en el dominio antropológico, lo interesante en una sociedad llamada arcaica es ver cómo articula universos míticos, rituales, sociales, económicos, cómo hace una constelación de estos universos en lugar de reducir y liquidar lo que constituye el carácter autopoiético de una sociedad a través de los sistemas de correspondencias estructurales, en el dominio del parentesco, o del análisis de los mitos.

FA: Hablamos de la reificación del proceso de comunicación, de las teorías de la comunicación; ¿podemos hablar del aplanamiento del elemento ontológico de la cadena de producción de la información científica y de innovación?

Félix: Estoy muy interesado por todos los trabajos de la escuela sociológica alrededor de Bruno Latour, porque encuentro muy importante que los objetos tecnológicos y científicos están unidos a todas sus dimensiones sociales, económicas, contextuales; yo mismo he intentado hacer el censo de los componentes que cristalizan alrededor de un objeto tecnológico como el proyecto Apolo, con sus dimensiones de deseo de ir a la luna, la política de Kennedy, las implicaciones económicas, militares, industriales que es necesario tener en cuenta. No existe el puro objeto conceptual científico que pueda ser separado del conjunto de sus componentes. La cuestión es saber si, una vez que se ha complejizado el modelo en esa dirección, no se lo lleva a su homogeneización, es decir a un reduccionismo respecto de la heterogeneidad de esos mismos componentes. No sólo se trata de reconocer la heterogeneidad de los componentes, sino de reforzarlos, hacerlos entrar en un proceso de heterogénesis. Precisamente, lo que hay de rico en los sistemas maquínicos es que no solamente están siempre en el cruce de caminos de dimensiones heterogéneas, sino que abren una heterogeneidad potencial en el dominio de la tecnología, pero también en los dominios de la subjetividad, la sensibilidad... y en particular, lo que me parece peligroso es perder la especificidad del agenciamiento científico, de sus enunciadores parciales, del plano de referencia científico, con introducción de sistemas de límites, de coordenadas, de renuncia sistemática a lo infinito, para mantenerse en un cierto número de elementos, cerrados sobre sí mismos. Esta política fundamentalmente

limitativa de la ciencia tiene una considerable productividad. Para poder rearticularla con otros componentes y a los otros componentes todavía es necesario considerarla en su singularidad, en su especificidad. Esa es la condición que permitirá posicionar la ciencia de manera no cientista respecto de los objetos práticos en el dominio de la vida política, del esquizo-análisis, de los medios masivos.

FA: ¿Cómo luchar contra esta reificación de la comunicación?

Félix: Yo diría: asumiéndola. Y evitando a este respecto una huida. Hoy en día, por ejemplo, se observa un desvío sistemático frente a la subjetividad obrera y las perspectivas relativas a una sociedad comunista. Algunos han llegado a considerar, por ejemplo, que una nueva subjetividad ecológica podría sustituir las antiguas subjetividades obreras. Al mismo tiempo se pierden completamente lo que fueron los elementos singulares que han constituido esta subjetividad y que han sido un motor, un elemento esencial de la historia contemporánea. La cuestión es habitar, no ser; se trata entonces de la singularidad, principalmente la alteridad en sus elementos, comprendidos los negativos, inasimilables, para poder refundar otro horizonte ontológico. Estamos en el cruce de caminos del posmodernismo. ¿Se trata de rehabilitar pura y simplemente estructuras arcaicas y contemporáneas, a las cuales se le va a dar un estatus de trascendencia –la aceptación de los estados de hecho, los estados de cosas, los entes tal y como son hoy para navegar en el mercado global de la economía y de la subjetividad– o al contrario, a partir de esta asunción de posiciones de existencia singulares de los diferentes agenciamientos de enunciación se van a construir, a maquinar otros horizontes ontológicos?

FA: Si las teorías de la información tienen esos efectos de bloqueo, si las teorías y la práctica de los posmodernos han bloqueado lo virtual maquínico en la repetición de una realidad de dominio, o si, al contrario, la posibilidad de jugar de formas nuevas de subjetividad maquínica está dada hoy en día, en el límite, ¿cuales son los comportamientos prácticos que se deben identificar en el universo de los medios?

Félix: Evidentemente esto no muestra una programación política, y menos aún informática. Creo que simplemente se pueden dar algunas apreciaciones fragmentarias. El primer punto consiste en reconocer el carácter de droga de los medios, de sistema de fascinación y, al mismo tiempo, la reintroducción posible de dimensiones cognitivas, estéticas, analíticas de las que son virtualmente portadores. Me parece muy importante hoy en día burlarse, ridiculizar el profesionalismo de la gente de los medios y analizar hasta qué punto ellos funcionan en los estereotipos que contaminan toda la sociedad comprendida la vida política. Recuerdo una reflexión del pintor Matta en un almuerzo con Regis Debray, Jack Lang, Alberto Moravia, Laura Beti, en la época del gobierno de Chirac durante la cohabitación y donde Léotard, ministro de la comunicación, acababa de privatizar la TFI, lo que ponía a Jack Lang en todos esos estados, frente a su vehemencia; Matta lo interrumpió y le dijo: “pero yo, yo tengo la solución, hay que enseñarle a la gente a no mirar la televisión”.

Él tenía razón, hay que aprender a hacer otro uso. Volvamos al uso de los medios, el *zapping* es ya un comienzo. Cuando se tiene acceso, como en los Estados Unidos o en Canadá, a cincuenta o sesenta canales de cable, cuando se tiene la posibilidad de interactuar con bancos de datos, todo ese carácter hipnótico del consumo televisual va a evolucionar. Es un primer nivel. El otro nivel es desconsiderar ese sistema de reificación del interlocutor político. Y esto es algo que se opera en el humor popular (lo divertido del *Bébête show*). Es un factor muy potente en la deconstrucción de los sistemas políticos, en particular en Francia. El problema mayor es el de recomponer los agenciamientos de enunciación con esas nuevas dimensiones. Eso puede partir de experimentaciones completamente parciales: pienso en el grupo en el que se encuentra François Pain, “Canal Déchaîne”, o en “Reporteros sin fronteras” que organiza discusiones entre filósofos, historiadores y periodistas. Son acontecimientos microscópicos pero que indican una cierta dirección: la de la recomposición ecológica de la comunicación. Esta temática no es verdaderamente puesta políticamente al orden del día. Y en tanto ella no lo sea, todo lo que vaya en esa dirección seguirá siendo fragmentario y disperso. Pero pienso que hay una cuestión

fundamental, la cuestión de la cuestión. ¿Qué tipo de finalidad de la actividad social, del trabajo, de la comunicación de nuevos agenciamientos colectivos serán inducidos a producir? Por ejemplo, en el dominio del urbanismo, a partir de qué momento se llegará a programar, no sólo los sistemas de infraestructura material, de luz, de flujos visibles, de comunicación, sino también de nuevos agenciamientos domésticos de los sistemas de intercambio y de afecto entre las edades, las especificidades culturales, etc. Es una finalidad fundamental por reintroducir en el dominio del urbanismo y la arquitectura. Se podrían multiplicar los ejemplos en la psiquiatría, los sistemas educativos, culturales, deportivos...

FA: Ese concepto de profesionalismo, ¿cómo se puede plantear? Y ¿cómo pensarlo de modo distinto?

Félix: Yo haría una distinción entre el oficio, por ejemplo de periodista, que es honorable, y la dimensión “pro”, que consiste en reducir el lenguaje, todos los elementos de singularidad que pueden emerger en la discursividad lingüística y en la imagen de una profesión, de manera que conduzcan a una estandarización de la comunicación y de la subjetividad. Lo que hay que subrayar es que el periodista mismo reclama y establece su valor de mercado al entrar con exceso en esos estereotipos. En efecto, el periodista, en particular en el dominio audiovisual, tiene que singularizarse, asumir un mínimo de ruptura con ese tipo de estereotipo. La dimensión existencial de una profesión está constantemente por reinventar. El periodista no puede ser un profesional de la verdad. Caeríamos en una absurdidad total. La verdad siempre está atrapada en un ir y venir entre elementos de objetividad y elementos de subjetividad: pasa por los rodeos, los cuestionamientos, toda una dialéctica entre la complejidad y el caos, surtida de riesgos de no-sentido. No podrían existir pues los “pro” de la verdad. Al contrario, podemos concebir una profesión que consiste en poner en escena, en crear las condiciones de emergencia, no de una información verídica en sí, reificada, trascendente, sino de una expresión singular que tendría la verdad por horizonte. El periodista devendría entonces un prestatario de un servicio, de puesta en escena; con una connotación relativa al arte, un paradigma estético referido a las artes plásticas, al teatro, a la expresión poética, a través de las

cuales podrá emerger una información debidamente posicionada respecto a los elementos existenciales...

FA: ¿Tú ves las formas políticas en esta reapropiación de los medios?

Félix: Vuelvo a mi temática de la ecosofía. Si no se opera una unión entre la ecología medioambiental, una ecología de lo social y una ecología de lo mental, la ecología se inclinará inexorablemente hacia un conservatismo, hacia el mantenimiento del statu quo, hacia políticas autoritarias de regulación y un nuevo tipo de estatismo o de socialismo reductor. Si, al contrario, la finalidad de la ecología es asociar esas diferentes dimensiones de flujos y de máquinas, establecer puentes entre la ecología de lo visible y la ecología de lo incorporal, es decir, la producción de subjetividad, entonces se vuelven concebibles unas nuevas finalidades de lo social fuera de la esfera, sea del provecho, sea de la regulación autoritaria adecuada a un “retorno a la naturaleza”, con todo lo que esto implica de connotaciones fascistas. Se abre la posibilidad de recomponer las actuales sensibilidades ecológicas, con toda su ambigüedad, con nuevos horizontes ontológicos.

FA: Esta línea utópica que marcha en el interior de ese mundo virtual es profundamente diferente de todas esas líneas que ven una cerradura, aún sobre lo infinito (Virilio). Es una concepción que ve una operatividad continua abrirse al interior de todo eso. Desde ese punto de vista, no es un programa político, sino un asunto de militancia.

Félix: El término fundamental es el de praxis. Somos prisioneros de prácticas completamente teleguiadas social y mentalmente, programadas informáticamente, que están encantadas por una restitución de territorios existenciales anteriores, con todo lo que implica de fantasmático. Una cierta visión de la finitud del planeta puede ir en ese sentido. Lo que cuenta no es el carácter cerrado de la ciudad planetaria, es asumir esta finitud bajo todos sus aspectos, pero también relanzar los universos incorporales a partir de allí. Pues el planeta no está tan limitado como parece, lo social, los universos

incorporales abren campos de posibles infinitos. A este respecto el concepto de “desarrollo sostenible” merecería ser cuestionado. Pues se trata todavía de un compromiso respecto de un equilibrio ecológico que cae en una concepción territorializada fundamentalmente restrictiva. Es por eso que sigo estando profundamente ligado a todas las mutaciones científicas, tecnológicas, estéticas, maquinicas en un sentido amplio, como capacidades de reabrir los horizontes ontológicos mutantes. Existe todo un movimiento reaccionario respecto de la máquina que me parece muy pernicioso, pues puede conducir a la realización de todos los conservatismos, de todas las fobias, reterritorializaciones fascistas.

FA: De un lado está esta subjetividad, y del otro, esa información que deviene cada vez acontecimiento, puesta en escena. Volvamos sobre esa relación comunicación, información, acontecimiento, en su sentido puntual, singular, acontecimental. Ese acontecimiento es el elemento de una discursividad; es el elemento pático, algo subjetivo que pone en contacto con la máquina, el medio ambiente, la historia, la memoria.

Félix: Tu pregunta constituye ya una respuesta. Se trata de saber si se hace la promoción de un objeto informático, trascendente, si se parte de una discursividad ya dada y que servirá de infraestructura a todos los elementos existenciales. O, al contrario, si se parte de una posición de inmanencia del acontecimiento, que implique que uno no sea prisionero de las coordenadas discursivas, de tiempo, de espacio, de energía, sino que esté insertado en las ordenadas intensivas generadoras de temporalización, de espacialización, de tensiones energéticas... la búsqueda del *scoop* en la comunicación mata el acontecimiento puesto que lo condena por esencia a la repetición de un afecto, de una falsa sorpresa. El verdadero acontecimiento nunca es un *scoop*. No se refiere a nada, representa una ruptura as-significante, productora de un foco autopoiético, esto es, una encrucijada práxica potencial, que no se cierra sobre una sensiblería mass-mediática.

FA: Esta idea de comunicación, ¿en qué sentido es posible ligarla a lo que es un nuevo concepto del trabajo social, una nueva

productividad comunicacional al nivel de la cooperación social, autónoma, intelectual? Todas las teorías posmodernas sobre la comunicación no toman en consideración el aporte entre la comunicación y la productividad, por ejemplo, del trabajo intelectual, que no es tematizado como tal. ¿Esta productividad del trabajo intelectual no se encuentra justamente en la informática, en la constitución de programas, en la reorganización del saber?

Félix: La valoración de una actividad cualquiera, definida como trabajo, está siempre ligada a la promoción de un cierto territorio existencial. Cuando Freud habla de un trabajo del sueño, lo presenta como una actividad inconsciente. Pero existe otro tipo de trabajo cuando, al despertar, se promete un territorio de lectura del sueño, territorio que es muy evolutivo puesto que, en una primera fase de memoria corta, dispersa sus elementos a gran velocidad. Enseguida pasamos a una memoria más larga, a otro tipo de trabajo de rememoración. Otros modos de territorialización del sueño podrán igualmente crearse en la cura analítica. Tomo este ejemplo del sueño porque es un caso extremo del trabajo singularizado, ligado a una valoración muy particular. Un sueño puede devenir también algo que tome consistencia sobre caminos económicos cuando es convertido en una expresión artística. Que haya una comunicación entre esos diversos territorios y esos diversos sistemas de valoración, que haya transacciones, un cambismo, es una cosa que hace parte de la constitución de nuestro horizonte ontológico. Que haya un mercado mundial de los sistemas de valoración llamados “de uso” (yo diría, por mi parte, de valor de deseo más bien que de valor de uso) es un dato de base. La cuestión es saber si se acepta la hegemonía de los sistemas de valor de equivalencias que son controlados por las formaciones capitalistas, las más empobrecedoras en materia de singularidades subjetivas, las más homogenizantes. Se trata de concebir una articulación entre esas diversas praxis, esos diferentes mercados de valoración, esas diferentes formaciones existenciales o formaciones de poder según el nivel en que se coloque, en particular aquellos que pretenden conservar su heterogénesis, que tienden a articularlos en una relación de disenso y no en una relación de consenso con los sistemas dominantes de valores. ¿Cómo reintroducir la singularidad en la universalidad de la transacción y de la

comunicación? Se plantea entonces la necesidad de procedimientos económicos y democráticos para articular el bien público, y la restitución, la defensa, el mantenimiento, la promoción acentuada de la resingularización. Es entonces todo un pluralismo de los sistemas de valoración, una nueva suerte de concatenación de esos sistemas que deberán ser concebidos como producción de alteridad, de diferencias, y no de producción de homogeneidad. El Ser y el Otro están entonces metidos en un proceso creacionista. Hay entonces enfrentamiento con todas las políticas de recentramiento y de jerarquización de los sistemas de finalización de las actividades humanas, lucha contra la pretensión de hegemonía de los sistemas de equivalencia que han marcado el capitalismo del siglo XIX, con una universalidad opresiva. Y hay también un recuestionar la división entre trabajo material, trabajo cognitivo, trabajo sensitivo, trabajo inconsciente. Si el término último de la praxis vuelve de nuevo a una producción ontológica, entonces esas diferentes “maquinaciones” están llamadas a conjugarse en razón misma de su heterogeneidad.

*Prácticas ecosóficas y restauración de la Ciudad subjetiva*⁹⁷

El ser humano contemporáneo está fundamentalmente desterritorializado. Sus territorios existenciales originarios –cuerpo, espacio doméstico, clan, culto– ya no están arrumados en un suelo inmutable, ahora se enganchan a un mundo de representaciones precarias y en perpetuo movimiento. Los jóvenes que deambulan, con un *walkman* colgado de las orejas, están habitados por ritornelos producidos lejos, muy lejos de sus tierras natales. De todas maneras, ¿qué puede querer decir para ellos sus “tierras natales”? Seguramente el lugar donde reposan sus ancestros, ¡donde vieron el día y fueron a morir! Ya no tienen ancestros, han llegado allí sin saber por qué e igualmente desaparecerán. Una codificación informática los “asigna a residencia” sobre una trayectoria socio-profesional que los programa, para algunos en una posición relativamente privilegiada, para otros en condición de asistidos.

Todo circula hoy en día, las músicas, las modas, los *slogans* publicitarios, los *gadgets*, las filiales industriales, y sin embargo todo parece permanecer en su lugar, mientras que las diferencias se difuminan entre los estados de cosas manufacturados y en el seno de los espacios estandarizados donde todo se ha vuelto intercambiable. Los turistas, por ejemplo, hacen viajes casi inmóviles, transportados como lo son en los mismos *pullmans*, las mismas cabinas de avión, las mismas habitaciones de hotel climatizadas, y desfilando frente a monumentos y paisajes que han encontrado cien veces en los prospectos y las pantallas de la tele. La subjetividad se encuentra, entonces, amenazada de petrificarse. Pierde el gusto de la diferencia, de lo imprevisto, del acontecimiento singular. Los juegos televisivos, el *star-system* en el deporte, las variedades, la vida política, actúan sobre ella como drogas neurolépticas que la previenen contra la angustia al precio de su infantilización, de su des-responsabilización.

⁹⁷ *Pratiques écosophiques et restauration de le Cité subjective*. Tomado de la revista *Chimères*, Nro. 50.

¿Debemos deplorar la pérdida de las señales estables de no hace mucho? ¿Debemos anhelar una detención súbita de la historia? ¿Debemos aceptar como una fatalidad el retorno al nacionalismo, al conservatismo, a la xenofobia, al racismo y al integrismo? Que notables fracciones de la opinión estén agarradas por tales tentaciones no las vuelve menos ilusorias y peligrosas. Se podrán encontrar salidas a la actual encrucijada planetaria a condición de que se forjen nuevas tierras transculturales, transnacionales, transversalistas, y universos de valor liberados de la fascinación del poder territorializado, que podrán ser arrancados a las finalidades de la actual encrucijada planetaria. La humanidad y la biosfera están ligados, y el porvenir de la una y de la otra es igualmente tributario de la mecosfera que los envuelve. Es decir que no podemos esperar recomponer una tierra humanamente habitable sin la reinención de las finalidades económicas y productivas, de los agenciamientos urbanos, de las prácticas sociales, culturales, artísticas y mentales. La máquina infernal de un crecimiento económico ciegamente cuantitativo, sin cuidarse de las incidencias humanas y ecológicas, y colocado bajo la égida exclusiva de la economía del provecho y del neoliberalismo, debe dejar lugar a un nuevo tipo de desarrollo cualitativo, rehabilitando la singularidad y la complejidad de los objetos del deseo humano. Tal concatenación de la ecología medioambiental, de la ecología científica, de la ecología económica, de la ecología urbana y de las ecologías sociales y mentales, la he bautizado: *ecosofía*. No para englobar todos esos accesos ecológicos heterogéneos en una misma ideología totalizante o totalitaria, sino para indicar, al contrario, la perspectiva de una elección ético-política de la diversidad, del disenso creador, de la responsabilidad respecto de la diferencia y la alteridad. Cada segmento de vida, que permanece incluido en los filums transindividuales que lo superan, está fundamentalmente captado en su unicidad. El nacimiento, la muerte, el deseo, el amor, la relación con el tiempo, el cuerpo, las formas vivientes e inanimadas invocan una nueva mirada, depurada, disponible. Esta subjetividad, que el psicoanalista y etólogo de la infancia Daniel Stern llama el “sí emergente”⁹⁸, nos es propio reengendrarla constantemente. Reconquistar la mirada de la infancia y

⁹⁸ Daniel Stern, *The interpersonal World of the infant*, Basic Books, New York, 1985. En español: *El mundo interpersonal del infante*, Paidós, 1990.

de la poesía en lugar de la óptica seca y ciega del sentido de la vida del experto y del tecnócrata. No se trata de oponer aquí la utopía de una nueva “Jerusalén celeste”, como la del Apocalipsis, a las duras necesidades de nuestra época, sino de instaurar una “Ciudad subjetiva” en el corazón de esas necesidades, reorientar las finalidades tecnológicas, científicas, económicas, las relaciones internacionales (en particular entre Norte y Sur) y las grandes máquinas mass-mediáticas. Liberarse de un falso nomadismo que nos deja en realidad sobre el mismo lugar, en la vida de una modernidad exangüe, para acceder a las líneas de fuga del deseo a las cuales convienen las desterritorializaciones maquínicas, comunicacionales, estéticas. Crear las condiciones de emergencia, con ocasión de la reapropiación de los resortes de nuestro mundo, de un nomadismo existencial tan intenso como el de los indios de la América precolombina o el de los aborígenes de Australia.

Esta refinalización colectiva de las actividades humanas depende, en gran parte, de la evolución de las mentalidades urbanas. Los prospectivistas predicen que, durante los decenios futuros, casi el 80% de la población mundial vivirá en aglomeraciones urbanas. A esto conviene añadirle que el restante 20% de población “rural” dependerá de la economía y las tecnologías de las ciudades. De hecho, la relación ciudad/naturaleza se modificará profundamente, los territorios “naturales” dan relevancia a programas de acondicionamiento turístico, de ocio, de residencia secundaria, de reserva ecológica, de actividades industriales telemáticamente descentralizadas. Lo que subsista de la naturaleza deberá convertirse en objeto de tantos cuidados como el tejido urbano. De manera más general, las amenazas que pesan sobre la biosfera, el empuje demográfico mundial, la división internacional del trabajo conducirán a las opiniones públicas urbanas a pensar sus problemas particulares sobre un fondo de ecología planetario. Pero ese poder hegemónico de las ciudades ¿es necesariamente sinónimo de homogenización, de unificación, de esterilización de la subjetividad? ¿Cómo se conciliará, en el futuro, con las pulsiones de singularización y de reterritorialización que hoy en día sólo encuentran una expresión patológica a través del ascenso de los nacionalismos, los tribalismos y los integristas religiosos?

Desde la más lejana antigüedad, las grandes ciudades han ejercido su poder sobre las tierras interiores, sobre las naciones bárbaras y las etnias nómadas (para el Imperio Romano, más allá y más acá de sus “*limes*”). Pero durante esas épocas, las distinciones entre civilización urbana y mundo no urbano siguen siendo, por lo general, muy marcadas, mostrando oposiciones de carácter religioso y político. Augustin Berque, por ejemplo, analiza finamente la tendencia de la sociedad japonesa urbana tradicional a alejarse a la vez “de la floresta profunda y sus quimeras” y de cualquier aventura más allá de los mares⁹⁹. Pero los tiempos han cambiado. Los japoneses no sólo irradian su economía y su cultura a los cuatro rincones del mundo habitado, sino que sus alpinistas son igualmente los más numerosos, y considerablemente, en escalar cada año las cuestas del Himalaya.

La diferencia entre las ciudades hoy en día tiende a esfumarse mientras que, a partir del siglo XVI, se asistió a una verdadera proliferación de modelos de ciudad, correlativamente a la emergencia de procesos de urbanización y de equipamiento colectivo de las grandes entidades nacionales capitalísticas. Fernand Braudel¹⁰⁰ ha estudiado, por ejemplo, la diversidad de las ciudades españolas. Granada y Madrid fueron ciudades burocráticas; igualmente Toledo, Burgos y Sevilla, pero fueron adicionalmente, rentistas y artesanales; Córdoba y Segovia fueron ciudades industriales y capitalistas; Cuenca fue industrial y artesanal; Salamanca y Jerez fueron ciudades agrícolas; Guadalajara fue una ciudad clerical. Encontramos aún otras ciudades más bien militares, “ovejunas”, campesinas, marítimas, ciudades de estudio... Finalmente, la única manera de mantener unidas todas estas ciudades diversas en el seno del mismo conjunto capitalista es considerándolas como componentes de una misma red nacional de equipamientos colectivos.

En nuestros días, esa red de equipamientos materiales e inmateriales se teje a una escala mucho más amplia. Y entre más esa red se planetariza, más se digitaliza, se estandariza, se uniformiza. Ese

⁹⁹ A. Berque, *Vivre l'espace au Japon*, P.U.F., París, 1989.

¹⁰⁰ F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen*, Armand Colin, 1966. En español: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo*, Fondo de Cultura Económica, 1976.

estado, de hecho, es la culminación de una larga migración de las ciudades-mundo –como las ha llamado Fernand Braudel– a las que se les confirió sucesivamente una preponderancia económica y cultural: Venecia a mediados del siglo XIV, Amberes a mediados del siglo XVI, Ámsterdam a inicios del siglo XVIII, Londres a partir del siglo XVIII, etc., son algunos ejemplos. Según este autor, los mercados capitalísticos estaban desplegados en zonas concéntricas a partir de centros urbanos detentadores de las claves económicas que les permitían captar lo esencial de las plusvalías, mientras que hacia sus periferias éstas tendían hacia un grado cero, los precios alcanzaban un máximo consecutivamente con un aletargamiento de los intercambios. Esta situación de concentración del poder capitalístico en una única metrópoli mundial se encuentra profundamente renovada a partir del último tercio del siglo XX. Desde entonces ya no se trata de un centro localizado, sino de la hegemonía de un “archipiélago de ciudades”, o más exactamente, del subconjunto de grandes ciudades conectadas por medios informáticos y telemáticos. La ciudad-mundo de la nueva figura del Capitalismo Mundial Integrado está entonces profundamente desterritorializada, sus diversos componentes esparcidos sobre un rizoma multipolar urbano que encierra toda la superficie de planeta.

Señalemos que este “hacer red planetaria” del poder capitalístico, si bien ha homogenizado sus equipamientos urbanos y comunicacionales y las mentalidades de sus elites, también ha exacerbado las diferencias de niveles de vida entre las zonas de hábitat. Las desigualdades no pasan, necesariamente, entre un centro y una periferia, sino entre mallas urbanas sobreequipadas tecnológica e informáticamente, y zonas de hábitat mediocre para clases medias tanto como zonas catastróficas de pobreza. Pensemos aquí en la proximidad de algunos metros entre los barrios ricos de Río y las favelas, o en la contigüidad de un lugar privilegiado de las finanzas internacionales en la punta de Manhattan y las zonas miserables de Harlem o en el South Bronx, sin hablar de las decenas de miles de *homeless* que ocupan las calles y parques públicos. Era frecuente, todavía en el siglo XIX, que los pobres habitaran los últimos pisos de residencias en las cuales los otros pisos estaban ocupados por familias ricas. Al contrario, la segregación social se afirma en el presente bajo

una especie de encierro en *ghettos*, como en Sanya, en el corazón de Tokio, en el barrio Kamagasaki en Osaka, o en las afueras desheredadas de París. Algunos países del Tercer Mundo están a un paso de convertirse en el equivalente de los campos de concentración, o por lo menos, en zonas de asignación de residencia para las poblaciones a las cuales les está prohibido salir de sus fronteras. Pero lo que conviene señalar es que, aún en las inmensas chabolas del Tercer Mundo, las representaciones capitalísticas encuentran el medio de infiltrarse por vía de la televisión, los *gadgets* y las drogas. El arrumaje del amo y del esclavo, del pobre y del rico, del garantizado y el subdesarrollado tienden a desarrollarse conjuntamente en el espacio urbano visible y en las formaciones de poder y de subjetividad alienadas. La desterritorialización capitalística de la ciudad representa sólo un estadio intermediario; se instaura sobre la base de una reterritorialización rico/pobre. No se trata de soñar con volver a las ciudades cerradas sobre sí mismas de la época medieval, sino de ir, al contrario, hacia una desterritorialización suplementaria, polarizando la ciudad hacia nuevos universos de valor, confiriéndole como finalidad fundamental una producción de subjetividad no segregativa y sin embargo resingularizada, es decir, a fin de cuentas, liberada de la hegemonía de la valorización capitalística centrada únicamente en el provecho. Lo cual no significa que se deban abandonar todas las regulaciones de los sistemas de mercado.

Es necesario admitir que la persistencia de la miseria no es un simple estado de hecho residual, más o menos sufrido pasivamente por las sociedades ricas. La pobreza es querida por el sistema capitalista que se sirve de ella como de una palanca para mover y disponer de la fuerza colectiva de trabajo. El individuo es llevado a plegarse a las disciplinas urbanas, a las exigencias del salario o a las rentas del capital. Se lo lleva a ocupar un cierto lugar en la escala social, sin lo cual se hundirá en el abismo de la pobreza, de la asistencia y, eventualmente, en la delincuencia. La subjetividad colectiva regida por el capitalismo está entonces polarizada en un campo de valor: riqueza-pobreza, autonomía-asistencia, integración-desintegración. Pero ese sistema de valoración hegemónica, ¿es el único concebible? ¿Es el corolario indispensable a la consistencia del *socius*? ¿No podemos entrever la emancipación de otros modos de

valoración (valor de solidaridad, valor estético, valor ecológico...)? La ecosofía trabaja precisamente en un redespliegue de los valores. Motivaciones distintas a la atroz amenaza de la miseria deben ser capaces de promover la división del trabajo y el compromiso de los individuos en actividades socialmente reconocidas. Una tal refundación ecosófica de las prácticas se escalonará a los niveles más cotidianos, personales, familiares, de vecindad, pero también a los juegos geopolíticos y ecológicos planetarios. Volverá, entonces, a replantearse la separación entre lo civil y lo público, lo ético y lo político. Apelará a la redefinición de los agenciamientos colectivos de enunciación, de concertación y de efectucción. Conducirá no sólo a “cambiar la vida”, según el deseo de la contracultura de los años 60, sino también a cambiar la manera de hacer urbanismo, educación, psiquiatría y cambiar la manera de hacer política y de manejar las relaciones internacionales. No volveremos a las concepciones “espontaneístas” o a una autogestión simplista. Se trata de mantener unidas una organización compleja de la sociedad y de la producción con una ecología mental y de relaciones interpersonales de un nuevo tipo.

En tal contexto, el porvenir de la urbanización parece marcado por diversos trazos con implicaciones frecuentemente contradictorias:

1. **Un reforzamiento del gigantismo**, sinónimo de una ampliación y un envascamiento de las comunicaciones internas y externas y de un ascenso de las poluciones que ya está alcanzando umbrales intolerables.

2. **Un estrechamiento del espacio comunicacional** (que Paul Virilio llama la “dromosfera”¹⁰¹), por la aceleración de las velocidades de transporte y la intensificación de los medios de comunicación.

3. **Un reforzamiento de las desigualdades globales** entre las zonas urbanas de los países ricos y las de los países del Tercer Mundo y una acentuación de las disparidades en el seno de las ciudades entre los barrios ricos y los barrios pobres, que sólo conseguirán hacer más

¹⁰¹ Paul Virilio, *Vitesse et politique*, Galilée, París, 1977. En español: *Velocidad y política*, La Marca, 2006.

agudos los problemas de seguridad de las personas y los bienes; la constitución de zonas urbanas relativamente incontroladas en la periferia de las grandes metrópolis.

4. Un doble movimiento:

(a) de fijación de las poblaciones en los espacios nacionales, adecuado al reforzamiento del control en las fronteras y los aeropuertos, de la inmigración clandestina y de una política de la limitación de la inmigración;

(b) de una tendencia contraria al nomadismo urbano:

–nomadismo cotidiano consecutivo a las distancias entre el lugar de trabajo y el de habitación, que no ha hecho más que reforzarse, por ejemplo en Tokio, con la especulación hipotecaria;

–nomadismo del trabajo, por ejemplo entre Alsacia y Alemania, o entre Los Ángeles, San Diego y México;

–presión nómada de las poblaciones del Tercer Mundo y de los países del Este hacia los países ricos.

Podemos pensar que en el porvenir, esos movimientos calificados aquí de nómádicos, serán cada vez más difíciles de controlar y se convertirán en fuente de fricciones étnicas, de racismo, de xenofobia.

5. Constitución de subconjuntos urbanos “tribalizados”, o más exactamente centrados sobre una o muchas categorías de población de origen extranjero (por ejemplo, en Estados Unidos, los barrios de negros, chinos, puertorriqueños, chicanos...).

El crecimiento de ciertas ciudades como México, que llegará a una población de treinta millones de habitantes y que es objeto de una tasa record de polución y de embotellamiento, parece tropezar con obstáculos insuperables. Otras ciudades ricas, por ejemplo en Japón, prevén movilizar enormes medios para remodelar su configuración. Pero la respuesta a estas problemáticas va más allá, evidentemente,

del solo marco del urbanismo y la economía, y envuelve otros aspectos socio-políticos, ecológicos y éticos.

Las ciudades han devenido máquinas inmensas –“megamáquinas”, según el término de Lewis Mumford¹⁰²–, productoras de subjetividad individual y colectiva, a través de los equipamientos colectivos (educación, salud, control social, cultura...) y los *mass media*. No podemos separar sus aspectos de infraestructura material, de comunicación, de servicio, de sus funciones que calificamos de existenciales.

La sensibilidad, la inteligencia, el estilo interrelacional y hasta los fantasmas inconscientes se encuentran modelados por estas megamáquinas. De ahí la importancia de que se instaure una transdisciplinariedad entre los urbanistas, los arquitectos y las otras disciplinas de las ciencias sociales, las ciencias humanas y las ciencias ecológicas. El drama urbano que se perfila en el horizonte de este fin de milenio es sólo un aspecto de una crisis más fundamental que pone en cuestión el porvenir de la especie humana sobre este planeta. Sin una reorientación radical de los medios y sobre todo de las finalidades de la producción, el conjunto de la biosfera se desequilibrará y evolucionará hacia un estado de incompatibilidad total con la vida humana y, de todas maneras, más generalmente con cualquier forma de vida animal o vegetal. Esta reorientación implica urgentemente una modificación de la industrialización, particularmente la química y la energética, una limitación de la circulación de automóviles o la invención de medios de transporte no polucionantes, la detención de las grandes desforestaciones... Deberá replantearse todo el espíritu de competencia económica entre los individuos, las empresas y las naciones.

La actual toma de conciencia ecológica apenas toca a una minoría de la opinión, aún si los grandes medios empiezan a estar sensibilizados por estas cuestiones a fuerza y a medida que se precisan más los riesgos. Pero estamos todavía muy lejos de una voluntad colectiva operacional capaz de tomar los problemas por

¹⁰² Lewis Mumford, *La Cité à travers l'histoire*, Seuil, París, 1961. En español: *La ciudad en la historia*, Ediciones Destino, Buenos Aires, 1966

medio del cuerpo y de poner a marchar en ese sentido las instancias políticas y económicas dominadas por el poder. Hay, sin embargo, una especie de carrera contra el tiempo entre la conciencia colectiva humana, el instinto de sobrevivencia de la humanidad y un horizonte de catástrofe y de fin del mundo humano al cabo de algunos decenios. Perspectiva que vuelve a nuestra época, a la vez, inquietante y apasionante, puesto que los factores ético-políticos toman ahora una importancia que no habían tenido jamás y en adelante en el curso de la historia. No subrayaré suficientemente que la toma de conciencia ecológica por venir deberá preocuparse no sólo de factores medioambientales, tales como la polución atmosférica, las consecuencias previsibles del recalentamiento del planeta, la desaparición de numerosas especies vivientes; deberá preocuparse, además, también por las devastaciones ecológicas relativas al campo social y al dominio mental. Sin transformación de las mentalidades y de los hábitos colectivos, simplemente habrá medidas de “recuperación” concernientes al medioambiente material.

Los países del Sur son las principales víctimas de estas devastaciones, en razón del sistema aberrante que preside actualmente los intercambios internacionales. Por ejemplo, el dominio del impulso demográfico catastrófico que conoce la mayoría de ellos debe estar ligado, en gran parte, a su salida del marasmo económico, a la promoción de un desarrollo armonioso que sustituya los objetivos de crecimiento ciego, únicamente centrado en el provecho. Al final, los países ricos no tienen nada que ganar de dicha política, pero, ¿cómo llegarían a tomar conciencia del abismo hacia el cual los precipitan sus dirigentes? El temor de la catástrofe, el espanto del fin del mundo, no son necesariamente los mejores consejeros en esta materia. El investimento por las masas alemanas, italianas, japonesas, de la ideología suicidaria del fascismo, hace cincuenta años, sólo nos ha mostrado que la catástrofe puede llamar a la catástrofe, en una especie de vértigo de muerte colectiva.

Entonces es primordial que un nuevo eje progresista, cristalizando alrededor de los valores positivos de la ecosofía, considere como una de sus prioridades el remediar la miseria moral, la pérdida de sentido que gana siempre de entrada la subjetividad de las poblaciones

desarraigadas, sin garantías, en el seno mismo de las ciudadelas capitalistas. Es necesario describir el sentimiento de soledad, de abandono, de la vida existencial que gana terreno en los países europeos y en los Estados Unidos. Millones de desempleados, de asistidos que llevan una vida desesperada en el seno de sociedades en las cuales las únicas finalidades son la producción de bienes materiales o de bienes culturales estandarizados, que no permiten la expansión y el desarrollo de las potencialidades humanas. No podemos contentarnos hoy en día con definir la ciudad en términos de espacialidad. El fenómeno urbano ha cambiado de naturaleza. Ya no es un problema entre otros, es el problema número uno, el problema entrecruzado de los juegos económicos, sociales, ideológicos y culturales. La ciudad produce el destino de la humanidad, tanto sus promociones como sus segregaciones, la formación de sus élites, el porvenir de la innovación social y de la creación en todos los dominios. Muy frecuentemente asistimos a un desconocimiento de este aspecto global de sus problemáticas. Los políticos tienden a abandonar esas cuestiones en manos de los especialistas. Conviene, sin embargo, mostrar una cierta evolución tendencial. Asistimos en Francia, bajo la presión de los ecologistas, tanto de derecha como de izquierda, a una especie de recentramiento de la vida política sobre el nivel local urbano. Los debates en el Parlamento tienden a pasar a un segundo plano respecto de la existencia en las grandes ciudades y en las regiones. Existe igualmente, en estado latente, un comienzo de ola de diputados alcaldes de Francia contra los estados mayores políticos concentrados en la capital. Pero se trata solamente de una tímida evolución que podría ulteriormente trastornar aún más profundamente la vida política en su conjunto.

Uno de los motores importantes de las futuras transformaciones urbanas residirá también en la invención de nuevas tecnologías, sobre todo la unión entre lo audiovisual, la informática y la telemática. Miremos sumariamente lo que, en un futuro próximo, podría alcanzarse:

–posibilidad de realizar a domicilio las tareas más variadas en ligazón con diversos interlocutores;

–el desarrollo de la visiofonía en correlación con la síntesis de las voces humanas, simplificando el uso de los teleservicios y de las bases de datos, las cuales relevarán a las bibliotecas, los archivos y los servicios de información;

–la generalización de la teledistribución por cable o por teléfono, dando acceso a un gran número de programas en los dominios del ocio, de la educación, de la formación, de las compras a domicilio;

–el contacto inmediato con personas que se desplazan en cualquier lugar del mundo;

–los medios de transporte nuevos, no polucionantes, combinando el transporte público con las ventajas del transporte individual (convoyes integrados de transportes individuales, cintas transportadoras rodando a gran velocidad, pequeños vehículos programados que circulan sobre sitios determinados);

–una neta separación entre los niveles y sitios afectados por los transportes y los afectados por la circulación peatonal;

–nuevos medios de transporte de mercancías (tubos neumáticos, bandas transportadoras programadas que permitan, por ejemplo, la entrega a domicilio)¹⁰³.

En cuanto a los nuevos materiales, las futuras construcciones autorizarán un diseño cada vez más audaz, una gran audacia en arquitectura y en urbanismo indisolublemente ligada a la lucha contra las poluciones y los ruidos ambientales (tratamiento del agua, desechos biodegradables, desaparición de componentes tóxicos en los alimentos, en los productos de entretenimiento, etc.).

Enumeremos ahora los factores que condujeron a poner, cada vez más, el acento sobre la ciudad como medio de producción de la subjetividad a través de nuevas prácticas ecosóficas:

¹⁰³ Joël de Rosnay, *Les Rendez-vous du futur*, Fayard, Paris, 1991.

1. Las revoluciones informáticas, robóticas, telemáticas, biotecnológicas implicaron un crecimiento exponencial de todas las formas de producción de bienes materiales e inmateriales. Pero esta producción se efectuó sin creación de un nuevo volumen de empleo, como lo demuestra excelentemente el libro de Jacques Robin, *Changer d'ère*¹⁰⁴. En esas condiciones, se libera una cantidad siempre más grande de tiempo disponible y de actividad libre. Pero, ¿para hacer qué? ¿Para hacer “pequeñas tareas” insignificantes, como lo han imaginado las autoridades francesas? O para desarrollar nuevas relaciones sociales de solidaridad, de ayuda mutua, de vida de vecindario, de nuevas actividades de salvaguarda del medio ambiente, una nueva concepción de la cultura, menos pasiva frente a la televisión, más creadora...

2. Ese primer factor será reforzado por las consecuencias del fuerte impulso demográfico que se mantendrá, a escala planetaria, durante varios decenios esencialmente en los países pobres y que exacerbará la contradicción entre los países donde “pasa algo” en los dominios económico y cultural, y los países del vacío, de la desolación y de la asistencia pasiva. También allí la cuestión de la reconstrucción de las formas de sociedad destruidas por el capitalismo, el colonialismo y el imperialismo se planteará con agudeza. Las formas renovadas de cooperación cumplirán un papel eminente.

3. En sentido contrario, asistiremos a un decaimiento demográfico pronunciado en los países desarrollados (en América del Norte, en Europa, en Australia...). En Francia, por ejemplo, constatamos que la tasa de fecundidad de las mujeres ha disminuido en un 30% desde 1950. Este desvío demográfico es paralelo a una verdadera descomposición de las estructuras familiares tradicionales (disminución de los matrimonios, crecimiento de las cohabitaciones sin matrimonio, aumento de los divorcios, desaparición progresiva de las relaciones de solidaridad familiar más allá de la célula parental...). Este aislamiento de los individuos y de las familias nucleares no ha sido compensado por la creación de nuevas relaciones sociales. La vida del vecindario, la vida asociativa, sindical, religiosa, sigue

¹⁰⁴ Jacques Robin, *Changer d'ère*, Seuil, París, 1989.

estancada y generalmente decreciendo, compensada, es preciso decirlo, por un consumo pasivo e infantilizante de los *mass media*. Lo que subsiste de la familia se ha convertido en un refugio frecuentemente regresivo y conflictual. El nuevo individualismo que se impone en las sociedades desarrolladas aún en el seno de la familia no es sinónimo de liberación social. En ese registro, los arquitectos, los urbanistas, los sociólogos y los psicólogos tendrán que reflexionar sobre eso en lo que podría devenir una resocialización de los individuos, una reinención del tejido social, entendiéndose que, según todas las probabilidades, no habrá vuelta atrás hacia la recomposición de las viejas estructuras familiares¹⁰⁵, de las antiguas relaciones corporativas, etc.

4. La expansión de las tecnologías de la información y de dirección permitirán ver de manera muy diferente las relaciones jerárquicas que existen actualmente entre las ciudades y entre los barrios de una misma ciudad. Por ejemplo, actualmente París concentra más del 80% de las direcciones empresariales medianas y grandes y cuyos establecimientos se localizan en todos los puntos del territorio francés, mientras que la segunda ciudad de Francia, Lyon, detenta menos del 3% del poder de decisión, y ninguna otra ciudad alcanza el 2%. Las transmisiones telemáticas deberían permitir modificar ese centralismo abusivo. De igual manera podemos imaginar que en todos los dominios relevantes de la vida democrática, en particular en las escalas más locales, deberían ser posibles nuevas formas de concertaciones telemáticas.

5. En los sectores culturales y de educación, el acceso a una multitud de cadenas cableadas, de bases de datos, de cinematecas, etc., podría abrir las posibilidades de una muy grande iniciativa, especialmente en el registro de la creatividad institucional.

Pero ninguna de estas perspectivas adquirirá sentido más que a condición de que una verdadera experimentación social sea la guía que conduzca a una evaluación y a una reapropiación colectiva, enriqueciendo la subjetividad individual y colectiva, en lugar de

¹⁰⁵ Louis Roussel, *L'avenir de la famille*. En: *La Recherche*, Nro. 14, París, octubre 1989.

trabajar –como es muy frecuentemente el caso– con los *mass media* actuales en el sentido de un reduccionismo, de un serialismo, de un empobrecimiento general de la “Ciudad subjetiva”. Yo sugiero que, mientras se ponen a punto los programas de ciudades nuevas, de renovación de los barrios antiguos o de reconversión de los baldíos industriales, de importantes contratos de búsqueda y de experimentación social, éstos sean establecidos, no sólo con los investigadores en ciencias sociales sino también con un buen número de futuros habitantes y usuarios de esas construcciones, a fin de estudiar lo que podrían ser novedosos modos de vida doméstica, de nuevas prácticas de vecindad, de educación, de cultura, de deporte, de cuidado de los niños, de los ancianos, de los enfermos, etc.

De hecho, los medios para cambiar la vida y crear un nuevo estilo de actividad, nuevos valores sociales, están a la mano, sólo hacen falta el deseo y la voluntad política para asumir tales transformaciones. Esas nuevas prácticas conciernen a las modalidades de utilización del tiempo liberado por el maquinismo moderno, nuevas maneras de concebir la relación con la infancia, con la condición femenina, con los ancianos, con las relaciones transculturales... La condición previa para tales cambios reside en la toma de conciencia de que es posible y necesario modificar el estado de hecho actual y que esta es la mayor urgencia. Sólo en un clima de libertad y de emulación se podrán experimentar las nuevas vías del hábitat y no a fuerza de leyes y de circulares tecnocráticas. Correlativamente, tal remodelaje de la vida urbana implica que las transformaciones profundas sean operadas en la división planetaria del trabajo y que, en particular, muchos de los países del Tercer Mundo no sean tratados como *ghettos* de asistidos. Es necesario igualmente que los antiguos antagonismos internacionales se esfumen y que le siga una política general de desarme que permitirá, en particular, transferir créditos considerables sobre la experimentación de un nuevo urbanismo.

Un punto sobre el cual yo quisiera insistir especialmente es el de la emancipación femenina. La reinención de una democracia social pasa, para una gran parte de la población, por el hecho de que las mujeres puedan asumir todas sus responsabilidades a todos los niveles

de la sociedad. La exacerbación, por la educación y los medios, de la disparidad psicológica y social entre lo masculino y lo femenino, que coloca al hombre en un sistema de valor de competición y a la mujer en una posición de pasividad, es sinónimo de un desconocimiento de la relación en el espacio como lugar de bienestar existencial. Una nueva dulzura, una nueva escucha del otro en su diferencia y su singularidad están también aquí por reinventar... ¿Tendremos que alcanzar transformaciones políticas globales antes de emprender tales revoluciones moleculares que deben concurrir al cambio de las mentalidades? Nos encontramos aquí frente a un círculo de doble sentido: de un lado la sociedad, la política, la economía no pueden evolucionar sin una mutación de las mentalidades, pero, de otro lado, las mentalidades no pueden verdaderamente modificarse más que si la sociedad global sigue un movimiento de transformación. La experimentación social a gran escala que nosotros preconizamos constituirá uno de los medios para salir de esta contradicción. Algunas experiencias logradas de nuevo hábitat tendrían consecuencias considerables para estimular una voluntad general de cambio —como se ha visto, por ejemplo, en el dominio de la pedagogía, con la experiencia “iniciática” de Célestin Freinet que ha reinventado completamente el espacio de la clase escolar. Por esencia, el objeto urbano es de una gran complejidad y demanda ser abordado con las metodologías apropiadas para esta complejidad. La experimentación social apunta a especies particulares de “atractores” extraños, comparables a los de la física de los procesos caóticos¹⁰⁶. Un orden objetivo “mutante” puede nacer del caos actual de nuestras ciudades, tanto como una nueva poesía, un nuevo arte de vivir. Esta “lógica del caos” implica que se tenga muy en cuenta las situaciones en su singularidad. Se trata de entrar en procesos de resingularización y de irreversibilización del tiempo¹⁰⁷. Además, se trata de construir no sólo en lo real sino también en lo posible, en función de las bifurcaciones que pueda desencadenar lo posible; construir dándole oportunidades a mutaciones virtuales que lleven a las generaciones a vivir, sentir y pensar de manera distinta a como lo hacen hoy en día, teniendo en cuenta las inmensas transformaciones, en particular en el

¹⁰⁶ James Gleick, *La Théorie du chaos*, Albin Michel, París, 1989. En español: *Caos*, Seix Barral, 1998.

¹⁰⁷ I. Prigogine e I. Stengers, *Entre le temps et l'éternité*, Fayard, París, 1988. En español: *Entre el tiempo y la eternidad*, Alianza Editorial, 1998.

orden tecnológico que conoce nuestra época. Lo ideal sería modificar la programación de los espacios edificados en razón de las mutaciones institucionales y funcionales que les reserva el futuro.

En este aspecto, una reconversión ecosófica de las prácticas arquitectónicas y urbanísticas podría convertirse de hecho en decisiva. El objetivo modernista, durante mucho tiempo, ha sido el de un hábitat estándar, establecido a partir de las pretendidas “necesidades fundamentales determinadas de una vez por todas”. Pienso aquí en el dogma que ha constituido lo que se llamó la “Carta de Atenas”, en 1933, que representaba la síntesis de los trabajos del CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna), del cual Le Corbusier da una versión comentada, diez años más tarde, y que fue el credo teórico de muchas generaciones de urbanistas. Esta perspectiva de modernismo universalista está definitivamente revaluada. Los arquitectos deben devenir artistas polisémicos, polifónicos, trabajando con una materia humana y social que no es universal; con proyectos individuales y colectivos que evolucionan cada vez más rápido y donde la singularidad –comprendida la estética– debe ponerse al día a través de una verdadera mayéutica que implique, en particular, procedimientos de análisis institucional y de exploración de las formaciones subjetivas inconscientes. En esas condiciones, el diseño arquitectónico y la programación urbanística deben considerarse en su movimiento, en su dialéctica. Están, entonces, llamados a convertirse en cartografías multidimensionales de la producción de subjetividad. Las aspiraciones colectivas cambian y cambiarán cada vez más rápido. Conviene que la calidad de la producción de esta nueva subjetividad se convierta en la finalidad primera de las actividades humanas y, a este título, las tecnologías apropiadas deben ponerse a su servicio. Tal recentramiento no es, entonces, asunto solamente de especialistas, al contrario, requiere una movilización de todos los componentes de la “Ciudad subjetiva”.

El nomadismo salvaje de la desterritorialización contemporánea invoca una aprehensión “transversal” de la subjetividad que está emergiendo, una captura que se esfuerce en articular puntos de singularidad (por ejemplo, una configuración particular del terreno o del medio ambiente, de las dimensiones existenciales específicas, el

espacio visto por los niños o los discapacitados físicos o los enfermos mentales), las transformaciones funcionales virtuales (por ejemplo, las innovaciones pedagógicas) afirmando un estilo, una inspiración que hará reconocer, a simple vista, la firma individual o colectiva de un creador. La complejidad arquitectónica y urbanística encontrará su expresión dialéctica en las tecnologías del diseño y de la programación –en adelante asistidas por el computador– que ya no se encerrará sobre sí misma, al contrario, se articulará sobre el conjunto del agenciamiento de enunciación al que apunta. El edificio y la ciudad constituyen tipos de objetos que son portadores de funciones subjetivas, de “objetividades-subjetividades” parciales. Esas funciones de subjetivación parcial, que presenta el espacio urbano, no podrían ser abandonadas a los azares del mercado inmobiliario, a las programaciones tecnocráticas y al gusto medio de los consumidores.

Todos estos factores han de considerarse, pero deben seguir siendo relativos. Ellos demandan, a través de las intervenciones del arquitecto y del urbanista, ser elaborados e interpretados –en el sentido en que un director de orquesta hace vivir de manera constantemente innovadora los filums musicales. Esta subjetivación parcial, por una parte, tenderá a aferrarse al pasado, a las reminiscencias culturales, a las redundancias tranquilizadoras, pero, por otra parte, permanecerá en espera de elementos sorpresa, de innovación en sus maneras de ver, con la libertad de ser algo desestabilizante. Tales puntos de ruptura, tales focos de singularización no se pueden asumir a través de los procedimientos consensuales y democráticos ordinarios. Se trata en suma de operar una transferencia de singularidad entre el artista creador de espacio y la subjetividad colectiva. Así, el arquitecto y el urbanista se encontrarán presos, de una parte, entre el nomadismo caótico de la urbanización incontrolada o únicamente regulada por las instancias tecnocráticas y financieras, y de otra parte, entre su propio nomadismo ecosófico, manifestándose a través de su proceso de proyección diagramática.

Esta interacción entre la creatividad individual y las múltiples coacciones materiales y sociales conoce sin embargo una sanción de veracidad: existe, en efecto, un franqueamiento de umbral a partir del

cual el objeto arquitectónico y el objeto urbanístico adquieren su propia consistencia de enunciador subjetivo: ¿se pone a vivir o sigue estando muerto!

La complejidad de la posición del arquitecto y del urbanista es extrema, pero apasionante desde el momento en que toman en cuenta sus responsabilidades estéticas, éticas y políticas. Inmersos en el seno del consenso de la Ciudad democrática, les corresponde pilotear, por su diseño y su designio, las decisivas bifurcaciones del destino de la Ciudad subjetiva. O la humanidad, con su concurso, reinventará su devenir urbano, o estará condenada a perecer bajo el peso de su propio inmovilismo que amenaza hoy en día con hacerla impotente frente a los extraordinarios desafíos a los cuales la confronta la historia.